

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año VII - Nº 13 - Septiembre de 2018

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación.

Archivos es una publicación del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI) y del Proyecto Ubacyt “Historia del movimiento obrero y las izquierdas en la Argentina, 1880-1983: experiencias, identidades y culturas políticas”, radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Facultad de Filosofía y Letras (UBA-Conicet).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM). También es miembro de **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales), de **Relatt** (Red Latinoamericana del Trabajo y los Trabajadores), de **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina), de **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas) de la Universitat de Barcelona, y de **Biblat**, portal especializado en revistas científicas de la UNAM.

Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65 (C1020ADH) CABA - Argentina

Sitio web: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Facebook: RevistaArchivos • Twitter: [@ArchivosRevista](https://twitter.com/ArchivosRevista)

CEHTI: Sitio web: www.cehti.com.ar

Facebook: Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (UBA - Conicet)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso (UBA - Conicet) • **Hernán Díaz** (UBA)

Comité Editor

Cristian Aquino (UBA) • **Alejandro Belkin** (UBA) •

Juan Sebastián Califa (UBA - Conicet) • **Hernán Camarero**
(UBA - Conicet) • **Laura Caruso** (Universidad Nacional de San Martín -
Conicet) • **Natalia Casola** (UBA - Conicet) • **Diego Ceruso** (UBA - Conicet)
• **Hernán Díaz** (UBA) • **Mercedes López Cantera** (UBA - Conicet) •
Martín Mangiantini (ISP Joaquín V. González - Conicet) •

Ezequiel Murmis (UBA) • **Antonio Oliva** (Universidad Nacional de
Rosario) • **Leandro Molinaro** (UBA) • **Lucas Poy** (UBA - Conicet) •
Alicia Rojo (UBA) • **Gabriela Scodeller** • (Universidad Nacional de Cuyo
- Conicet) • **Silvana Staltari** (Universidad Nacional de Tres de Febrero -
UBA) • **Paula Varela** (UBA - Conicet)

Consejo Asesor

- **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein**
(Ruhr-University Bochum. *The International Newsletter of Communist
Studies*, Alemania) • **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México) •
 - Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) • **Rossana Barragán**
(IISH, Amsterdam) • **Carlos Herrera** (Université de Cergy-Pontoise,
Francia) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura,
Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität
Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) •
 - Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) •
Sergio Grez Toso (Universidad de Chile) • **Julio Pinto Vallejos**
(Universidad de Santiago de Chile) • **Sebastian Budgen** (*Historical
Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República,
Uruguay) • **Victor Jefets** (Universidad Estatal de San Petersburgo,
Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.) •
 - Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia) •
Rolando Álvarez Vallejos (Universidad de Santiago Chile) •
 - Nicolás Iñigo Carrera** (UBA-Conicet. PIMSA) • **Cristina Viano** (UNR)
• **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Victoria Basualdo** (Conicet, AEyT de
FLACSO) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) •
Silvia Simonassi (UNR) • **Gabriela Águila** (UNR - Conicet)
-

ISSN 2313-9749

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina
Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año VII - n° 13 - Septiembre de 2018

Índice

Presentación..... 5

Dossier:

“Del otro lado del conflicto: las derechas frente a la clase obrera y las izquierdas (1890-1970)”

Presentación del dossier
Mercedes López Cantera y Sabrina Asquini 9

La caja de Pandora del catolicismo social: una historia inacabada
Miranda Lida 13

El Círculo de Obreros de Rosario ante el conflicto obrero
y la crisis económico-social (1928-1935)
María Pía Martín 33

Volviendo a los años 30: el nacionalismo argentino y los trabajadores
Mariela Rubinzal 53

Tras la huella católica en los sindicatos. Una aproximación comparativa
a los casos de Mendoza y Córdoba (1943-1945)
Jessica Blanco 75

Las patronales argentinas ante la lucha obrera y sindical de los años 60
Silvia Simonassi 97

Artículos

El frustrado accionar de un partido socialista nacional
en la Argentina (1915-1922)
Carlos Miguel Herrera 121

El Partido Comunista en los albores de la radicalización política en Argentina: estrategia, militancia sindical y antiterrorismo entre 1955 y 1959 <i>Ezequiel Murmis</i>	143
--	-----

Entrevista

La producción de consentimiento entre los trabajadores: una pregunta que dura 40 años. Entrevista al sociólogo marxista Michael Burawoy <i>Paula Varela</i>	165
--	-----

Crítica de libros

<i>Hijos del Pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha</i> (de Guillermo Korn), por <i>Julieta Brenna</i>	179
--	-----

<i>Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende</i> (de Franck Gaudichaud) por <i>José Ponce</i>	182
--	-----

<i>História do anarquismo e do sindicalismo de intenção revolucionária no Brasil. Novas perspectivas</i> (de Kauan Willian dos Santos y Rafael Viana da Silva, orgs.) por <i>Jacinto Cerdá</i>	184
--	-----

<i>Revolucionarios y parlamentarios. La cultura política del Partido Obrero Socialista, 1912-1922</i> (de Jorge Navarro López) por <i>Lucas Poy</i>	187
--	-----

Presentación

Con el presente número *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* inaugura su séptimo año de labor, manteniendo la acostumbrada regularidad de su edición. Ya completamos la publicación de más de un centenar de artículos, textos de Perfiles, entrevistas y debates, junto a unas sesenta reseñas críticas de libros. Se trata de una producción que ha aportado conocimientos nuevos y relevantes, basados en investigaciones y reflexiones teóricas e historiográficas cuya alta calidad y rigurosidad operó como criterio de selección. Los títulos de los dossiers y las temáticas de los materiales contenidos en estos trece números dan cuenta de la diversidad y amplitud con la que venimos abordando la historia de la clase trabajadora, las izquierdas y las tradiciones intelectuales, culturales y políticas del socialismo y el marxismo.

En esta oportunidad ofrecemos un dossier, coordinado por Mercedes López Cantera y Sabrina Asquini, que contribuye de un modo quizás más inesperado e indirecto, pero no por ello menos trascendente, a la historia de los trabajadores y las izquierdas de la Argentina en el siglo XX: las caracterizaciones, intervenciones y políticas adoptadas por las derechas y el catolicismo. La “mirada del otro” permite indagar aspectos insospechados, escenarios de disputas y elementos a la vez diferenciados y comunes, entre actores sociales, políticos e ideológicos dispuestos en un campo de plena confrontación. Los trabajos de Miranda Lida, María Pía Martín, Mariela Rubinzal, Jessica Blanco y Silvia Simonassi, todas destacadas especialistas en estas cuestiones, brindan pistas para pensar una reconsideración global del tema. En la sección de artículos libres se incluyen dos consideraciones específicas sobre las izquierdas partidarias en el país: Carlos M. Herrera estudia la experiencia del Partido Socialista Argentino entre 1915 y 1922; Ezequiel Murmis, en tanto, contempla la ubicación social y política del Partido Comunista en la clase obrera durante el primer período posperonista. En la entrevista que Paula Varela realizó al sociólogo marxista británico Michael Burawoy se encara la problemática del consentimiento de los trabajadores en las fábricas y se revisan las pasadas y presentes perspectivas de estudio de la clase obrera.

En el próximo mes de octubre la revista *Archivos* y el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), que la edita, nos disponemos a realizar las “II Jornadas Internacionales de historia del movimiento obrero y la izquierda”, otra vez en el Centro Cultural Paco Urondo y en las instalaciones del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. El envío de resúmenes para inscribirse en el evento ha superado, en cantidad y en calidad, todas nuestras expectativas. Esperamos una participación masiva de investigadoras e investigadores, provenientes de muchas provincias y de varios países, que abordarán muy distintos tópicos referidos a los trabajadores y las izquierdas desde las perspectivas de la historia social, política, intelectual, cultural y de género. Este evento continúa un año recorrido por una gran cantidad de actividades en el CEHTI. Entre muchas otras destacamos las vinculadas a los doscientos años del nacimiento de Karl Marx (organizamos y participamos en charlas, simposios y jornadas que reflexionaron sobre dicho aniversario y desarrollamos un taller de un mes sobre la obra *Salario, precio y ganancia*); también, las exposiciones del ciclo “Estudios de género y culturas políticas de izquierda”, que incluyeron mesas sobre experiencias feministas y de las disidencias sexuales e iniciativas de impulso a la lucha por el aborto seguro, legal y gratuito.

Este año además está marcado por una revitalización de nuestra “Colección Archivos. Estudios de historia del movimiento obrero y la izquierda”, ahora coeditada desde Ediciones CEHTI. Al volumen 7 recién aparecido, el de Martín Mangiantini, titulado *Itinerarios militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1976)*, le siguen otras dos obras: la de Agustín Nieto (*Entre anarquistas y peronistas. Historias obreras a ras del suelo*) y la de Alejandro Belkin (*Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina: de la gestación en el Partido Socialista a la conquista de la FORA, 1900-1915*). Desde el espacio colectivo Archivos-CEHTI seguimos imaginando y construyendo nuevos proyectos, siempre invitando a nuestros lectores, amigos y simpatizantes a sumarse y a colaborar con este emprendimiento.

DOSSIER:

**Del otro lado del conflicto:
las derechas frente a la clase obrera
y las izquierdas (1890-1970)**

Presentación del dossier

El actual contexto internacional ha reinstalado la preocupación en distintas esferas de las ciencias sociales por el desarrollo de fuerzas políticas de derechas invitando a involucrarse en el estudio de las mismas. Sin embargo, en la historiografía argentina su relevancia había sido definida tiempo atrás y es hoy un campo consolidado. En el último cuarto del siglo XX hubo una profusa producción de estudios motivados por el interés de comprender el origen y desarrollo de fuerzas reaccionarias y su incidencia en regímenes autoritarios, como los clásicos trabajos *Nacionalismo y peronismo* de Christian Buchrucker, *Perón y la Iglesia Católica* de Lila Caimari, *La Argentina autoritaria* de David Rock o *Del Estado liberal a la nación católica* de Loris Zanatta, que continuaban algunas de las líneas ya trazadas en el libro de José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*.

Comenzado el siglo XXI, el eje derechas se independizó de estas preocupaciones. Ello permitió individualizar a los distintos actores, para lo cual fue decisiva la influencia de *Contrarrevolución en Argentina y Las derechas* de Sandra McGee Deutsch, especialmente en el estudio de los nacionalistas, como se observó en *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina* de Fernando Devoto, o en *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina* de Daniel Lvovich. En el campo dedicado al mundo católico hubo también un prolífico desarrollo en esta área que ha demostrado la existencia de un movimiento heterogéneo, diferenciado de la estructura y las posiciones de la jerarquía eclesiástica. En el mismo sentido, han surgido nuevas preocupaciones en torno a las derechas latinoamericanas, como los estudios centrados en sus redes y sus vínculos (Bohoslavsky y Bertonha, 2016; Echeverría, 2016), que han podido

evitar el determinismo europeo (Finchelstein, 2010), o como aquellos que examinaron la participación femenina e introdujeron abordajes de género sobre los discursos y las organizaciones. Finalmente, otros han rescatado el interés por nacionalistas, católicos y liberales respecto a interpelar al conjunto de la clase trabajadora, lo que en consecuencia llevó a una disputa con las diferentes fuerzas de izquierda desplegadas a lo largo del siglo XX (Rubinzal, 2012; Rapalo, 2012).

En este último terreno se inserta el presente dossier: aportar al conocimiento de este complejo mundo a partir de su relación con la clase obrera y con las izquierdas. Con ese fin cabe señalar que las diversas expresiones de las derechas –conservadores, nacionalistas, fascistas, integristas católicos, etc.– encuentran un punto en común: oponerse a toda manifestación que cuestione el orden social. Esto nos conduce a un breve repaso de su historia, ejercicio necesario a la hora de definir un actor heterogéneo tanto en experiencias como en tradiciones políticas, ideológicas y organizativas.

¿Acaso las derechas son un fenómeno del mundo contemporáneo? El gran parteaguas que significó la Revolución Francesa y las respuestas a las grandes transformaciones de la revolución industrial emergen como el punto de partida de la llamada *reacción*. El discurso de la derecha adquirió a fines del siglo XIX los tonos de un nacionalismo racial y excluyente y de la defensa del antiguo régimen, valor enarbolado también por la Iglesia católica. El llamado “trauma liberal”, o el comienzo de la “decadencia”, constituyó la definición inicial de su enemigo a combatir (Saz Campos, 2013). En paralelo, el patriotismo, el antisemitismo y la xenofobia confluyeron en la constitución de movimientos reaccionarios, entre los cuales se destacó la *Action Française*. Sin embargo, otras variables comenzaron a verse presentes. La búsqueda de una base obrera implicó en algunas expresiones de la derecha transitar cierto reformismo social y apropiarse de nombres y prácticas de las organizaciones socialistas, tal como señaló George Mosse en su estudio sobre *Les Jaunes* (los sindicatos amarillos). Con la encíclica *Rerum Novarum* (1891), la Iglesia católica reconoció la gravedad de la cuestión obrera y dotó a su movimiento de un programa reformista que defendía la propiedad privada como un derecho natural. Así, el papa León XIII dio cuerpo a una alternativa ante los planteos del socialismo y sentó las bases de la *doctrina social*.

El punto de inflexión que significó la Gran Guerra y la revolución bolchevique marcó el comienzo de una nueva etapa de extremismos dentro de conservadores y católicos. La posibilidad de erigir un nuevo orden económico-social, no simplemente político, se ubicó en el conjunto de peligros a combatir, de manera que la variable anticomunista comenzó a operar dentro del conjunto de las derechas como un nuevo

elemento constitutivo del nuevo siglo (Traverso, 2005). De esa manera los fascismos buscaron erigirse como la verdadera alternativa “revolucionaria” en un escenario marcado por la posguerra y la crisis económica internacional, de acuerdo con Emilio Gentile en su *Fascismo. Historia e interpretación*. No obstante, se debe evitar observar a las derechas sólo en términos de ejecutoras de violencia política y analizar el desarrollo de elementos consensuales, como la elaboración de proyectos de representación gremial por parte de los nacionalismos reaccionarios latinoamericanos en los años 30. Así, la *doctrina social* continuó siendo la principal herramienta del mundo católico y de otros actores frente a la amenaza comunista, esta última concebida como una cosmovisión en competencia con el ideario cristiano.

La segunda posguerra, con el fin de la alternativa fascista y la consolidación del mundo bipolar, introdujo nuevos componentes y reorientó expresiones que pueden considerarse una continuidad con el escenario de entreguerras. La pacificación del llamado “mundo libre” aceptó el intervencionismo social del Estado limitando el alcance de las propuestas social-cristianas e incorporando la preocupación por la vieja cuestión obrera. Por otra parte, la extrema derecha debió abandonar la identificación con el fascismo y aggiornarse a una identidad democrática, al menos formalmente (Bohoslavsky, 2010). El peso de las transformaciones socioculturales de posguerra, así como los cambios en la juventud o el feminismo de la segunda ola, afectaron particularmente al tradicionalismo católico. Además, sucesos como la Revolución Cubana interpellaron, en particular en América Latina, a actores de extrema derecha como también a sectores del liberalismo conservador. Este último, crítico tanto de las políticas de bienestar como de los populismos de esa región (Vicente, 2015), encontró su propio giro a la derecha en el apoyo a medidas y procesos autoritarios.

Los artículos que componen este dossier, realizados por cinco especialistas en el área, reconstruyen en detalle distintas experiencias de la intervención de las derechas argentinas sobre la clase trabajadora en diversas regiones y momentos de la historia nacional. El ensayo de Miranda Lida repasa la relación entre el catolicismo y la clase obrera contemplando sus variaciones, alcances y limitaciones. De igual manera, el análisis sobre el Círculo de Obreros de Rosario a fines de los años 20, realizado por María Pia Martín, resulta un aporte relevante sobre esos vínculos. Asimismo, Mariela Rubinzal analiza la extrema derecha nacionalista y sus estrategias de interpelación a los trabajadores a lo largo de la conflictiva década de 1930. Por su parte, otras tácticas desplegadas en el mundo gremial por los católicos a partir de 1943 son estudiadas en los casos de Córdoba y Mendoza por Jessica Blanco. Finalmente, Silvia Simonassi examina las medidas desarrolladas por las patronales

durante los años 60 según la lógica reaccionaria del anticomunismo de posguerra y del discurso liberal antisindical.

Bibliografía

- Bohoslavsky, Ernesto (2010), "Las derechas en Argentina, Brasil y Chile (1945-1959): una propuesta comparativa", *Revista de História Comparada*, 4-2, Río de Janeiro, pp. 19-42.
- y João Fábio Bertonha (2016), *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Los Polvorines: UNGS.
- Echeverría, Olga (2016), "Las derechas de Argentina y Uruguay en tiempos de nazi-fascismos: radicalización, redefiniciones e influencias", *Oficina do Historiador*, vol. 9, n° 1, enero-junio, Porto Alegre, pp. 151-170.
- Finchelstein, Federico (2010), *El fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en la Argentina transatlántica, 1914-1945*, Buenos Aires: FCE.
- Rapalo, María Ester (2012), *Patrones y obreros, la ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rubinzal, Mariela (2012), *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943)*, tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata.
- Saz Campos, Ismael (2013), *Las caras del franquismo*, Granada: Comares.
- Traverso, Enzo (2005), "Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile", *Ayer*, n° 60: "República y republicanismo en España", pp. 227-258.
- Vicente, M. (2015), *De la refundación al ocaso: Los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura*, La Plata-Los Polvorines: UNLP-FAHCE-UNGS.

Mercedes López Cantera y Sabrina Asquini

La caja de Pandora del catolicismo social: una historia inacabada

Miranda Lida

Conicet - Universidad de San Andrés
lidamirand@gmail.com

Title: Pandora's box of social Catholicism: an unfinished story

Resumen: El presente ensayo aborda la relación de la Iglesia Católica con las trabajadoras y los trabajadores a partir de la reflexión sobre las transformaciones y limitaciones sufridas por el catolicismo social desde sus orígenes a finales del siglo XIX hasta los albores del siglo XXI. Para ello se analiza el avance y repliegue de sus estrategias en el caso argentino a partir de distintos ejes tales como el origen y el crecimiento de los Círculos de Obreros, el impacto de las transformaciones producto de los años de entreguerras y el punto de inflexión que significó el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Palabras clave: catolicismo social – Iglesia católica – clase trabajadora – Argentina

Abstract: This essay addresses the relationship between the Catholic Church and the working class from the transformations and limitations suffered by Social Catholicism since its origins at the end of the 19th century to the dawn of the 21st century. For this purpose, the progress and withdrawal of its strategies in Argentina are analyzed from different axes such as the origin and growth of the Catholic Worker Circles, the impact of the transformations of the interwar period and the inflection point that meant the end of the Second World War.

Keywords: social catholicism – catholic church – working class – Argentina

Recepción: 15 de marzo de 2018. **Aprobación:** 28 de abril de 2018.

En las décadas que siguieron a la Revolución Francesa y la Revolución Industrial, se volvió un lugar común asociar a la Iglesia católica con la contrarrevolución y el tradicionalismo, gracias a sus estrechos contactos, en las sociedades europeas, con las aristocracias más reaccionarias. En América Latina, a su vez, la Iglesia católica estuvo forzosamente asociada a la historia de la ocupación colonial, con sus estructuras sociales jerárquicas, propias de Antiguo Régimen. En el siglo XIX la desconfianza hacia la Iglesia católica persistió, de allí que fuera frecuente que se la considerara como un enemigo irreconciliable de las tendencias democratizadoras que apuntaban a fortalecer los derechos individuales frente a los residuos corporativistas. Las ideologías progresistas del siglo XIX, entre ellas el liberalismo y el socialismo, desconfiaron en gran medida de la Iglesia, e incluso en ocasiones se comportaron como sus enemigos acérrimos. De este modo esta quedó confinada y desprestigiada. Se la acusó de monárquica, reaccionaria y de ser un firme emblema de un Antiguo Régimen que se resistía a ser desplazado por la modernidad. Quedó en la vereda de enfrente con respecto a las luchas por la ampliación de los derechos políticos en pos de una mayor democratización frente a las tradicionales monarquías absolutas, y también quedó al margen de los reclamos de las incipientes clases obreras que clamaban por justicia social y leyes que protegieran mínimamente su calidad de vida. En efecto, su posición, al menos inicial, frente a la aparición de los movimientos obreros fue de profunda desconfianza. Cuando en la primera mitad del siglo XIX Félicité Robert de Lamennais procuró conciliar catolicismo, romanticismo, libertad y conciencia social, se topó con la dura condena papal, en un gesto que se volvió todo un signo de los tiempos.

Pero la doble revolución –industrial y democrática– demostró que había llegado para quedarse. Así, a la Iglesia católica no le quedó más opción que comenzar a limar sus asperezas. Hacia fines del siglo XIX, tenía todavía dificultades para reconciliarse con el individualismo y el sufragio universal, así como con cualquier idea de cuño democrático, pero comenzó a reconocer que la cuestión social constituía un reclamo legítimo que debía ser atendido, aunque sólo fuera por preservar el orden y evitar todavía más desbordes revolucionarios en Europa. De esta manera, además, la Iglesia católica lograría ofrecer una imagen remozada frente a una sociedad en plena transformación, que hasta entonces le había sido mayormente esquiva. Se hizo cargo, pues, de los reclamos de justicia social, que reconoció como legítimos en la encíclica *Rerum Novarum* (1891) del papa León XIII, un documento que se volvería programático en la Doctrina Social de la Iglesia del catolicismo del siglo XX. La *Rerum Novarum*, además, colocaba al Estado como árbitro adecuado entre capital y trabajo, a la par que también reconocía el derecho a la

sindicación por parte de los trabajadores, como mecanismo legítimo para organizarse y alzar su voz frente a los sectores patronales. Fue un documento clave que en su hora fue percibido como histórico, dado que no sólo tocaba temas de enorme actualidad e impacto social, sino que además ayudaba a *aggiornar* la imagen de la Iglesia católica en Occidente.

Era un gesto importante, pero sin embargo se trataba de una respuesta que llegaba bastante tarde, más de un siglo después de la propia revolución industrial. Además, el socialismo llevaba décadas de desarrollo a esa altura del partido y en algunos países había logrado organizar sólidas estructuras obreras. De tal manera que el catolicismo social que se desarrollaría bajo la sombra de la encíclica *Rerum Novarum* se encontró disputando el terreno con el socialismo, en una batalla que tenía mucho de desigual. Ahora bien, el catolicismo social no sólo tuvo que competir con tradiciones obreras preexistentes, muchas de ellas con vasta experiencia de lucha, frente a las cuales la iniciativa católica se mostraba novel e inexperimentada, sino que, además, para peor, debió enfrentarse a las reticencias de los sectores más conservadores dentro del propio catolicismo, que veían a estos grupos de católicos sociales como “peligrosos” o “rojos”. Los sectores católicos más tradicionales, muchos de ellos pertenecientes a círculos otrora aristocráticos, veían a sus principales exponentes como amenazadores, como puede verse a través de la vasta reacción que suscitó en Francia el movimiento conocido como *Le Sillon*, cuyo principal referente fue Marc Sangnier, cuando a comienzos del siglo XX se acercó a barriadas obreras y recibió como recompensa la condena episcopal. Los ejemplos de este tenor pueden multiplicarse: las asociaciones católicas de perfil obrero (aunque sólo fuera por su discurso) que comenzaron a conformarse en diferentes regiones de Europa occidental y América Latina despertaron reticencia en los sectores más conservadores del catolicismo, una desconfianza que parecía destinada a perdurar.

En la Argentina, la cuestión no fue menos difícil de zanjar. La incorporación de la agenda social en el catolicismo universal se producía a través del impulso llegado desde la Santa Sede. Si bien es cierto que existieron iniciativas socialcristianas locales que precedieron a la encíclica *Rerum Novarum*, lo cierto es que el catolicismo argentino de fines del siglo XIX no parecía muy permeable, en general, a esta cuestión. En parte porque había cuestiones más urgentes en la agenda, como por ejemplo la necesidad de adaptarse a la nueva realidad de las leyes laicas introducidas en la década de 1880 (matrimonio civil, educación laica, registro estatal), en parte también porque quienes encabezaban el movimiento católico y de alguna manera llevaban su agenda eran un neto exponente de un catolicismo de caballeros de tipo notabiliar, tal

como podía advertirse a través de su pertenencia a círculos más bien elitistas, poco permeables a la situación social de trabajadores, campesinos criollos o indígenas, inmigrantes pobres o desempleados. Sea como fuere, pues, la introducción del catolicismo social en la Argentina se produjo con altibajos, de ahí la dispar presencia de las asociaciones dedicadas a atender las demandas sociales de los trabajadores católicos en todo el territorio. No se aceptaba fácilmente la propia existencia de asociaciones que parecían portadoras de un carácter obrerista, de ahí que se reclamara una fuerte tutela por parte de los sectores patronales en las nuevas organizaciones católicas. Y eso al precio de dejar de lado el hecho de que la *Rerum Novarum* tenía un marcado sesgo eurocéntrico, puesto que era propia de países consolidados en su industrialización y no era fácil de adaptar a realidades sociales marcadas todavía por el predominio del mundo rural como sucedía en América Latina.

A lo largo del siglo XX, sin embargo, la modernización social, la expansión de los derechos tanto individuales como colectivos, el creciente protagonismo de la mujer, de los jóvenes, de las clases medias y de los propios obreros, si bien por supuesto con variaciones en función de la coyuntura política de la hora, modificó las cosas y obligó a abordar la cuestión social con enfoques renovados. Desde la Primera Guerra Mundial, de hecho, se percibieron tensiones que recorrieron el catolicismo social en la medida en que, en la Argentina, la sociedad se complejizaba y las transformaciones de la economía hacían sentir su impacto, situación que se agravó, en especial, luego de la crisis de 1929. En este contexto, el catolicismo social verificó un proceso de renovación y, al mismo tiempo, de creciente legitimación dentro de las propias jerarquías católicas que, sin embargo, no se habían mostrado hasta allí mayormente proclives a alentar movimientos católicos de composición obrera. Claro que de todas formas continuó habiendo reticencias, así como también temores a cualquier tipo de plebeyización que pudiera producirse en el catolicismo argentino. Sin embargo, ya no se podía ir contra la corriente en una época en la que incluso la Iglesia católica alentaba la expresión de las masas en sus principales festividades religiosas del siglo XX, a saber, los congresos eucarísticos. Abrir la caja de Pandora del catolicismo de masas tenía un alto precio para un movimiento como el católico que, en la Argentina en particular, había tejido durante la *belle époque* estrechos vínculos con las aristocracias terratenientes y a duras penas había salido del cascarón notabiliar.

Este artículo –en clave de ensayo– se organiza del siguiente modo: en primer lugar, se analizan algunos momentos clave en la historia de los Círculos de Obreros fundados por Federico Grote a través de los cuales se pueden advertir los conflictos que debió sortear el primer catolicismo social. Luego, se analizan las transformaciones que atravesó el catoli-

cismo social en el período de entreguerras cuando procuró adaptarse a los desafíos proporcionados por los cambios en la estructura social y fue capaz de dar lugar a algunas respuestas novedosas: así, por ejemplo, la incorporación de la mujer, hasta entonces bastante marginal, o de los jóvenes, e incluso la misma necesidad de reconocer una mayor autonomía de los obreros en la representación de sus intereses. Por último, y a modo de conclusión abierta, se sugieren las limitaciones del catolicismo social frente a la complejización de las demandas y los derechos sociales en el siglo XX a pesar de los vastos esfuerzos que hizo la propia Iglesia por *aggiornar* su mirada acerca del problema, desde el papa León XIII hasta Francisco.

Círculos de Obreros: alcances y limitaciones

Ya sea que se los considere una respuesta defensiva ante el avance socialista, anarquista o comunista; ya sea que se les reconozca una significación que va más allá de ser una reacción al “temor rojo”, los Círculos de Obreros constituyen un tema bastante transitado en la historiografía (Auza, 1987; Vidal, 2006, entre otros trabajos). Ahora bien, no debe confundirse a los Círculos de Obreros con sindicatos, dado que no defendían intereses sectoriales organizados en torno de un oficio o lugar de trabajo, sino que se organizaban como cualquier otra organización del laicado católico a partir de la célula básica compuesta por la parroquia. El hecho de que se establecieran por parroquia, es decir por barrio, favoreció su aspecto no clasista dado que estaban abiertos a todos los hombres del barrio, sin importar su actividad laboral –las mujeres no fueron incluidas como beneficiarias de la asociación, ni siquiera las trabajadoras domésticas, a las que se intentó llegar poco y mal–. Tan sólo en los barrios de composición obrera marcadamente homogénea los Círculos de Obreros llegaron a adquirir una connotación clasista –así el caso de la barriada de Avellaneda, donde el catolicismo social desplegó una amplia labor, encabezada por el cura lugareño Bartolomé Ayrolo hacia 1900–. Pero en general esto era más la excepción que la regla, en especial en la ciudad de Buenos Aires. Así, la composición social de los Círculos fue desde un comienzo interclasista, rasgo que habrá de procurar mantenerse a lo largo del tiempo. Abogados y otros profesionales compusieron el núcleo fundador del primer círculo, como es el caso del doctor Santiago O’Farrell, que llegó a ocupar una banca en la Cámara de Diputados, en 1904, en la misma elección por circunscripciones uninominales que le daría un escaño al socialista Alfredo Palacios.

Un reglamento de los Círculos de 1896 distinguía tres categorías de socios, jerárquicamente considerados: honorarios (los notables de la asociación), protectores (que oficiaban de mecenas y colaboraban

generosamente) y activos (los verdaderos cotizantes, pero con módicas cuotas). Los ingresos obtenidos se destinaban a varios fines: realizar actos festivos, con conferencias y otras actividades, para los socios y sus familias (a ellos sí podían acompañar las mujeres); socorro mutuo en caso de enfermedad, con servicios de farmacia (en principio, los servicios prestados eran bastante rudimentarios, pero con el correr del tiempo, se complejizaron, en consonancia con los progresos habidos en la salud pública); gastos de entierro y funerales, para lo cual se erigiría un panteón; fundación de escuelas, en especial para adultos (hubo mujeres de elite que apadrinaron estas iniciativas); cajas de ahorro; bandas de música y agencias de colocaciones para desempleados.¹ Contemplaron también proyectos para atender el problema de la vivienda obrera. Por su composición interclasista y por las funciones que atendía, pues, los Círculos se parecían más a una mutual –similar a tantas otras que existían en Buenos Aires para la misma época, comenzando por las que establecieron las distintas comunidades de inmigrantes– que a un sindicato obrero.

De hecho, en los Círculos existían fuertes reticencias a aceptar la idea de formar sindicatos católicos, y más si estos adoptaban un perfil obrerista, puesto que se temía que se los confundiera con sociedades “de resistencia”, y que no gozaran de la respetabilidad que los notables esperaban de una organización “obrero”, pero católica. Más contundente era todavía su desconfianza hacia cualquier medida de fuerza. Estas reticencias hacían pasar a los Círculos por puramente amarillistas, en especial en la prensa socialista. En más de un sentido lo eran, pero está claro que los Círculos tampoco se agotaban en ello. Jugaron un papel muy activo en la promoción de legislación obrera, para lo cual elevaron un sinnúmero de petitorios al Congreso en pos de normas que limitaran la extensión de la jornada laboral, el trabajo de mujeres y niños, el descanso dominical, entre otros ítems. Optaban por la vía legal y negociada, antes que cualquier medida de fuerza en la que evitaban recaer a toda costa. El desarrollo de ideas reformistas en la elite del 900 ayudó a que la postura socialcristiana encontrara eco en los primeros años del siglo (Zimmermann, 1995). Pero, claro está, ello se produjo al precio de ganarse muchos enemigos. Los Círculos fueron acusados de ser los bufones de los patrones, una acusación que ponía en jaque mucho de su legitimidad: no pudo ser ignorada por sus voceros e intelectuales más lúcidos (Martín, 2012; Rapalo, 2012). Tanto es así que llegaron a tender lazos con el Jockey Club, que se comprometió a apadrinar algunas de

1. *Reglamento de los Círculos de Obreros de la República Argentina*, Buenos Aires, Tipografía Salesiana del Colegio Pío IX, 1896.

sus iniciativas.² No ha de extrañar, pues, encontrar en *Caras y Caretas* las noticias de los diferentes eventos organizados por los Círculos de Capital: *promenades-concerts*, conferencias, actos sociales. Claro que desde otra óptica a esto mismo se lo denunciaba como paternalismo. La fuerte presencia que las elites sociales y políticas tenían en los cargos directivos de los Círculos no dejaron de provocar tensiones: había quejas recurrentes porque los obreros ocupaban sitios incómodos en las asambleas, mientras que se reservaban los mejores a los doctores de las comisiones directivas.³ Por muchas razones los Círculos se toparon con dificultades. En Buenos Aires, tan sólo las parroquias de la Concepción, Belgrano, Santa Lucía, San Cristóbal, Balvanera, Palermo y Flores habían constituido su respectiva sede para 1905, a la que debe sumársele el Círculo Central –llevaba este nombre la primera fundación, que databa de 1892 y que en 1907 se mudaría a Junín 1063, una sede austera pero elegante, costeadas en buena medida por la señora Elortondo de Ocampo-. En el interior, su presencia se concentró en las ciudades de mayor peso, en especial, capitales de provincia, pero no fue más allá: rara vez alcanzó ámbitos rurales, si bien en Tucumán se conformaron algunos círculos en los ingenios azucareros (Roselli, 2009). La distribución a lo largo del país fue desigual. Para su legitimación se recurrió a las autoridades eclesiásticas, que le prestaron su apoyo, incluso muchas veces con la presencia de los sucesivos nuncios. Sobre estas bases, procuraron presentarse como una asociación católica de alcance nacional, la primera de este tipo que celebraba congresos regulares, tenía estatutos propios y se extendía por todo el país.

Sin embargo, fueron insuficientes para integrar y nacionalizar el catolicismo argentino. Éste se hallaba atravesado por varias líneas de falla que impedían su reducción a la unidad. Por un lado, cuenta el hecho de que los Círculos de Obreros integraran poco y mal a las mujeres. Grote fundó los Círculos como una asociación eminentemente masculina, en la que las mujeres tan sólo podían participar en sus actividades sociales, no así en las demás. Siquiera estaban autorizadas a asistir a las peregrinaciones que los Círculos organizaban anualmente en Luján: “solo hombres”, se publicaba a modo de advertencia en la prensa católica. Tan sólo cuando Miguel De Andrea comenzó a officiar de secretario del Círculo Central, en 1902, comenzó a abrirles muy lentamente las puertas a las mujeres. Pero ya era tarde para intentar borrar la impronta masculina que Grote les dio a los Círculos de Obreros. Claro que la distinción según género no debería sorprender, puesto que era sumamente frecuente en la época, y más en ámbitos católicos, por tradición conservadores en

2. “En pro de los obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 19 de septiembre de 1905.

3. Un ejemplo: *El Pueblo*, 15 de septiembre de 1907.

cuestiones de género. Los clubes católicos de caballeros y sus cofradías, los sucesivos ensayos de conformar un partido político católico –un terreno eminentemente masculino, en la época–, las conferencias y peregrinaciones sólo para hombres, etc., dan cuenta de la existencia de un catolicismo masculino difícilmente integrado que se maneja con sus propios códigos, algunos más caballerescos, más burgueses, otros más plebeyos. Esto no significa que, de tanto acercarse a las elites, los Círculos se apartaran de la acción social entre los sectores populares. Se preocuparon por el alza en los precios de los productos básicos que consumían las familias más humildes y fomentaron el cooperativismo, a fin de poder proporcionar precios más ventajosos que los que ofrecían las tiendas comerciales. El cooperativismo se hallaba en franca expansión, tal como puso en evidencia en 1911 la fundación del Museo Social Argentino, que abogaría por un abandono del liberalismo doctrinario, en pos de introducir moderadas reformas e iniciativas inspiradas en el colectivismo y el mutualismo (Zimmermann, 1995: 74-78). En neta sintonía con estas tendencias –los lazos entre el Museo Social y el catolicismo fueron muy estrechos–, los Círculos de Obreros fundaron en 1912 “La Cooperación”, una cooperativa que ofrecería alimentos con descuentos de al menos un diez por ciento. Siempre con sesgo reformista, alentaron la legislación social en torno de diferentes temáticas: fijación de la jornada laboral, respeto por el descanso dominical (un reclamo de larga data, ya fuere con argumentos teológicos o higiénicos, puesto que en este punto ambos se solapaban sin provocar estridencias), protección al trabajo de niños y mujeres, jubilaciones, seguros de enfermedad y accidente, vivienda y establecimiento de agencias de colocaciones reconocidas por el Estado.⁴ El arribo de Arturo Bas y Juan F. Cafferata a la Cámara de Diputados en 1912 permitió que muchas de estas demandas encontraran eficaces tribunos parlamentarios; la labor de los diputados cordobeses del Partido Constitucional (católico) guardó estrecha relación con los reclamos de los Círculos de Obreros en más de un sentido.⁵

Por otro lado, en 1912, la llegada a los puestos directivos de los Círculos de monseñor Miguel De Andrea como director espiritual, y de Alejandro Bunge, que quedará a cargo de la Junta de Gobierno de la institución, no puede ser minimizada, puesto que Bunge era colaborador del Departamento Nacional de Trabajo (DNT). Las nuevas autoridades, que dieron lugar a recelos por parte de quienes hubieran preferido la

4. “Legislación obrera. Proyectos de ley que esperan la sanción de la Cámara”, *El Trabajo*, agosto de 1913, pp. 1-2.

5. *Acción parlamentaria del Dr. Arturo M. Bas, diputado nacional por Córdoba (1912-1916)*, Buenos Aires: Talleres Rosso, 1915.

continuidad de Grote, su fundador, en lugar del joven De Andrea, a quien se acusaba de dar prioridad a sus contactos entre las clases altas, debieron atajarse de las críticas que rondaban la institución. No ignoraban las acusaciones de ser amarillistas y de estar atados al paternalismo de los patrones. Contra ello, Bunge propuso que los propios obreros tuvieran participación a nivel directivo en los Círculos de Obreros, y que los altos cargos no quedaran confinados en manos de los notables, como había ocurrido hasta ahí.⁶ Los nuevos dirigentes alentaron también la formación de “verdaderos” sindicatos según se decía, algo que durante la gestión de Grote había provocado áridas discusiones. Desde 1912 se proyectó establecer una federación sindical asociada a los Círculos, que recién sería fundada en 1917 bajo el nombre de la Federación Profesional Argentina (FPA). En ella prevaleció un tono conservador, como era de esperar: la aceptación de los sindicatos como vía válida para los reclamos de las clases trabajadoras conviviría con la condena hacia la huelga, en tanto que medida de fuerza gremial. Como dijera el propio De Andrea, años después, se trataba ante todo de armonizar capital y trabajo: “les hablábamos de deberes más que de derechos” (De Andrea, 1945: 163-164).

Bajo la dirección de De Andrea, se afianzó la difusión de valores patrióticos en los Círculos de Obreros. Este sesgo no era nuevo —el canto del Himno Nacional estaba integrado a sus actividades—, pero De Andrea se encargó de recalcar la necesidad de izar la bandera en las fiestas cívicas y ofrecer conferencias de contenido patriótico. Era la asociación católica que se encontraba mejor preparada para difundir valores patrióticos y nacionalistas, gracias a su composición interclasista, a la vez que cosmopolita: puesto que no estaban atados a ninguna identidad étnica, regional o de clase, podían colocar por encima la bandera argentina. No debería sorprender en este contexto de fuerte impulso nacionalista que una institución como los Círculos de Obreros viera con malos ojos el crecimiento de la inmigración y sugiriera la necesidad de establecer trabas legales al ingreso de extranjeros, puesto que los consideraban causa directa del aumento de la desocupación: el boletín *El Trabajo* no vaciló en privilegiar la mano de obra nacional en desmedro de los extranjeros, que antes de la Primera Guerra Mundial llegaron al país masivamente.⁷ La relación de los Círculos de Obreros con las mutuales

6. “Círculos de Obreros. Discurso del Ingeniero Alejandro Bunge”, *El Trabajo*, septiembre de 1913, pp. 5-7. Las tensiones entre los notables en las organizaciones católicas y las presiones democratizadoras también se observan en el Partido Constitucional. Véase Castro (2013) y Lida (2013).

7. “Para la mejor organización del mercado de trabajo”, *El Trabajo*, julio de 1913, pp. 1-2.

de inmigrantes, frente a la presión de los extranjeros para integrarse al mercado laboral, no fue, pues, fluida. Los Círculos no desatendieron la necesidad de integrar a los inmigrantes católicos, en especial, a los italianos, de ahí que (durante la gestión de De Andrea, una vez más) comenzaron a ofrecerles agencias de colocaciones en su propio idioma para facilitarles la búsqueda de empleo, pero la iniciativa no tardó en despertar suspicacias en las mutuales italianas, que vieron esto como una amenazadora competencia.⁸ Era un primer intento, si bien tardío, de atender a los inmigrantes por parte de una organización mutual de valores nacionalistas como fueron los Círculos de Obreros que, así, pusieron en evidencia algunas de sus limitaciones. Otra novedad que trajo consigo la nueva gestión fue la intención de interpelar mejor a las mujeres, con quienes De Andrea tendió estrechos lazos desde comienzos de siglo, pero sin que se les reconociera lugar alguno en los Círculos. Ahora bien, la incorporación de Celia Lapalma de Emery, una figura destacada de la labor socialcristiana femenina, como colaboradora estable en el boletín de los Círculos, no es un dato insignificante. Lo mismo cabe decir de la colaboración que le prestaron a la Caja Dotal de Obreras, una iniciativa de María Unzué de Alvear para promover el ahorro y las “sanas” costumbres entre las trabajadoras. Aún con todas sus limitaciones, la agenda de las décadas subsiguientes quedó trazada durante la década del Centenario: darles a los obreros más participación en los puestos directivos, así como también reconocer las necesidades específicas de los recién llegados al mercado de trabajo, sean inmigrantes o incluso los jóvenes, de la misma manera que las de las mujeres fueron los principales desafíos de los años de entreguerras.

Se abre la caja de Pandora. Las transformaciones de entreguerras

Las transformaciones sucedidas en el seno de los Círculos de Obreros en las primeras décadas del siglo XX son sintomáticas de lo que a más vasta escala se estaba produciendo a su vez en el catolicismo todo. Un proceso a través del cual una asociación de varones, que se conformó en estrecha vinculación con las elites socioeconómicas del país, terminó democratizándose contra su pesar en su funcionamiento interno, lo cual abrió el paso a que en las cúpulas directivas se integraran personas provenientes de una extracción social propiamente obrera. Se trata de obreros y afiliados que atravesaron el proceso de integración a una mutual de carácter interclasista, que a su vez se caracterizó, también, por recalcar y transmitir valores nacionalistas a través de sus rituales,

8. “Contra los Círculos de Obreros”, *El Trabajo*, enero de 1913, p. 5; “Los Círculos en Roma”, *El Trabajo*, marzo de 1913, pp. 1-3.

movilizaciones y otras expresiones de pedagogía cívica. Y naturalmente, estas transformaciones se hicieron visibles, también, en la fisonomía de las peregrinaciones y movilizaciones públicas de esta organización católica: si hasta los años de la Primera Guerra Mundial los Círculos solían sacar a la calle sus figuras más conspicuas, compuestas por caballeros ataviados de galera y guantes, muy cercanos a las élites sociales y políticas, con el correr de los años, y en especial luego de la Ley Sáenz Peña y la democratización que le sucedió, las columnas se volvieron menos solemnes, más plebeyas, incluso más recias. Así, pues, una organización que en el catolicismo del 900 había sido clave para sacar el catolicismo a la calle en compactas columnas quedó trastocada *vis-à-vis* las transformaciones sociales de entreguerras, que dieron lugar a una dinámica de movilización social y política propia de los más modernos centros urbanos (Lida, 2016: 15-38).

En este contexto, se dieron una serie de cambios estructurales que apuntarían a transformar de raíz el perfil tradicionalmente paternalista de los Círculos de Obreros. La reestructuración interna, que había recibido sus primeros impulsos en 1912, se afianzó luego de 1917 una vez que los Círculos se lanzaron a la conformación de los primeros sindicatos, que se nuclearían en la Federación Profesional Argentina. (Puesto que los Círculos desde sus orígenes habían sido remisos a organizar sindicalmente a los trabajadores, la iniciativa tardó mucho en arraigar; de todas maneras es necesario reconocer que en el seno de la FPA era toda una innovación que se propusiera instaurar la representación obrera por rama de actividad, como si se tratara de “gremios de verdad” [sic], según se dijo en la reunión inaugural de esta nueva entidad gremial católica.)⁹ No es de extrañar que en las movilizaciones de los Círculos de Obreros adquirieran creciente centralidad a partir de aquí los reclamos sindicales y laborales: jubilaciones para trabajadores (ferroviarios, gasistas, entre otros), leyes que regularan el funcionamiento de las agencias de colocaciones, la plena vigencia de la ley de Casas Baratas que había sido impulsada por Bas y Caferatta, el reclamo de restringir la exportación de alimentos a fin de que no se encarecieran los precios en el mercado interno, entre distintas demandas de contenido social que enarbolaban a partir de 1916.¹⁰ Pero sin duda el cambio más significativo fue el que se verificó en la composición de la propia asociación católica, puesto que –finalmente– se admitió por primera vez el reclutamiento de obreros para los cargos directivos de la asociación. Ello hizo posible que el obrero

9. “Federación Profesional Argentina”, *El Pueblo*, 2 de agosto de 1917, p. 1; *El Pueblo*, 12 de mayo de 1917.

10. *El Pueblo*, 18 de noviembre de 1916; *El Pueblo*, 17 de mayo de 1917, entre otros ejemplos.

gráfico Carlos Conci –fue, además, propagandista socialcristiano de tono radicalizado– fuera designado en 1920 jefe de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros: por primera vez los Círculos pasaron a estar dirigidos por figuras provenientes de la clase obrera, lo cual ayudaría, se supone, a barrer con el carácter paternalista al que habían estado atados desde su fundación. Se habló, de hecho, de una depuración en el seno de la propia institución porque –según ahora se admitía– los Círculos habían sido netamente “conservadores” en sus orígenes.¹¹ (No debe leerse esto, sin embargo, como un corrimiento de los Círculos hacia la izquierda, puesto que adhirieron sin vacilar a la Internacional Blanca, conformada por partidos conservadores y cristianos en Europa en la primera posguerra, con el neto propósito de contrapesar el influjo de la revolución soviética.¹² En este sentido, no es casual que los Círculos encabezaran una colecta por la Rusia “martirizada por los bolcheviques”, en el transcurso de 1930. El cambio solamente involucró a la composición social de los dirigentes, que ahora tendrían un perfil menos elitista.)

Ello repercutió en el estilo de las movilizaciones que los Círculos realizarían en el espacio público a partir de esta fecha. Un dato elocuente fue que, a partir de 1921, y por iniciativa de Carlos Conci, los Círculos comenzaron a celebrar en las calles, con movilizaciones públicas, el 1 de mayo, en un neto afán por arrebatarse a las izquierdas la celebración de esta fecha. La movilización iba acompañada además de petitorios que entregarían al Congreso Nacional donde se reclamaba, en nombre de la justicia social, leyes que regularan la jornada de trabajo y los salarios, además del descanso dominical porque, se argüía, las disposiciones vigentes rara vez se cumplían en la práctica. La convocatoria para el 1 de mayo tuvo altibajos a lo largo de los años 20, pero de todos modos los Círculos procuraron alcanzar una cierta presencia en las calles, con oradores de barricada como el aguerrido sacerdote Dionisio Napal y el joven Virgilio Filippo, acompañados de consignas militantes, símbolos nacionales y toda la parafernalia de la incipiente política de masas, que incluía banderas, tribunas, oradores previamente designados, etc. Entre las consignas que se utilizaban para movilizar las filas se contaban “Dar por Cristo la cara”, “Proletarios del mundo, uníos en Cristo”, entre otras, que apelaban al carácter obrero y masculino de sus participantes. El hecho de que desde 1920 las autoridades de los Círculos estuvieran conformadas por personas de origen social propiamente obrero reforzó su carácter viril, puesto que no estaba en manos de caballeros aburguesados, como antaño, sino de trabajadores que podían ofrecer una

11. *El Pueblo*, 5 de agosto de 1923.

12. *La Obra de los Círculos de Obreros. Características. Organización. Programa*, Buenos Aires, Junta de Gobierno, 1925.

imagen de mayor reciedumbre. En los años sucesivos, no tardaremos en encontrarnos con el lamento de Leonardo Castellani por la excesiva feminización del catolicismo, al precio de poner en jaque su virilidad, un lamento que calzaba bien con el aire que se respiraba en una tradicional asociación masculina como los Círculos de Obreros (Caimari, 2005). En este sentido, véase un aviso por el cual los Círculos invitaban a asistir a una de sus habituales movilizaciones, que no iba dirigida a sus socios pura y exclusivamente, sino a todos los varones católicos:

¿Es Ud. hombre de pelo en pecho? ¿Capaz de enrostrar a sus adversarios que le escarnecen y que se burlan por su piedad, por su fe y por su doctrina? Forme en las filas de los Círculos de Obreros. [...] Ud. y sus amigos no deben faltar a esta cita de honor. Que nadie falte.¹³

Si estas eran algunas de las consignas a las que apelaban para movilizar sus filas, está claro que la apropiación del 1 de mayo como fecha de alto valor simbólico para la movilización obrera católica no podría despojarse de su aspecto militante y combativo. Sin embargo, al mismo tiempo los Círculos también procuraban darle respetabilidad a una fecha clave para la movilización obrera que en el pasado había estado asociada a la violencia, imagen que ahora se quería dejar atrás, gracias a la incorporación de valores y símbolos nacionales en el festejo obrero católico. “Por todo ello, los Círculos de Obreros han visto con agrado la generalización de la Fiesta del Trabajo y han aplaudido el acto por el cual los poderes del Estado [...] la han aceptado y reconocido oficialmente”.¹⁴ Una sucinta explicación del sentido de estas movilizaciones aclaraba que:

A medida que se cristianizaba, la fecha [1 de mayo] iba perdiendo su característica netamente revolucionaria, para ser aceptada sin reservas por los obreros que tienen inscriptos en su programa los principios de la democracia cristiana [...]

Fue así que se preparó una movilización y desfile por la vía pública, previas conferencias y concentraciones, finalizando con una exteriorización de fuerzas en la Plaza del Congreso que se levantaron dos tribunas para los oradores. Era la primera vez en la Argentina y seguramente en América que en el día 1 de mayo masas obreras desfilaban por las calles precedidas por la bandera nacional y que, una vez concentradas, dejaron oír con voces marciales y viriles la canción patria. [...] De los

13. “Aviso”, *El Pueblo*, 29 de marzo de 1923.

14. “Los Círculos de Obreros y su concepto del 1 de mayo. Un manifiesto público”, *El Pueblo*, 29 de abril de 1926.

balcones y aceras partieron abundantes los aplausos y las flores, estas últimas arrojadas por manos femeninas.¹⁵

Si el intento de hacer suya la fiesta obrera llevaría a que en los Círculos recrudesciera en la década de 1920 tanto la movilización de masas como la retórica militante, con especial éxito entre los sectores más jóvenes del movimiento socialcristiano (no es casual que en 1930 los Círculos de Obreros se lanzaran a proyectar la fundación de su rama juvenil, que más tarde sería establecida con el nombre de Vanguardias Obreras Católicas), de todas formas ello no sería suficiente para darle a los Círculos de Obreros un papel protagónico en el catolicismo de masas propio de la década de 1930. Cabe aventurar que su carácter netamente masculino fue un fuerte obstáculo en este sentido. En la década de 1920, las mujeres católicas ganaron intenso protagonismo en la movilización callejera (ya fuere la rama femenina de la Unión Popular Católica Argentina, la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas impulsada por Monseñor de Andrea, entre otras asociaciones católicas que le confirieron a la mujer un lugar protagónico, incluso en puestos directivos, y, más tarde, en la década de 1930, en la Acción Católica Argentina, cuya rama femenina fue muy influyente en las jerarquías eclesiásticas), pero los Círculos se mostraron igual de remisos que antaño a acogerlas en su seno. El protagonismo femenino de muchas de las columnas que asistieron al Congreso Eucarístico Internacional de 1934, como se advirtió en las fotos del evento, donde abundaban las mujeres cubiertas con mantilla, eran todo un desafío para las organizaciones de varones: de hecho, en el marco del Congreso, los hombres tan sólo conservaron un espacio propio y exclusivo en la procesión y comunión nocturna que se celebró en una de las veladas más recordadas de aquel evento.

Pero quizás el desafío más prominente fue el que provino de los jóvenes obreros, en especial a partir de la década de 1930. La incorporación de la juventud como un colectivo específico cuyas demandas requerían en el seno de los movimientos católicos asociaciones especializadas fueron por primera vez reconocidas de manera oficial en 1919, un año después de la Reforma Universitaria, cuando se estableció la rama juvenil de la UPCA, Unión Popular Católica Argentina, una estrategia de la Iglesia para llevar adelante, desde arriba, un proceso de centralización por sobre las innumerables –si bien dispersas y desarticuladas– organizaciones del laicado. Fue entonces que se estableció la Liga Argentina de la Juventud Católica, de varones solamente, una de las ramas más innovadoras y

15. Norberto S. Repetto, "Fiesta de guerra trocada en fiesta de paz", *El Pueblo*, 1 de mayo de 1930.

originales de la UPCA, que organizaba viajes, campamentos, actividades deportivas y recreativas para jóvenes.¹⁶ La UPCA fracasó en su intento de aglutinar al laicado argentino y desembocaría en la década de 1930 en la creación de las ramas juveniles de la Acción Católica Argentina, que incluyó como novedad la incorporación activa de las mujeres, jóvenes y adultas. No obstante ello, el activismo juvenil cristiano no se detuvo; en los años 20 fue novedosa, por ejemplo, la creación de una asociación laica de mujeres jóvenes como *Noel* y, por otro lado, en especial, la creación de una rama juvenil en el seno de los Círculos de Obreros, bajo el nombre de Vanguardias Obreras Cristianas (VOC) (Lida, 2015).

La decisión de las autoridades de los Círculos de Obreros de abrir esta nueva rama se tomó en 1930, en coincidencia con la celebración de la primera Semana Mariana de la Juventud –gesto a favor de los jóvenes por parte del episcopado–. Todavía en 1938 la rama juvenil era un proyecto, pero a partir de ese año, y a la par de un complejo proceso de burocratización emprendido luego de la inauguración de su sanatorio en 1937, los Círculos apostaron a tentar a los jóvenes –hijos de obreros, aprendices o aspirantes– a través de diversas estrategias: la formación profesional y el adoctrinamiento ideológico, por supuesto, pero además la promesa de que la sola pertenencia a una asociación católica podría proporcionarles alguna ventaja a la hora de salir a buscar empleo. Además, se le dio impulso a la creación de una red de ateneos deportivos en Villa Devoto, zona norte del Gran Buenos Aires y otros barrios, que tenían buenas instalaciones, incluso con piscinas de natación, así como también se promovió la organización de campamentos recreativos. La rama juvenil se mostró pronto sumamente dinámica; el ejemplo de Joseph Cardijn, fundador de la Juventud Obrera Católica en Bélgica, que luego se expandiría a otros países, fue sumamente influyente. Cardijn alentaba la creación de organizaciones con líderes extraídos de las propias filas obreras. El perfil obrerista de la organización fundada por Cardijn despertó en Europa recelos y sospechas en la década de 1930: no faltaron las acusaciones de “cristianos rojos”, en especial durante el apogeo de los Frentes Populares. En la Argentina, sin embargo, las VOC creadas a instancias de los Círculos se apartaron del ejemplo de Cardijn a poco de andar, tanto es así que, en 1940, terminaron por conformarse dos entidades diferentes, las VOC, en el seno de los Círculos, y la Juventud Obrera Católica (JOC), ajena a los Círculos de Obreros, apadrinada directamente por el sacerdote belga.

La rama juvenil de los Círculos, en expansión gracias a la variada oferta de actividades que podía ofrecer a través de su red de ateneos

16. “Liga Argentina de la Juventud Católica. Partida del primer contingente de acampantes”, *El Pueblo*, 6 de enero de 1923.

deportivos, tuvo además fuerte presencia en las calles. Los Círculos habían incorporado a su calendario la movilización del día del trabajo, que celebraban ya fuera el tradicional 1 de mayo, o bien el 15 de este mismo mes (puesto que se cumplía el aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*). Ahora bien, las columnas callejeras estaban compuestas mayormente por los jóvenes, quienes ocuparon el espacio público con pancartas y reclamos obreros. El activismo juvenil, más intenso que en las ramas adultas, hizo posible que en 1942 las VOC elevaran un petitorio dirigido al Congreso nacional a fin de solicitar la sanción de una ley sobre trabajo juvenil y formación profesional, cuyo anteproyecto se encargaron también de redactar.¹⁷ Fueron recibidos por José Luis Cantilo, presidente de la Cámara de Diputados en ese momento y hombre cercano al movimiento socialcristiano. Y en marzo de 1943, los recibió el presidente Ramón Castillo, entre promesas de creación de escuelas de artes y oficios y otras iniciativas para los jóvenes. Al igual que las ramas de adultos de los Círculos de Obreros, las Vanguardias se movieron en las calles, así como también lo hicieron cerca del poder, en consonancia con las ramas de adultos de los Círculos, menos impetuosas en las calles tal vez, pero más diestras en sus gestiones políticas: se vincularon con sucesivos gobiernos de turno, interpelaron directamente a los presidentes de la “década infame” –en especial, Roberto Ortiz y Castillo, su sucesor, aunque también tuvieron trato regular años antes con Agustín P. Justo–, presentaron petitorios, respaldaron proyectos de leyes o solicitaron su sanción.¹⁸ El importante número de proyectos de ley sobre temas sociales y laborales que se debatieron en el Congreso desde fines de los años 30 les ofreció un terreno apto para este tipo de intervenciones –también la Acción Católica se sumó a ello y en 1941 elevó al Congreso sus propios proyectos de ley–.¹⁹ Los vínculos con el poder no deberían sorprender puesto que históricamente los Círculos de Obreros se caracterizaron por cultivar valores tradicionales, tales como orden y disciplina, así como también las buenas costumbres. Pero en la década de 1940 la incorporación de obreros vestidos con mamelucos en los afiches de las VOC y la JOC marcaría un matiz importante: con ese gesto, se heroificaba al obrero, recio, viril, enérgico. Un mismo carácter debían tener sus cantos populares, atractivos, vibrantes. La juventud obrera católica estuvo, así, mejor preparada que las ramas adultas del

17. “Vanguardistas en la Cámara de Diputados”, *Lábaro*, septiembre de 1942, p. 2 del suplemento juvenil.

18. “Nota elevada a la Comisión de Legislación del Trabajo de la Cámara de Diputados”, *Lábaro*, julio de 1942, p. 3.

19. *Proyecto de ley de asignaciones familiares presentado al Congreso Nacional por la Junta Central de la Acción Católica Argentina*, Buenos Aires: ACA, 1941.

movimiento socialcristiano para recibir el peronismo; la JOC de Cardijn fue de hecho su aliada política y el sacerdote belga se entrevistó con Perón en reiteradas oportunidades.²⁰

Epílogo

A pesar de su resistencia inicial a la sola idea de conformar movimientos obreros católicos, el catolicismo social fue transformándose a lo largo del siglo XX, unas veces a la par de los propios cambios sociales, otras, en cambio, a la zaga, sólo una vez que se hizo evidente la constatación de que dichas transformaciones serían irreversibles, mal que les pese. En medio siglo, hemos visto que el catolicismo social argentino debió aceptar como un dato inexorable que los propios obreros tenían derecho a dirigir y decidir sus destinos en sus propias organizaciones socialcristianas, salir a la calle en fechas clave del calendario obrero, incorporar de una manera u otra a las mujeres a sus propias organizaciones, dar cobijo a los inmigrantes y defender sus reivindicaciones frente a los poderes públicos y conformar organizaciones específicas que atendieran las demandas de los jóvenes obreros que acababan de ingresar (o aspiraban a hacerlo) al mercado laboral. Para la década de 1940, la bandera de la justicia social había ingresado plenamente a las reivindicaciones católicas, incluso aquellas avaladas directamente por la jerarquía eclesiástica, en un gesto que rompía de cuajo con el pasado señorial y paternalista de las primeras organizaciones socialcristianas; ahora, en cambio, ellas se componían de quienes no tardarían en convertirse en simpatizantes peronistas, hablaban el lenguaje de los derechos sociales y trataban, al mismo tiempo, de defender su compatibilidad con los valores cristianos, de ahí que las mismas organizaciones juveniles que en 1945 aclamaron a Perón, poco después se ocuparon de defender la enseñanza religiosa obligatoria, sancionada por el congreso en 1947, sobre la base del decreto anterior del gobierno militar. En especial, hemos destacado el rol jugado por la JOC, el más lúcido ensayo de fundar un movimiento socialcristiano alejado de las jerarquías eclesiásticas más conservadoras. El movimiento fundado por el sacerdote belga tuvo amplia proyección internacional en Europa y América Latina, y rehuyó sistemáticamente las acusaciones de amarillismo. No obstante, el solo hecho de tener que salir a disputar el terreno frente a las izquierdas sometió al catolicismo social a una desgastante lucha de la que no siempre salió airoso.

El fin de la Segunda Guerra Mundial modificó sin embargo el tablero.

20. "Una prolongada entrevista mantuvo con el Presidente el canónigo Cardijn", *El Pueblo*, 28 de octubre de 1948, p. 1.

El catolicismo se alineó con Occidente en plena guerra fría y adoptó los valores democráticos; en América Latina y otros escenarios poscoloniales, a su vez, se aproximó incluso a las “nuevas izquierdas” de los años 60 y 70. Pero a partir de 1989 el colapso de la Unión Soviética instaló un nuevo escenario, que no pudo sino impactar hondamente en el catolicismo contemporáneo. Juan Pablo II celebró con una importante encíclica el centenario de la *Rerum Novarum*, en 1991, con la expectativa de que la doctrina social de la Iglesia ganara amplia legitimidad en un momento en que el capitalismo se quedaba casi sin antagonistas. Si todavía hasta la década de 1980 el catolicismo había debido lidiar con el fantasma del comunismo, la caída del muro fue una gran oportunidad para el catolicismo. No en vano el actual papa Francisco se plegaría tan efusivamente a celebrar el 25 aniversario de la caída de la Unión Soviética en 2014. Las consecuencias de la caída del muro, sumadas a la crisis del Estado de Bienestar, los fuertes avances del neoliberalismo desde la década de 1970 y las sucesivas crisis financieras, junto con los problemas sociales, humanitarios y ecológicos en economías cada vez más desreguladas, le presentaron al Vaticano una oportunidad que Francisco buscó aprovechar desde que accedió al pontificado con la intención de remozar el catolicismo social y ofrecerlo en una versión más apropiada para el siglo XXI, tal como se vio a través de su encíclica *Laudato sii*, que recogió argumentos provenientes de la tradición del viejo catolicismo social, remozados a su vez con los debates introducidos por los movimientos tercermundistas, ecologistas y humanistas de los años 60 en adelante.

Se trata de la misma versatilidad que el catolicismo social argentino había aprendido, a lo largo del siglo XX. Si bien a veces a desgano, esa plasticidad era fruto de una transformación sustantiva y fundamental que excedía, por cierto, al propio contexto argentino: en 1891, la cuestión social que tanto preocupaba a las elites se podía definir, ante todo, como una cuestión obrera, en tanto que lo que estaba en juego eran las condiciones de trabajo a la luz del proceso de industrialización. A lo largo del siglo XX, en cambio, el contenido de las reivindicaciones sociales se fue transformando en un sentido sustancial a tal punto que hoy en día no se habla de la cuestión social en tanto que cuestión pura y exclusivamente obrera sino, en un sentido más amplio, como una cuestión de dignidad humana, sin distinciones de clase, de género o de cualquier otro tipo. Esta resignificación de la cuestión social forma parte de una historia compleja e inacabada, que debe ser escrita plenamente para entender las transformaciones en el catolicismo social desde León XIII hasta Francisco; este artículo solamente intentó mostrar la historicidad de la cuestión social y las transformaciones sufridas en la primera mitad

del siglo XX en la Argentina, una base que puede ser útil para pensar las metamorfosis ocurridas de ahí en adelante.

Bibliografía

- Auza, Néstor Tomás (1987), *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Buenos Aires: Docencia-Don Bosco-Guadalupe.
- Caimari, Lila (2005), "Sobre el criollismo católico. Notas para leer a Leonardo Castellani", *Prismas. Revista de historia intelectual*, 9.
- Castro, Martín (2013), "Contra la apatía de los buenos: católicos y política partidaria en la ciudad de Buenos Aires, 1902-1918", *Boletín PolHis*, 11, primer semestre.
- De Andrea, Miguel (1945), "Europa, la Argentina, la familia", *Obras completas*, Buenos Aires: Difusión, vol. 3.
- Lida, Miranda (2013), *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo*, Buenos Aires: Edhasa.
- (2015), *Historia del catolicismo argentino. Entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2016), "Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas en Buenos Aires (1892-década de 1930)", *Anuario de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario*, 28.
- Martín, María del Carmen Pía (2012), *Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario-Buenos Aires, 1892-1930*, tesis de doctorado, UNR.
- Rapalo, María Ester (2012), *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Roselli, Silvana (2009), "Catolicismo social en el obispado de Pablo Padilla y Bárcena. Tucumán, 1897-1921", *Segundas Jornadas de Historia Social*, La Falda.
- Vidal, Gardenia (2006), "Ciudadanía y asociacionismo. Los Círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912", *Revista Escuela de Historia*, Universidad Nacional de Salta, 5.
- Zimmermann, Eduardo (1995), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana-Universidad de San Andrés.

Martín Mangiantini

Itinerarios militantes

**Del Partido Revolucionario
de los Trabajadores al
Partido Socialista de los
Trabajadores (1965-1976)**



El trotskismo constituye un modelo peculiar de la cultura política de las izquierdas a nivel mundial, y la Argentina representa un caso especial en esta historia global. El precoz surgimiento de la Oposición de Izquierda, en los años 30, le confiere la misma longevidad que tuvo el movimiento a nivel mundial. Pero la excepcionalidad está dada por la notable continuidad de su desarrollo y por el hecho de que en las últimas cuatro o cinco décadas se proyectó en una irregular pero firme tendencia al crecimiento, convirtiéndola hoy en la expresión hegemónica de la izquierda local, incluso considerando el más esquivo campo de la acción parlamentaria. La obra de Martín Mangiantini realiza un análisis particular en la historia de la corriente liderada por Nahuel Moreno, aportando elementos fundamentales para su conocimiento, relevados en los archivos de la propia organización y en una bibliografía exhaustiva, haciendo un recorte temporal en un momento clave de la historia argentina y de la propia historia de la izquierda: los años que van desde la dictadura de Onganía hasta el golpe de Videla de 1976.

El Círculo de Obreros de Rosario ante el conflicto obrero y la crisis económico-social (1928-1935)

María Pía Martín

UNR - CIESAL - ISHIR - Conicet
mpiamartin_00@yahoo.com.ar

Title: The Rosario Workers' Circle in the face of labor conflict and socio-economic crisis (1928-1935)

Resumen: Nos proponemos estudiar las estrategias político-ideológicas y las prácticas del Círculo de Obreros de Rosario (COR) frente a los problemas sindicales y políticos que ofrecía el espacio municipal rosarino entre 1928 y 1935. Desde sus orígenes el COR pretendía erigirse en referente de la clase obrera, dentro y fuera del campo católico. La prensa católica local llevó adelante el análisis de los conflictos iniciados hacia 1928 en Rosario y su zona circundante. Así el COR emprendió una campaña editorial destinada a trabajadores y ciudadanos católicos, en la que buscaba presentarse como una institución de orden identificada con la causa obrera.

Palabras clave: catolicismo social – política – conflicto – clase obrera

Abstract: The purpose of this article is to study the political-ideological strategies and practices of the Rosario Workers' Circle in the context of labor and political conflict within Rosario between 1928 and 1935. Since its inception, the Circle intended to establish itself as a model of the working class, both inside and outside of the Catholic sphere. The contemporary local Catholic press carried out an analysis of the disputes starting around 1928 in Rosario and its metropolitan area. In this way, the Circle began a media campaign directed at Catholic workers and citizens – the Circle meant to present itself as an institution of order that identified itself with the working class.

Keywords: Social Catholicism – politics – labor conflict – working class.

Recepción: 5 de abril de 2018. **Aprobación:** 1 de junio de 2018.

El Círculo de Obreros se radicó en Rosario en 1895, bajo la consigna de promover y defender los intereses de la clase trabajadora, oponiéndose a la influencia de las izquierdas y del liberalismo en todas sus formas. Desde su origen se presentó como una entidad católico-social que, no obstante su conocida actividad mutualista, pretendía erigirse en referente de legislación social y activismo en favor de los trabajadores, dentro y fuera del campo católico. Por tal motivo, fue definiendo posiciones frente a las huelgas. Si bien recurrió al envío de esquiroleros en el puerto de Rosario en 1901 y 1902, no dejó de reconocer la posibilidad de la huelga parcial, cuando su causa pudiera considerarse justa, de índole estrictamente laboral y una vez agotadas todas las instancias de negociación. Por el contrario, rechazaba la huelga general, si bien un sector de demócratas cristianos participó de ellas en los conflictos portuarios de 1905. Los Círculos de Obreros (CO) no admitían el sindicalismo de carácter clasista, con sentido revolucionario o de resistencia, pero promovieron el sindicato profesional, reconocido por ley y sujeto al arbitraje estatal. En la década del 20, el COR era uno de los más importantes del país (Martín, 2012).

Hacia 1928 la ciudad de Rosario parecía convulsionada por cambios derivados de la política provincial, por coyunturas electorales y por una creciente tensión en el mundo del trabajo. Ante estos hechos, el COR se mostraba dispuesto a ensayar nuevas estrategias políticas y profundizar diversas acciones para promover el reformismo social en el municipio. Dos periódicos vinculados a él, *La Verdad* y *El Heraldo*, siguieron el desarrollo de los conflictos desatados en 1928, que afectaron la ciudad y su zona circundante. A partir de entonces sucedieron algunas huelgas de envergadura, como las de portuarios y tranviarios, el cese de actividad en la Refinería Argentina del Azúcar, sumado a la preocupación por los productores de la región. En este contexto el COR emprendió una campaña editorial, de propaganda y actividades concretas, mediante las cuales pretendía incidir en el espacio público, a la vez que procuraba mostrarse a sí mismo bajo un prisma que encerraba una paradoja: ser una institución de orden identificada con la causa obrera.

El propósito de este trabajo es estudiar las estrategias político-ideológicas y las prácticas del COR frente a los problemas sindicales y a las posibilidades políticas que ofrecía el municipio entre 1928, año electoral y de conflictos sociales para la ciudad, y 1935, marcado por la intervención de la Provincia de Santa Fe. Ese arco temporal supone un contexto atravesado por la crisis económica mundial, un creciente desempleo a nivel local y la presencia de las izquierdas tanto en el ámbito laboral, como en el de la política municipal.

Antes de introducirnos de lleno en el tema, creemos necesario analizar

algunas ideas que circulaban entre sectores de la derecha de la época respecto de la democracia social.

Monseñor Gustavo J. Franceschi expresaba en su texto “Pan y democracia”:

Si algo ha de hacernos experimentar el deber urgente de contribuir a transformar la democracia individualista que hoy padecemos en un régimen de mayor justicia, lo será sin duda alguna ese símbolo de los padecimientos sociales, el pan que llevamos a nuestra boca. (Franceschi, 1936)

Franceschi, director de la revista católica *Criterio* entre 1932 y 1957, había participado desde joven de la democracia cristiana y sus organizaciones: Liga Democrática Cristiana, Liga Social Argentina, Círculos de Estudios Sociales e, incluso, Unión Popular Católica Argentina, antecedente de la Acción Católica (1931). No es extraño entonces que mostrara ese interés por la cuestión social. En el texto, un conflicto de panaderos servía de excusa para criticar a la democracia liberal y al capitalismo, reclamando cambios para lograr una sociedad y un régimen político contruidos sobre bases más justas. Sugería una mejor comprensión de los movimientos de masas que habían jalonado la historia desde la Revolución Francesa, indicando los límites de la “soberanía absoluta” del pueblo y de la idea de un “sufragio amorfo, igualitario y universal”. La democracia liberal le parecía incapaz de articular las demandas y necesidades que requería la sociedad respecto de las políticas estatales. Al contrario, sus limitaciones revelaban los desajustes de un estado social en crisis, un orden carente de equilibrio y de justicia: “nos hallamos ante el dilema de reorganización o barbarie”. Franceschi consideraba que la democracia individualista había abierto las puertas al capitalismo voraz de poderosos empresarios, de la banca internacional y de fuerzas económicas que avasallaban las naciones jugando “con vidas y haciendas” (Franceschi, 1936: 127).

Estas nociones se sostenían en la conocida crítica católica respecto del régimen liberal de gobierno, más un discurso anticapitalista presente también en los documentos papales (Pío XI, 1931). Si despejamos el componente moralizante de su discurso, su análisis dejaba translucir una idea de democracia fundada en el concepto de “bien común”, una democracia más orgánica, sostenida sobre reformas que permitieran articular demandas y necesidades sociales, a fin de que el Estado pudiera garantizar la paz social.

La preocupación por la justicia social no era exclusiva de los católicos. En 1928, una conferencia de J.J. Díaz Arana en Rosario, auspiciada

por el Partido Demócrata Progresista (PDP), se ocupaba de lo mismo.¹ Si bien para Franceschi el problema era la democracia individualista concebida en sí misma, para Díaz Arana la democracia era “el estado normal de la sociedad”. Sin embargo, en su perspectiva, una democracia auténtica no podía ser una simulación, ni su “corrupción demagógica”, tal como se veía en la práctica (Díaz Arana, 1928: 7).

En ambos textos resulta dificultoso discernir a la democracia en sí –como abstracción– de las prácticas democráticas y su cotidianidad. Pero también ambos coinciden en la preocupación por el malestar de la masa de trabajadores: “si la democracia da hoy a esa mayoría el medio de operar la transformación social a que aspira, fluye la inutilidad de la acción violenta [sic]” (Díaz Arana, 1928: 15). Díaz Arana expresaba una fe irrevocable en la democracia individualista y liberal dentro de la cual, sin embargo, podría gestarse una correspondencia entre esfuerzo y retribución, volviendo innecesario el socialismo. Y presentaba la justicia social como clave para detener a la izquierda y avanzar hacia la pacificación de la sociedad.

Situado desde la defensa de la igualdad individual que supone la democracia, proponía una visión más flexible de las clases sociales, pasibles de movilidad ascendente, a pesar de la inevitable jerarquía que derivaba de la división del trabajo; y una acción política que permitiría, a través de la legislación, sancionar normas adecuadas para los problemas que afectaban a los trabajadores asalariados. La cuestión social remitía al bienestar y éste era más que el valor del salario, suponía elementos que lo excedían sobradamente. Para Díaz Arana, además de la ley, el movimiento cooperativo y el movimiento sindical eran herramientas de “emancipación y liberación económica”. Por último, dado que en la democracia cabían todas las soluciones económicas, la opresión, la explotación y la inferioridad social de los obreros podía resolverse dentro de ella y no por fuera de la misma (Díaz Arana, 1928: 21-23).

Franceschi y Díaz Arana polemizaban con el marxismo, proponiendo una reforma legal y de funcionamiento del régimen político, pero uno lo planteaba por fuera de la democracia liberal y otro por dentro de ella.

Estos debates se dieron en Buenos Aires y Rosario en un contexto de crisis y de creciente insatisfacción social. La escalada de huelgas que se produjo en el sur de Santa Fe, con epicentro en Rosario, trascendió el plano local y encontró eco en la prensa nacional. Luego, el impacto de la crisis de 1929 en la Argentina mantuvo direccionadas estas preocupaciones que estaban ligadas a un nuevo estadio del capitalismo. Las

1. El folleto que hemos consultado no da referencias precisas, no obstante creemos que se trata de Juan José Díaz Arana, abogado dedicado a la economía política, quien presidió el Museo Social Argentino entre 1917 y 1918 (Zanzottera, 2015: 296-297).

tensiones suscitadas a partir de esto ponían a la vista la posibilidad de “corregir” el sistema democrático vigente en un sentido más social. Nos centraremos en los años que preceden a la recuperación económica (1928-1935) a fin de abordar el momento más crítico de la cuestión social y política en el orden local.

Rosario y el problema obrero

Desde mediados del siglo XIX Rosario vivió una rápida expansión gracias a la actividad de su puerto cerealista, que provocó un importante desarrollo comercial e industrial, además de constituirse en un punto clave de las líneas ferrocarrileras que recorrían la región. Todo ello dio lugar a la temprana presencia de una población obrera pluriétnica que fue desarrollando una experiencia sindical y política acorde con el crecimiento de una ciudad que se convirtió en el centro articulador de la economía del sur santafesino. Precisamente, la Refinería Argentina del Azúcar, los Talleres del Ferrocarril Central Argentino y el Puerto delimitaban tres puntos de alta concentración de trabajadores, dando origen a barrios y zonas típicamente obreras. Muy pronto la ciudad albergó las corrientes de izquierda que caracterizaron al movimiento obrero argentino. En particular, los anarquistas constituyeron la fuerza sindical líder entre los portuarios y en la Refinería. Pero en los años 20, se habían fragmentado en antorchistas y foristas, a la vez que la presencia de socialistas, sindicalistas y comunistas era significativa. La conflictividad en el plano laboral parecía distendida por condiciones económicas relativamente favorables y por las estrategias patronales empleadas en la región (Menotti y Videla, 2013). Sin embargo, 1928 abrió una serie de conflictos de gran densidad que se prolongaron durante 1929. Aquel año, la coyuntura electoral dio el triunfo al radicalismo yrigoyenista y, aunque las elecciones provinciales y municipales habían seguido el mismo sentido, una vez conquistado el poder, se produjeron otras fracturas dentro del partido gobernante. En los comicios municipales, por la aplicación de una nueva ley electoral, accedieron por primera vez al cuerpo deliberativo un concejal comunista y un socialista independiente.

La cuestión política que aquí planteamos es clave para comprender todas las dimensiones del conflicto a nivel local, tanto como las estrategias y perspectivas de los católicos del COR al llegar 1928. Por un lado, las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, la pobreza y el abandono de los barrios donde ellos se concentraban, eran motivo de reflexión y denuncia. Por otro lado, la conflictividad creciente en el campo sindical y las prácticas políticas del partido de gobierno dispararon una serie de acciones que evidenciaban el interés del COR por incidir en el espacio público mediante ideas, proyectos e iniciativas que

neutralizaran a la izquierda y contribuyeran a la “paz social”. A la vez, permiten explicar un giro de mayor dureza frente a la acción sindicalista en torno a mayo de 1928, momento en que cambiaron las autoridades políticas, según veremos más adelante.

Los periódicos *La Verdad* y *El Heraldo* fueron los principales portavoces del catolicismo social radicado en la ciudad. El primero de ellos era el órgano oficial del COR y había reaparecido en 1920 dando continuidad a experiencias anteriores. El segundo comenzó a publicarse en 1924, promovido por el obispo de Santa Fe y los demócratas cristianos vinculados al COR, tenía un perfil combativo e intransigente y se mantuvo hasta 1930 (Martín, 2014: 87-88). El enfoque de estos periódicos sobre los problemas del trabajo y la política local no estaba exento de una lectura crítica, de base moral y religiosa, ponía de manifiesto las tensiones de clase en las que todos estaban inmersos y permitía delinear un reformismo centrado en la “justicia social”.

En 1927 el periódico *La Verdad* denunciaba la generalización del trabajo de menores en comercios, fábricas, talleres y casas particulares, debido a las necesidades de las familias pobres, a riesgo de perjudicar el desarrollo de sus hijos. Fustigaba en primer lugar a los empleadores que especulaban con la miseria del prójimo; y en segundo lugar, al Estado y sus funcionarios, que no hacían cumplir las leyes, permitiendo la explotación de los niños en sus lugares de trabajo. *La Verdad* sostenía que, dadas las condiciones sociales, no se podría suprimir el trabajo infantil, pero al menos debían disminuirse los riesgos y efectivizarse las leyes protectoras.² Unos años después, el mismo periódico ataba la situación del niño y la mujer obrera a los males del liberalismo:

Nunca la sociedad, ni la familia se sintieron tan esclavos y humillados cuanto el liberalismo económico empujó a la mujer y al niño a la fábrica, obligados a trabajar en ellas para atender sus vidas y la de los suyos [...] Estos dos seres en el taller son un escarnio para la civilización, y un profundo agravio para la sociedad.³

La mujer no debía estar en el taller ni en la fábrica –“la mujer obrera es una lacra social”– porque su función era permanecer como “reina del hogar”, atendiendo a su familia.⁴ Y el niño, que era el futuro de la sociedad, debía formarse adecuadamente, preservar su salud e inteligencia, cultivarse en la escuela y en el ámbito familiar. Desde la

2. *La Verdad*, 10 de noviembre de 1927.

3. *La Verdad*, 15 de mayo de 1930.

4. *La Verdad*, 29 de septiembre de 1933.

perspectiva católica, el trabajo los ponía en riesgo moral. Esos niños, jóvenes y mujeres trabajadores que tanto preocupaban a los católicos, un año después invadirían la ciudad en las violentas jornadas de huelga de los años 28 y 29. En piquetes, manifestaciones y enfrentamientos, conformarían un colectivo inédito y ciertamente numeroso que se hizo visible al calor de la contienda.

Los barrios obreros también atrajeron la mirada del COR desde una perspectiva dual. A la vez que reivindicaba a la población pobre y trabajadora, apelaba al Estado para mejorar sus condiciones de vida, pues ello afectaba el desarrollo moral del pueblo trabajador. Si bien el periódico comenzaba por enaltecerlos:

Son los barrios obreros algo así como colmenares de las inteligentes y laboriosas abejas humanas, de esas abejas que elaboran el substancioso panal de la industria y del comercio. ¡Barrios obreros! Dichosas las naciones y las ciudades en las que abundan los colmenares del trabajo humano, nidos de forjadores de riqueza de todo género.

La existencia de esos barrios en una ciudad era indicio de laboriosidad, prosperidad y desarrollo, aditamentos que forjaban la imagen de urbe pujante que había construido la burguesía local sobre Rosario y que gozaba de un alto consenso dentro y fuera de ella. Pero, no obstante, había una percepción oscura sobre los populosos barrios obreros que distinguía *La Verdad*. Denunciaba desidia por parte de las autoridades locales: falta de vigilancia sobre su higiene, ausencia de educación, inexistencia de controles sobre la conducta, la economía y la previsión de sus habitantes. Y mencionaba al pasar que sólo se los atendía en coyunturas donde se requería el voto.⁵ El descuido moral aludía a dos cuestiones, la vivienda y la presencia de cafés, boliches y despachos de bebidas. Respecto de la vivienda, la nota al pie de una foto publicada en 1931 clarifica la idea:

Este no parece el cuadro propio de una ciudad civilizada y culta. Sin embargo es aspecto de un conventillo del Barrio Refinería, sucio, intolerable, hacinador de conciencias y como antesala del delito. En él la promiscuidad de los sexos y de las personas estimula el desarrollo de los instintos. El conventillo es un ultraje a la dignidad humana, además de ser un buen combustible para la rebelión y el desenfreno de las clases

5. *La Verdad*, 16 de febrero de 1929.

trabajadoras. Nosotros queremos casas y no pocilgas para los obreros y sus familias.⁶

Rosario, ciudad culta y progresista, requería la reforma social. El hacinamiento, la falta de espacio y de higiene, generaban promiscuidad y embrutecimiento, y eran caldo de cultivo para el delito y el conflicto social. La vivienda higiénica, con espacios interiores bien diferenciados, aireada y saludable para la clase obrera, era una preocupación muy antigua entre estos católicos sociales. Los primeros proyectos pergeñados se ubican a fines del siglo XIX, aunque también inspiraron la Ley de Casas Baratas de 1915 y, a fines de la década del 30, llevaron a la Acción Católica y al COR a realizar una campaña a favor de la Ley de vivienda rural.

Una severa crítica se volcaba respecto de los lugares a los que concurrían los obreros jóvenes y adultos para beber luego del trabajo. En el primer caso porque se distraían de su cultivo personal –estudiar, perfeccionar su oficio– y generaba hábitos de derroche y de imprevisión; en el segundo caso, porque el tiempo dedicado al alcohol y al juego se quitaba a la familia, y afectaba la imagen frente a los menores y la sociedad. Este punto del artículo parecía dirigido a los trabajadores católicos, a los que interpelaba para que mostraran una conducta ejemplar, pensando en un cambio cultural de las clases menos favorecidas.

Finalmente, ya en el contexto de la crisis económica, el periódico acusaba la existencia de “caravanas de hombres desocupados” que abundaban cerca de las líneas férreas y en el norte de la ciudad. Eran extranjeros jóvenes, aptos para el trabajo, que pasaban hambre y vivían en la calle, ante la indiferencia de los poderes públicos y de las instituciones sociales. Revelaban la cara más dura del desempleo que afectó a la región.⁷

Las huelgas de 1928-1929: acción obrera y política en la ciudad

El 2 de mayo de 1928 se inició una huelga en el Puerto de Rosario, dado que las empresas exportadoras priorizaban trabajadores afines frente a los obreros sindicalizados. A esto se sumaban los pedidos salariales y de mejoras en las condiciones de trabajo. La huelga provocó primero la solidaridad de otros gremios y luego se articuló con nuevos conflictos en el corredor portuario del sur provincial y, más tarde, en el ámbito del proletariado rural. El movimiento adquirió grandes dimensiones, sobre todo a partir de la muerte de la obrera textil Luisa Lallana

6. *La Verdad*, 30 de enero de 1931.

7. *La Verdad*, 27 de febrero de 1930.

a manos de un esquirol. La prensa de la época destacó la presencia de las compañeras, madres y hermanas de los obreros, que realizaron un manifiesto apoyando los reclamos de los hombres en paro. También repartieron propaganda a favor de los huelguistas entre los crumiros movilizados por la Liga Patriótica Argentina (LPA), quienes venían armados y llegaban desde Buenos Aires, Entre Ríos y otras localidades santafesinas. Uno de estos trabajadores, instigado por quien comandaba el grupo de rompehuelgas, asesinó a Luisa Lallana respondiendo al grito de “matalas, que yo respondo”. Según el diario *Democracia*, la acción de la LPA en los conflictos había crecido amparada por el vicegobernador Juan Cepeda del radicalismo unificado (antipersonalista), ahora en retirada.⁸ La Iglesia católica local había sostenido abiertamente el ascenso de este gobierno en 1924, a la vez que mantenía vínculos con la LPA y la Asociación del Trabajo, si bien estos no han sido debidamente estudiados.

A partir del asesinato de Lallana, que no fue el único, se desencadenaron dos huelgas generales con la activa participación en las calles de mujeres, jóvenes y niños. Hubo importantes niveles de confrontación entre trabajadores y rompehuelgas, que fueron los que provocaron las muertes y los heridos. Asimismo se distinguió por la ocupación de la calle, la protesta que acompañó la marcha fúnebre y los ataques a tranvías, destrozos en comercios, saqueos, pedradas y refriegas callejeras.⁹

La coyuntura política coincidió con el ascenso del radicalismo yri-goyenista en la provincia, mientras Ricardo Caballero era designado el 9 de mayo como jefe de Policía en Rosario. Este emblemático dirigente local era considerado por propios y ajenos como “obrerista”, lo cual debió generar un clima favorable para la movilización. A decir de Mathew Karush “las fuerzas que habían sido utilizadas tradicionalmente para reprimir la protesta ahora estaban bajo el control directo de un defensor de los intereses de la clase obrera” (Karush, 2006: 72). El mismo 9 de mayo y el 21 se produjeron sendos paros generales declarados por los portuarios, el 27 pararon quienes trabajaban en fabricación de bolsas, el 26 los tranviarios, conflicto que se prolongó por casi dos meses; en junio y julio se sumaron la Refinería de azúcar, los fideeros de Minetti, conductores de carros y camiones. Finalmente, a la respuesta patronal centrada en notas a las autoridades, comunicados de prensa y reuniones interempresarias, se sumó el último mes un lock out. Así, el conflicto en

8. *Democracia*, 8 de mayo de 1928.

9. Esta huelga ha sido trabajada por Menotti y Videla (2013) y por Karush (2006). En el presente artículo nos hemos centrado en los aspectos del conflicto que son clave para abordar nuestro objeto.

Rosario habría sido “una verdadera explosión proletaria que determinó el curso positivo de la huelga de estibadores” (Menotti y Videla, 2013: 3).

El Heraldo describía a comienzos de junio

[el] desborde de la canalla amparada por la policía, [que] hacía irrupción en nuestras calles, destruyendo impunemente cuanto encontraba a su paso [...] y detenía todas las actividades de la ciudad, sembrando pánico y dolor.¹⁰

En un plano abstracto, el periódico atribuía estos desmanes a la influencia de las ideologías modernas –tanto las izquierdas como el liberalismo– que habían hecho retroceder la idea de Dios y derribado los frenos que la moral religiosa imponía a los instintos de la masa; pero, en un plano más concreto, la mención de la policía sindicaba al propio gobierno de la ciudad como su causante. De este modo, las nuevas autoridades y sus funcionarios locales eran vistos como instigadores del conflicto social.

Un mes después, *El Heraldo* insistía sobre la sensación de angustia e incertidumbre que invadía la urbe. El cierre de comercios, el tráfico suspendido por los conflictos y un malestar permanente entre clases le hacía afirmar que “un hálito de tristeza reina por todas partes”.¹¹ Si bien se reconocía el derecho a reclamar mejoras por parte de algunos gremios, también señalaba que estos debían sujetarse a los intereses generales. Mencionaba la injerencia de “elementos perturbadores”, en alusión a los sectores de izquierda y –en igual magnitud– a la actitud asumida por las autoridades políticas de la ciudad. Reconocía la legitimidad de los reclamos, citando como ejemplo el caso de los tranviarios, cuyos bajos salarios la convertían en una causa “justa” y “razonable”, y apelaba a la responsabilidad de los funcionarios y de los partidos –en particular el radicalismo– para resolver la situación.¹² Reclamaba entonces la intervención de los poderes públicos y políticas adecuadas para resolver el conflicto. La ausencia de directivas claras se adjudicaba a la naturaleza de un gobierno nacido de “movimientos tornadizos de opinión, sin ideales ni programas definidos”, destacando la pronta fractura de las autoridades que acababan de asumir.

El periódico tenía una lectura crítica sobre la política partidista y, más precisamente, sobre el radicalismo yrigoyenista. La situación comunal, por lo demás, estaba signada por la figura de Caballero. Este dirigente, al que se ha señalado como una expresión de populismo antes

10. *El Heraldo*, 2 de junio de 1928.

11. *El Heraldo*, 14 de julio de 1928.

12. *El Heraldo*, 14 de julio y 9 de agosto de 1928.

del populismo, era el blanco de sus ataques, aún sin nombrarlo: “el pueblo sigue a sus mentores. Y sus mentores son hoy los que dirigen al electorado y a la muchedumbre...” Y agregaba que “el imperio de la demagogia” se extendía a la ciudad, a la provincia y a todo el país.¹³ El endurecimiento del discurso del periódico obedecía en gran medida al cambio en la ecuación de gobierno que dominaba la política santafesina y su correlato local.

La problemática planteada por los católicos sociales tenía varias aristas. En primer término, la crítica al electoralismo y al oportunismo de los partidos que llegaban al poder; en segundo término, la necesidad de articular una legislación social adecuada, que se centrara en un arbitraje institucionalizado y en medidas que protegieran el trabajo obrero; y en tercer lugar, la intención de que los ciudadanos católicos asumieran esa doble identidad, apoyando candidatos propios que pudieran regenerar el sistema incorporando la reforma social.

1928 ofrecía una coyuntura apropiada para la acción partidista en el plano municipal. En las elecciones de ese año se aplicó por primera vez la nueva *Ley orgánica municipal* que incorporaba el cálculo de cargos por cociente, abriendo posibilidades a nuevas fuerzas políticas, lo cual favoreció el ascenso del Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista Independiente (PSI) al Concejo Deliberante (Roldán, 2010: 169-180).

Debido al cambio de la situación política local y a las inéditas posibilidades de la izquierda a nivel comunal, más otras cuestiones que se arrastraban desde las elecciones provinciales de 1924, algunos sectores vinculados al COR venían organizando desde el año anterior un partido propio, la Unión Popular, que se presentó con sus candidatos a los comicios de noviembre. De esta experiencia nos interesa destacar el programa que ofrecía a la ciudad. El mismo proponía mejorar los servicios públicos como limpieza, iluminación, transporte y otros referidos a salud, asistencia pública y educación; acabar con el déficit municipal y nivelar gastos; crear mercados suburbanos para abaratar el consumo popular; represión del vicio y la inmoralidad; estabilidad y escalafón, descanso semanal, salario mínimo, jornada limitada para el trabajador municipal y en las empresas vinculadas a la comuna; facilitar su acceso a la vivienda y fomentar el cooperativismo, entre otras cosas.¹⁴ Sin embargo, el resultado obtenido no fue el esperado. Habían accedido candidatos que consideraban “enemigos” del catolicismo, mientras la derrota de la Unión Popular había sido total. La misma se adjudicaba a los tibios ciudadanos católicos que habrían temido perder

13. *Ibidem*.

14. *El Heraldo*, 10 y 17 de noviembre de 1928.

el voto eligiendo candidatos de un partido clerical recién fundado.¹⁵ En realidad, si bien el catolicismo pudo organizar un partido con un programa de orientación social, la Iglesia o sus hombres parecían incapaces de sustituir anteriores lealtades políticas, que contaban con sustento popular, como las distintas tendencias del radicalismo o la democracia progresista, o de detener el progreso de las fuerzas de izquierda que intervenían en el plano municipal. A la hora de votar, el católico común parecía preferir a dirigentes insertos en los partidos tradicionales, con arraigo en la región o en la ciudad, antes que un partido de sospechoso tinte confesional.

Hacia diciembre de 1928 la mirada de *El Herald* se endurecía e identificaba los disturbios de origen obrero al “régimen de los soviets”. A su juicio, si bien Rosario pasaba por una tregua, la calma estaba lejos de haberse logrado, pues el conflicto se había desplazado a las zonas agrícolas de Santa Fe y Córdoba. Discursivamente se contraponía una población rural “laboriosa y pacífica” a la enervación de los dirigentes de izquierda, “jefes de la gavilla bolchevique”, “verdaderas bandas de facinerosos [que], arma en ristre, amenazan con la destrucción de sementeras y los parvales y atentan contra la vida de los agricultores”.¹⁶

La situación provincial se complicó ante la intervención militar de ese mes, mientras en abril del año siguiente una nueva intervención afectó al poder legislativo y judicial, poniendo en cuestión la autonomía provincial. El primer caso se justificaba por el conflicto agrario; el segundo, por un partidismo faccioso y una legislatura provincial inoperante que habría devenido en “comité político”.¹⁷

En los conflictos de 1929 se acentuaron cuestiones que tenían que ver con la actividad comunista en la región, a cuyos miembros se los consideraba agitadores profesionales, incluso al concejal que representaba al PC. El periódico los acusaba por el empleo de armas para imponer los pliegos en favor de los braceros. Este análisis ponía el “peligro comunista” en primer lugar, visto como una amenaza para el conjunto de la sociedad, en un contexto donde el PC aparecía como una fuerza dinámica y altamente combativa (Camarero, 2007).

Por otro lado, hacia agosto de 1929, la percepción de *El Herald* sobre los conflictos obrero-patronales había cambiado. Rosario, una ciudad populosa y económicamente promisoría, comenzaba a ser presentada como una urbe turbulenta. Las fuerzas izquierdistas de orientación revolucionaria, el activismo y la incipiente presencia comunal del PC parecían alumbrar los peores presagios. La conflictividad de la ciudad

15. *Ibidem*.

16. *El Herald*, 11 de diciembre de 1928.

17. *El Herald*, 8 de diciembre de 1928 y 27 de abril de 1929.

irradiaba la campaña, cambiando su perfil pacífico y bucólico, por otro que barruntaba la insurrección. Se pasó entonces a descalificar los motivos del conflicto: no había una causa económica real, era un artificio creado por el “comunismo rojo” ante la pasividad de autoridades “pusilánimes” incapaces de detener esa avanzada. Y se agregaba a los judíos, dueños de las grandes riquezas del país, como cómplices de los agitadores de izquierda, pues ambos no harían más que oprimir a las masas proletarias avivando el malestar social.¹⁸

No obstante el panorama agorero reflejado por la prensa católica local, una nota enviada por el COR a la Cámara de Diputados de la Nación en 1929 señalaba algunos motivos del conflicto regional, a saber, las legítimas aspiraciones de mejora por parte de los obreros; la afirmación del derecho de asociación; la solidaridad de clases; las maniobras de especulación de sectores vinculados al comercio de productos del agro; la influencia de elementos extraños a los trabajadores y la gimnasia revolucionaria. Mientras los tres primeros puntos parecían medirse positivamente, los últimos resultaban absolutamente impugnables. Nuevamente se legitimaban los intereses obreros desde un lugar de orden, a tono con la paz social.

El COR proponía como solución la sindicalización obligatoria establecida por ley, a fin de neutralizar las tendencias que ponían en riesgo los valores de “Dios, Patria y Familia”, aunque, de forma inédita, interpretaba la libertad de trabajo como un recurso de los capitalistas para mantener situaciones miserables de explotación e insistía en el desarrollo de una legislación más justa y previsoras.¹⁹ *El Heraldo* y *La Verdad* insistían en la necesidad de una organización sindical sostenida por el Estado, que permitiera neutralizar caudillismos e ideas revolucionarias. Asimismo sugerían la creación de tribunales de arbitraje para la resolución de conflictos. No obstante, el contexto de conflictividad planteaba una visión rígida del tema. Así, en 1930 *La Verdad* también propiciaba una ley de Asociaciones profesionales que contemplara la disolución de sindicatos con fines revolucionarios y una legislación más estricta sobre huelgas. Al mismo tiempo, reaparecía la antigua noción de “defensa social”, entendida como un “imperativo categórico que entra en el cuadro de las obligaciones del poder público”, a modo preventivo, para garantizar la vida y la paz ciudadanas.²⁰

18. *El Heraldo*, 3 de agosto de 1929; *La Verdad*, 8 de agosto de 1929.

19. *La Verdad*, 12 de septiembre de 1929; *El Heraldo*, 4 de enero de 1930.

20. *El Heraldo*, 4 de enero y 22 de marzo de 1930; *La Verdad*, 28 de diciembre de 1930.

La crisis y la desocupación

A fines de la década del 20, debates vigentes en la Europa de entreguerras se difundieron en la Argentina y también en Rosario. Los periódicos católicos que venimos trabajando reprodujeron controversias en torno a las dictaduras modernas, la validez del sistema democrático, la cuestión de su representatividad y su posible sustitución por un régimen corporativo similar al de la Italia fascista (Martín, 1993).

Al promediar el año 29, *El Heraldo* asociaba al gobierno radical –y con él al sistema democrático– con la crisis de valores y la inseguridad social, mostrando una disposición favorable a formas de gobierno autoritarias que restablecerían el orden, creando bases firmes frente a un futuro dominado por la incertidumbre. Una vez consumado el golpe de 1930 y luego de cierta ambigüedad inicial, el COR pudo establecer conexiones que resultaron fructíferas, recibiendo algunos de sus hombres designaciones de relativa importancia. Entre ellas merecen destacarse, por su carácter estratégico frente al problema obrero, las designaciones de Francisco Casiello²¹ como Inspector Jefe del Departamento Provincial del Trabajo en 1930 y de Guillermo Ruiz Díaz²² como delegado de la Inspección Nacional del Puerto de Rosario en 1931 (Martín, 2012: 396-399).

A partir del golpe de Estado en 1930 y ante el impacto de la crisis mundial, el COR comenzó a interpelar al gobierno provisional, en un contexto en el que las políticas gubernamentales respecto de ciertos sectores políticos y sociales se volvían más rígidas, a la vez que se esperaban medidas restrictivas para sortear las dificultades económicas. En octubre de ese año, *La Verdad* difundía un comunicado de la Junta de Gobierno de los CO contra ciertos reclamos empresariales, como la suspensión temporal del descanso dominical, de la jornada de ocho horas y la aplicación de la ley que ampliaba funciones del Departamento Nacional del Trabajo. La Junta afirmaba que defendería “con toda energía” las pocas leyes obreras existentes y remarcaba el involucramiento que los CO habían tenido con ellas desde sus orígenes.²³ A partir de entonces fueron recurrentes sus pronunciamientos sobre las leyes de trabajo, la preocupación por el desempleo creciente y la propuesta de variadas iniciativas al respecto.

21. Dirigente del COR y de la democracia cristiana local, estuvo vinculado al antiperonalismo, llegó a ser senador provincial en 1939 y diputado nacional en 1942. Él y sus hermanos fueron muy cercanos a los obispos Juan A. Boneo y Antonio Caggiano.

22. Guillermo Ruiz Díaz, también militante demócrata cristiano desde su juventud, llegó a estar en la Comisión Directiva del COR y fue director del periódico *La Verdad* previo a su designación como funcionario.

23. *La Verdad*, 15 de octubre de 1930.

El COR postulaba la necesidad de una mayor presencia del Estado para atender las necesidades de los “débiles e indigentes”, constituyéndose en “providencia de los trabajadores” más vulnerables. Debía intervenir para evitar la “opresión del débil por el fuerte”, entendiendo que en la disputa entre el capital y el trabajo, el obrero era la parte más débil y requería del poder estatal.²⁴

El problema del desempleo fue abordado de varias maneras durante los años siguientes: por un lado, solicitando al gobierno nacional, provincial o al municipio la realización de obras públicas; en segundo lugar, procurando comprometer a esos poderes en el cumplimiento incondicional de las leyes existentes y promoviendo otras nuevas; y en tercer lugar, interviniendo en casos puntuales para evitar cierres, despidos o malas condiciones de trabajo.

La realización de obras públicas era vista como una solución que sólo podía dar el gobierno, utilizando recursos que se compensarían por el mejoramiento de la ciudad; moralmente, devolvían su dignidad al trabajador desempleado; y por último, evitarían el conflicto social y por tanto su secuela más temida, el avance de la izquierda.

Durante el año 1932, que marcó cifras elevadas de desempleo, coinciden demandas al gobierno nacional y provincial mediante diversas notas enviadas por los dirigentes del COR. En la provincia, el periódico denunciaba que a las familias trabajadoras las acuciaba el hambre y que, ante el riesgo de cesanteo, se cometían abusos que eran ignorados por el Departamento Provincial del Trabajo. Tanto las empresas extranjeras, como las concesionarias del Estado incurrieron en ello, sobre todo contra los inmigrantes.²⁵ Señalaba que la misión del DPT era “esencialmente social y apolítica”, censurando tanto la complicidad como la demagogia, y entendía que sólo debía abocarse a controlar el cumplimiento de las leyes.²⁶ Respecto del Concejo Deliberante, que había autorizado a invertir 20.000 pesos en obras públicas, el COR solicitaba que se multiplicara diez veces esa cifra, ya que era “irrisoria para la capacidad económica y contributiva de la Ciudad”.²⁷

La Verdad mostraba una actitud más crítica frente al gobierno de Ricardo Molinas (PDP) que administró la provincia entre 1932 y 1935. Éste se propuso restablecer la Constitución de 1921, que incorporaba cambios preocupantes para la Iglesia local. Incluso en los temas sociales y de trabajo, los católicos lo veían como un gobierno adverso. Por el contrario, primaba una mirada positiva sobre la autoridad nacional, si

24. *La Verdad*, 28 de noviembre de 1931 y 5 de junio de 1932.

25. *La Verdad*, 15 de junio de 1932.

26. *La Verdad*, 15 de abril de 1932.

27. *Ibidem*.

bien por el momento las expectativas no se veían particularmente satisfechas. Finalmente, la gestión de Molinas terminó con una intervención que abriría paso a las fuerzas conservadoras representadas por José María de Iriondo a partir de 1937, hombre cercano a la Iglesia y proclive a favorecer el crecimiento de sus instituciones laicales.

Existía una aparente dualidad entre interpelar y a la vez avalar a los gobiernos conservadores en el orden nacional. Esto en el plano local se expresaba en una intervención explícita respecto de las cuestiones obreras que se planteaban. Estos católicos sociales, en realidad, pretendían colocarse como interlocutores privilegiados ante la autoridad pública nacional, frente a un gobierno que les resultaba más afín (Martín, 1997: 59-79). Pretendían erigirse al mismo tiempo en defensa de los intereses de la clase trabajadora y del orden social ocupando un lugar que, en el primer aspecto, era el espacio de los sindicatos y las agrupaciones de izquierda; y en el segundo aspecto, pretendía desplazar a gremios y dirigentes vetados por su ideología. Aunque en parte el crecimiento del COR en la década del 20 revelaba vínculos efectivos con el mundo del trabajo, también era cierto que un guiño positivo de las autoridades le hubiera permitido tener una mayor visibilidad y, por tanto, avanzar en su proyecto sobre las clases populares.

El temor al conflicto social permanecía indemne frente a las necesidades de los asalariados pobres y desocupados: “el hambre está llamando con insistencia a los hogares proletarios y el hambre es mala consejera y predispone a los mayores excesos” y acusaba a los “extremistas, las burguesías liberales y el capitalismo judío”, tanto como a los gobiernos, que “juegan a la demagogia, sin percatarse de que están jugando con fuego”. En una clara alusión al gobierno de Molinas, sostenían que la bandera de la “guerra religiosa” destruiría la espiritualidad de las masas, perjudicando a la sociedad en su conjunto y poniendo en riesgo la paz.²⁸

El COR mostraba preocupación por las ollas populares que se realizaban en la ciudad y por aspectos culturales, como la banalización del desempleo por parte de las clases acomodadas; además pedía frenar el cierre de empresas y mejorar las condiciones de trabajo, incorporando leyes destinadas al bienestar de la familia obrera. Reveló también un particular interés respecto de descuentos aplicados a trabajadores del Estado para paliar la crisis y por el cierre de la Refinería Argentina del Azúcar en 1933.²⁹ Esta Refinería, instalada a fines del siglo XIX en Rosario, había dado lugar a la formación de un importante barrio obrero.

28. *La Verdad*, 15 de junio de 1932.

29. *La Verdad*, 27 de junio de 1931, 10 y 26 de octubre de 1932 y 15 de septiembre de 1933.

Su cierre significaba el desempleo de un número significativo de trabajadores y ponía en cuestión la propia identidad barrial. Decía *La Verdad*:

La clausura de esta fábrica, que tiene paralizado varios miles de brazos que no encuentran otra ocupación en época tan difícil, ha sembrado la miseria en toda la zona industrial del Municipio, con los consiguientes cuadros de angustia proletaria.³⁰

El COR envió sucesivas notas a los Ministros de Hacienda y Agricultura de la Nación, al Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación y al Presidente de la Comisión Nacional del Azúcar, analizando el impacto que esto tendría en la economía rosarina.³¹ La nueva estrategia empresarial para el refinamiento y la comercialización del azúcar dejaba fuera a Rosario, concentrando toda la actividad junto a los centros de producción al norte del país. La negativa a revertir esa decisión y la no intervención de la Comisión Nacional del Azúcar fueron interpretados como evidencia de una “mentalidad capitalista” preocupada por sus ganancias y ajena a cualquier criterio de justicia y caridad. El COR también hacía referencia a sus vínculos con la Agrupación de Ex Empleados de la Refinería, dando cuenta de que algunos de sus socios pertenecían a esa entidad y que recibían un apoyo de la institución que excedía la mera acción mediadora, brindando probablemente asistencia jurídica o material, “hasta tanto sea un hecho la reapertura de la Refinería Argentina”.³²

Otra cuestión de interés para el COR fue la construcción de comedores y baños en el Puerto destinados a los obreros de carga y descarga de productos. Al respecto, describía una situación “degradante”, de “indiscutible gravedad” y carente de higiene aunque, sin embargo, la solución era sencilla. Continuando con su práctica, la conducción del COR envió entre 1930 y 1933 diversas notas a las autoridades nacionales reclamando que se hicieran obras semejantes a las que existían en Buenos Aires con ese fin. Los argumentos buscaban articular diversas facetas del problema: la medida implicaba un trato más justo y digno hacia el trabajador portuario, se correspondía con la envergadura de un Puerto ubicado entre los primeros del país, pero que además permitiría suprimir un “motivo de rebeldía proletaria, foco propicio de doctrinas más exóticas...”, y favorecería a su vez la imagen del gobierno provisional. La iniciativa del COR incluía un proyecto de construcción, su

30. *La Verdad*, 15 de septiembre de 1933.

31. *La Verdad*, 25 de mayo y 15 y 29 de septiembre de 1933.

32. *Ibidem*.

presupuesto y el modo de financiamiento, el cual fue aprobado por el Presidente Justo luego de tres años, aunque con modificaciones.³³ Si bien el COR obtenía algunas respuestas del gobierno nacional a sus demandas, éstas no se caracterizaban por la celeridad en su ejecución.

Por último, en legislación, además de la defensa de la jornada de 8 horas y del descanso dominical, propiciaban el salario familiar, el mutualismo y la autonomía de las bolsas de trabajo sostenidas por entidades particulares –el COR era una de ellas– e, incluso, la participación del trabajador en las ganancias. Estas reformas destinadas a la familia obrera darían como resultado hijos “útiles a la sociedad y la patria” y capaces de progresar, alcanzando el ascenso social.³⁴

Las tácticas que venimos describiendo, utilizadas a modo de presión, interpelando o pretendiendo colaborar, expresadas en notas a autoridades, petitorios, proyectos o preproyectos, se repitieron durante la década y media que siguió, en la antesala del Peronismo (Lida, 2015: 174-176).

Conclusión

Hasta aquí hemos analizado los años de tránsito a la década del 30 abordando, por un lado, la formulación temprana de una idea de democracia social por parte de los católicos que ponía en cuestión la versión liberal y el abuso capitalista atribuidos a la democracia vigente; por otro lado, enfocamos la ciudad de Rosario con el objeto de comprender mediante qué estrategias los católicos locales procuraron hacer frente a la conflictividad política y social, en el marco de una concepción de justicia y bienestar que pretendía restaurar el orden.

En el discurso de la prensa católica consultada, se presentaba con claridad la necesidad de transformar cada vez más el Estado y volverlo garante de la justicia social, lo cual haría posible detener el avance de la izquierda y depuraría el sistema político de un partidismo vacío.

Entre 1928 y 1930, una efectiva condensación del conflicto obrero en Rosario y su región estuvo asociada, en la perspectiva de distintos sectores de la derecha y en particular de los católicos sociales, con el triunfo de los radicales yrigoyenistas, tanto en la nación como en la provincia. Más allá de la convicción sobre la necesidad de reformas legislativas que definirían políticas de Estado orientadas a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera, durante el desarrollo de estos conflictos, el discurso de la prensa católica se fue endureciendo

33. *La Verdad*, 13 de diciembre de 1930, 15 de agosto de 1931, 15 de noviembre de 1932 y 4 de mayo de 1933.

34. *La Verdad*, 26 de julio de 1928, 15 de agosto de 1931, 15 de marzo y 13 de junio de 1933.

frente a las prácticas sindicales, a la vez que culpaba al nuevo gobierno de alentar la contestación social. Por la misma época, estos católicos intentaron un cambio en su estrategia política al formar un partido propio, habida cuenta de que la reforma electoral para municipios creaba una coyuntura favorable. Si bien no tuvieron éxito, se mantuvieron líneas de acción expresadas en diversas iniciativas con el fin de ganar presencia pública focalizando en los problemas sociales, mientras la participación política transcurrió por otros carriles.

A partir de la crisis económica de 1929 los cuadros del COR se abocaron a promover distintas formas de intervención, a través de la gestión de mejoras y la presión para evitar ajustes, propiciando una campaña permanente en pro de extender la legislación del trabajo, tanto para prevenir conflictos y resolverlos, como para lograr la ampliación de beneficios del trabajador y su familia. Recurrieron asimismo a la concientización de los católicos con el objeto de que se asumieran como ciudadanos comprometidos con el proyecto de la Iglesia, refrendado en su compromiso electoral y en la defensa de la justicia social.

Se profundizaron de este modo las campañas y las acciones que, tanto desde el campo societal, como desde sus accesos e interpelaciones a diferentes organismos de gobierno, permitieran avanzar en la construcción de un Estado providencia que diera solución permanente a problemas que, en su análisis, justificaban el crecimiento de tendencias de izquierda en el ámbito político y sindical.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2014), "Historia y lucha de clase: repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado", en *Contrahegemoniaweb*: <http://contrahegemoniaweb.com.ar/historia-y-lucha-de-clase-repensando-el-antagonismo-social-en-la-interpretacion-del-pasado-y-de-vuelta>
- Camarero, Hernán (2007), "El Partido comunista y los sindicatos en la Argentina durante las décadas de 1920 y 1930", en *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán: en *Historiapolitica.com*.
- Caterina, Luis María (2008), *Los empresarios y el obrerismo en tiempos radicales, 1916-1930*, Rosario: PUCA-Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rosario-Instituto de Historia.
- Díaz Arana, J.J. (1928), *Democracia y justicia social. Disertación pronunciada en la ciudad de Rosario el 5 de octubre de 1920 con los auspicios del Partido Demócrata Progresista*, Rosario.
- Falcón, Ricardo M. (2005), *La Barcelona Argentina*, Rosario: Laborde.
- y Myriam Stanley (2001), *Historia de Rosario*, Rosario: Homo Sapiens.
- Franceschi, Gustavo J. (1936), "Pan y democracia" [1933], en *Reacciones*, Buenos Aires: Ediciones Católicas Argentinas.
- Karush, Mathew (2006), "Radicalismo y conflicto obrero urbano, 1912-1920",

- en *Nueva historia de Santa Fe. El siglo XX. Problemas sociales, políticas de Estado y economías regionales (1912-1976)*, Rosario: Prohistoria-La Capital.
- Lida, Miranda (2015), *Historia del catolicismo en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lobato, Mirta, y Juan Suriano (2014), *La sociedad del trabajo. Las instituciones laborales en la Argentina, 1900-1955*, Buenos Aires: Edhasa.
- Martín, María Pía (1993), "Sindicalismo católico y Estado corporativo", en *Cuadernos del Ciesal*, año 1, n° 1, Rosario: UNR.
- (1997), "Católicos, control ideológico y cuestión obrera. El periódico *La Verdad* de Rosario, 1930-1946", en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Santa Fe: CEDEHIS-CIESAL-GEHISO-UNL.
- (2010), "El mundo católico rosarino a comienzos del siglo XX. Orden, progreso y cristiandad en el espacio local", en AA.VV., *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930*, Rosario: UNR.
- (2012), *Iglesia católica, cuestión social y ciudadanía, Rosario-Buenos Aires, 1892-1930*, tesis de doctorado, UNR.
- (2014), "Iglesia y política en los años 20", en AA.VV., *Las batallas por la identidad*, Rosario: Editorial Municipal de Rosario.
- Mauro, Diego (2010), *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política. Santa Fe, 1900-1937*, Santa Fe: Espacio Santafesino Ediciones-UNL.
- (2015), "El mutualismo católico en Argentina, el Círculo de Obreros de Rosario en la primera mitad del siglo XX", en *Historia Crítica*, n° 55, Bogotá. En <http://www.scielo.org.co/pdf/rhc/n55/n55a09.pdf>.
- Menotti, Paulo y Oscar Videla (2013), "Las huelgas de los estibadores portuarios en el sur santafesino en 1928", en *Sociohistórica*, n° 32: <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2013n32a04>.
- Pío XI (1931), *Encíclica Quadragesimo Anno*: http://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno.htm.
- Rapalo, María Ester (2012), *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Roldán, Diego (2010), "Formación y reforma del municipio", en Darío G. Barrera (dir.), *Instituciones, gobierno y territorio, 1725-1930*, Rosario: ISHIR-Conicet.
- Videla, Oscar, y Eduardo Zanella (comps.) (2004), *Cuestión social, radicalismo y revisionismo en Ricardo Caballero. Historia y política*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Zanzottera, María Guillermina (2015), "Los desplazamientos de la reforma social. Museo Social Argentino, 1911-1926", en *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S.A. Segreti"*, año 15, n° 15, http://www.cehsegreti.org.ar/archivos/FILE_00000475_1520533624.pdf.

Volviendo a los años 30: el nacionalismo argentino y los trabajadores

Mariela Rubinzal

IHUCSO – Conicet/UNL
mariela.rubinzal@gmail.com

Title: Returning to the 1930s: the Argentine nationalism and the workers.

Resumen: Este artículo analiza la conformación de organizaciones obreras nacionalistas durante los años 30. En este marco, se abordan las prácticas sindicales, los productos culturales y los proyectos económicos que el nacionalismo diseñó para transformar el mundo del trabajo, que ellos percibían amenazado por las ideologías de izquierda. A partir de los resultados obtenidos en el estudio, se afirma que el nacionalismo argentino fue un movimiento que se caracterizó por incluir, organizar y movilizar a distintos sectores de los trabajadores.

Palabras clave: nacionalismo – trabajadores – Argentina – cuestión social

Abstract: This article analyzes the formation of nationalist workers organizations during the 1930s. It focuses on union practices, cultural products and economic projects that nationalism designed to transform the world of work. A world that they perceived threatened by the ideologies of the left. From the results obtained in the study, it is possible to affirm that Argentine nationalism was a movement that was characterized by including, organizing and mobilizing different sectors of the workers.

Keywords: nationalism – workers – Argentina – social issue

Recepción: 25 de junio de 2018. **Aprobación:** 15 de julio de 2018.

Introducción: hacia algunas definiciones¹

En los años 30 la relación que mantuvieron los nacionalistas argentinos con el mundo del trabajo tuvo rasgos ambiguos e inquietantes para muchos contemporáneos. Sobre todo, los militantes de las izquierdas tuvieron que lidiar a diario con los nacionalistas en las fábricas, en los talleres y en las calles. De tal forma, la caracterización del nacionalismo argentino como una corriente política elitista y conservadora, alejada de los problemas cotidianos de los trabajadores (Navarro Gerassi, 1968; Buchrucker, 1987; Rock, 1993; Devoto, 2002) es en todo caso correcta para pensar solo los orígenes del nacionalismo. A partir de la experiencia del uriburismo se van produciendo cambios de orden estructural y discursivos insoslayables que nos llevan a revisar dicha categorización.

En principio, creemos más apropiado incorporar a los nacionalistas argentinos al amplio arco de corrientes políticas que, preocupadas por los problemas sociales, propusieron diferentes programas para resolver esta cuestión. La singularidad de este caso radica en que se trató de una respuesta a la cuestión social elaborada en clave autoritaria, antifeminista, antisemita y antiliberal que interpeló sobre todo a los trabajadores independientes –pero también a aquellos que adherían a las ideologías de izquierda– con el objetivo último de eliminar definitivamente la posibilidad de una revolución social. Así es que al anterior listado de características *anti* hay que sumar el feroz antiizquierdismo que es común, por definición, a todas las derechas. En este sentido el problema radica en dar cuenta de cuáles fueron las condiciones –en un contexto claramente determinado por la coyuntura internacional– para que discursos de signo autoritario sobre la cuestión social circularan en el mundo del trabajo, independientemente de que fueran minoritarios respecto de los discursos de izquierdas.

Entendemos que para estudiar los vínculos entre el nacionalismo y los trabajadores hay que ir más allá de la historia política tradicional que estudia los partidos o movimientos considerando principalmente su estructura, sus propuestas programáticas y su relación con otras corrientes políticas para incorporar otras variables que tengan en cuenta también las experiencias sociales y culturales. Las intervenciones de los nacionalistas en el mundo del trabajo a través de distintas estrategias plantean la necesidad de considerar al movimiento como un fenómeno de orden político complejo que tuvo su auge en los años 30.

En este sentido este trabajo podría insertarse en la línea trazada –ya hace algunas décadas– por Sandra McGee Deutsch, Marcus Klein

1. Este artículo retoma los argumentos centrales desarrollados en mi tesis doctoral defendida en la Universidad Nacional de La Plata en febrero de 2012 (Rubinzal, 2012).

y Alberto Spektorowski, quienes han sido los primeros en trabajar distintos aspectos de la relación entre las derechas y la cuestión social. Estos autores –entre otros que luego retomaron diferentes aspectos de sus trabajos– pusieron en cuestión la imagen de una derecha elitista y antipopular, que había sido el rasgo predominante de los grupos de intelectuales de esta tendencia en los años 20. Llamaron la atención con respecto a las transformaciones del discurso de muchos nacionalistas con el objetivo de atraer a los trabajadores incorporando motivos tales como “justicia social”, “reforma agraria”, “redistribución”, “antiimperialismo”. En particular nos interesa destacar los aportes de Sandra McGee Deutsch (2005) porque demuestra que en el transcurso de los años 30 efectivamente se dio la inclusión de personas provenientes de los sectores medios y populares en las filas de los militantes nacionalistas.

No obstante, escasas investigaciones han profundizado sobre las prácticas sindicales y los proyectos culturales que el nacionalismo diseñó para “transformar” el mundo del trabajo, que ellos percibían amenazado por las ideologías de izquierda. De esta manera, en este artículo trataremos de abordar algunas aristas de esta cuestión a partir del argumento central según el cual definimos al nacionalismo argentino como un movimiento que se caracterizó –entre otras cosas– por incluir, organizar y movilizar a distintos sectores de los trabajadores. En este sentido, discutimos la idea de David Rock (1993) acerca de una falta de compromiso entre los nacionalistas con el objetivo de crear una organización de masas. El *nacionalismo sindicalista* fue una corriente importante que tuvo un lugar destacado dentro del universo de las derechas en los años 30 (Rubinzal, 2006). Sus recursos fueron variables y los conflictos internos dominaron la escena; no obstante, lograron conformar grupos y organizaciones obreras de pequeñas y medianas dimensiones, así como también publicar periódicos donde participaban obreros, escritores e intelectuales.

A partir de estas necesarias definiciones vamos a presentar sucintamente la estrategia sindical del nacionalismo teniendo en cuenta sus organizaciones, sus prácticas, sus principales referentes y sus conflictos. Haremos referencia a la estrategia cultural de manera breve tratando de sintetizar los productos culturales de mayor circulación, especialmente diseñados para el consumo de los trabajadores (ver Rubinzal, 2016). También haremos referencia a las principales características de la cuestión económica en el prisma del nacionalismo para evaluar hasta dónde llegaban sus propuestas de reforma social.

La estrategia gremial: conformación de organizaciones sindicales nacionalistas

Las transformaciones en la composición del movimiento nacionalista argentino, en el sentido de un ensanchamiento de sus bases a partir de la incorporación de personas de clase media y de clase trabajadora, comenzó durante la presidencia de José Félix Uriburu. Si uno observa las fotografías de los desfiles de los legionarios² y estudia las cartas que éstos escribieron en febrero de 1932 al presidente provisional, cuando la experiencia nacionalista había llegado a su fin, se puede constatar la precaria existencia que llevaban muchos de dichos militantes. En estas cartas además de expresar devoción a la figura del líder, rogaban por un trabajo en el Estado. Apelando a tragedias personales –propias o de algún familiar cercano, tales como enfermedades, accidentes, viudez, etc.– se esperaba un acto de grandeza del líder. Los seguidores subrayaban –a veces con muy mala escritura, signo de una insuficiente experiencia de escolaridad– que habían sido legionarios intachables, que habían asistido a todos los desfiles y habían seguido siempre las instrucciones que se les daban.

Lo he seguido paso a paso en todas sus manifestaciones y si antes no me atreví a solicitarle hiciera lo que humanamente le fuera posible en mi favor, hoy la desesperación me obliga a realizarlo, el estómago apremia y a ese desgraciadamente no puede decirse que espere y son otras las vocas [sic] que imploran pan, son los hijos y la mujer, las [sic] que hacen presión y hay que buscarlo. Solo pido para mí un modesto empleo nacional o municipal, su relación con los hombres del gobierno actual es mucha y las atenciones que usted TENIENTE GENERAL ha tenido para con ellos, no han de negarse a satizfacer [sic] un pedido que ud. haga.³

Los informes policiales también nos ofrecen una imagen similar de los legionarios en cuanto a su extracción social. Entre septiembre de 1934 y enero de 1935 se dieron una serie de episodios de violencia perpetrados por los nacionalistas de la Legión Cívica Argentina. Los agresores esperaban la realización de un acto o una reunión que convocara a un público numeroso –en sinagogas, locales partidarios, teatros y cines– para tirar petardos y líquidos inflamables. Luego de

2. Miembros de la Legión Cívica Argentina creada en 1931.

3. Carta de Domingo Eduardo Arias, 24 de febrero de 1932, Buenos Aires. Fondo Documental José Félix Uriburu, Caja N° 20, período Post-presidencial, Sala VII, n° 2596.

una investigación policial se llevó a cabo un proceso judicial que terminó, tres años después de los sucesos, con la condena de cinco de los catorce participantes de los hechos. Los procesamientos fueron por los cargos de asociación ilícita, intimidación pública e incendios. El resto quedó sobreesido por prescripción de la causa. Los implicados eran 14 hombres entre 22 y 44 años, la mayoría trabajaba como empleado (uno era empleado bancario); luego siguen los albañiles; un estudiante, un peón y un obrero gráfico. En cuanto a las nacionalidades ocho de los nacionalistas eran argentinos y había seis extranjeros (un alemán, un portugués, un español y tres italianos).⁴ Una vez que salieron de la cárcel se reintegraron a las mismas actividades políticas que consistían fundamentalmente en ataques callejeros.⁵

Luego de la muerte de José F. Uriburu sobrevinieron dos problemas importantes para el movimiento nacionalista, a saber, la falta de una conducción consolidada y, derivado de esto, la dificultad de definir una estrategia política compartida entre las distintas agrupaciones nacionalistas creadas en los años 30 (Finchelstein, 2002). El nacionalista Ernesto Palacio resaltaba además la necesidad de tener una “verdadera comunión de ideales entre todos los integrantes del movimiento”, de lo cual se desprende el estado de fricciones y desacuerdos que dividía al nacionalismo. La movilización de los trabajadores y el lugar que las organizaciones obreras debían ocupar en el movimiento nacionalista argentino fueron temas ampliamente debatidos en ese contexto por los dirigentes y los militantes de ese signo político.⁶ El obrero nacionalista Fermín Mares –que escribía habitualmente columnas en el diario nacionalista *Crisol*– afirmaba que el objetivo de los obreros nacionalistas era luchar por sus “derechos humanos”,⁷ mientras que el nacionalista Fernando García Della Costa afirmaba que “el Sindicalismo nacionalista debe servir tan solo para imprimir conciencia cívica ante los problemas del trabajo a una clase a la que se quiere apartar de su misión nacional.”⁸

Algunos obreros nacionalistas alcanzaron puestos de importancia

4. *Critica*, “Cinco nazis que cometieron varios hechos delictuosos fueron condenados”, 28 de mayo de 1938, p. 5.

5. Informes de la Policía de la Capital firmado por Andrés Sabalain, Comisión Especial Investigadora de las Actividades Antiargentinas, Cámara de Diputados de la Nación, 8 de agosto de 1940.

6. Ernesto Palacio, “El nacionalismo argentino y los filofascistas”, *Nuevo Orden*, 23 de julio de 1941, p. 2.

7. Fermín Mares, “El obrero argentino dentro del Nacionalismo”, en *Crisol*, 1 de diciembre de 1937, p. 3.

8. Fernando García Della Costa, “Estamos contra la reacción de la beatería hipócrita de la reacción que usa a la Patria como un mito”, en *Crisol*, 23 de marzo de 1943, p. 5.

dentro y fuera del movimiento. Una trayectoria singular es la de Benito Andrade Agulleiro, un obrero de izquierda que se pasó a las filas nacionalistas. Escribió columnas para distintos periódicos, como *Cabildo* y *Crisol*, y publicó un libro titulado *Técnica de infiltración comunista* (1943), tercer tomo de la Colección Anticomunista dirigida por Bruno Jacovella. En agosto de 1943, después del golpe del GOU, Benito Agulleiro se desempeñó como secretario del mayor Raúl Pujol que fue el interventor de las dos entidades ferroviarias (Di Tella, 2003: 207). El caso de Agulleiro –a pesar de ser singular– indica que los obreros nacionalistas podían ocupar posiciones y ejercer funciones que antes estaban reservadas exclusivamente para otros miembros del movimiento.

Las organizaciones obreras nacionalistas surgieron en el transcurso de la década del 30. Algunas de ellas se crearon como ramas de entidades previamente constituidas y otras se desarrollaron de forma autónoma replicando el estado de fragmentación que caracterizó a este movimiento político desde su nacimiento. El Sindicato Obrero Nacionalista Argentino (SONA) fue creado en 1934 e integraba en sus filas al sindicato de Obreros y Empleados de Pizzerías; la denominada Sub Comisión de Asuntos Gremiales de la Legión Cívica Argentina (LCA), creada en 1935, incluía a Obreros Marítimos y Madereros; la Federación Obrera Nacionalista Argentina (FONA), creada en 1932 por la LCA, sumaba a dos grupos: la Agrupación de Empleados de Comercio y la Agrupación de Talabarteros (estaban vinculados, a su vez, con una Agrupación de Tranviarios Nacionalistas); la Falange Argentina Nacional Sindicalista que incluía en sus filas a la Federación Obrera de Entre Ríos; la Agrupación Obrera Adunista - ADUNA (Afirmación de una Nueva Argentina), creada en 1937, tenía una filial de obreros mendocinos; el Frente Obrero Nacionalista Argentino⁹ creado también en 1937 integró a la Agrupación de Obreros Albañiles en 1939; la Unión Sindicalista Argentina (USA) fundada en 1937 tenía una publicación llamada “Sindicalismo” y sumaba al Sindicato Argentino de Corredores del Comercio de la Alimentación y afines; dentro de la Central Sindical Obrera de la Falange Española se encontraba la Corporación Obrera de Entre Ríos; en 1939 aparece el Centro Obrero Nacionalista Argentino (CONA) y un año más tarde el Partido Obrero Restaurador Argentino. En el Partido Fascista Argentino, creado en 1932 y dirigido por Hugo Passalacqua, participaban obreros de origen italiano;¹⁰ mientras que el Nacionalismo Laborista, fundado

9. Se trata de un desprendimiento de la Federación Obrera Nacionalista Argentina que agrupa a varios de los militantes de la primera FONA.

10. Los militantes del Partido Fascista Argentino (PFA) hablaban de justicia social, patriotismo, sacrificio y tenían el objetivo de ampliar su base proletaria “para constituir una sociedad armónica sobre las bases del corporativismo que elimine definitivamente

en 1935, estaba conformado por trabajadores no industriales –choferes, almaceneros, etc.–, actores, pequeños comerciantes.

Es factible que muchas de estas agrupaciones –por ejemplo, el Centro Obrero Nacionalista Argentino (1939)– hayan sido entidades inviables, de corta vida, mientras que otras lograron una proyección importante. Efectivamente, las entidades obreras nacionalistas más importantes tenían una serie de actividades regulares como cualquier otra agrupación sindical (reuniones, inscripción de adherentes, conferencias callejeras y asambleas para resolver cómo actuar ante determinados conflictos laborales). También ofrecían servicios como las Bolsas de Trabajo que vinculaban a trabajadores nacionalistas con empleadores de la misma tendencia. Los periódicos publicaban habitualmente avisos particulares del estilo: “buen muchacho necesita un trabajo con urgencia” o “zapatero nacionalista ofrece sus servicios”, etc. El periódico católico *El Pueblo* advertía que contratando personal mediante este medio el empleador encontraría “personal más honesto y trabajador” que en los “diarios liberales”.¹¹

La Federación Obrera Nacionalista Argentina (FONA) fue una de las entidades nacionalistas más importantes en esta época. Creada en 1932 por la Legión Cívica Argentina, muy rápidamente alcanzó una autonomía considerable. Su lema era “Todo por Dios, la Patria y el Hogar” y se veía a sí misma como una “organización creada por obreros conscientes, deseosos de mejorar la situación actual”.¹² Lo curioso respecto a la FONA es que fueron acusados por sus pares nacionalistas de apoyar luchas obreras “rojas”.¹³ El episodio terminó con la expulsión de la agrupación obrera de la Unión Nacional Corporativa Argentina (UNCA), creada en 1935 con el objetivo de articular bajo una sola entidad a las formaciones nacionalistas del período.¹⁴ No obstante, la FONA logró ampliar su radio de acción –inicialmente localizado en Avellaneda– a toda la Capital Federal, donde solían realizar conferencias callejeras

del cuerpo social a todos los parásitos”, *Crisol*, “Partido Fascista Argentino”, 10 de mayo de 1936, p. 2.

11. *El Pueblo*, aviso clasificado, 25 de mayo de 1930, p. 16.

12. *Crisol*, “Federación Obrera Nacionalista Argentina. Un manifiesto a los obreros”, 13 de marzo de 1935, p. 3.

13. En *Crisol*, “Unión Nacional Corporativa Argentina. Comunicado”, 10 de mayo de 1936, p. 3.

14. La UNCA puede ser considerada un ejemplo más de la constante fragmentación y del reiterado fracaso de unificación del frente nacionalista. Esta organización denunció maniobras de la prensa con el objetivo de culparlos por el asesinato de Bordabehere: “mintió la canalla pasquinera cuando unió nuestros ideales de juventud y de reivindicaciones sociales a la burda política conservadora”. *Basta*, Órgano Oficial de la Unión Nacionalista Corporativa Argentina, año I, n° 7, julio de 1935.

en distintos puntos de la ciudad. También allí celebraban anualmente sus aniversarios con un oficio religioso y un acto en el cementerio de la Recoleta (lugar donde estuvieron los restos de Uriburu hasta 1937). En la Capital se realizaron las misas de “Socorro Blanco” con el objetivo de honrar la memoria de los caídos del ejército zarista en la Revolución Rusa y de juntar dinero para la ayuda de los nacionalistas españoles. Al mismo tiempo, intensificó las campañas de difusión y agremiación para lo cual dispusieron tres estrategias diferentes: a) propiciar la formación de sindicatos allí donde no existiesen, es decir, en los lugares donde los obreros se encontraban desorganizados; b) difundir su doctrina en las fábricas organizadas por los sindicatos de la izquierda (allí mismo los afiliados de la FONA debían proceder a la “catequización” del “obrero descarriado” para construir otros sindicatos inspirados en la declaración de principios nacionalistas); y c) conquistar los sindicatos autónomos.¹⁵ Las afiliaciones se realizaron en tres direcciones distintas de la Capital Federal, lo cual indica un importante crecimiento de la agrupación.¹⁶ Ser trató de una de las agrupaciones más radicalizadas del nacionalismo sindicalista, aunque en lo cultural sostenía valores tradicionales tales como la defensa de la familia cristiana y la mirada patriarcal sobre el rol de la mujer en la sociedad. Su crítica al sistema capitalista y la reivindicación del papel protagónico de los trabajadores fue verdaderamente disruptiva:

La organización sindical de los trabajadores no puede limitarse a luchar solamente por pequeñas mejoras económicas que al poco tiempo resultan ineficaces, otra misión más trascendente está reservada a los sindicatos obreros: atacar el mal social en sus raíces, encaminando su acción a *conmover las mismas bases del sistema capitalista*.¹⁷

A partir de la segunda mitad de la década de 1930, en paralelo al aumento de sindicatos industriales comunistas, se intensificaron las campañas de agremiación nacionalista. La Agrupación Obrera Adunista organizó su propia campaña en la prensa nacionalista declamando luchar por la implantación de la “Justicia social” y la Legión Cívica Argentina proponía a los interesados que se afiliaran en persona o a

15. Ver *Crisol* de los días 22, 23, 24, 25, 27 y 31 de julio de 1937.

16. Uno de los domicilios en los cuales se realizaban las tareas de afiliación era Belgrano 2422, local perteneciente a la Agrupación de Tranviarios Nacionalistas que, sin duda, se había afiliado a la FONA o bien había estrechado vínculos con la misma.

17. *Crisol*, “El Nacionalismo tiene la solución para el problema obrero. Una declaración de la FONA”, 19 de junio de 1936, p. 1. Las cursivas son de la autora.

través del envío de una carta, al tiempo que distribuían volantes en la vía pública especialmente dirigidos a los obreros ferroviarios.

Obreros del riel. Cuando los 250.000 ferroviarios que tiene el país elijan representantes al Congreso surgidos de su propio gremio, sus intereses estarán mejor defendidos que por los profesionales políticos que los engañan y los explotan. Inscríbase en la Legión Cívica Argentina.¹⁸

Todas las agrupaciones nacionalistas recurrieron a la difusión doctrinaria a través de conferencias populares. La agrupación ADUNA había comenzado a abordar “la cuestión obrera” en sus clases de doctrina para sus afiliados y simpatizantes. El obrero Guillermo Ramallo disertó sobre el tema “Origen y desarrollo del movimiento obrero en nuestro país”, mientras que Raúl Castilla Molina discursó sobre “El obrero y el estado adunista”, aprovechando la oportunidad para reclamar un salario digno, edificios apropiados para el trabajo y un buen estado sanitario tanto del trabajador como del ambiente laboral.¹⁹ El trabajo de difusión en distintos lugares del país tuvo, al parecer, algunos resultados positivos. La distribución del manifiesto “El Adunismo y los problemas obreros” fue –según los adunistas– la primera medida “para hacer comprender al obrero que solamente en un régimen de disciplina y de autoridad, podrá ser respetado por el capitalismo voraz y el patrono desconsiderado”.²⁰ En la casa central se recibieron cartas “escritas con la tosca caligrafía del humilde” pidiendo más información y se organizaron “bajo la cruz de Aduna” los obreros algodoneros de Villa Ángela (Misiones), y también –según el diario *Crisol*– trabajadores en Río IV, Rosario, Bahía Blanca, Mendoza.

Por su parte, la Unión Sindicalista Argentina (USA) realizó en el popular barrio de La Boca conferencias y festivales artísticos. El objetivo de estos actos era atraer a los pequeños comerciantes, almaceneros del barrio, a quienes se les entregaban las entradas gratuitas para ser distribuidas entre sus clientes. En el Teatro Verdi los trabajadores podían apreciar la actuación de artistas líricos y los números radiales “en defensa del tradicional almacén argentino”.²¹ Dentro de la Unión Sindicalista Argentina se encontraba el Sindicato Argentino de Corredores del

18. Fondo Documental Agustín P. Justo, Caja n° 49, Actividad política (1930-1937), Sala VII, n° 3231. Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

19. *Crisol*, 23 de febrero de 1937; *Crisol*, 8 y 24 de junio de 1937.

20. *Crisol*, “Un nuevo jalón en la marcha del Adunismo Nacional”, 8 de julio de 1937, p. 2.

21. *Bandera Argentina*, “Unión Corredores de Comercio”, 7 de febrero de 1939, p. 3.

Comercio de la Alimentación y Afines dirigido por Roberto Rolón. Este dirigente nacionalista fue corredor de comercio y un activo militante en las filas de la extrema derecha. Escribía habitualmente en distintos periódicos y fue uno de los referentes del Partido Fascista Argentino, el cual tenía –según creía Rolón– el ímpetu que les faltaba a los nacionalistas que “vivían de proyectos” (Klein, 2000). Posteriormente se sumó a las filas del nacionalismo creando el mencionado Sindicato Argentino de Corredores del Comercio cuyo programa era radicalmente antisemita. Rolón pensaba que el “judaísmo organizado” planeaba destruir “el esfuerzo de años del trabajo del comercio argentino honesto y libre que hoy se ve avasallado por el supercapitalismo judío”.²² El sindicato se encolumnó con la entidad Unión Sindicalista Argentina que Rolón llegó a presidir a partir de 1939, en la cual participaban trabajadores de la actividad comercial (empleados de comercio) y pequeños comerciantes o proveedores mayoristas que trabajaban por cuenta propia, aunque no excluían otras actividades como las docentes. Señalaban que habían surgido para colocarse en contra de las doctrinas que demostraron su fracaso y que se trataba de una agrupación “completamente antipolítica”.²³

El caso de la AJN (Alianza Juventud Nacionalista) es más conocido porque existen importantes estudios sobre esta agrupación. Ronald Dolkart (2001) ha subrayado que el objetivo principal de la organización era “reclutar miembros entre la clase obrera”. La Alianza sostenía la idea de que los obreros se volcaban al comunismo debido a la situación social que atravesaban y que era necesario promover reformas sociales para atraer a los trabajadores a las filas nacionalistas. Esta agrupación contaba con filiales en las provincias y poseía una organización estrictamente jerárquica donde las tareas y las responsabilidades de cada uno de sus miembros estaban claramente determinadas. Si bien no existe un consenso sobre la cantidad de los miembros, sin dudas se trató de la agrupación más numerosa del período. Zuleta Álvarez menciona de modo indeterminado la existencia de decenas de miles de adherentes, Navarro Gerassi calcula sólo unos 11.000 para todo el país, McGee Deutsch coincide en sostener una cifra que oscilaría entre los 30.000 y 50.000 miembros. Por su parte, Klein cree que la cifra mencionada por Navarro Gerassi es más plausible que las otras disponibles. No obstante, señala que las 3.000 militantes mujeres, que dicha autora afirma que existían en los años 40, es una cantidad excesiva (Klein, 2000). La AJN promovió el odio tanto al marxismo como a la sociedad liberal, capita-

22. *Crisol*, “El judaísmo organizado y el trabajo argentino”, 23 de julio de 1939, p. 4.

23. *Bandera Argentina*, “Ha quedado constituida la Unión Sindicalista Argentina”, 28 de septiembre de 1937, p. 4.

lista y burguesa; proclamó la distribución de tierras fiscales entre los campesinos “sin tierras” y propuso la división de los latifundios para transformar la fisonomía del campo argentino. También defendía el acceso a la educación superior para las clases populares.

En 1939 se constituyó la rama obrera de la Alianza, la cual fue denominada Vanguardia Obrera Nacionalista, aunque posteriormente cambió su nombre por Vanguardia Obrera Argentina (VOA).²⁴ La VOA aprovechó la estructura nacional de la AJN para organizar a los obreros de distintas regiones del país como, por ejemplo, la provincia de San Juan, donde se constituyó un Consejo Gremial Obrero y se creó un Sindicato de Conductores de Ómnibus.²⁵ Miguel Trujillo, dirigente de la VOA, contó con escasa autonomía, ya que todas las designaciones de los cargos eran realizadas por Juan Queraltó. Para la Alianza la conformación de la Vanguardia tenía como objetivo “disputar el predominio del marxismo” en el campo obrero y asegurar la “justicia social en el marco de la nacionalidad”.²⁶ La VOA desplegó diversas estrategias para atraer a los trabajadores. En su primer acto público –realizado en la Plaza Flores– el tema principal de la convocatoria fue el repudio a los altos precios de los medicamentos que incidían desfavorablemente en el costo de vida de la familia obrera. La organización puso a disposición de sus adherentes un cuerpo médico que les prestaría atención gratuita a ellos y a sus familiares, y también ofreció abogados para ejercer la defensa de los mismos en casos de violación patronal de las leyes de trabajo.²⁷ Miguel Trujillo se propuso iniciar un plan de “penetración silenciosa” en las fábricas y los sindicatos.

El objetivo de disputarle a la izquierda su preminencia en el movimiento obrero incluyó el ejercicio –y el ensalzamiento– de la violencia. Ésta alcanzó un lugar prominente en las prácticas del nacionalismo argentino, tal como ha sido señalado en los estudios que documentaron actos violentos en las manifestaciones, en los actos del primero de mayo, en los barrios donde habitaban una proporción importante de miembros de la colectividad judía, en las sedes de los periódicos y en los sindicatos de izquierda, en los cines, etc. (McGee Deutsch, 2005; Lvovich, 2003).

24. Junto a la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES) y la Federación Universitaria Nacionalista (FUN) –otras ramas de la AJN– participaba de las distintas actividades que organizaba esta agrupación.

25. Ver *Bandera Argentina*, 30 de agosto de 1939. Más datos acerca del proceso de constitución de un Sindicato de Conductores de Ómnibus integrante de la VOA de San Juan, dirigida por el jefe Pascual Alberto Sevilla, en *Bandera Argentina*, 30 de septiembre de 1939.

26. *Crisol*, “Alianza de la Juventud Nacionalista”, 25 de agosto de 1939, p. 4.

27. *Bandera Argentina*, “Vanguardia Obrera Argentina”, 25 de agosto de 1939, p. 2.

La “conquista de las calles” fue una consigna muy repetida que, a juzgar por el volumen de las movilizaciones realizadas en la ciudad de Buenos Aires (Rubinzal, 2008), tuvo un éxito considerable.

Debemos por lo tanto dirigir con toda premura nuestra acción a la conquista de la calle [...] Nosotros emplearemos la violencia y la proclamaremos instrumento de nuestra santa cruzada, cuando la oligarquía imperante, destructora de la vitalidad del pueblo, o el marxismo judaico internacional y los grupos de todos los rótulos propagadores de ideas antinacionales, quieran impedir que construyamos una Nueva Argentina Libre, Poderosa y Justa.²⁸

La “justicia social” que propugnaban los nacionalistas incluía no sólo la satisfacción de las necesidades materiales sino la posibilidad del desarrollo educativo y del tiempo libre:

Guardando lo suficiente para vivir con relativa holgura, poseyendo una vivienda propia, teniendo el trabajo asegurado, sin preocupaciones para la vejez, protegido por un sindicato y por el estado mismo, contando con facilidades para instruirse y para entretenerse sanamente, el obrero se habrá convertido de veras en un hombre libre.²⁹

Como hemos señalado en otro trabajo, el movimiento nacionalista concibió la “cuestión cultural” como un aspecto central de su “cruzada” política y elaboró distintas estrategias y prácticas para difundir sus ideas en los sectores trabajadores (Rubinzal, 2016). En este sentido, las industrias culturales eran los vehículos ideales para llegar a los obreros y obreras proponiendo imágenes, discursos, ideas y sensaciones de la realidad social que pretendían transformar. Las publicaciones periódicas funcionaron como un dispositivo a través del cual se organizaban otros consumos y se promovían prácticas colectivas con los lectores. Así los periódicos nacionalistas organizaban encuentros, viajes, distribución de novelas populares, veladas artísticas, y recomendaban el consumo de productos cinematográficos y radiales.

28. Juan Queraltó, “La juventud nacionalista, vanguardia en marcha”, en *Crisol*, 5 de febrero de 1939, p. 1.

29. *Bandera Argentina*, “El nacionalismo y las justas reivindicaciones de los obreros argentinos. Puntos de lucha de la Vanguardia Obrera, organismo gremial de la Alianza”, 20 de septiembre de 1939, p. 3. El punto décimo dice: “El obrero debe contar con organizaciones culturales, deportivas y festivas. Así en las horas libres podrá divertirse e instruirse, según sus gustos y aptitudes.”

Los objetivos de las publicaciones periódicas y de la literatura de ficción (novelas y cuentos breves escritos por autores nacionalistas y católicos) estaban orientados a lograr tres objetivos principales: recristianizar a los sectores populares; “regresar” a las mujeres al espacio doméstico; y preservar a los trabajadores y trabajadoras de las influencias de la izquierda. La literatura buscaba transmitir la moral cristiana y la doctrina nacionalista utilizando historias de la vida cotidiana de los trabajadores, de los habitantes de los barrios suburbanos, de los migrantes del interior. En este tipo de literatura abundan las moralejas y las enunciaciones prescriptivas, las cuales dan cuenta de la “intención pedagógica” que recorre las obras de los autores nacionalistas. Asimismo, el dramatismo fue uno de los recursos más frecuentemente utilizado para construir las representaciones sobre el mundo del trabajo y los sectores populares. Las publicaciones periódicas para niños y jóvenes, además de movilizar a los lectores en la esfera pública, proporcionaron una guía del buen uso del tiempo libre, que se convirtió en un tema de suma importancia en las agendas de los grupos católicos y nacionalistas de la época (Lida, 2005 y 2009; Mauro, 2010; Zanca, 2013; Rubinzal y Zanca, 2015).

Un punto que nos parece significativo mencionar es la cuestión económica desde la mirada del nacionalismo sindicalista. ¿Cuáles eran las ideas principales y los programas económicos que propugnaban? ¿Cómo conjugaban el autoritarismo con su rechazo al capitalismo? Creemos que lo primero que hay que contextualizar es que durante los años 30 se conjugaron dos elementos que desde la perspectiva nacionalista eran enormemente peligrosos: la crisis económica mundial con la que se inauguró la nueva década y el progresivo avance del comunismo entre trabajadores y desocupados. En el imaginario nacionalista la conjugación de ambos factores desembocaría en una revolución social de tendencias maximalistas, tal como había ocurrido en Rusia en octubre de 1917. De esta manera, los nacionalistas comenzaron a suponer que si se suprimía uno de dichos componentes los riesgos disminuirían. Esto es, una vez suprimidas las causas de la miseria las masas empobrecidas no se verían arrastradas por las ideologías “disolventes”. Asimismo, se sumaba un tercer problema de carácter estructural: la sustitución del sistema político liberal por la democracia corporativa o funcional, ya que antes de poder pensar “en una economía de tendencias sociales justas” era preciso “una modificación substancial del sistema político” (Glave, 1936: 31). En este sistema los partidos políticos serían reemplazados por organismos sindicales y corporativos que agruparían a los ciudadanos por profesiones, los cuales velarían por los intereses materiales, culturales y morales de la nación, y tendrían la función de designar a los representantes del Poder Legislativo

Paralelamente se admitía que las luchas de las izquierdas estaban justificadas por el contexto o “las condiciones del ambiente” y que era un error considerar que el conflicto social era un “engendro de unas cuántas mentalidades pervertidas, sin arraigo en la realidad” (Franceschi, 1946: 115). Este diagnóstico motivó la emergencia de programas con “medidas positivas” para resolver los problemas sociales y económicos. Desde la perspectiva del nacionalista Antonio Varela –quien en su juventud había abrazado ideas anarquistas–, el plan iba a resultar exitoso porque los programas nacionalistas aseguraban el pan y el trabajo a todos los obreros en vez de “divagar” sobre otros derechos del trabajo –a su juicio, secundarios e intrascendentes– tal como hacían los socialistas (Varela, 1935).

Los nacionalistas argentinos propusieron el modelo de una *economía dirigida* nacionalista, retomando ideas que comenzaron a circular en los años 30 en todo el mundo.³⁰ Dicho modelo económico admitía dos esferas separadas, una promovida exclusivamente por el Estado, y otra preservada para la iniciativa particular. Ésta última sería fiscalizada y reglada pero en ningún caso amenazada ya que la “iniciativa privada debe ser sagrada como la propiedad” (Glave, 1936: 20).³¹ Los nacionalistas pensaban que ésta era conveniente para la prosperidad del país y que además se imponía “naturalmente por la estructura social de las naciones y por la misma esencia del hombre”.³² No obstante, en algunas ocasiones admitían la injerencia del Estado en la economía privada y en las propiedades individuales, siendo el mundo rural y el sistema impositivo las esferas en las cuales se proyectaba una intervención más radical.³³

30. La expresión pertenece a Bertrand de Jouvenel y fue utilizada como oposición al *laissez-faire* demolido por la crisis. Este término se encuentra en los debates políticos producidos en distintas partes del mundo, en boca de actores provenientes de diversas líneas ideológicas. Por ejemplo, el socialismo gremial, reunido en el VI Congreso de la Federación Sindical Internacional (1933), se manifiesta a favor de la “economía dirigida”. Ver Juan Carlos Portantiero (2005).

31. Teotimo Otero Oliva, “Algunos principios básicos económicos-jurídicos del nacionalismo.”, en *Crisol*, 21 de julio de 1937, p. 1.

32. *Crisol*, “Aclaraciones sobre los puntos básicos que defendemos.”, 7 de agosto de 1936, p.1.

33. Este argumento también era sostenido por los socialistas argentinos que abrazaron la teoría económica del político belga Henri de Man (1885–1953), líder del Partido Obrero de ese país. La economía dirigida socialista, tal como la propugnaban Rómulo Bogliolo y José Luis Pena siguiendo a de Man, imponía la nacionalización del crédito para desarrollar el mercado interno; la construcción de una economía “mixta” (ni capitalista ni socialista); la nacionalización de las industrias básicas y la formación de un Consejo Económico Social. Ver Juan Carlos Portantiero (2005)

La intervención estatal en defensa de los intereses nacionales podía llegar hasta la estatización de los servicios públicos; la construcción de obras públicas –siempre que fueran redituables– y de casas para obreros; el otorgamiento de tierras a los pequeños productores. Una función importante atribuida al Estado era, además, el manejo del dinero circulante y de la financiación del mismo. El Estado sería el único autorizado a otorgar créditos a comerciantes, industriales y agricultores, primero, luego a los “ciudadanos comunes”. Detrás de la reorganización del sistema bancario y financiero que los nacionalistas proponían anidaba toda una construcción conspirativa *antisemita* la cual se basaba en la consideración de los israelitas como los principales prestamistas protegidos por los Estados modernos.³⁴ En este registro pretendían demostrar que los judíos dominaban la banca internacional y que planeaban someter al mundo a través de préstamos a los gobiernos de distintas naciones. En el nivel local, argumentaban que éstos controlaban el Banco de la Nación Argentina, que era uno de sus instrumentos para lograr el máximo objetivo: la dominación mundial.³⁵ La supuesta inclinación de los israelitas por los trabajos que no demandaban esfuerzo físico reforzaba el mito de la dominación financiera semita.

En el funcionamiento de la economía nacionalista las *corporaciones*, entidades que reunirían al trabajo y al capital sobre la base de intereses compartidos, tenían una función importante ya que eran las responsables de establecer los precios mínimos de los productos teniendo en cuenta la repartición de las ganancias entre las distintas fuerzas productivas intervinientes.

El nacionalismo considera que el precio de un artículo de producción nacional debe ser el monto de lo que ha costado producirlo, más las legítimas ganancias que le corresponden a los factores que han intervenido, teniendo en cuenta la justa remuneración a la mano de obra, a la dirección del trabajo, al capital empleado, sin que normalmente puedan exigirse sacrificios para disminuir el valor del producto.³⁶

La otra atribución de las corporaciones era gestionar la colocación de la producción en el extranjero, con lo cual se eliminaría la existencia

34. Los nacionalistas creían que el israelita era un sujeto inasimilable que tenía una identidad internacional y que atentaba a la moral a través de sus relaciones endogámicas y su sexualidad perversa. Ver Sandra McGee Deutsch (2001–2002).

35. Guido Glave, *El Banco Central, el judaísmo y la masonería*, folleto publicado por *Crisol*, s/f.

36. *El Nacionalismo Argentino*, folleto, junio de 1935, p. 29.

de intermediarios que, según afirmaban, se enriquecían a costa de los productores.

La concepción económica-social del nacionalismo era ambigua, existían nociones más radicalizadas y otras más conservadoras. Entre estas últimas, se proyecta proteger al capital privado y sostener un ordenamiento jerárquico de la sociedad, aunque estableciendo límites a la propiedad privada delineando un nuevo papel para el Estado y asegurando condiciones de vida aceptables a los trabajadores. En este sentido aseguraban que el objetivo primordial del Estado era salvaguardar las fuentes de trabajo y riqueza ya que “es necesario proteger arriba para mejorar abajo”.³⁷ En fin, estas ideas ponen de manifiesto los límites de las reformas económicas y, en consecuencia, de sus alcances redistributivos. Ahora bien, algunas agrupaciones nacionalistas fueron más allá, llegando incluso a proclamar la destrucción de las bases mismas del sistema capitalista.³⁸ Para estos militantes ninguna tímida reforma social podría dar solución a los problemas que aquejaban al mundo del trabajo. Esta retórica, junto con la decisión de apoyar a los obreros “aunque sean elementos de sindicatos rojos”, provocó –como ya señalamos– escisiones dentro del movimiento nacionalista.³⁹ De todos modos, tomando todas las definiciones (las más radicalizadas y las más conservadoras), se puede afirmar que el concepto de justicia social nacionalista implicaba modificar, en mayor o menor medida, la situación de los trabajadores urbanos y rurales asumiendo la legitimidad de las demandas obreras, las cuales habían sido desestimadas por los nacionalistas de los años 20 por ser un producto de “agitadores profesionales” extranjeros.

El proyecto de un nuevo orden económico nacionalista otorgaba a las “fuerzas vivas” de la sociedad, agrupadas y organizadas en las corporaciones, las facultades de decidir en materia económica asuntos vitales para el Estado, como el comercio exterior y el establecimiento de precios mínimos. Paralelamente sostenían que el Estado debía intervenir en la economía nacional protegiendo a los productores locales, brindando créditos a los trabajadores, reconociendo el derecho a la vivienda propia, reformando el sistema impositivo, entre otras cuestiones. El modelo productivo que proponía el nacionalismo para superar la crisis económica mundial no era original, pero presentaba algunos elementos curiosos. En

37. *El Nacionalismo Argentino*, folleto, junio de 1935, p. 31.

38. *Crisol*, “El nacionalismo tiene la solución para el problema obrero.”, 19 de junio de 1936, p. 1.

39. Ver *Crisol*, “Federación Obrera Nacionalista Argentina. Un comunicado”, 6 de mayo de 1936, p. 1; y “Unión Nacional Corporativa Argentina. Comunicado”, 10 de mayo de 1936, p. 4.

forma sintética los nacionalistas entendían que el motor de la economía debía seguir siendo la producción agraria y que el desarrollo industrial debía estar orientado fundamentalmente al consumo interno. Según la perspectiva de los nacionalistas, el sistema agrario tenía un problema estructural que era la existencia de latifundios, de los cuales muchos permanecían improductivos. Este sistema perpetuaba las injusticias sociales en el mundo rural provocando el traslado de los obreros rurales desocupados a las ciudades. Esta migración no hacía otra cosa, según los nacionalistas, que empeorar la situación en las urbes provocando un mayor hacinamiento en los conventillos y alimentando la delincuencia en las calles. Por estas razones, la reforma agraria nacionalista tenía como objetivo arraigar a la población rural al campo a través de distintos mecanismos, tales como las “reservas de familia” y los “hogares rurales”.⁴⁰ La redistribución de la tierra que pensaban realizar, a través de la subdivisión de grandes tierras fiscales y de la compra de una parte de las propiedades que tenían más de 2.500 hectáreas, favorecía la creación de pequeños productores orientados fundamentalmente a producir para su autosubsistencia. En síntesis, las distintas propuestas que hemos analizado presentan un núcleo común invariante, a saber, la necesidad de un Estado fuerte y autoritario capaz de intervenir en forma contundente en la economía. En consonancia con lo que hemos venido sosteniendo en otros trabajos, creemos que las propuestas económicas tuvieron –entre otras cosas– la función de acercar a los sectores trabajadores al movimiento nacionalista.⁴¹

Consideraciones finales

Como se desprende del panorama trazado hasta aquí, se puede afir-

40. Las “reservas de familias” disponía que quienes ya poseían una propiedad debían quedar vinculados a la tierra. Estas “reservas de familia” tenían la característica de ser propiedades inembargables. La línea de transmisión de la propiedad sería del padre al hijo mayor el cual sería asistido por el Estado para pagar el porcentaje de la herencia correspondiente a los otros miembros de la familia. También el Estado se haría cargo de comprar el 50% de la producción de la propiedad heredada. Por otra parte, las familias que no tenían su propia tierra debían incluirse en el plan de creación de “hogares rurales” que eran extensiones de tierra provistas por el Estado. Esas tierras tenían un costo que sería pagado por los beneficiarios con créditos del Banco Nación. El estado formaría los hogares rurales con la subdivisión de grandes tierras fiscales y también con la compra de una parte de las propiedades que tenían más de 2.500 hectáreas. Las nuevas unidades no podrían superar las 200 hectáreas.

41. Este objetivo produjo un despliegue de nuevas estrategias tales como las multitudinarias manifestaciones callejeras y la inclusión de militantes provenientes de los sectores populares a sus filas (Rubinzal, 2006 y 2012).

mar que el nacionalismo argentino se lanzó a la conquista del mundo del trabajo a partir de distintas estrategias. Este hecho guarda relación con el cambio de la dirección de la CGT, encabezada desde 1935 por dirigentes socialistas y comunistas. En otras palabras, la proliferación de estos grupos de obreros nacionalistas puede entenderse como una consecuencia del “avance de la izquierda” entre los trabajadores del movimiento obrero organizado. La modernización social fue el escenario en el cual se “reconfigura” el nacionalismo –que pasa de ser un grupo de intelectuales con contactos en el ejército a un movimiento político con presencia en las calles–. En dicho contexto los conflictos fueron de distinta naturaleza, a saber, los generados por el clima de una polarización ideológica mundial, los instaurados por una economía que se vio conmovida en sus fundamentos generando como consecuencia desocupación y miseria entre los sectores trabajadores, y los problemas propios de una moderna sociedad de masas. La modernización provocó cambios profundos que afectaron de una u otra forma en la vida cotidiana de los ciudadanos. En este marco los nacionalistas no se mantuvieron indiferentes frente a la *cuestión obrera*. Lejos de esperar que la solución a los problemas sociales proviniera exclusivamente de las medidas restrictivas y represivas hacia el movimiento obrero, los nacionalistas elaboraron programas sociales, políticos, económicos y culturales que formaron parte de su proyecto de *nación* autoritaria y jerárquica. Las organizaciones obreras nacionalistas incluyeron todo tipo de trabajadores en sus filas y procuraron captar tanto a los afiliados de los sindicatos autónomos y católicos como a los trabajadores socialistas. Algunas de estas organizaciones fueron efímeras mientras que otras tuvieron más éxito y lograron sumar adherentes. Los nacionalistas pensaban que era necesario superar el sistema capitalista y destruir, al mismo tiempo, cualquier posibilidad de revolución social. Los programas económicos nacionalistas propusieron un modelo de “economía dirigida” basado en corporaciones que reunirían a las fuerzas del trabajo y del capital dedicadas a un mismo sector de la economía. Estas corporaciones tendrían un papel fundamental en el sistema económico ya que serían las encargadas de controlar dos resortes vitales de la economía nacional. Los programas económicos consideraban que había que proteger la producción agraria, ya que era este sector el que generaba la riqueza del país. Sin embargo, se proyectaban transformaciones radicales del sistema agrario como la eliminación de los latifundios (tanto estatales como privados, si eran improductivos).

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial el escenario cambió de manera rotunda. El objetivo del nacionalismo de representar a los sectores trabajadores fracasó, entre otras cosas porque el modelo de nación que propugnaban resultaba demasiado restrictivo. El discurso nacionalista

que condenaba la diversidad étnico-religiosa, que amenazaba con eliminar las distintas voces políticas existentes y que expresaba un odio visceral a sus enemigos (ya fueran judíos, anarquistas, comunistas o liberales) fue extremadamente desafortunado para ensanchar las bases del movimiento. De todos modos, es importante aceptar que este movimiento político-cultural trascendió sus filas de militantes, para nada insignificantes, logrando establecer una empatía con su entorno. Algunos indicios del impacto positivo que el nacionalismo cosechó en sectores de la sociedad porteña pueden encontrarse en la participación de los vecinos que observaban las manifestaciones nacionalistas, en los católicos que saludaban las columnas desde las iglesias, en los funcionarios civiles y militares que participaron de los actos. Tal vez no todos estos gestos de adhesión significaban lo mismo. Pero sí es seguro que había quienes adherían a un proyecto político antidemocrático, a una concepción restrictiva de la nación, a las consignas patrióticas y anticomunistas. En otras palabras, el fracaso del nacionalismo argentino en convertirse en un movimiento de masas no amerita designarlo como un fenómeno marginal de la historia argentina del siglo XX. Así, además de ser un actor político fundamental del período de entreguerras, es una clave para entender otros momentos históricos en los que se actualizaron proyectos autoritarios que excedieron los aspectos puramente políticos.

Bibliografía

- Buchrucker, Cristián (1987) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Devoto, Fernando (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Di Tella, Torcuato (2003), *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires: Planeta.
- Dolkart, Ronald (2001), "La derecha durante la Década Infame, 1930-1943", en Sandra McGee Deutsch y Ronald Dolkart (comps.), *La derecha argentina*, Buenos Aires: Ediciones B.
- Franceschi, Gustavo (1946), *Obras completas*, tomo IV, Buenos Aires: Difusión.
- Finchelstein, Federico (2002), *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Buenos Aires: FCE.
- Glave, Guido (1936), *Economía dirigida de la democracia corporativa argentina*, Buenos Aires: Luis Gotelli.
- Klein, Marcus (2000), *A Comparative Analysis of Fascist Movements in Argentina, Brazil, and Chile. Between the Great Depression and the Second World War*, tesis de doctorado, University of London.
- (2001), "Argentine Nationalism before Perón: The case of the Alianza de

- la Juventud Nacionalista, 1937-c.1943”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 20.
- Lida, Miranda (2005), “La prensa católica y sus lectores en Buenos Aires, 1880-1920”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmas, n° 9.
- (2009), “El catolicismo y la modernización urbana en Buenos Aires. Notas sobre las transformaciones en la movilización católica, 1910-1934”, en Miranda Lida y Diego Mauro (coords.), *Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina: 1900-1950*, Rosario: Prehistoria.
- Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones B.
- Mauro, Diego (2010), *De los templos a las calles: catolicismo, sociedad y política: Santa Fe, 1900-1937*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- McGee Deutsch, Sandra (2005), *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- (2001-2002), “Los nacionalistas argentinos y la sexualidad, 1919-1940”, *Reflejos*, n° 10.
- Navarro Gerassi, Marysa (1968), *Los nacionalistas*, Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Portantiero, Juan Carlos (2005), “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en Hernán Camarero y Carlos M. Herrera, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo.
- Rock, David (1993), *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires: Ariel.
- Rubinzal, Mariela (2006), “Del elitismo al nacionalismo obrerista: la derecha argentina y la cuestión obrera en los años treinta”, *Entrepassados*, n° 30.
- (2008), “La disputa en las plazas. Estrategias, símbolos y rituales del primero de mayo nacionalista (Buenos Aires, 1930-1943)”, *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, n° 19, Madrid.
- (2012), *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943). Discursos, representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo*, tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata.
- (2016), “La cultura combate en las calles. Nacionalismo e industrias culturales en la Argentina de entreguerras”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina de la UNLP*, vol. 16, n° 2.
- Rubinzal, Mariela, y José Zanca (2015), “*Primeras Armas* y sus pequeños lectores en la Argentina católica de entreguerras”, *Iberoamericana. América Latina - España - Portugal*, n° 60, pp. 117-32.
- Spektorowski, Alberto (1990), “Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 2, n° 1.
- (2001), “The fascist and populist syndromes in the argentine revolution

- of the right”, en Stein Larsen, *Fascism outside Europe*, Nueva York: Columbia University Press.
- (2003), *Argentina’s Revolution of the Right*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Varela, Antonio Hilario (1935), *El nacionalismo argentino y los obreros socialistas*, Buenos Aires: Imprenta López.
- Zanca, José (2013), *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Zuleta Álvarez, Enrique (1975), *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires: La Bastilla.

Agustín Nieto

Entre anarquistas y peronistas

**Historias obreras
a ras del suelo**



El género concreto de *Entre anarquistas y peronistas* lo sitúa en el seno de la nueva investigación sobre la historiografía de la clase obrera en la Argentina. En el estado de cosas de la especialidad, el objeto no determina sus metas. Los actores de las historias que Nieto se apresta a contarnos son las trabajadoras y los trabajadores del pescado en Mar del Plata en los decenios centrales del siglo XX. Las preguntas que lo animan provienen de una nueva historia social en construcción. [...]

Agustín Nieto es un historiador de izquierda por otra cosa que sus ideas estrictamente políticas. Este libro es de izquierda porque palpita en cada línea una protesta erudita contra lo que sucedió en el pasado: entre otras cosas aborrecibles, la prepotencia de los patrones, la arrogancia de los capataces, el acoso sexual de los violentos, el hecho mismo de la opresión de clase. Y contra la “enorme condescendencia de la posteridad” que hace de las oprimidas y los oprimidos a lo sumo una nota al pie en la narrativa historiográfica. Lo es también porque se esfuerza por rescatar del olvido la humanidad beligerante de las trabajadoras y los trabajadores del pescado en Mar del Plata entre 1940 y 1960. Pero no es unilateral. Se abstiene de erigir héroes individuales o colectivos, y está lejos de refugiarse en la fantasía de una conflictividad incesante.

(Del “Prólogo” de Omar Acha”)

Tras la huella católica en los sindicatos. Una aproximación comparativa a los casos de Mendoza y Córdoba (1943-1945)

Jessica Blanco

ClFFyH - Conicet/UNC
jessieblanco@yahoo.com.ar

Title: Following the Catholic footsteps in the trade unions. A comparative approach to the cases of Mendoza and Córdoba (1943-1945)

Resumen: El artículo analiza la gravitación de la Iglesia en la historia del sindicalismo, atendiendo a los casos de la Federación de Sindicatos Católicos Obreros de Mendoza, y al proyecto sindical del Círculo Católico de Obreros de Córdoba, entre 1943 y 1945. Cabe entender dichas propuestas en un contexto político represivo de las tendencias sindicales izquierdistas, y en un marco religioso de madurez laical de indole social. Empero, los contextos político-ideológicos y las trayectorias e influencias en el entramado sindical y político de la época invitan a un estudio comparativo entre ambas situaciones.

Palabras clave: asociaciones laicales – sindicatos – Mendoza – Córdoba

Abstract: The article analyzes the gravitation of the Church by attending to cases of the Federation of Catholic Workers' Unions of Mendoza and the trade union project carried out by the Catholic Circle of Workers of Cordoba between 1943 and 1945. These proposals should be understood in a political context of repression of leftist trade union tendencies, and in a religious framework of maturity of lay initiatives of a social nature. However, the political and ideological contexts and the trajectories and influences on the trade union and political fabric of the time, invite a comparative study of both situations.

Keywords: lay associations – trade unions – Mendoza – Córdoba

Recepción: 30 de mayo de 2018. **Aprobación:** 15 de julio de 2018.

Introducción

En la década de 1940, la acción sindical confesional de asociaciones laicales como los Círculos Católicos de Obreros (CCO) o la Acción Católica Argentina (ACA) formó parte de la agenda de preocupaciones de ambas agrupaciones a nivel nacional, expresada en congresos y asambleas. Así, la organización católica sindical constituyó uno de los asuntos centrales del IX Congreso de los CCO celebrado en 1942, materializada a los pocos meses en la Confederación Católica de Trabajadores Agrerados, que se vio reforzada a partir del golpe de Estado de 1943 por la constitución de varios sindicatos más.¹ Respecto de la ACA, uno de los temas de las reuniones especializadas del Secretariado Económico Social en su Segunda Asamblea Nacional celebrada entre abril y mayo de 1943 se centró en la promoción de la sindicalización cristiana. De todas maneras, este asunto no aparecía en el plan económico-social de 1944.²

En algunas provincias, este anhelo logró concretarse a través de sindicatos promovidos por los asesores eclesiásticos de los Círculos, como en Córdoba y Santa Fe. Por su parte, la ACA fue fundamental en la promoción de centrales sindicales católicas de dispar éxito, como la Federación de Asociaciones Gremiales Cristianas, fundada a fines de 1942 en Tucumán y compuesta exclusivamente por mujeres; y la Federación de Sindicatos Católicos Obreros, creada en 1944 en Mendoza.

Al respecto, este artículo se propone analizar la intervención de agentes eclesiásticos y laicos y la gravitación de la doctrina social de la Iglesia en la historia del sindicalismo durante el gobierno militar de 1943-1946, atendiendo a los casos de la Federación de Sindicatos Católicos Obreros (FSCO) de Mendoza, y al proyecto sindical llevado a cabo por el Círculo Católico de Obreros de Córdoba (CCOC). Cabe entender a dichas propuestas en un contexto político de represión a las tendencias sindicales izquierdistas y en el marco religioso de promoción gremial confesional de la ACA y de una probable emulación de la Confederación Católica de Trabajadores Agrerados.

El presente trabajo pretende constituir un aporte a la imbricación mutua entre sindicalismo y catolicismo en clave comparada. En efecto, las diferencias de los contextos gremiales de surgimiento de ambas y de las trayectorias y las influencias en el entramado sindical y político

1. Testimonio del padre Emilio Ballardini (asesor de secretaria de las Vanguardias Obreras Católicas de los CCO) en *Orden Cristiano*, n° 137, 25 de julio de 1947, citado en Bauer (1999: 142); Actas de sesiones de la Junta de Gobierno de la Federación de los Círculos Católicos de Obreros, acta 1885, 23 de enero de 1945, p. 80.

2. *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina*, abril de 1943, p. 184; junio de 1943, pp. 367-368; marzo de 1944, p. 135.

de la época invitan a un estudio comparativo entre ambas situaciones, considerando como variables de análisis la inserción de estas iniciativas gremiales confesionales en el mapa sindical vernáculo, las configuraciones de poder en el interior de la Iglesia y la relación entre ésta y el gobierno militar. Aquí es cuando la tensión entre historia regional e historia comparada resulta enriquecedora, puesto que la perspectiva comparada posibilita visualizar, como en un juego de luces y sombras, las especificidades y semejanzas entre historias locales que encuentran significación con el todo.

1943-1945, auge y ocaso de la acción sindicalizadora del Círculo Católico de Obreros de Córdoba

Contexto económico y sindical en Córdoba

Acorde con una economía predominantemente rural y una estructura industrial desarrollada sobre la base de la industria liviana, en la Córdoba de entreguerras el mayor número de gremios se correspondió con estos sectores, donde eran poderosos los comunistas. Durante los gobiernos radicales (1936-1943), los socialistas predominaron en los gremios del sector terciario y de servicios (empleados de comercio, ferroviarios, tranviarios), mientras la prédica comunista fue preponderante entre los obreros gráficos, rurales (oficios varios, estibadores y conductores de carros y camiones) y de la producción (construcción, metalurgia y alimentación), que cubrían el mayor porcentaje de la actividad industrial. La presencia anarquista se encontraba en los sindicatos de cocineros y pasteleros, panaderos y oficios varios.³

En 1936, el cambio de la estrategia comunista a favor de la formación de los frentes populares permitió el acercamiento entre los sindicatos comunistas y socialistas, que en 1938 fundaron la Federación Obrera Provincial. La comisión directiva de ese año reflejó el equilibrio de fuerzas entre ambas tendencias, con una importante presencia de dirigentes del gremio de la construcción. Esta unidad entre socialistas y comunistas se mantuvo hasta fines de 1940, en que los últimos pretendieron alinear a la central a la política soviética de neutralidad.⁴ La posibilidad de acercamiento se produjo recién un año después, cuando el ataque de Alemania a la Unión Soviética en junio de 1941 condujo nuevamente a los comunistas a sumarse al frente antifascista. Sin embargo, el golpe de

3. *La Voz del Interior*, 25 de agosto de 1940, p. 12, y 4 de mayo de 1941, p. 22; Ferrero (2009: 92-93 y 97).

4. *La Voz del Interior*, 9 y 20 de noviembre de 1940, p. 11; *El País*, 9 de noviembre de 1940, p. 10; Ferrero (2009: 101).

junio de 1943 encontrará a los socialistas en la Comisión Cooperadora de la CGT, liderada por el ferroviario Bruno Herrera, y a los comunistas en la por ese entonces Unión Obrera Provincial (Ferrero, 2009: 103). En síntesis, en Córdoba la influencia de comunistas y socialistas en los distintos sectores productivos y de servicios replicaba a grandes rasgos la representación a nivel nacional.

De manera paralela, en la década de 1930 la acción de la Iglesia para contrarrestar la obra de estas tendencias se expresó en una labor de formación social y de preparación sindical cristiana, promoviendo organizaciones gremiales como el sindicato de costureras, el centro de empleadas católicas y la Asociación Católica de Enfermeras propiciados por la AC de Córdoba (ACC) (Blanco, 2008). En 1938 existió un intento de fundación de un gremio de la construcción en la localidad de Hernando por gestiones del presidente del CCOC, para oponerse a otro de orientación “político-comunista”,⁵ que formó parte de un proyecto de sindicalización promovido unos años atrás por la Junta de Gobierno de la Federación de los CCO.

Mutualismo, protección y asesoramiento gremial, bases de la acción sindicalizadora del Círculo Católico de Obreros de Córdoba

La actividad gremial en el país se vio seriamente afectada a partir del golpe de Estado de 1943. En correspondencia con lo que sucedía en todo el país, esta fue restringida a través de la intervención de la CGT local, la clausura de todas las entidades gremiales y –por disposición del gobierno nacional– la suspensión de asambleas, reuniones públicas y comisiones directivas gremiales. La reacción de los sindicatos –principales blancos de estas medidas por considerarlos subversivos– fue la cautela, evitando cualquier proclama o pronunciamiento sobre el nuevo gobierno militar, a diferencia de lo enunciado por las centrales gremiales nacionales que expresaron su aval a las medidas del gobierno.

Es en este contexto donde la agremiación del CCOC cobró vigor, a partir de dos hechos destacados que actuaron como condiciones de posibilidad: uno, de carácter interno, fue el nombramiento en mayo de 1943 del vicesesor de la entidad Rafael Moreno, que vino a renovar

5. *Actas de sesiones de la Comisión Directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba*, 1 de agosto de 1942; Círculo Católico de Obreros, *Cincuentenario de los Círculos Católicos de Obreros de la República Argentina. 1892-1942*, Buenos Aires, 1943, p. 188; Correspondencia entre la Junta y el Círculo de Obreros de Córdoba, 4, 14, 21 y 27 de febrero y 18 de mayo de 1938. Recordemos que los comunistas tenían una presencia muy importante en los gremios de la construcción.

una alicaída asociación.⁶ El segundo, de índole externa, lo constituyó el decreto nacional 2.669 de asociaciones profesionales de julio de 1943, que completaba el cuadro represivo hacia las dirigencias sindicales que actuaban políticamente: reglamentaba la organización y el funcionamiento de las asociaciones patronales y obreras, condicionando su accionar al reconocimiento por parte del gobierno de su personería jurídica.⁷ Así, el proyecto de sindicalización tímidamente bosquejado años atrás por el CCOC se activó en una coyuntura de espacios gremiales en disponibilidad: la represión del gobierno militar a las tendencias de izquierda durante los primeros meses de gestión y la legislación que condicionaba el accionar sindical. Como afirma Achával Becú (2010: 215-216) otro factor que seguramente favoreció el accionar del CCOC fue la representación del nacionalismo católico en la política laboral de la provincia vía Narciso Rey Nores –desde agosto de 1943 a cargo del Departamento Provincial del Trabajo (DPT)–, un dirigente de la ACC que como abogado especializado en derecho laboral había sido asesor de sindicatos católicos.

El plan bosquejado y llevado a la práctica por el CCOC utilizaba estrategias y actividades ya probadas con éxito. El punto de partida para atraer a nuevos trabajadores sería el mutualismo –mediante la creación de la categoría de socio mutualista–, y la “conversión” se realizaría a través de conferencias y el contacto personal ejercido por la militancia. Otro medio de persuasión, para nada desdeñable en una época en la que pocos gremios contaban con un espacio propio de reunión, era el préstamo del local a los sindicatos para celebrar sus encuentros. El objetivo principal era conquistar las bases sindicales cuyas dirigencias habían sido decapitadas:

La disposición del Superior Gobierno de la Nación disolviendo a todos los gremios obreros hasta tanto no se dicten los nuevos reglamentos a los cuales tendrán que ajustarse para ser tales, ha impulsado al Círculo a iniciar una acción de captación de estos gremios dispersos a fin de ganarse para la causa que defiende.⁸

6. A principios de la década de 1940, el Círculo estaba transitando una crisis importante por merma de miembros y falta de renovación dirigencial (incluso no se deja renunciar a algunos dirigentes y al asesor espiritual). *Actas de sesiones de la Comisión Directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba*, 8 de abril de 1943, pp. 311-314; 11 de septiembre de 1941, p. 176; 19 de agosto de 1943, p. 350.

7. *La Voz del Interior*, 21 de julio de 1943, p. 5.

8. Nota del 4 de noviembre de 1943 del CCOC a la Junta de Gobierno de los Círculos.

La categoría de socio mutualista se creó como respuesta al pedido de algunos dirigentes sindicales de que los afiliados a sus sindicatos pudieran asociarse solamente a la mutualidad del Círculo para contar con esos beneficios. Esto no significaba convertirse en socio de la institución, pero el CCOC no desaprovechó este vínculo. Si bien se reconocía que muchos de estos trabajadores no cumplían con los “requisitos morales” para integrarse a la asociación, se confiaba en su posterior formación vía conferencias.⁹ Cabe aclarar que el socio mutualista no pagaba una cuota mensual a título personal, puesto que el nexo entre el trabajador y la asociación católica era a través del sindicato, encargado de la erogación ante el Círculo para que sus afiliados tuvieran cobertura mutual.

Así, los sindicatos no aparecen como pasivos receptores en esa propuesta; se trataba más bien de una negociación en la cual los trabajadores –o por lo menos las dirigencias sindicales– valoraban al CCOC por su capacidad de proporcionar cobertura mutual mínima, local de reuniones y –en ese contexto de proscripción de actividades gremiales y políticas– la protección de una asociación que comulgaba con los mismos preceptos nacionalistas católicos que el gobierno militar. Asimismo, en el acercamiento de algunos grupos de noveles sindicalistas que reconocían “un absoluto desconocimiento de lo gremial”¹⁰ influyó el asesoramiento en esta área impartido por Moreno:

Nos enteramos de que el cura Moreno había ayudado a los cerveceros, a los tranviarios y a otros gremios y entonces fuimos a hablarle. El cura contestó que con mucho gusto nos explicaría cómo hacerlo. Nos daba conferencias y era muy vivo: en sus primeras charlas no resaltaba a la Iglesia...¹¹

La injerencia formativa del CCOC iba más allá de la creación de sindicatos y la “organización mutual de los diferentes gremios”:¹² la asociación también se encargó de redactar nuevos estatutos para el

9. *Actas de sesiones de la Comisión Directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba*, 30 de marzo de 1944, p. 391; Nota del 4 de noviembre de 1943 del CCOC a la Junta de Gobierno de los Círculos.

10. Testimonios de Vicente Moyano y Julio Murúa, fundadores del sindicato USEOCPE (desde 1946 Luz y Fuerza), reproducido en Roldán (1978: 103).

11. Testimonio de Julio Murúa reproducido en Roldán (1978: 103). Según Horacio Carignano, trabajador en la empresa desde 1943 y uno de los miembros de la comisión provisoria, fue el cura quien los invitó: *Electrum 50º aniversario*, Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, Córdoba, junio de 1994, p. 11.

12. *Actas de sesiones de la Comisión Directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba*, 10 de febrero de 1944, p. 382.

sindicato del transporte FOTAI y para otros sindicatos;¹³ Moreno tenía reuniones mensuales con las comisiones directivas de los gremios y encabezaba delegaciones de trabajadores (metalúrgicos, tranviarios, de ómnibus) que se entrevistaban con los interventores federales y presentaban memoriales y petitorios con claras influencias de la doctrina social católica. Otros servicios brindados por el CCOC que permitían influir en la vida interna de los sindicatos eran el asesoramiento para la elaboración y discusión de pliegos de condiciones y contratos colectivos y la asistencia profesional en causas civiles y criminales derivadas del trabajo,¹⁴ aportes nada despreciables sobre todo para dirigentes con escasa o nula experiencia sindical.

La activa tarea de promoción de sindicatos católicos por parte de Moreno involucraba según fuentes del CCOC a más de 4.000 trabajadores y se refería a la “reestructuración” de gremios ya existentes (los tres del transporte de pasajeros: FOTAI, AOITA y SOTA), y la creación de otros, como la Unión Obreros Tranviarios de Córdoba, la Unión Sindical de Empleados y Obreros de las Compañías Productoras de Electricidad (USEOCPE, luego Luz y Fuerza), el Centro de Obreros de Estaciones de Servicios, Mecánicos y Anexos, el Sindicato Obreros Unidos de la Industria Vitivinícola, la Unión Obrera de la Industria Cerámica de Córdoba, el Sindicato Católico de la Industria Cervecera, la Unión de Empleados de Teatros y Cines, el Sindicato de Obreros del Jockey Club, la Asociación de Inspectores del Transporte Automotor y el Sindicato de Obreros del Portland. Asimismo se estaban organizando los gremios de mudanzas, electricistas, biseladores, confiteros y sastres, entre otros.¹⁵

13. *Actas de sesiones de la Comisión Directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba*, 16 de diciembre de 1943, p. 377; *Memoria*, 30 de junio de 1943 al 30 de junio 1944 del CCOC enviada el 22 de agosto de 1944 a la Junta de Gobierno de los Círculos, p. 3. El estatuto de los obreros y empleados de las Compañías de Electricidad fue elaborado conforme a las directivas de la Iglesia y contemplaba hasta un asesor eclesiástico. Libro de Actas, p. 1; Estatuto primitivo transcrito en Actas en Roldán, 1978: 148. El memorial entregado al interventor federal León Scasso en enero de 1944 por el gremio de los metalúrgicos, creado también con apoyo de Moreno, dejaba expuestas similares finalidades del sindicato: el mutualismo, la colaboración para la armonía con el capital, la humanización del trabajo, el establecimiento de los principios de moral cristiana, etc. *Los Principios*, 13 y 14 de enero de 1944, p. 3 y 4 respectivamente.

14. *Memoria*, 1 de abril 1944 al 31 de marzo de 1945 del CCOC enviada a la Junta el 3 de julio de 1945, pp. 1 y 3; *Actas de sesiones de la Comisión Directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba*, 2 de marzo de 1944, p. 385; 30 de marzo de 1944, p. 391; 13 de abril de 1944, pp. 392-393; *Los Principios*, 13 de enero de 1944, p. 3; *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Córdoba y Obispos sufragáneos*, 1944, p. 123.

15. *Memoria*, 30 de junio de 1943 al 30 de junio 1944 del CCOC enviada el 22 de agosto de 1944 a la Junta de Gobierno de los Círculos, pp. 2-3; *Memoria*, 1 de abril

Algunos de estos sindicatos, como los tres últimos y los metalúrgicos, seguramente fueron fundados por el Círculo para disputar espacios con otros preexistentes de tendencia izquierdista.

Las acciones de la DRSTyP en pos de la hegemonía sindical oficialista: anulación del CCOC y creación de la FOC

En abril de 1944, la derogación, de acuerdo con directivas nacionales, de la reglamentación del decreto de julio de 1943 por parte del Comisionado Federal de Córdoba abrió una etapa de mayor flexibilidad sindical.

Hacia 1944 coexistía la CGT de signo izquierdista con los sindicatos patrocinados por el CCOC favorable al gobierno militar. La primera, fruto de la reunificación en 1944 de la CGT1 y 2, estaba dirigida por el socialista Bruno Herrera (Unión Ferroviaria) y se había apartado de las acciones oficialistas de la CGT y de la Unión Ferroviaria nacional, constituyendo un foco de resistencia a la Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión (DRSTyP). Esta situación produjo enfrentamientos entre la central nacional y local que terminaron en julio de 1945 con la reorganización por parte del Secretariado Nacional de la CGT de la regional Córdoba, aunque este cambio no significó la destrucción del sindicalismo independiente (Di Tella, 2003: 131; Achával Becú, 2010: 233).

A mediados de 1944 llegó a Córdoba el teniente Héctor Russo, encomendado por Perón para intervenir el DPT, aduciendo incumplimiento de funciones en esta dependencia.¹⁶ Como delegado regional de la STyP, Russo tenía la misión de crear una nueva central obrera para combatir la influencia de comunistas y socialistas (Tcach, 1991: 91), aunque probablemente también para contrarrestar la participación del CCOC en un proceso de sindicalización que le resultó funcional en un primer momento pero que podía convertirse en un obstáculo para un futuro proyecto hegemónico.

Luego de la depuración del DPT de las antiguas autoridades y funcionarios vinculados al nacionalismo católico, la ahora DRSTyP evidenció mayor presencia que su antecesor mediante la declaración de las huelgas como ilegales por no actuar conforme a la ley, la mediación entre

1944 al 31 de marzo de 1945 del CCOC enviada a la Junta el 3 de julio de 1945, p. 1; *La Voz del Interior*, 21 de febrero de 1944, p. 7; 16 de febrero de 1944, p. 9; *Los Principios*, 16 de febrero de 1944, p. 5. Esta nómina prácticamente coincide con la lista de sindicatos que se reúnen en el local del Círculo e invitan al acto realizado por la visita del presidente Edelmiro Farrell a Córdoba. *Los Principios*, 4 de julio de 1944, p. 1. Los obreros de la Municipalidad también fueron aconsejados por Moreno con vistas a la constitución de una entidad representativa. *Los Principios*, 15 de julio de 1944, p. 3.

16. *La Voz del Interior*, 16 de junio de 1944, p. 6; Serie Gobierno, 1944, tomo 79.

los trabajadores y la patronal para la firma de convenios colectivos, la intervención de empresas, etc. Del mismo modo que a nivel nacional, la DRSTyP comenzó una política de atracción de trabajadores a través de la vía sindical y limitó el accionar de las asociaciones católicas en la materia. En efecto, entre septiembre y noviembre de 1944 esta dependencia emitió una resolución que según el CCOC lo afectaba en su actividad gremial.¹⁷ El decreto de Asociaciones Profesionales de octubre de 1945 que establecía los sindicatos únicos por rama de industria y agrupados en una única central obrera, reafirmaba el principio de aconfesionalidad sindical de la medida de 1944, puesto que negaba la personería gremial a asociaciones constituidas sobre la base de religiones, credos, nacionalidades, razas o géneros.

Desde noviembre de 1944, los sindicatos formados al calor del Círculo progresivamente fueron abandonándolo como corolario de la medida gubernamental que impedía el accionar gremial del CCOC, por el influjo que ejercían los beneficios materiales y los reconocimientos sociales producto de la política de la STyP pero también por la postura conciliadora de Moreno, percibida como pro patronal.¹⁸

Del mismo modo que a nivel nacional, la DRSTyP se encargó de fomentar sindicatos en sectores aún no agremiados, aunque también captó aquellos recientemente creados o rediseñados por el CCOC (algunos de ellos en pugna con los de izquierda) y excepcionalmente sumó a algunos dirigentes de trayectoria. En agosto de 1945 la central oficialista Federación Obrera de Córdoba (FOC) declaraba agrupar a 10.000 obreros de los sindicatos de la Compañía de Electricidad, Transporte Automotor, Sastres y Anexos, Dulces y Anexos, Industria Cervecera, Peluqueros, Caleras y Anexos, Obreros Municipales, Mozos de Bares y Confiterías, choferes profesionales, mozos de cordel, transportes y mudanzas, encargados y porteros de departamentos, metalúrgicos de San Francisco, Oficios Varios de La Falda y de Capilla del Monte y Trabajadores Unidos de Cosquín.¹⁹ Si nos remitimos a la ciudad de Córdoba, por lo menos ocho (del transporte de pasajeros, de electricidad, sastres, confiteros, cervecedores, choferes profesionales, municipales y mudanzas) de los trece sindicatos mencionados por la FOC habían tenido vinculaciones con el Círculo.²⁰ Esto significa que la red de sindicatos bajo la órbita del

17. "La organización y orientación de las agrupaciones sindicales. Un Memorial del Círculo Católico de Obreros" en *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Córdoba y obispados sufragáneos*, 1945, pp. 58-61.

18. Testimonio del dirigente sindical de la USEOCPE Murúa en Roldán (1978: 105-106 y 148).

19. *La Voz del Interior*, 20 de agosto de 1945, p. 13; Bauer (1999: 141).

20. *Los Principios*, 15 y 18 de abril de 1945, 9 y 4, respectivamente; 3 de mayo de

CCOC fue fundamental para constituir la base de la central oficialista cordobesa, a la vez que se eliminaba a este actor como probable adversario en el ámbito gremial.

La experiencia de la Federación de Sindicatos Católicos de Obreros de Mendoza y el abandono de su ideario religioso

Contexto económico-sindical de inserción de la FSCO

Entre las actividades productivas de la provincia cuyana se destacaban el cultivo vitícola y forrajero y la minería. Hacia 1940, la población superaba poco más de 500.000 habitantes, con una quinta parte concentrada en el departamento Capital. De acuerdo con el Cuarto Censo General de la Nación (1946), de los 212.323 trabajadores remunerados mayores de 14 años, 32 % estaba ocupado en la producción básica, 27% en el sector secundario y 38% en servicios. Se contabilizaron 3.601 establecimientos industriales que generaban 23.133 puestos de trabajo, 10.000 de ellos concentrados en la industria de la alimentación.²¹

Respecto del movimiento obrero organizado, existían sindicatos con una trayectoria reivindicativa que databa de principios del siglo XX, como los gráficos y los obreros panaderos. Otros, como los sindicatos de la Madera y de la Carne, los Toneleros y la Unión Obrera Cosmopolita, ambos de Godoy Cruz, la Unión General de Mozos de la ciudad de Mendoza, Tranviarios y Repartidores de Pan, estaban nucleados en la Federación Obrera Provincial de Mendoza (FOPM), de inclinación anarquista.²²

En las décadas siguientes, la FOPM fue modificando sus inclinaciones ideológicas hacia el sindicalismo y posteriormente el socialismo y el acercamiento con los partidos políticos y entidades aliadófilos en un “frente único democrático”, compuesto por los Partidos Comunista, Socialista, Socialista Obrero, Radical y movimientos de ayuda a refugiados contra el antisemitismo. Su secretario era José Cortés y la conformaban, entre otros, los sindicatos de gráficos, de la madera, de la construcción, fideeros, mozos, panaderos y cocineros, cafeteros y cockteleros. Hacia 1940, la problemática de la prescindencia política referida al Estado

1945, p. 5 y 18 de agosto de 1945, p. 2.

21. Datos estadísticos del Instituto Técnico de Investigaciones y Orientación económica de la producción, en *Guía General de Mendoza 1940*, pp. 46-48 y 39; Garzón Rogé (2014: 94).

22. *Los Andes*, 31 de mayo de 1944, p. 5 y 11 y 18 de octubre de 1944, p. 4; Ministerio de Gobierno de la Provincia de Mendoza, *Carpeta Asociaciones de obreros y empleados, 1901-1959*; Garzón Rogé (2014: 95 y 97).

provocó escisiones que derivaron en la conformación por parte de los disidentes –entre ellos Cortés– de la Central de Trabajadores Mendocinos (CTM), de preeminencia comunista. Desde junio de 1943 fue afectada por la represión, ya que sus actividades se encontraron inhabilitadas y su local clausurado. Por su parte, la FOPM fue refundada a fines de ese año bajo la dirección del gráfico Isaac Espinosa, con orientación sindicalista y una apertura al diálogo y la colaboración con las instituciones estatales laborales.²³ Esta tendencia se mantendrá y consolidará durante el gobierno militar de 1943-1946.

Por último, las centrales Agrupación Gremial Argentina (AGA) y FSCO fueron herederas beneficiarias de la acción represiva sindical de la intervención federal, favorecidas con los vacíos de representación dejados forzosamente por la CTM. La AGA fue la central obrera oficialista, conformada con sindicatos nuevos y en actividades laborales otrora organizadas por la CTM, como los cementistas, los metalúrgicos, los obreros de la construcción y los diversos sectores trabajadores vinculados a la vitivinicultura. Si bien reconocía como fecha de fundación el 22 de junio de 1943,²⁴ su accionar sindical recién aparece reflejado en la prensa local a principios del año siguiente. Respecto de la FSCO, fue fundada en julio de 1944 bajo la promoción de la rama adulta masculina de la AC de Mendoza (ACM), la Asociación de Hombres de la AC (AHAC), y con el asesoramiento eclesiástico del presbítero Luis Dante Piccone. La FSCO decía congregar un número importante de trabajadores concentrados en sindicatos estatales y de servicios. Nueve meses después de su conformación, en abril de 1945, modificó sus estatutos y el calificativo “Católicos” fue reemplazado por el de “Unidos”.

Orígenes, conformación y adscripción católica de la FSCO

En Mendoza capital, las sugerencias de la Junta de ACA acerca de la promoción sindical confesional encontraron el traductor ideal en la figura del asesor eclesiástico de la AHAC, Dante Piccone.²⁵ En cuanto a la configuración del campo católico laico, como en el resto del país, la Acción Católica (en especial su rama masculina adulta) fue pensada como el “brazo ejecutor” de la jerarquía eclesiástica (Blanco, 2008). No obstante, la peculiaridad de la ACM fue su evidente preeminencia respecto de otras asociaciones de apostolado social, como por ejemplo el

23. *Los Andes*, 1 de mayo de 1939 y 1940, p. 7 y 6, respectivamente; 3 de mayo de 1940, p. 6; 1 de mayo de 1942, p.7; Garzón Rogé (2014: 95-96).

24. *Los Andes*, 22 de junio de 1946, p. 3

25. Cabe aclarar que en Mendoza ya existían la Federación de Maestros Católicos, la Asociación Católica de Empleadas y el Consorcio de Médicos Católicos.

Círculo Católico de Obreros, entidad que limitaba su accionar social al mutualismo y a la publicidad en apoyo de leyes laborales.²⁶

Por lo menos entre fines de 1943 y fines de 1944, periodo que abarca desde la fundación del primer sindicato de inspiración católica hasta los primeros meses de la FSCO, Piccone fue secundado en la tarea por César Soler, abogado de la curia y presidente de la ACM; el ingeniero Rodolfo Vago, director del Secretariado Económico Social de la ACM, y Oscar Roberts, de la AHAC, quienes participaron en la constitución de los primeros sindicatos católicos a través de charlas sobre temáticas sociales desde la perspectiva de la Iglesia y visitas, junto con el sacerdote y los dirigentes sindicales de las noveles agrupaciones, a los trabajadores de otras localidades para organizarlos.²⁷ No obstante lo anterior, los dirigentes de la AHAC tuvieron una intervención muy secundaria en la conformación sindical de inspiración católica, siendo su rol identificado como de “asesoría técnica”. Como veremos luego, fue Piccone el agente fundamental en la organización de los sindicatos y en el armado de lo que luego se llamó FSCO.

El primer logro de la promoción sindical confesional llegó en noviembre de 1943, con la fundación del sindicato Unión Gremial de Tranviarios, que se autodefinía como el primer sindicato católico de la provincia.²⁸ Los estratégicos trabajadores del transporte urbano e interurbano de pasajeros siguieron siendo organizados en 1944. Así, en marzo se fundó el Sindicato de Transporte de Pasajeros y Afines, que al mes había logrado el reconocimiento de la DRSTyP. Estos tres sindicatos junto con el del Personal de la Dirección Provincial de Vialidad conformaron en julio de 1944 la FSCO. Hacia diciembre, la FSCO ya contaba con 11 sindicatos y 7.000 asociados declarados. A los cuatro mencionados se les sumaron los sindicatos del Personal del Matadero Frigorífico Mendoza; de Obreros y Empleados de la Municipalidad de la Capital; de Urbanismo y Parque; de Empleados de Salubridad de Mendoza; de Choferes Profesionales; de Obreros y Empleados de la Municipalidad de Godoy Cruz y el Sindicato Unión Gremial de Lustradores de Calzado. Posteriormente se incorporaron los repartidores de pan, los trabajadores de corralones y materiales de construcción y los

26. Círculo Católico de Obreros “Santo Domingo”, Mendoza, *Memoria anual*. Años 1941 a 1947.

27. *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina*, septiembre-octubre de 1944, p. 134; *Los Andes*, 19 de noviembre de 1943, pp. 3 y 4 de marzo de 1944; *Prensa Obrera*, n° 1, diciembre de 1944, p. 1.

28. *Los Andes*, 19 de noviembre de 1943, p. 3; *Guía General de Mendoza 1940*, pp. 56 y 361.

dependientes de la Compañía Electricidad de Los Andes, que pasaron a integrar a los tranviarios.²⁹

El presidente de la FSCO era el colectivero Albino Sánchez y contaba con un asesor eclesiástico, Piccone, y un asesor letrado, el flamante abogado Jorge Lahún. Como las demás federaciones o confederaciones de iniciativa confesional mencionadas en la introducción, la FSCO evidenciaba en su denominación la adscripción católica, reforzada por la elección de su lema: “Dios - Patria - Unión”. Respecto del primer término, la FSCO aclaraba que Dios era “la razón misma de existir” y que se valdría del Evangelio para pedir justicia.

Excepto los sindicatos de los tranviarios y de repartidores de pan, el resto parece tratarse de entidades nuevas que para muchos trabajadores significaron la primera aproximación a la vida sindical. En el periódico de la FSCO, *Prensa Obrera*, se reproducían declaraciones públicas de dirigentes que agradecían sinceramente a Piccone por su guía y enseñanzas en una actividad poco conocida para ellos. Es el caso del presidente saliente del Sindicato de Obreros del Transporte de Pasajeros y Afines, Carlos Lucero, que en ocasión de la entrega del cargo hizo una reseña de la labor cumplida y “agradeció lo mucho que el asesor eclesiástico, Rvdo. Padre Luis D. Piccone, hizo en favor del gremio, diciendo: «no omitió esfuerzos para ayudarnos a realizar una obra en la que erámos [sic] novatos. Pero secundados por hombres como él, uno tiene la facultad de sentirse veterano»”.³⁰

Es probable que en las elecciones de los futuros sindicalistas del FSCO hacia esta propuesta confesional se combinaran una genérica inclinación religiosa pero sobre todo la convocante y carismática figura de Piccone como guía en roles noveles para ellos, a semejanza del caso de los dirigentes del sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba mencionado más arriba. Ahora bien, cabría preguntarse por la materialización de la adjetivación católica de la FSCO. En otras palabras, ¿qué injerencia concreta dispuso la Iglesia o Piccone en la cotidianidad de la Federación?, ¿qué incidencia tuvo la variable confesional en las configuraciones identitarias de sus miembros?

El sacerdote Piccone ocupaba los cargos de capellán y asesor eclesiástico de la FSCO y sus sindicatos adheridos, espacios que lo habilitaban no solo en la orientación espiritual de los asociados, sino en el acompañamiento concreto y la influencia directa en los asuntos internos de los sindicatos, al momento, por ejemplo, de brindar directivas cris-

29. *Los Andes*, 10 de julio de 1944, p. 9; 8 de marzo de 1944, p. 7; 29 de noviembre de 1944, p. 5; 26 de mayo de 1945, p. 5; *Prensa Obrera*, diciembre de 1944, pp. 1 y 3.

30. *Prensa Obrera*, enero de 1945, p. 4. Otro ejemplo de reconocimiento en ejemplar de marzo de 1945, p. 4.

tianas en actos de los sindicatos, integrar comisiones de trabajadores que viajaban al interior provincial para organizar seccionales gremiales o participar de la firma de decretos sobre mejoras laborales de los sindicatos representados.³¹ El cura explicitaba la orientación católica de la FSCO al señalar a la Iglesia como la primera que había legitimado los intereses trabajadores, para luego puntualizar que la obra de la Federación sería “esencialmente cristiana y específicamente obrera”, a través de “la Verdad y la Justicia” y bajo la inspiración de la doctrina social. Asimismo, el periódico de la Federación difundía las ideas doctrinarias sobre las que se asentaba el accionar de un sindicato católico, como sinónimo de “verdadero sindicato”, en contraposición a los basados en la lucha de clases.³²

Por parte de los dirigentes, en *Prensa Obrera* aparecían algunas referencias muy generales a la religión, como el uso de los términos cristiano o católico, o la mención de la justicia social y la moral cristianas y la superación material y espiritual.³³ Las alusiones a la justicia social basada en los Evangelios o la defensa de “la bandera de nuestra causa de Dios y de la Patria” del presidente Sánchez en ocasión de un almuerzo de camaradería realizado en noviembre de 1944 quizá deban entenderse en la situación que fueron pronunciadas ante la presencia de Piccone, miembros de la AHAC y autoridades de la DRSTyP invitadas. Una lectura atenta de sus palabras llama la atención acerca de que reconocía a los sindicatos de la FSCO como “específicamente cristianos” y afirmaba que eran de orden, aunque también de acción, para la defensa de derechos anteriores a la ley positiva. Por último, en una frase confusa indirectamente contemplaba la posibilidad del uso excepcional de la violencia: “Y queremos por último, que si esto [la dignidad obrera] ha de lograrse en algún caso por la violencia, Dios no lo quiera, no nos detengamos ante la violencia, porque no hay dialéctica más admisible que la dialéctica de los puños cuando se ofende a la justicia o a la Patria”.³⁴

31. *Los Andes*, 4 de marzo de 1944; 18 de marzo de 1944, p. 3; 3 de agosto de 1944; *Prensa Obrera*, n° 1, diciembre de 1944, p. 1; enero de 1945, p. 1; marzo de 1945, p. 2; Verbitsky (2007: 165). Respecto de los estatutos, se conformaban comisiones para la confección de los mismos, los que debían ser aprobados por los socios. Si bien la intervención de Piccone no aparecía mencionada, sí se destacaba que las normativas debían permitir “coordinar el plan de acción sujetándolo a principios de elevado criterio cristiano”. *Prensa Obrera*, enero de 1945, p. 7.

32. *Prensa obrera*, diciembre de 1944, p. 1.

33. *Prensa obrera*, febrero de 1945, pp. 3 y 4. Véanse otros ejemplos de referencias al catolicismo en los números de enero de 1945, pp. 2, 4, 7 y 8; febrero de 1945, pp. 2 y 3; y marzo de 1945, pp. 3 y 7.

34. *Prensa Obrera*, diciembre de 1944, p. 1.

Las tensiones entre lo religioso y lo sindical

Es cierto que en estos años el panorama gremial mendocino se encontraba fragmentado en diversas federaciones, pero esto no fue sinónimo necesariamente de heterogeneidad ideológica, sobre todo al pensar las relaciones con la intervención federal. Al respecto, cabe destacar que en Mendoza, a diferencia de Córdoba, el clima sindical en general y el posicionamiento político-ideológico de las centrales FSCO, FOPM y AGA eran, si no favorables, por lo menos expectantes respecto de la política laboral del gobierno. Llamaban la atención los ejemplos de actos públicos y festivales organizados por estas tres agrupaciones, que cuentan como invitados especiales a los funcionarios de la DRSTyP, o la presencia de referentes gremiales en los banquetes oficiales y en actos de adhesión al gobierno nacional.³⁵ Asimismo, las modalidades de expresión y reclamo sindicales se hallaban reducidas a petitorios o pedidos de conciliación, mientras que las acciones como el trabajo a reglamento, el boicot o las huelgas parecían impensables en esas condiciones. Considero que para el logro de este ambiente de negociación y de mesura gremial generalizada fueron fundamentales dos factores: la exitosa anulación comunista vía represión, que eliminó una corriente de potencial oposición sindical, y la flexibilidad ideológica de las dirigencias sindicalistas de la FOPM que desde antes del golpe ya habían mostrado acercamientos con las autoridades estatales del DPT, quienes continuaron en su cargo luego de junio de 1943. Este contexto calmo nos explica también la urgencia relativa por parte de la intervención federal de contar con apoyo sindical propio, a través de una central oficialista como fue la AGA. No obstante, este estado de situación fue efímero; hacia principios de 1945 adquirió nueva fisonomía a partir de la liberación de los detenidos políticos, la conformación de un frente político partidario y sindical opositor y las implicancias de la conversión de la FSCO en Federación de Sindicatos Unidos Obreros (FSUO).

Como veremos a continuación, las mejoras obreras conseguidas por la FSCO sobre la base del diálogo y la negociación en las oficinas de la DRSTyP y en Buenos Aires con Perón eran limitadas, con convenios constantemente incumplidos por los empleadores. En este contexto, la mención de las palabras acción y violencia podrían leerse como claves de lo que la dirigencia de la FSCO estaba pensando y como anticipatorias de un quehacer sindical liberado de influencias doctrinarias religiosas.

En efecto, si repasamos el accionar sindical de la FSCO en sus meses de existencia, la impresión que dejan las declaraciones sobre los logros

35. Algunos ejemplos en *Los Andes*, 30 de julio de 1944, p. 4; 31 de agosto de 1944, p. 3; 4 y 27 de noviembre de 1944, p. 3 y 6, respectivamente y 22 de abril de 1945, p. 7.

alcanzados como resultado de una política conciliadora es de un disimulado inconformismo. Algunas de los modestos avances conseguidos que mencionaban los sindicatos de tranviarios o de los trabajadores del matadero eran promover una política de entendimiento con la patronal, ser más respetados y tener derecho a réplica, aunque se reconocía que los aumentos salariales apenas los “saca[ban] momentáneamente de la total indignancia”. La falta de contundencia en las mejoras era justificada porque “la lucha es cruenta y factores adversos retardan la justicia social”.³⁶

En el caso de la acción sindical de la FSCO, las directrices fundadas en la armonía social y seguramente los controles eclesiásticos para circunscribir las acciones sindicales al diálogo, combinados con la actitud de una intervención federal que se valía de la generalizada anuencia gremial a sus políticas para ralentizar cambios de base, hicieron que la medida y la espera inercial aconsejada tanto por la Iglesia como por la DRSTyP, se contrapusieran a los intereses de los trabajadores. Estas limitaciones, sumadas a las exigencias de las autoridades de Trabajo de adecuar los estatutos en clave laica, se resolvieron mediante la ruptura de la Federación con la Iglesia (Blanco, 2016).

*Cuando “Unidos” reemplazó a “Católicos”.
Rupturas y mayor libertad de acción*

Algunos sindicatos de la FSCO como el de Transporte y Afines y el de Vialidad Provincial habían sido reconocidos por la DRSTyP en carácter de entidades obreras, de acuerdo a la ley provincial 1376, sancionada en 1939.³⁷ Sin embargo, lo anterior no era sinónimo de personería gremial, la cual era denegada por la Delegación debido a la confesionalidad contenida en sus reglamentaciones.

Esta problemática estaba instalada en la FSCO desde noviembre de 1944, cuando varios de sus sindicatos entrevistaron al interventor federal Aristóbulo Vargas Belmonte por el tema y se plantearon la necesidad de modificar parcialmente los estatutos.³⁸ Un actor externo a la Federación pero parte interesada del mundo sindical, la FOPM, manifestaba su apoyo a la DRSTyP en su negativa a otorgarles la personería gremial, dada la “anormalidad estatutaria de los solicitantes, por cuanto no se ajusta a la prescindencia confesional del movimiento obrero y a la ingerencia

36. *Prensa Obrera*, diciembre de 1944, pp. 2, 4, 5 y 7.

37. *Los Andes*, 7 y 16 de abril de 1944, p. 4 y 7, respectivamente; *Prensa Obrera*, diciembre de 1944, p. 7.

38. *Los Andes*, 8 y 20 de noviembre de 1944, p. 5 y 4 respectivamente; 7 de diciembre de 1944, p. 3.

[sic] en la dirección de las aludidas entidades, de personas ajenas a la práctica efectiva de tareas propias de los obreros”.³⁹

En marzo de 1945 la FSCO realizó una reunión para tratar el tema de cambios en los estatutos. En ese acto, y según el testimonio del asesor letrado Lahún, fue rechazado el anteproyecto de estatutos preparado para sindicatos católicos presentado por él, con “la oposición sistemática que se hacía a los principios específicamente cristianos que se hacían en el texto, y que son inspirados en la más pura doctrina social cristiana contenida en las Encíclicas papales”. En la asamblea del 6 de abril avanzaron aún más en la desaparición de cualquier vestigio de confesionalidad y modificaron el nombre de la entidad “Federación de Sindicatos Católicos Obreros” por “Federación de Sindicatos Unidos Obreros”. Finalmente, en mayo en una asamblea general extraordinaria se aprobaron las enmiendas a algunos artículos de los estatutos para adaptarlos a las exigencias de la DRSTyP.⁴⁰

Lo anterior provocó conflictos con algunos sindicatos que se escindieron, como el de municipales de Godoy Cruz, con el asesor letrado Lahún, que renunció a su cargo, y con la Iglesia, que retiró su apoyo a *Prensa Obrera*.⁴¹

De todas maneras, el cambio de denominación no fue meramente cosmético ni estratégico en pos de la obtención de la personería gremial, sino que significó un giro radical en las modalidades de acción sindical que venía desplegando la Federación y una adaptación a sus necesidades en la defensa más efectiva de los intereses de los trabajadores.⁴² En efecto, la ruptura con los inicios confesionales coincide con la emergencia de conflictos latentes entre algunos sindicatos pertenecientes a la FSUO y la patronal y el Estado, que protagonizaron los obreros públicos y del transporte entre abril y mayo de 1945. Esta nueva etapa de mayor firmeza e intransigencia sindical tuvo resultados positivos: la exigencia del sindicato de Transporte acerca de las inmediatas reincorporaciones fue cumplida a los pocos días, al tiempo que las remuneraciones de los obreros de la Municipalidad fueron mejoradas.⁴³ Asimismo, la cordialidad con la DRSTyP, que era recalcada tanto por *Prensa Obrera* como por los comunicados de la Federación en la prensa local, dio lugar a

39. *Los Andes*, 23 de abril de 1945, p. 7.

40. *Prensa Obrera*, mayo de 1945, p. 1; *Los Andes*, 13 y 17 de abril de 1945, p. 7 y 4 respectivamente; 23 de mayo de 1945, p. 5.

41. *Los Andes*, 23, 11 y 14 de abril de 1945, pp. 5, 5 y 4, respectivamente.

42. Al respecto, traigo a colación el caso ya presentado del sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, trabajado en Blanco (2010: 151-152).

43. *Los Andes*, 17 de abril de 1945, p. 3 y 19 de abril de 1945, p. 5; *Prensa Obrera*, mayo de 1945, p. 1.

virulentas críticas por la inocuidad del organismo de Trabajo, evidenciada en los numerosos convenios, resoluciones y decretos incumplidos por los empleadores, lo cual afectaba a los asalariados en cuanto a suspensiones injustificadas, falta de uniformes, desconocimiento de la antigüedad, retención indebida de sueldos, etc. El reemplazo del titular de la Delegación fue bienvenido por la FSUO,⁴⁴ aunque este recambio no fue óbice para que la espiral conflictiva continuara con la huelga del sindicato de Vialidad, que posteriormente se convirtió en general con el apoyo solidario del resto de los gremios de la FSUO.⁴⁵

Estas acciones reivindicativas deben entenderse en un contexto de mayor efervescencia política, con presos políticos ya liberados y con la organización y expresión pública de un frente opositor autodenominado progresista (Garzón Rogé, 2014). De todas maneras y por todo lo expuesto, considero que no hay que minimizar el quiebre que la ruptura con la Iglesia, de posición contraria a las huelgas,⁴⁶ produjo en las prácticas sindicales de la ahora FSUO.

Consideraciones finales

Las iniciativas sindicales confesionales que desde 1943 emprendieron el CCOC y la ACM, significaron una mayor presencia pública de la Iglesia en el movimiento obrero organizado y coincidieron con una de las etapas de mayor represión sindical y política de la historia del país y con el proceso formativo del peronismo. No obstante, este contexto político favorable fue condición necesaria pero no suficiente para la emergencia de los proyectos sindicalizadores de inspiración católica. En otras palabras, la represión sindical gubernamental dejó vacíos de representación que pudieron ser aprovechados por los agentes católicos solo en algunas diócesis. Así, los campos católicos de Córdoba y Mendoza presentan similitudes en el grado de desarrollo y maduración del asociacionismo social, con laicos motivados en su interés por los sectores trabajadores por curas y asesores eclesiásticos carismáticos,

44. *Los Andes*, 6 y 16 de mayo de 1945, p. 9 y 8, respectivamente; 28 de mayo de 1945, pp. 4 y 5; *Prensa Obrera*, mayo de 1945, p. 1.

45. *Los Andes*, 28 de junio de 1945; 30 de junio de 1945, pp. 5 y 6; 1 y 2 de julio de 1945, pp. 7 y 11, respectivamente.

46. En agosto de 1945, unos meses después del conflicto huelguístico de vialidad apoyado por la FSUO, el obispo Alfonso María Buteler reiteró a los miembros de la ACM que “Las huelgas y manifestaciones tumultuosas no son el medio normal ni el más apto para conducirnos al discernimiento de lo que es justo y conforme a verdad. Por tal motivo es prudente una actitud de reserva cuando se advierte preferencia y repetición en el empleo de tales medios”, *Boletín Oficial del Arzobispado de San Juan de Cuyo y Obispos sufragáneos de Mendoza y San Luis*, 1945, p. 288.

como Moreno y Piccone. Empero, cabe aclarar que más allá de que las agendas de acción social de la ACA y de los CCO hicieron inteligibles estas iniciativas, las mismas se presentaron atomizadas y sin mucha vinculación con proyectos similares llevados a cabo a nivel nacional o en otras diócesis. Tal vez esto pueda explicarse por dos razones: primero porque fueron experiencias temporalmente muy cortas que, por prohibición gubernamental en el caso de Córdoba y por disidencia gremial en Mendoza, no llegaron a consolidarse. Segundo, porque parecieron ser la materialización de cruzadas de entusiastas eclesiásticos aislados secundados por un grupo de laicos, y no a la inversa.

Los pasos iniciales del gremialismo católico fueron dados en un contexto político favorable para la parcialidad católica, con intervenciones federales que en su primera etapa y en línea con el gobierno nacional, habían prohibido toda actividad política, clausurado entidades de carácter comunista y perseguido y encarcelado a personas sospechadas de actividades izquierdistas.

De todas maneras, cabe reconocer que los diferentes mapas sindicales vernáculos preexistentes condicionaron la actuación de las intervenciones federales, las características de inserción de las iniciativas gremiales confesionales y el lugar de las mismas en la estrategia sindical hegemónica del gobierno militar. En este punto es donde podemos marcar las mayores diferencias.

En Córdoba, el golpe de Estado irrumpió en un sindicalismo fragmentado ideológicamente al que no pudo disuadir fácilmente, con organizaciones gremiales bajo dirección socialista y comunista, como los gráficos, mozos, panaderos y obreros de la construcción, que mantuvieron distancia del gobierno militar y luego se posicionaron opositores al naciente peronismo. El CCOC aprovechó vacíos de representación forzados y brindó servicios mutuales y de asesoramiento gremial que atrajeron a dirigentes de reestructurados y nuevos sindicatos, con la venia de las autoridades del DPT, de orientación nacionalista católica. Junio de 1944 marca un quiebre en este sentido, con la nueva orientación que asume la ahora DRSTyP dirigida por Russo en pos de la hegemonía oficialista en el ámbito sindical. Entre las estrategias adoptadas pueden mencionarse la creación de gremios paralelos y la fundación de nuevos sindicatos en áreas todavía no agremiadas, como ocurrió en otros puntos del país. Sin embargo, en Córdoba el frente sindical oficialista contó con la particularidad de conformarse también a través de la atracción de sindicatos preexistentes que se encontraban bajo la promoción del CCOC, desplazado legalmente de la agremiación. Así, estos sindicatos sirvieron de base para la conformación de la central oficialista FOC, a la vez que se eliminó una potencial fuente de competencia representada en el Círculo.

En Mendoza la interrupción institucional no fue tan disruptiva como en Córdoba, primero por la continuidad que existió entre los funcionarios del DPT del gobierno demócrata y el militar, y segundo por la actitud colaboracionista y negociadora de las dirigencias sindicales de la FOPM para con las autoridades laborales. La similitud con Córdoba solo aparece en los vacíos de representación forzados, que fueron ocupados por la AGA y la FSCO, a través de la fundación de sindicatos paralelos y la agremiación de sectores laborales todavía no organizados, respectivamente. A diferencia de Córdoba, estas tres centrales se mantuvieron alineadas con la intervención federal y atentas a la concreción de sus postulados sociales, situación que le brindó al gobierno por un lado una base sindical de apoyo y por otro un margen de maniobra para dilatar las mejoras prometidas por el Estado o la patronal como empleadores. Esta situación comenzó a complejizarse desde 1945, debido a una mayor efervescencia política resultado de la liberación de presos políticos, efervescencia que la FSUO, ya independizada de la adscripción católica, alimentó con sus acciones reivindicativas.

Bibliografía

- Achával Becú, Inés (2010), *Las culturas políticas y el origen del peronismo en Córdoba (1943-1947)*, Córdoba: inédito.
- Bauer, Francisco (1999), *Los trabajadores del transporte urbano de pasajeros en Córdoba*, Córdoba: Talleres gráficos de Q&Q Gráfica.
- Blanco, Jessica (2008), *Modernidad conservadora, y cultura política: Acción Católica de Córdoba (1931-1941)*, Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades.
- (2010), “Religión, sindicalismo y política en los años 40: una revisión sobre la participación católica en los sindicatos durante los años formativos del peronismo” en Gardenia Vidal y Jessica Blanco (comps.), *Catolicismo y política en Córdoba, siglos XIX y XX*, Córdoba: Ferreyra, pp. 133-163.
- (2016), “De «Católicos» a «Unidos». Las tensiones entre adscripción religiosa y acción sindical en la Federación de Sindicatos Católicos de Obreros de Mendoza (1944-1945)”, en Gardenia Vidal y Jessica Blanco (eds.), *Espacio público en Argentina, fines s. XIX-primerá mitad s. XX. Partidos, catolicismo, sociabilidad...*, Córdoba: Brujas, pp. 189-211.
- Di Tella, Torcuato (2003), *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires: Ariel.
- Ferrero, Roberto (2009), *Del mutualismo al Cordobazo. Breve historia del movimiento obrero en Córdoba*, Córdoba: Cepen.
- Garzón Rogé, Mariana (2014), *El peronismo en la primera hora. Mendoza, 1943-1946*, Mendoza: EDIUNC.
- Roldán, Martha (1978), *Sindicatos y protesta social en la Argentina. Un*

estudio de caso: el Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba (1969-1974),
Ámsterdam: CEDLA.

Tcach, César (1991), *Sabattinismo y peronismo*, Buenos Aires: Sudamericana.

Verbitsky, Horacio (2007), *Cristo vence: la Iglesia en la Argentina. Un siglo de historia política (1884-1983)*, tomo I, Buenos Aires: Sudamericana.

Alejandro Belkin

Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina

**De la gestión en el Partido
Socialista a la conquista de la
FORA (1900-1915)**



Alejandro Belkin nos ofrece en este libro un detallado análisis sobre el proceso de emergencia del “sindicalismo revolucionario” y de su conquista de la hegemonía dentro del movimiento obrero, retratando su labor militante y los principales debates que lo singularizaron dentro de las organizaciones obreras de principio del siglo XX. Este esfuerzo de comprensión es esencial para deshilvanar la formación ideológica del movimiento obrero argentino, comprensión que en el caso del sindicalismo revolucionario la historiografía desfigura o desconoce, a pesar de haber sido una de sus principales corrientes ideológicas.

El trabajo aporta mayor luz a distintas fases del desarrollo de la “nueva corriente” desde sus orígenes dentro del Partido Socialista (PS) y su posterior ruptura, su papel en la reorganización de las centrales obreras, en los principales conflictos laborales y, en particular, revaloriza su incidencia en la huelga de la Semana Roja de 1909 y en los acontecimientos del Centenario que marcan un punto de inflexión en la historia del movimiento obrero de principios de siglo. Aporta además, para mayor originalidad, un análisis del proceso de reconstrucción de las organizaciones obreras luego de la crisis del Centenario, que desembocan en el IX Congreso de la FORA, donde se consolida el papel dirigente del sindicalismo revolucionario dentro del movimiento sindical, papel que conservará con diferentes altibajos durante más de una década.

(Del “Prologo” de Edgardo Bilsky)

Las patronales argentinas ante la lucha obrera y sindical de los años 60

Silvia Simonassi

ISHIR-UNR
silviasimonassi@yahoo.com.ar

Title: The Argentine employers facing the workers' and union struggle during the sixties

Resumen: Durante los años 60 y principios de la década siguiente, la lucha obrera y sindical se ubicó en el centro de las preocupaciones de los empresarios argentinos y sus organizaciones. En este artículo analizamos las formas que adoptaron los discursos y las prácticas patronales de Buenos Aires y Rosario, en torno a temas como las dirigencias sindicales, las modalidades de lucha y los procesos de radicalización política, para establecer su relación con los discursos circulantes en torno al “enemigo interno”. Para ello, utilizamos un corpus heterogéneo de fuentes escritas y entrevistas orales, del campo obrero y empresario.

Palabras clave: Lucha obrera – organizaciones patronales – disciplinamiento – anticomunismo

Abstract: During the 1960s and the beginning of the following decade, the workers and trade-union struggle was at the centre of the concerns of Argentinian businessmen and their organizations. In this article we analyze the forms adopted by the discourses and practices of the employers in Buenos Aires and Rosario, about issues such as union leaderships, the methods of struggle and the processes of political radicalization, to establish their relationship with circulating discourses on the “internal enemy”. We use a heterogeneous corpus of written sources and oral interviews, from the workers' and employers' fields.

Key words: worker struggle – employers' organizations – disciplining – anti-communism

Recepción: 25 de junio de 2018. **Aprobación:** 15 de julio de 2018.

Durante los años 60 la lucha obrera y sindical se ubicó en el centro de las preocupaciones de los empresarios argentinos y sus organizaciones. En rigor, sería errado afirmar que en algún momento de la historia contemporánea el tema estuvo ausente de sus inquietudes, de sus discursos y de su accionar. Sin embargo, los procesos de radicalización política e ideológica abiertos tras la revolución cubana en el ámbito latinoamericano, la agudización del conflicto de clases y el surgimiento de corrientes antiburocráticas y clasistas durante los 60 en Argentina promovieron cambios en las formas de percibir y actuar ante la lucha obrera en amplios sectores del empresariado argentino.

Recientes investigaciones han profundizado el análisis en la legislación, los discursos y las prácticas de los sectores dominantes argentinos (partidos políticos, Fuerzas Armadas, intelectuales de derecha) durante los 60 y la primera mitad de la década siguiente. Se ha estudiado exhaustivamente la legislación, los debates parlamentarios, los escritos producidos desde diversos grupos e instituciones reflejando la creciente preocupación por el “enemigo interno” y la “guerra revolucionaria” (Mazzei, 1997; Ranalletti, 2011; Franco, 2012a y 2012b; Pontoriero, 2015 y 2018). Sin embargo, menos se ha ahondado en las transformaciones operadas en los discursos y prácticas de las empresas, los empresarios y sus asociaciones.

En la historia argentina del siglo XX, los rasgos que fue adquiriendo el conflicto de clases representó uno de los principales fundamentos de la organización de las patronales (Badaloni y Simonassi, 2008; Simonassi, 2014; Caruso, 2016). En la década del 60 un nuevo impulso asociativo derivó en la conformación de numerosas cámaras de base y asociaciones patronales, para hacer frente a la creciente conflictividad laboral. Durante estos años, la apelación a la intervención del Estado, mediante la modificación de la legislación y la represión de las diversas modalidades que fue adquiriendo el conflicto obrero, fue uno de los rasgos característicos. Paralelamente, las empresas y los empresarios impulsaron en las fábricas relaciones de tipo paternalista, orientadas a apaciguar el conflicto obrero y aislar al activismo.

En este artículo analizamos las formas que adoptaron los discursos y las prácticas patronales de Buenos Aires y Rosario durante los años 60 y el primer tramo de la década siguiente, enfatizando en aquellos de contenido liberal, antisindical y anticomunista. Para ello, utilizamos un corpus heterogéneo de fuentes escritas, en especial la prensa periódica, publicaciones y documentos internos de organizaciones empresarias, sindicales y políticas, así como entrevistas realizadas a empresarios y trabajadores.

En un primer apartado exhibimos algunas cuestiones vinculadas a la mirada empresaria sobre los conflictos y las direcciones sindicales

en Argentina, para mostrar las transformaciones operadas a principios de la década. En una segunda parte, indagamos en las percepciones y las demandas formuladas por los empresarios ante una modalidad específica de lucha obrera, hasta entonces la más amenazante según su óptica: las ocupaciones fabriles. En tercer término, mostramos las transformaciones operadas en los discursos y las prácticas patronales al compás de la actuación de vertientes clasistas y de organizaciones armadas en el movimiento obrero. En cuarto lugar, señalamos la importancia de desentrañar la lógica de mecanismos de tipo paternalista, destinados a disciplinar a los trabajadores, procurando frenar los conflictos y aislar el activismo. Finalmente, presentamos un conjunto de conclusiones.

Los dirigentes sindicales y la conflictividad laboral a través de la lente patronal

Para buena parte de las organizaciones empresarias argentinas, la “Revolución Libertadora” representó un acontecimiento que devolvía las esperanzas de normalizar las relaciones con los trabajadores y los sindicatos, conmovidas durante el peronismo. De hecho, hacia el interior de las plantas se desató una verdadera “revancha” por parte del empresariado, un intento por saldar cuentas con el pasado.

Así, el golpe recondujo los esfuerzos, visibles ya durante el último tramo del peronismo, por incrementar la productividad del trabajo y limitar el poder obrero expresado en las comisiones internas y los cuerpos de delegados. En el plano de las negociaciones salariales y de condiciones de trabajo esperaron reducir el poder sindical, modificar las cláusulas de convenios y limitar las atribuciones de los trabajadores y sus representantes. En el terreno de los conflictos, aspiraron a limitar los derechos, en particular la huelga, y apuntaron a la represión estatal lisa y llana.

De hecho, durante 1956 y 1957 exigieron la intervención del Estado en los numerosos conflictos que estallaron en el sector industrial. Sin embargo, no siempre los resultados se ajustaron a sus expectativas. Así, fueron frecuentes las críticas a las interpretaciones y resoluciones del Tribunal Arbitral que actuaba en los conflictos a partir de 1956 (James, 1981). Las patronales rosarinas, ante una de las diversas huelgas de los trabajadores de frigoríficos, iniciada en el Swift Rosario y extendida a todo el país, mostraron su descontento con la intervención estatal, exigiendo “resolución sumaria” y rechazando los “procedimientos dilatorios y rutinarios de la burocracia”. Afirmaban: “con reuniones de fórmula entre funcionarios y partes en litigio no se resuelve nada. Es como si el

médico esperara salvar la vida del enfermo sentándose pasivamente a la cabecera de su lecho”.¹

Además, fueron frecuentes los pronunciamientos en torno al papel de las direcciones sindicales, a quienes consideraban una minoría en el seno de la clase obrera, que procuraba “imponer soluciones por la violencia”, anteponiendo su propia voluntad y por ende actuando “despóticamente”. Su conducta configuraba una “verdadera dictadura”, un resabio del régimen peronista. Por el contrario, “una gran parte de la masa proletaria [...] reconoce que su parte de contribución positiva [...] consiste en producir más”. Para los empresarios, serían los propios asalariados, “sin necesidad de intervención gubernativa, los que habrán de concluir con esta dictadura”.² En efecto, durante estos años las críticas se inscribieron en una evaluación del régimen peronista, al que calificaban de tiránico y dictatorial. La supervivencia de rasgos asociados a ese pasado contrariaba la apertura de una nueva etapa, asociada a la “libertad”.

Durante el primer año del gobierno de Frondizi las críticas circularon por carriles similares. Mientras se sistematizaban los esfuerzos por aumentar la productividad del trabajo y crecía la conflictividad laboral, las organizaciones empresarias cuestionaron los aumentos salariales dispuestos por el gobierno y levantaron quejas contra las exigencias de reincorporación de despedidos y pago de los días de huelga. La principal publicación de empresarios metalúrgicos de Buenos Aires sostuvo que se introducía “el factor político en cuestiones netamente económicas”. Demandaba la superación inmediata de “la actual etapa de desquiciante lucha sindical y que alcancemos una verdadera paz social”.³ La Acción Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres (ACIEL), por ejemplo, cuestionaba la actuación del Ministerio de Trabajo y de los Departamentos Provinciales, por sus posturas “que habría[n] provocado la admiración del propio Carlos Marx: la que sustenta que las huelgas son, en principio, todas legítimas”.⁴

Los empresarios rosarinos, por su parte, cuestionaron también

1. “Conflictos del trabajo y burocracia”, en *Boletín de Federación Gremial del Comercio y la Industria de Rosario* (de aquí en adelante, *Boletín*), n° 501, 2 de marzo de 1957.

2. “La única dictadura”, *Boletín*, n° 535, 26 de octubre de 1957.

3. “Acciones del gobierno dirigidas a captar voluntades. Solución política a un problema económico”, en *Metalurgia*, n° 196, setiembre 1958.

4. *Noticias de ACIEL*, 19 de diciembre de 1958, citado en Cúneo, 1984: 222. ACIEL, se conformó a mediados de 1958 con la participación de importantes organizaciones empresarias, como la Unión Industrial Argentina, la Sociedad Rural y la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, entre otras. Se caracterizó por representar las voces de los sectores liberales del empresariado. La Federación Gremial del Comercio y la Industria de Rosario participaba de esta nueva entidad y suscribía la totalidad de sus planteos.

las normas laborales “que anarquizan las relaciones entre patronos y asalariados y establecen el omnímodo predominio de los dirigentes obreros para disponer huelgas, paros y trabajo a desgano”.⁵ La nueva ley de asociaciones profesionales, que en lo sustancial recuperaba las premisas de la legislación peronista, era considerada un retorno al pasado, al punto que durante muchos años insistieron en su derogación.⁶

Sin embargo, ya durante el año siguiente, el eje de denuncia se amplió desde una crítica a las dirigencias sindicales heredadas del populismo peronista hacia la identificación del activismo comunista como responsable de la agitación obrera y sindical. Bajo esa óptica –coincidente en responsabilizar a las direcciones sindicales pero divergente en cuanto a la inspiración político ideológica de esas acciones–, se interpretó la conflictividad durante buena parte del desarrollismo frondicista y se desplegaron mecanismos represivos.⁷

En efecto, en correspondencia con el avance de las políticas anticomunistas manifestado en la aplicación del Plan Conintes y en los discursos circulantes en torno al “enemigo interno” como expresión de la conflictividad social y política, los empresarios adjudicaron la conflictividad al accionar de los comunistas. Esa perspectiva se exhibió de manera más nítida en 1961, cuando el proceso de achicamiento de la planta de trabajadores del Estado recayó sobre los ferrocarriles y se sucedieron tres huelgas generales, una de ellas de 72 horas.

Para los empresarios de la ciudad de Rosario, la escalada huelguista consistía en “una exteriorización de «gimnasia revolucionaria»” y del poder ejercido por las direcciones gremiales, que obligaban a sus bases a acatarlos “solo por inercia y disciplina dentro de la estructura sindical admitida en una situación legal que coarta la libertad de resistir lo deci-

5. “Nota de actualidad”, *Boletín*, n° 586, 22 de noviembre de 1958. El gobierno frondicista adoptó como una de sus primeras medidas un incremento masivo de salarios que fue considerado “excesivo” incluso por los sectores industriales volcados al mercado interno.

6. *La Prensa*, 16 de mayo de 1962, citado en Cúneo, 1984: 242.

7. Tal como aconteció durante la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre y la huelga bancaria, donde se aplicaron importantes dosis de represión (Salas, 2006; Acha, 2008). Al año siguiente, en marzo, se aplicó formalmente el Plan Conintes. Mediante este instrumento y ante las “graves perturbaciones” que se sucedían, el gobierno autorizaba a las Fuerzas Armadas a “proceder con toda rapidez y absoluta energía” para restablecer el “orden público”, subordinando a las policías provinciales, Decreto 9.880/58, 14 de noviembre de 1958: <http://www.infoleg.gov.ar/infolegInternet/anexos/205000-209999/209052/norma.htm>. Al respecto, se ha resaltado que el plan Conintes estuvo destinado a colocar bajo la esfera de las Fuerzas Armadas el combate contra el enemigo interno, asociado a los altos niveles de conflictividad social y política que afrontó el gobierno frondicista (Pontoriero, 2015).

dido por los núcleos dirigentes”.⁸ En efecto, el eje del planteo consistía en cuestionar la “totalitaria” estructura laboral argentina, donde un puñado de dirigentes decidía contra el sentir del conjunto de los trabajadores, por razones políticas y extragremiales.⁹ Demandaban además que el gobierno no permaneciera “neutral”, garantizando el funcionamiento de los servicios básicos y modificando la legislación en cuanto al derecho de huelga. “Si el poder ejecutivo limita su acción a solo cuidar que una huelga de esta clase se desarrolle con tranquilidad, no habría cumplido sus funciones”, afirmaban.¹⁰

Incluso las quejas empresarias llegaron a la OIT. En efecto, en la 45ª Conferencia de Ginebra de 1961, demandaron sindicatos que “no sean instrumentos de movimientos políticos, generalmente contrarios al fondo de los ideales de libertad de la clase trabajadora” y dejaron sentado que “la huelga solo es admisible como último recurso [...] pero es inaceptable en los diferendos jurídicos”. Más claramente, repudiaron “enérgicamente las huelgas políticas y las formas arteras de la acción gremial directa, como es el llamado «trabajo a reglamento» o la disminución deliberada del ritmo de trabajo”.¹¹ De hecho, el caso argentino era citado por su Director General como un ejemplo destacado de los países en vías de desarrollo que más días perdidos por huelga ostentaba en términos comparativos, configurando más de la mitad del total de jornadas perdidas por un conjunto de once países que contabilizaba el organismo en esa categoría.¹²

Los empresarios de todo el país prestaron especial atención al desarrollo de la prolongada y combativa huelga ferroviaria por tiempo indeterminado y al paro de 72 horas convocado por la Confederación General del Trabajo (CGT) ante el proceso de racionalización y reestructuración ferroviaria. El conflicto fue respondido por el Estado con la

8. “Cuando la decisión de cien paraliza millones de obreros”, *Boletín*, n° 712, 22 de julio de 1961.

9. “El régimen laboral” y “La huelga general del 6 de octubre”, *Boletín*, n° 723, 7 de octubre de 1961.

10. “La huelga general del 6 de octubre”, *Boletín*, n° 723, 7 de octubre de 1961.

11. Intervención de Piñol, consejero técnico de los empleadores de Argentina, en OIT, *Actas de la Cuadragésima quinta reunión de la Conferencia Internacional del Trabajo*, Ginebra, 1961, p. 294, disponible en [http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/09656/09656\(1961-45\).pdf](http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/09656/09656(1961-45).pdf).

12. OIT, *Memoria del director general, Informe I, Parte I. Relaciones laborales. Problemas actuales y perspectivas para el porvenir*, Ginebra, 1961, pp. 106 y 107, disponible en [http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/09375/09375\(1961-45-part-1\).pdf](http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/09375/09375(1961-45-part-1).pdf).

contratación de rompehuelgas, las intimaciones –requisa– para volver al trabajo, allanamientos, cárcel y represión a los activistas.¹³

ACIEL y la rosarina Federación Gremial se refirieron al “proceso de maduración a que nos ha venido sometiendo la izquierda totalitaria”. Según su óptica las huelgas no representaban el “normal ejercicio de un derecho constitucional” y pedían la reglamentación del derecho de huelga, con un argumento que aludía a “la condición de rebaño a que se ha sometido al trabajador” motivado por “la regimentación compulsiva que no puede eludir”. En consonancia con los discursos circulantes, adjudicaron a la huelga “propósitos francamente subversivos y destructores de la organización social que nos rige”.¹⁴

Para los empresarios ambos conflictos fueron inducidos por los “activistas del partido y las células comunistas”, quienes habían “forzado situaciones para sus planes de agitación”. Desde esta particular lectura, consideraron que la convocatoria a la huelga general para el día 7 de noviembre respondió a lo que denominaban el “control remoto de las agitaciones”, pues ese día, afirmaban, se conmemoraba el “aniversario de la revolución bolchevique”. El objetivo era, en definitiva, producir “el caos”.¹⁵

Estas expresiones dan cuenta del creciente anticomunismo circulante en los discursos empresarios, que acompañaban los fundamentos de la legislación y las prácticas estatales destinadas a los trabajadores y sus conflictos. Se produjo así durante el conjunto del período una deslegitimación de los conflictos obreros, a partir de una operación que consistió en responsabilizar a las direcciones sindicales primero peronistas y luego comunistas (sin abandonar la crítica a las primeras, consideradas una herencia duradera del régimen de 1943-1955) de liderar demandas externas a las verdaderas necesidades y motivaciones, reduciendo de ese modo a los trabajadores a simple “rebaño”. De conjunto, estas quejas exhibían el descontento ante los escasos logros que consideraban habían logrado los gobiernos desde la caída del peronismo.

El proceso de ocupaciones fabriles bajo el prisma de las organizaciones empresarias

Si un importante sesgo anticomunista representó la lente a través de

13. Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS), *La heroica huelga ferroviaria*, Buenos Aires, julio de 1962 y Schneider, 2005.

14. “Posición de la Federación frente a la huelga” *Boletín*, n° 728, 11 de noviembre de 1961.

15. “La huelga”, *Boletín*, n° 729, 18 de noviembre de 1961. Para un análisis de la huelga en Buenos Aires, ver Schneider, 2005.

la cual se leyeron los conflictos laborales del período y sus direcciones, las formas que revistió la lucha obrera pasaron a constituir una fuente medular de preocupaciones empresarias tras el triunfo del radical Arturo Illia en las elecciones de 1963.

A principios de ese año, la CGT había culminado su proceso de normalización y lanzó un Plan de Lucha para el logro de un conjunto de demandas inmediatas tales como: aumentos de salarios, control de costos y fijación de precios máximos para artículos de primera necesidad, plena ocupación, pago de pensiones y jubilaciones atrasadas, créditos para reactivación de la producción, viviendas populares, reincorporación de cesantes por conflictos laborales, entre otras.¹⁶

Ante su incumplimiento, el Plan de Lucha adoptó a mediados del año siguiente una modalidad diferente: la ocupación masiva y simultánea de centros de producción y establecimientos industriales y de comercialización durante determinados días de los meses de mayo y junio de 1964 en distintas ciudades del país. En paralelo, se produjeron ocupaciones con tomas de rehenes en el marco de conflictos por empresa o rama, que se desarrollaban por fuera del Plan de Lucha, respondiendo a dinámicas propias (Schneider, 2009, y Simonassi, en prensa).

Como era de esperar, las patronales se destacaron por un rechazo homogéneo al Plan, antes, durante y después de su puesta en práctica. Así, la Cámara de Comercio de Buenos Aires lo caracterizó como “un programa revolucionario de ribetes claramente subversivo, que viola elementales disposiciones que hacen a los principios de autoridad, disciplina y convivencia” y denunciaba “implicancias comunistas”.¹⁷ La organización también responsabilizó al gobierno por el “triste espectáculo del país convertido en escenario del delito de usurpación y de privación de la libertad personal, agravado por la impunidad con que sus instigadores han podido concretarlo luego de cuatro meses de prédica desembozada y disolvente.” Para la Cámara, la responsabilidad de los poderes públicos residió en no haber adoptado medidas preventivas y de represión, al tiempo que exigía al presidente de la nación que ejerciese “todo el poder”.¹⁸

La Unión Industrial Argentina (UIA), por su parte, sostuvo que las medidas de lucha no estaban amparadas por el derecho de huelga, sino que representaban “claros delitos contra la propiedad y la seguridad de

16. Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Congreso Ordinario realizado en la ciudad de Buenos Aires los días 28, 29, 30, 31 de enero y 1° de febrero de 1963 y Segunda etapa del Plan de Lucha de la CGT*.

17. *La Tribuna*, 25 de enero de 1964.

18. *La Prensa*, 29 de mayo de 1964.

la Nación”.¹⁹ Para la principal organización de empresarios industriales, la responsabilidad recaía también en “la pasividad del gobierno ante el caos que nos amenaza”.²⁰

ACIEL acusó al gobierno nacional por la falta de reacción y a la propia CGT –definida como un “factor de poder”–, por llevar a cabo una “gestión extragremial, política en sentido disgregador, negativo, a veces subversivo”.²¹ Expresó además su aliento y solidaridad con las firmas afectadas por el plan de lucha, en especial los funcionarios de empresas “víctimas de los excesos de los dirigentes obreros”.²²

Diversos órganos de expresión de ramas industriales se pronunciaron en similar sentido. Fue el caso de *Mundo Metalúrgico*, que culpó a la CGT por impulsar “un Plan de Lucha revolucionario [que] puede desencadenar gravísimos hechos de impredecibles consecuencias”. Los acusaban de: “tomar las fábricas, incomunicándolas con el exterior, y con los patronos como rehenes, alojándolos en habitaciones individuales”. Y continuaban señalando con gran elocuencia que de no tomar el gobierno “enérgicas medidas para detener este estado de subversiva violencia, de proteger la vida y bienes de aquellos contra quienes se instrumenta la acción sediciosa, éstos, en uso de un elemental principio de autodefensa, se verán obligados a protegerse por sí mismos”, es decir, se desataría una “guerra” que era preciso evitar para salvaguardar la Nación.²³

El periódico *Economic Survey* se ocupó detenidamente de analizar el significado de las tomas al caracterizarlas como “el adiestramiento para la subversión”, consistentes en acciones orientadas a “transtornar realmente el principio de autoridad en las fábricas” más aún, a destruirlo. El semanario se ocupaba de ilustrar con ejemplos de situaciones acaecidas en distintas fábricas el logro de esos objetivos. La toma de rehenes era calificada como una práctica empleada “por extremistas para llevar adelante sus propósitos”. El blanco privilegiado de ataque era el gobierno, por su debilidad, por su falta de acción, aunque resaltaba con preocupación la falta de resistencia de las patronales: “Que un delegado pueda ordenar que se cierren las puertas de la fábrica y que esto se haga sin resistencia real de la gerencia, es una de las lamentables novedades de nuestra época y denota falta de coraje para defender lo que es exclusivo derecho de los patronos”. Finalmente, presentaba un conjunto de políticas que el gobierno debía seguir y ofrecía una especie

19. Solicitada de la UIA, *La Razón*, 1° de febrero de 1964, citado en Schneider, 2009.

20. *La Prensa*, 30 de mayo de 1964.

21. “Editorial: Lo que necesita la república”, *Revista Federación Gremial del Comercio y la Industria de Rosario* (de aquí en adelante, *Revista*), n° 214, enero-febrero de 1964.

22. “De ACIEL”, *Revista*, n° 414, mayo-junio de 1964.

23. “Editorial”, *Mundo Metalúrgico*, n° 205, abril de 1964, citado en Schneider, 2009.

de instructivo a los patrones para actuar ante nuevas tomas, en todos los casos de carácter antiobrero, antisindical y represivo.²⁴

En Rosario el panorama no era demasiado diferente. Federación Gremial reprodujo las posturas de la liberal ACIEL. La Bolsa de Comercio expresó también su rechazo al Plan de Lucha y advirtió sobre los delitos que cometerían las comisiones de activistas que, afirmaban, controlarían los mercados, las ferias y los comercios. La entidad rosarina planteó que se trataba de “una sistemática acción contra el orden” de modo que “la sola difusión del plan encierra una amenaza cuya efectivización debe ser impedida anticipadamente”. Denunciaron su carácter “sedicioso” y postularon “la necesidad de su represión”.²⁵ Poco después exigieron a Illia que “adopte resoluciones” para restablecer “las formas pacíficas del entendimiento” violado por el “prolongado y agravante plan de lucha”.²⁶

Los metalúrgicos locales, por su parte, se negaron a concurrir a discutir el nuevo convenio en el mes de junio, amparados en las ocupaciones de fábrica. Afirmaron que hasta que no se normalizara “el estado de subversión” no se sentarían a negociar. En el orden provincial protestaron por la inactividad policial ante las “violaciones a los derechos de libertad y propiedad”.²⁷

En términos similares, la prensa rosarina cuestionaba el Plan de Lucha. *La Tribuna* advertía que existía un notable encarecimiento de la vida, lo cual otorgaría sólidas razones a las protestas. Sin embargo, las ocupaciones no eran aprobadas ni convenientes porque “alcanza instrumentos de agitación a los extremistas infiltrados en el movimiento obrero.” Y agregaba “hay «guerrilleros» sin armas en toda la República”.²⁸

Así, las organizaciones patronales percibieron el método de las ocupaciones como un peligro, como violatorio del derecho de propiedad y las libertades individuales, agravado por la falta de intervención estatal en la prevención o finalmente, la represión. Este método de lucha configuraba en sí mismo un cuestionamiento al poder patronal en las plantas, que remitía al papel cumplido por los delegados y las comisiones internas en la tradición obrera y sindical argentina. Pero era leído bajo nuevas

24. *Economic Survey*, “El adiestramiento para la subversión y la ceguera del gobierno”, 26 de mayo de 1964.

25. *La Tribuna*, 8 de febrero de 1964, y Bolsa de Comercio de Rosario, *Memoria y Balance*, años 1964 y 1965.

26. *La Prensa*, 5 de junio de 1964.

27. Cámara de Industriales Metalúrgicos de Rosario, Actas de Consejo Directivo (CIM-CD), tomo 6, n° 481, 1 de junio de 1964, folios 136-143 y ss.; “Reclámase ante el ejecutivo provincial por su conducta para con los empresarios”, *Revista*, n° 414, mayo-junio de 1964.

28. *La Tribuna*, 18 de mayo de 1964.

perspectivas y discursos que asumían el peligro de la extensión de la lucha armada a nivel continental, potenciada tras la Revolución Cubana, temor que parecía confirmarse mediante la actuación en el norte argentino de la guerrilla del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) y, poco después de culminadas las ocupaciones, por la explosión ocurrida en un departamento del centro de Buenos Aires que reveló los preparativos para un combate armado. Por eso los empresarios cuestionaron duramente la pasividad –debilidad– del gobierno en la represión, el desalojo y el encarcelamiento ante las ocupaciones. Si bien la prensa registra hechos de este tipo, así como la judicialización del tema, las acciones previstas se realizaron, la represión no fue suficiente para frenarlas y el sindicalismo salió fortalecido, siempre de acuerdo a la óptica empresaria.

Radicalización y lucha armada: “subversivos” y “gente de buena voluntad”

Un golpe de Estado terminó con el gobierno del radical Illia en junio de 1966 y designó como presidente de facto al general Juan Carlos Onganía. A diferencia de otras dictaduras militares previas, el nuevo gobierno respondía a los principales parámetros de la Doctrina de la Seguridad Nacional que se afirmaba en América Latina, orientada a la defensa de las “fronteras ideológicas”. Luego del golpe militar, se “profundizó la tendencia a concebir al país como un campo de batalla de la Guerra Fría” y adquirió particular relevancia la protección frente al “enemigo interno”. Para cumplir este objetivo se sancionó un nuevo instrumento legal, la Ley de Defensa Nacional, que contemplaba los problemas de “seguridad nacional” en tiempos de paz. La ley planteaba una idea sobre la defensa nacional que permitía neutralizar “las perturbaciones internas producidas por actos humanos”, habilitando la actuación de las Fuerzas Armadas en caso de “conmoción interior”. Mediante esta ley se creaba el Consejo Nacional de Seguridad (CONASE). En rigor, el gobierno de Onganía y su Ley de Defensa venían a concretar ideas ya circulantes durante los gobiernos democráticos precedentes, que otorgaban un carácter bélico a las expresiones de protesta y conflictividad de distintos sectores (Pontoriero, 2018).

En lo sindical representó un momento de fortalecimiento de la tendencia negociadora del sindicalismo, frente a la cual se conformó en 1968 una nueva central, la CGT de los Argentinos, fundada sobre premisas antiburocráticas y combativas. A esta última adhirieron las principales regionales del interior, entre las cuales se contaba Rosario. La política económica del gobierno condujo a la lucha a diversos sindicatos, tales como azucareros, ferroviarios y portuarios. Diversas políticas implementadas hacia el movimiento obrero y sindical fueron

acumulando un descontento que se expresó en las jornadas de mayo de 1969 en Córdoba y mayo y septiembre en Rosario.

El Cordobazo se destacó por la magnitud y las modalidades de lucha adquiridas por la conflictividad social, que articuló protesta obrera, insurrección popular y rebelión urbana (Brennan y Gordillo, 2008). El Rosariazo de setiembre de 1969 representó otra coyuntura relevante desde el punto de vista de la conflictividad laboral y social del interior desde donde poder analizar los discursos empresarios. En efecto, tras un paro lanzado por los ferroviarios, se vivieron en la ciudad de Rosario dos jornadas de lucha con focos insurrectos y columnas de obreros en diferentes sitios de la ciudad, a las cuales se sumaron sectores medios y estudiantiles subordinados al movimiento sindical (Pérez y Viano, 1994).

Ante estos acontecimientos, diversas organizaciones empresarias –entre las que se contaban la Asociación de Industriales Metalúrgicos de Rosario (AIM), la Federación Gremial, la Sociedad Rural y la Bolsa de Comercio local–, elevaron una nota al Ministro del Interior ante lo que consideraron “tremendos sucesos que conmovieron a nuestra ciudad y alarmaron a todo el país”. Manifestaron que un sector de la sociedad había actuado “inexplicablemente desbordado y actuando como en plena guerra: nadie cree que se hubiese tratado de una mera «gimnasia» revolucionaria, sin otro trasfondo; por el contrario, no puede sino pensarse que se trata de una acción francamente rebelde, destinada a provocar el caos a través del relajamiento de la vigencia de nuestras instituciones”. Denunciaron también el carácter de la actuación de las fuerzas represivas –en particular la ineficacia de la policía provincial y la demora en intervenir de las Fuerzas Armadas– y el ataque “por manos armadas de teas incendiarias”. Se solicitaba la investigación de la “infiltración de agentes del desorden en organismos obreros, los cuales no pueden ser inmunes, como no lo son otros sectores de la comunidad, pese al mucho celo que pongan los dirigentes para evitarlo”. Consideraban que esos “arrebatos y desmanes” desvirtuaban el derecho a huelga y al trabajo.²⁹ La Asociación Empresaria de Rosario, por su parte, responsabilizó a la CGT por los “actos de terrorismo” y pidió a la justicia “actuar con toda la fuerza de la ley” (Pérez y Viano, 1994).

El gobernador de la provincia declaró que el “movimiento ha sido de corte subversivo, preparado y organizado por elementos adiestrados en la guerrilla urbana, que acopló a gente de buena voluntad”. De modo similar se pronunció el Ministro del Interior, al afirmar que en Rosario actuaron “elementos extragremiales”, donde problemas económico-sociales “no

29. Federación Gremial del Comercio y la Industria de Rosario, Telegrama 9221. Nota al Ministro del Interior, Gral. Francisco Imaz, 25 de septiembre de 1969.

graves” provocaron conflictos que fueron “aprovechados por sectores politizados y subversivos” tendientes “al caos y a la destrucción”.³⁰

Con gran elocuencia y una mirada más general, *Economic Survey* denunciaba un “vasto plan de conmoción organizada”, materializado en la “inusitada virulencia” de la huelga ferroviaria del ferrocarril Mitre, los atentados contra trenes, la ocupación de la empresa Fiat en Córdoba, la toma de rehenes y el paro de 36 horas convocado por la CGT en Rosario y Córdoba, todo lo cual configuraba “un panorama de verdadera subversión” tendiente a derribar al gobierno.³¹ Un ejemplo venía a ilustrar para el caso de Rosario este carácter organizado y peligroso: la existencia de al menos dos activistas heridos que no entraron a los hospitales: “Ese particular interés en mantener oculta la identidad de los heridos es característica de una organización de verdadera guerrilla metropolitana”.³²

Consideraban que el gobierno era responsable, por no ejercer una función educativa –“didáctica”– sobre los trabajadores explicando “la estrategia del plan económico, las ventajas de la estabilidad y la necesidad de proteger el salario real”; dicho plan, muy por el contrario, aparecía como “antisocial y carente de sensibilidad popular”. Para *Economic Survey*, determinados sectores laborales creían de buena fe que esto era así, porque “nadie les ha explicado lo contrario”, distinguiéndose así de aquellos que “se interesan en el caos como medio para disolver la sociedad”.

Era la propia tendencia negociadora e inconsecuente de las dirigencias sindicales la que –siempre según este medio– empujaba a las bases a dar la espalda a sus propios dirigentes y abrazar una “línea dura”. “El mejor negocio –afirmaban– es el de la subversión”. Para la publicación empresaria, la solución era lisa y llanamente asumir una actitud *sin concesiones* para que “desaparezca” la subversión.³³

La publicación no dejaba de resaltar el hecho de que un gobierno militar, “en ejercicio del estado de sitio”, no pudiese impedir insurrecciones que no se producían siquiera en gobiernos civiles. Como los empresarios rosarinos, la publicación denunciaba la demora en convocar a los militares “imprescindibles para restablecer y salvaguardar el más elemental orden urbano”, ante la impotencia, la inacción de la policía, que –en Santa Fe como en todo el país– “se descontaba por anticipa-

30. *El Litoral*, 19, 20 y 24 de septiembre de 1969.

31. *Economic Survey*, Buenos Aires, 16 de septiembre de 1969.

32. “La pérdida de autoridad”, *Economic Survey*, 23 de septiembre de 1969.

33. *Economic Survey*, Buenos Aires, 16 de septiembre de 1969. Destacados en cursiva en el original.

do". Y concluían: "No hay gobierno"; "este no es más el gobierno de la revolución argentina".³⁴

En rigor, el Cordobazo, el Rosariazo y los procesos de lucha que sacudieron otras ciudades argentinas en 1969 desgastaron a la dictadura y abrieron una etapa de radicalización política y social. La Córdoba automotriz y el cordón industrial del sur de la provincia de Santa Fe fueron algunos de los epicentros de la radicalidad obrera durante la primera mitad de la década del 70. En Rosario en 1970 comenzaron a actuar las organizaciones armadas y se avanzó en la aplicación de la legislación represiva.

En ese contexto, otro momento clave en la intervención pública del empresariado rosarino estuvo constituido por el asesinato, por parte de un comando conjunto del ERP y las FAR, del comandante del II Cuerpo de Ejército, general Juan Carlos Sánchez, el 10 de abril de 1972 en el centro de la ciudad.

Los empresarios rosarinos lo adjudicaron a "agentes provocadores de los disturbios callejeros", pues "no son otros los que, con diversos nombres y siglas, asaltan y asesinan respondiendo a consignas ajenas a nuestras ideas y convivencia". Nuevamente afirmaban que el objetivo primordial de estos grupos consistía en la destrucción de las "instituciones que caracterizan nuestro estilo de vida en libertad, para entronizar aquí filosofías extremas y extrañas que no conciben con la idiosincrasia del hombre argentino". Para ellos la violencia arrastraba "a hombres y mujeres jóvenes que salen de las casas de estudio a las que ingresaron como esperanza del futuro argentino". Así, señalaban a sectores del estudiantado, mientras los trabajadores, quienes soportaban "las contingencias adversas de la economía con mayor rigor", se marginaban de esos hechos "por propia y noble determinación".³⁵

Varias organizaciones empresarias de la ciudad unieron sus voces para condenar y repudiar los asesinatos, que constituían hechos que "definen y compendian [...] la filosofía y el programa de quienes desde hace ya largo tiempo están empeñados en sembrar el caos y la confusión en nuestra patria" y consideraron que había "llegado la hora de tomar posiciones claras y definidas: se está por la ley y el orden o por la violencia y la destrucción de nuestro estilo de vida".³⁶

De modo que en 1969 ya resultaba visible que para los empresarios los problemas habían cambiado su carácter: expresiones como "vasto

34. "La pérdida de autoridad", *Economic Survey*, 23 de septiembre de 1969.

35. "Responsabilidad total frente a la violencia", *Dinámica*, Órgano de la Federación Gremial del Comercio y la Industria de Rosario, año IV, n° 16, enero-marzo de 1972.

36. "Sacudió dolorosamente a nuestra ciudad el asesinato del General Juan C. Sánchez", *Dinámica*, año IV, n° 16, enero-marzo de 1972.

plan de conmoción organizada”, “infiltración de agentes del desorden”, “actos de terrorismo”, “movimiento de corte subversivo, preparado y organizado por elementos adiestrados en la guerrilla urbana”, dan cuenta de la aparición de un enemigo de otro carácter. Aparece además la apelación a las Fuerzas Armadas para intervenir en la imposición del orden al interior de las fronteras nacionales, legítima y necesaria a sus ojos, ya sea por la inacción policial o por la intensidad y las modalidades revestidas por la movilización social y política.

En ocasión del denominado segundo Rosarizado, un proceso de fuerte movilización obrera, con acontecimientos desarrollados en medio de un paro activo, se responsabilizaba a infiltrados externos a la clase. El enemigo, según estos discursos, “se enquistaba” en organizaciones de diverso tipo, como las sindicales, y *a pesar* de los esfuerzos en contrario por parte de sus dirigentes. Además, esa condición de exterioridad de los “infiltrados”, “agentes del desorden” “sectores politizados y subversivos” parecía dejar por fuera a los trabajadores de base, a quienes aún se les adjudicaba “buena fe”. En el asesinato de Sánchez aparecieron los estudiantes – “hombres y mujeres jóvenes”– como vehículos del accionar de las organizaciones armadas, dejando explícitamente por fuera a los trabajadores. No obstante, advertían que frente a las actitudes sindicales (podríamos agregar empresarias y gubernamentales), los trabajadores podían abrazar “la línea dura”, que en otros términos significaba adherir a las corrientes clasistas y combativas del sindicalismo argentino o a las organizaciones armadas. Quedaba de ese modo abierta la posibilidad de generalización de esos rasgos al conjunto de la clase trabajadora.³⁷

Disciplinamiento laboral y prácticas paternalistas

Una vasta producción académica ha enfatizado la tendencia de las burguesías, en diferentes latitudes, coyunturas históricas y ramas de actividad, por promover la armonía y la paz laboral a través de diversos mecanismos. Así, una amplia producción ha mostrado que estos esfuerzos configuraron aspectos medulares de las relaciones capital trabajo (Badaloni y Simonassi, 2013). Se ha reconocido que uno de los motivos que impulsó su despliegue consistió en atenuar la lucha de clases y dirigir los esfuerzos hacia la constitución de un “obrero modelo”, aislando a los activistas y promotores de conflictos, para disciplinar, en suma, a la fuerza de trabajo. Sin embargo, las articulaciones entre

37. El desplazamiento en la identificación del enemigo, desde las “minorías externas”, hacia la idea de “subversión industrial” que justificó el despliegue de la represión hacia el conjunto de la clase trabajadora, ha sido analizado en Carminati, 2018.

esos esfuerzos y su efectividad para frenar huelgas y conflictos obreros ha sido menos estudiada.³⁸

Los empresarios argentinos durante la convulsionada década del 60 no permanecieron al margen de esos esfuerzos. Al tiempo que, como analizamos hasta ahora, amplios sectores demandaron modificaciones en la legislación, impulsaron la represión estatal y modificaron sus discursos al compás de los clivajes de los debates públicos, promovieron en sus plantas múltiples y heterogéneos dispositivos de control y disciplinamiento en sus plantas. En el caso de la industria de capitales nacionales, esto fue posible en buena medida debido al proceso de expansión protagonizado por aquellas plantas que lograron aprovechar las oportunidades de asociación con los capitales extranjeros que ingresaron durante estos años gracias al otorgamiento de generosas concesiones. De modo que durante estos años el recurso a las prácticas paternalistas creció en proporción a las nuevas posibilidades abiertas por las transformaciones estructurales en curso.

Las diversas fuentes consultadas refieren a diversos recursos utilizados por empresas de diversos tamaños, ramas de producción y origen de los capitales. Esos dispositivos incluyeron desde el estrechamiento de relaciones directas entre trabajadores y patrones hasta mecanismos más complejos. Así, la construcción de viviendas, la inauguración de escuelas-fábrica, la conformación de cooperativas de provisión y ayuda mutua, la implementación de comedores y clubes deportivos y la organización de celebraciones donde se distribuían obsequios para las familias de los trabajadores constituyeron algunos de los dispositivos que destinaron a los fines de mitigar o neutralizar los efectos de la lucha obrera. El aprendizaje de trabajadores menores fue una de las prácticas desplegadas desde el peronismo a los fines de formar mano de obra calificada y habituada a criterios paternalistas. La construcción discursiva de la “gran familia” sintetizaba estos esfuerzos (Simonassi, 2007).

Así, si en las grandes fábricas estas prácticas son más conocidas, en las medianas empresas de capitales nacionales de Rosario también fueron frecuentes. El propietario de una autopartista de la zona sur del Gran Rosario relataba, por ejemplo, que sobre fines de la década promovieron la creación de la “Caja Mutual de Ayuda Social” en su fábrica,

38. Hemos analizado las maneras en que se edificaron en la industria metalúrgica de Rosario –de pequeñas y medianas dimensiones y de capitales nacionales–, desde la década de 1940, relaciones de tipo paternalista, para diferenciarlas del paternalismo como régimen industrial. En ese mismo lugar estudiamos el inicio de una etapa de agotamiento de dichas prácticas, como resultado directo de la conflictividad social y laboral del periodo 1973-1976 (Simonassi, 2007). Similares dispositivos configuraron el “régimen industrial con rasgos de paternalismo” analizado por Paula Varela para FATE (Varela, 2015).

adquiriendo la casa para hacerla funcionar y nucleando empleados y obreros. Allí implementaron cursos de repostería, cocina, bordado, corte y confección, mecanografía, contabilidad, electricidad y otros oficios, además de un jardín de infantes y una escuela de alfabetización de adultos. Se enseñaba “economía, economía hablando de la economía de la casa, economía doméstica, donde se enseñaba con un kilo de harina qué es lo que se podía hacer, cuánto era el costo diario de una casa de cuatro personas, con el salario de un obrero qué se podía hacer, qué se podía comprar, en ropa; enseñaban a planchar, a la gente que no sabía enseñaron a arreglar ropa, remiendos, bordado”.³⁹ Los dueños de la fábrica Galizia y Bargut se jactaban durante un duro conflicto con sus trabajadores, de contar con “asistencia social modelo, con prestaciones médicas, operaciones, farmacia, bioquímica, cirugía, odontología, préstamos personales sin interés, seguro de vida, subsidio por fallecimiento y equipo de fútbol con los gastos a cargo de la empresa”.⁴⁰

Durante la década se abrieron también numerosas escuelas-fábrica, como la habilitada en la rosarina GEMA de maquinarias agrícolas en abril de 1960, para la formación de aprendices y la capacitación en cursos nocturnos del conjunto del personal. Posteriormente incorporaron cursos de inglés e implementaron, durante los recreos y clases de dibujo, la difusión de música clásica y folklore nacional.⁴¹ En la cercana MIGRA, de la misma rama de producción, también funcionó sobre fines de la década una escuela de oficio para torneros.⁴²

Relativamente alejada de las grandes ciudades, en comunidades urbanas más pequeñas, grandes fábricas metalúrgicas como Vassalli construyeron un jardín de infantes para hijos del personal, una escuela de artesanía para jóvenes de entre 12 y 18 años donde se impartían clases de dibujo, pintura, escultura, torneado de madera, hierro forjado, plomería, electricidad de la vivienda, decoración, grabado en cobre, entre otras actividades, y otorgaron becas para hijos que realizaban estudios secundarios y universitarios. También construyeron un departamento de odontología y medicina infantil, implementaron descuentos en farmacias y vacunaciones masivas. Promovieron actividades sociales y deportivas mediante el acceso gratuito al club presidido por Roque

39. Entrevista realizada al empresario A.S. el 4 de mayo de 1996, intervención de su esposa, quién participó activamente en la Mutual.

40. *La Capital*, 26 de septiembre de 1974. Para este conflicto consultar Simonassi (2007) y Carminati (en prensa).

41. GEMA, *Memoria y Balance General*, 1960, 1961 y 1963, y *La Capital*, 19 de abril de 1960.

42. Entrevistas realizadas a Rubén y Manuel, obreros metalúrgicos, Rosario, noviembre de 1997 y junio de 1996.

Vassalli, garantizando vacaciones para los niños, todo lo cual se orientaba a la construcción de una “comunidad armónicamente integrada”.⁴³

De modo que estas prácticas sustentaron la idea de la “gran familia” y confluyeron con los discursos que diferenciaban el activismo que promovía artificialmente los conflictos, de los “verdaderos” trabajadores. Como ha afirmado Carminati (2018), “desde cierta actitud paternalista, se construía la imagen de una masa obrera «inocente» que era influida por «agitadores foráneos»”.

Consideraciones finales

En este artículo analizamos las formas que adoptaron los discursos y las prácticas patronales durante los años 60 y los primeros años de la década siguiente, que en lo sustancial acompañaron los discursos circulantes entre las Fuerzas Armadas, los partidos políticos y la prensa del período.

En primer lugar, analizamos las transformaciones producidas en la mirada sobre los conflictos y las direcciones sindicales a principios de la década. Mostramos la persistente preocupación por el crecimiento de la conflictividad laboral y la desazón de buena parte del empresariado ante la imposibilidad, del gobierno militar primero y el frondicismo después, de disciplinar la mano de obra. Tras la caída del peronismo y al menos hasta 1962, deslegitimaron los conflictos obreros responsabilizando a las direcciones sindicales peronistas primero y comunistas después. En dicho desplazamiento influyó el anticomunismo potenciado tras la revolución cubana en buena parte de Latinoamérica. Además las demandas eran consideradas artificiales, impuestas por motivos políticos por direcciones sindicales que permanecían alejadas de los verdaderos trabajadores y sus genuinas necesidades.

Para 1964, las modalidades de la lucha obrera adquirieron centralidad en las preocupaciones empresarias, en especial las ocupaciones fabriles, el método adoptado a mediados de ese año por la CGT como parte de su Plan de Lucha. Si bien tomaron estado público en esa oportunidad, venían formando parte del repertorio de lucha de los trabajadores y en algunos casos fue acompañada de toma de rehenes. Las patronales las rechazaron, subrayando el carácter violatorio del derecho de propiedad y de las libertades individuales, lo asociaron a un plan subversivo, clamaron por la utilización de la represión y cuestionaron duramente la debilidad del gobierno. Si bien incipiente, los episodios de lucha armada que se habían iniciado en Argentina, que internalizaban dentro de las fronteras nacionales el “peligro” cubano, proveyeron

43. Roque Vassalli S.A., *Memoria y Balance*, 1974, y Simonassi, 2011.

la lente a partir de la cual caracterizar la coyuntura de lucha obrera e insertarla en un contexto más amplio.

Ya durante el onganato, el Rosariazo de septiembre de 1969, iniciado con una huelga ferroviaria, fue interpretado como una “acción francamente rebelde”, como “actos de terrorismo”, “un panorama de verdadera subversión”, “un vasto plan de conmoción organizada”, con un activismo que adoptaba métodos de guerrilla para derribar el gobierno. En este caso, las organizaciones obreras habían sido infiltradas, a pesar del “mucho celo” de los dirigentes sindicales por evitarlo. Sin embargo, debieron explicar la adhesión y participación de amplios sectores obreros y lo hicieron aludiendo al engaño y la falta de información.

El asesinato del comandante del II Cuerpo del Ejército en Rosario en 1972 vino a confirmar sus diagnósticos. Nuevamente los trabajadores, identificados con la “idiosincrasia argentina”, que no abrazaban ideas foráneas, no fueron responsabilizados. Sin embargo, advirtieron sobre el peligro que revestía la deslegitimación de ciertas fracciones de la dirigencia sindical tradicional y las posibilidades de radicalización que ello podía habilitar. En correspondencia con las ideas circulantes, eran las Fuerzas Armadas las que debían actuar ante situaciones como las analizadas.

Finalmente, hemos relevado otras formas de disciplinamiento de la fuerza de trabajo, en particular la implementación de prácticas y dispositivos paternalistas en las plantas industriales. En estos casos, la condición de “rebaño” que reservaban las patronales a las masas trabajadoras confluyó con los esfuerzos orientados a evitar los conflictos y aislar el activismo y la acción sindical. Las formas que adquirió el conflicto de clase tras el retorno del peronismo al poder mostró el progresivo agotamiento de las prácticas paternalistas y abrió un proceso de represión hacia amplios sectores de la clase trabajadora, bajo los supuestos de la generalización de la subversión industrial y la guerrilla fabril.

Bibliografía

- Acha, Omar (2008), *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi (1945-1962)*, Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Badaloni, Laura y Silvia Simonassi (2008), “Asociacionismo empresario y conflictividad social en la Rosario de entreguerras”, en Sandra Fernández y Oscar Videla (comps.), *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*, Rosario: La Quinta Pata-Camino Ediciones.
- (2013), “Trabajadores, empresas y comunidades urbanas: reflexiones introductorias”, en *Avances del CESOR*, año 10, n° 10, pp.101-111.

- Brennan, James y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: De la campana.
- Carminati, Andres (2018), “Del «ausentismo» a la «subversión industrial». La construcción discursiva de un enemigo (1974-1976)”, en Silvia Simonassi y Daniel Dicósimo (coords.), *Trabajadores y sindicatos en Latinoamérica. Conceptos, problemas y escalas de análisis*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- (en prensa), “«Elementos extraños con brazaletes rojos». Radicalización obrera y lucha armada en una metalúrgica mediana de la ciudad de Rosario (1973-1976)”, en Alejandra Ciriza (comp.), *La centralidad de la política en los 70. Lecturas sobre un tiempo disruptivo*, Mendoza: EDIUNC.
- Caruso, Laura (2016), *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo. Sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Cúneo, Dardo (1984), *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, vol. 2, Buenos Aires: CEAL.
- Franco, Marina (2012a), *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976*, Buenos Aires: FCE.
- (2012b), “Rompecabezas para armar: la seguridad interior como política de Estado en la historia argentina reciente (1958-1976)”, *Contemporánea*, año 3, vol. 3, pp.77-95.
- James, Daniel (1981), “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, vol. 21, n° 83, octubre-diciembre de 1981, pp. 321-349.
- Mazzei, Daniel Horacio (1997), “Primera Plana: modernización y golpismo en los sesenta”, en *Realidad Económica*, n° 148.
- Pérez, José y Cristina Viano (1994), “El 69: del mayo rosarino al Rosariazo”, en Patricia Berrotarán y Pablo Pozzi, *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina (1955-1989)*, Buenos Aires: Letra Buena.
- Pontoriero, Esteban (2015), “Estado de excepción y contrainsurgencia: el Plan Conintes y la militarización de la seguridad interna en la Argentina (1958-1962)”, *Contenciosa*, año III, n° 4, pp. 1-16.
- Pontoriero, Esteban (2018), “La seguridad interna como campo de batalla de la «guerra revolucionaria»: contrainsurgencia y defensa nacional en los ámbitos político y militar en Argentina (1963-1970)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n° 48, pp. 84-120.
- Ranalletti, Mario (2011), “Una aproximación a los fundamentos del terrorismo de Estado en la Argentina: la recepción de la noción de «guerra revolucionaria» en el ámbito castrense local (1954-1962)”, en *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti*, Córdoba, n° 11, pp. 261-278.
- Salas, Ernesto (2006), *La resistencia peronista. La toma del Frigorífico Lisandro de la Torre*, Buenos Aires: Retórica-Altamira.
- Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.

- (2009), *Algunas consideraciones sobre las ocupaciones fabriles en la década de 1960*, Buenos Aires: Herramienta.
- Simonassi, Silvia (2007), "Conflictividad laboral y políticas disciplinarias en la industria metalúrgica de la ciudad de Rosario 1973-1976", en *Anuario IEHS*, n° 22, pp. 465-486.
- (2011), "Labor and Community in post war Argentina: the Agro-Machinery Industry in Firmat, Santa Fe", Oliver Dinius y Angela Vergara (eds.), *Company Towns in the Americas: landscape, power, and Working-Class Communities*, Athens: The University of Georgia Press.
- (2014), "Prácticas asociativas e identidades: el empresariado industrial metalúrgico rosarino, la conflictividad laboral y la organización obrera en la etapa formativa del peronismo", en María Celia Bravo y Sandra Fernández, *Formando el espacio público. Asociacionismo y política. Siglos XIX y XX*, San Miguel de Tucumán: EDUNT.
- (en prensa), "El Plan de Lucha de la CGT argentina y las dinámicas regionales de la conflictividad en el Gran Rosario hacia mediados de la década de 1960".
- Varela, Paula (2015), *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense 2003-2014*, Buenos Aires: Imago Mundi.

ARTÍCULOS

El frustrado accionar de un partido socialista nacional en la Argentina (1915-1922)

Carlos Miguel Herrera

Université de Cergy-Pontoise - CPJP
Carlos.Herrera@u-cergy.fr

Title: The unfulfilled life of a socialist party national in Argentina (1915-1922)

Resumen: Este trabajo se propone la primera reconstrucción de conjunto del accionar del Partido Socialista Argentino, formado en torno a Alfredo Palacios, tras su salida del socialismo oficial. En algo más de un lustro de vida, el nuevo partido intentó desarrollar un discurso nacional como fundamento del cambio social. Su incapacidad para forjar una identidad diferente del viejo socialismo, y sus sucesivos fracasos electorales, lo llevaron a un rápido final.

Palabras clave: Partido Socialista – Alfredo L. Palacios – discurso nacional – identidad política

Abstract: The article offers the first overall reconstruction of the “Argentine” Socialist Party, organized around Alfredo Palacios after his departure from the “official” socialism in 1915. In more than five years of life, the new party tried to develop a national discourse as the foundation of social change. His inability to forge a sharp different identity from the old socialism, and his successive electoral failures, led it to a quick end.

Keywords: Socialist Party – Alfredo L. Palacios – national discourse – political identity

Recepción: 6 de marzo de 2018. **Aprobación:** 30 de abril de 2018.

El Partido Socialista Argentino (de aquí en más PS-A) surgió tras la separación de Alfredo Palacios del Partido Socialista (PS), en junio de 1915. Su salida había creado una gran excitación en torno a su persona, ya convertido en la figura pública más importante de la izquierda. Así, en el gran banquete que organizan los cronistas parlamentarios para tributarle un homenaje tras renunciar a su banca, y donde se dan cita variadas figuras de la vida cultural argentina, Alberto Gerchunoff lanza su candidatura política, en el marco de un fuerte rechazo al viejo PS, hecho aún más explícito por otro de los contertulios de esa noche, Ricardo Rojas, que se preguntaba: “¿Cómo cifrar nuestra esperanza de regeneración nacional ni de redención popular, en eso que para escarnio de las clases obreras y de la democracia argentina sigue llamándose «el partido socialista argentino»?” (AA.VV., 1915: 99).

A principios de septiembre de ese año, un grupo de militantes socialistas cercanos a Palacios (como A. Torcelli y J. Muzilli) o críticos de la dirección (como M. Casaretto), pero en ausencia del antiguo diputado, se reúne en un congreso en Buenos Aires para crear una nueva organización, que contará con el aditamento de “Argentino”. Palacios termina adhiriendo al PS-A en una carta fechada una semana más tarde, donde saluda la orientación nacional de la nueva “Declaración de principios”.

Profesando un sano nacionalismo, nos sentiremos vinculados a la tierra en que hemos sufrido y hemos amado, y conceptuaremos la patria como obra de civilización, como fuerza de solidaridad que está por encima de todos nuestros egoísmos, y que tiene como fundamentos la justicia y la libertad.

En otro lugar analizamos cómo se planteaba esa identidad “nacional” dentro de una cultura socialista ya consolidada (Herrera, 2018), lo que explica, a la postre, su carácter demasiado inestable para configurar un nuevo socialismo, como ya se puede observar en la gran crisis interna que sacudirá al nuevo partido al año de su nacimiento. Pero esa primera particularidad conducía a dar al socialismo un acento reformista más marcado, un carácter “práctico”, que llevaba a situar al derecho como su medio específico. A obtener una banca parlamentaria apuntarán sus mayores esfuerzos, sobre todo a partir de 1917. Su fracaso repetido en este plano apresurará el final del promisorio partido, que desaparece hacia 1922. Nos proponemos reconstruir aquí la historia del PS-A a partir de su actuación pública.

Un nuevo partido para otro socialismo

El PS, por intermedio de su Comité Ejecutivo, juzgaba que Palacios

se había separado “voluntariamente” de sus filas, tras aceptar un nuevo duelo, con el diputado radical Horacio Oyhanarte. La prohibición de esa práctica, tenida por burguesa, bárbara y anacrónica, había sido objeto de algunas idas y vueltas en las instancias partidarias: tras dejar sin efecto la cláusula del art. 48 del estatuto en el XII Congreso Nacional, de mayo de 1914, en tanto actividad privada, había sido restituida por el voto general poco después, aunque se discutía la legitimidad de su aprobación o la legalidad de su incorporación a la normativa partidaria por esta vía.

La decisión del II Congreso extraordinario del PS, en julio de 1915, de rechazar la apelación interpuesta por Palacios a la medida del CEN, había conducido a un grupo de sus militantes¹ a reunir un Congreso de “agrupaciones socialistas disidentes” el 4 y 5 de septiembre de 1915, que aprobó un nuevo “Programa mínimo”, antecedido de una también novedosa “Declaración de principios”, y completando su tarea fundacional dotando de estatutos a la nueva fuerza.

Se reivindicaban allí los cambios que había producido en la política argentina la llegada del socialismo, su programa de realizaciones y la eficacia de sus métodos, que habían llevado a los triunfos electorales capitalinos, con cerca de 40.000 votos, un trasfondo sin duda determinante en la decisión de lanzarse a la construcción de una nueva fuerza política. Ese caudal mostraba que no eran sólo trabajadores quienes apoyaban la acción socialista, sino también “los elementos liberales, la pequeña burguesía”, e incluso “la minoría ilustrada de la clase dirigente”. Esto habría implicado, como se anota con lucidez en el documento fundacional, el deber de “ajustar sus actos a las características del ambiente”, manteniendo “en su organización el espíritu democrático que, como una fuerza cardinal, ha orientado a nuestro pueblo desde sus oscuros orígenes”, y, sobre todo, que el triunfo se traduciera en una más amplia acción parlamentaria. Pero he aquí que el PS, “desencarnado de la tierra donde pretendía arraigar”, había perdido su rumbo, cayendo, paradójicamente, en las prácticas de la política criolla, ya no solo del dogmatismo y el sectarismo.

De esa crisis nacía el nuevo PS-A, “un retoño destinado a prender en las entrañas de la nacionalidad”. Se debía pues realizar el ideal socialista “dentro de las modalidades inherentes a nuestra democracia”, lo que alentaba una orientación más abiertamente reformista, e incluso de colaboración. Así retraducidos los conceptos, la lucha de clases solo tenía sentido como “lucha concreta contra los privilegios” o “en fórmula

1. Los delegados que habían apoyado a Palacios en el Congreso del PS habían sufrido el hostigamiento de la barra y encontraremos muchos de ellos en el nuevo partido (Casaretto, A. Mantecón, Othaz, Lapido, Rosáenz, Ghio, Castro Zinny, Melópulos).

práctica que dé a los trabajadores la clave de su organización”, mientras que “la conquista de los poderes públicos” era resignificada como “acción directa o electoral”, para “intervenir en la sanción o ejecución de las leyes”. Las desigualdades sociales y económicas se achacan menos al “exclusivismo de clase” que a “las supervivencias anacrónicas”, a “las instituciones vetustas”, a las “tradiciones heredadas”. El ataque a las formas, más que a los hombres, daría, aseguraba el “Manifiesto”, un carácter menos hostil a la lucha.

Si la apropiación de los medios de producción generaba una organización social injusta, en el caso argentino era la propiedad privada de la tierra la que había “facilitado” el “trasplante y la aplicación del régimen capitalista europeo”. En consonancia con ello su “Declaración de principios” sostenía que la libertad económica, la primera de las libertades, sólo sería posible cuando los trabajadores poseyeran los medios de producción. La organización del proletariado era la “condición indispensable” para la transformación y el texto desarrollaba una serie de instrumentos que no aportaban novedad con respecto al viejo tronco: la “difusión de la doctrina del socialismo científico”, la acción gremial con “inteligencia”, para capacitar a la clase obrera para la obtención de mejoras inmediatas para elevar su nivel de vida, la acción cooperativa, para prepararse a la administración de los bienes comunes, y la acción política, para la conquista de los poderes públicos.

El perfil se recortaba más neto en los estatutos de la nueva fuerza, más cortos, simples y funcionales que los del PS. Por cierto, la organización territorial era la base, retomando los centros y las federaciones. En cambio, las agrupaciones no recibían un tratamiento particular como en la antigua norma (ni siquiera se preveía la constitución de una agrupación femenina, contrariamente a la vieja práctica). El Comité ejecutivo desaparecía también, ocupando su lugar un Consejo nacional, de 20 miembros, que representaban cada uno una vigésima fracción de los afiliados, siendo responsables ante la federación que los acreditaba, por un mandato de 2 años. Se preveía el nombramiento, en su seno, de una Junta ejecutiva; pero no integraban el Consejo nacional el director del órgano partidario ni los legisladores, como tampoco los asalariados del partido. Por otro lado, sus miembros no tenían voto en el Congreso, pero elegían por mayoría absoluta el director del órgano partidario. El Congreso se reuniría, como en la antigua norma, cada dos años, retomándose igualmente la institución del voto general. En el capítulo consagrado a la disciplina, mucho menos detallado que el del PS, se afirmaba que los estatutos “garantizan a los afiliados la más absoluta libertad de opinión con respecto a la organización interna del partido”, y las críticas que se hicieran a su dirección no podían ser nunca causal de exclusión.

Ante las sospechas, que no faltarán, de que se construía una fuerza en torno a un hombre, el PS-A reivindica su “impersonalismo”; incluso su órgano de prensa adoptará en sus avisos el subtítulo “órgano impersonal”, aunque esto daba cuenta también de tensiones internas. Acompañan a Palacios un conjunto de afiliados del viejo partido, como M. Casaretto, A.J. y C. Torcelli, V. Rosáenz, J.F. y A. Mantecón, E. Othaz, M. Lapido, E. Melópulos, F. Ghio, Á. González, Carolina y J. Muzilli, C.N. Caminos, N. Strático, V. French Matheu, M. Daumas, aunque otros, como D. Castro Zinny o E. Miranda Gallino, eran adherentes recientes. Pero se sumaban además otros hombres que no provenían de la tradición partidaria, pero eran amigos de Palacios, como S. de Madrid, J. Quesada, J.A. Saldías, H.P. Holmberg, R. Paz, N. Mercader o J. Erikson.

Esta apertura se veía reflejada en las páginas del periódico partidario, donde aparecían como colaboradores especialistas que no militaban necesariamente en la fuerza. Llegado el caso, se podían publicar viejas páginas de José Ingenieros. En algunas, ocasiones, por ejemplo para la velada organizada el 1° de mayo de 1916 en el Teatro Victoria, se contaba con el concurso de Almafuerte o de Alfonsina Storni.

El primer Secretario general de la nueva organización era V. Baliño, pero una vez organizada la Junta ejecutiva nacional pasaba a ocupar el cargo un experimentado Casaretto, integrando la mesa R. Arata, Ghio, González y Lapido (que desempeñará luego provisoriamente la Secretaría general), y en las comisiones, entre otros, encontramos a J. Mantecón, J. Muzilli, Rosáenz, Vidal, Caminos, etc. Como se ve Palacios no participaba directamente de los órganos de dirección partidaria –ocupada mayormente por los fogueados ex militantes del socialismo– conservando esa distancia de amplios sentidos.

El tipo de organización replicaba la del viejo PS, aunque en una versión simplificada que se quería menos estricta y formal –la sencillez de la carta orgánica se reivindicaba siempre como un rasgo propio del nuevo socialismo, aunque más tarde se llamará a la disciplina y a darse reglas–. Para ser reconocidos, los Centros debían contar con 20 miembros como mínimo en la ciudad de Buenos Aires (la mitad en los otros distritos). Su funcionamiento interno incluía la reunión mensual en Asamblea, una comisión administrativa a su frente y la organización de una biblioteca. El partido se organizaba rápidamente en toda la Capital, con locales en 16 circunscripciones (a veces más de uno en ellas), en la Provincia de Buenos Aires (incluyendo localidades como Bahía Blanca, Bragado, Campana, Olavarría, 9 de julio), Santa Fe (Rosario), Córdoba (pero en el interior) y Entre Ríos (Concordia).² Al mismo tiempo, en otro

2. En algunos de estos lugares, según informa el órgano partidario, nacen periódicos locales como *Democracia Social* de Campana o *El Nivel* de Río Cuarto.

alarde de organización más abierta, existían en algunas secciones de la Capital Federal (la 4ª, la 9ª) centros independientes que “secundan la acción del Partido”, o al menos la persona de Palacios.³ Durante la celebración del 1º de mayo de 1916 se dejará constancia de actos en varias ciudades bonaerenses aparte de La Plata (Campana, Juárez, Pergamino, Olavarría, General Lamadrid).

Desde noviembre de 1915, la fuerza contaba con su órgano oficial, *La Acción*, dirigido por A. Torcelli, ligado a Palacios de larga data.⁴ Su proclamada ambición de transformarse en diario nunca se materializará, y conservará una existencia semanal hasta junio de 1916, cuando los confesados problemas de tesorería lo llevan a una aparición más irregular. El periódico no cuenta, como se precisa para información de los militantes, con personal asalariado, lo que facilitaba la contribución de “colaboradores”. Esto iba de algún modo en consonancia con el hecho de que las candidaturas electorales del socialismo argentino mostrarán un apoyo más amplio concitado por la figura de Palacios. Pero la publicación expresará cada vez más la posición del sector más ligado a las tradiciones socialistas.⁵

Uno de los lemas del PS-A era “sembrar ideas y cosechar sanas consciencias” y las notas de su órgano se dirigen a un público culto. De hecho, la “juventud estudiosa” era una de las *cibles* del nuevo partido –la crónica periodística reconocerá uno de los sectores sociales más numerosos del PS-A, dado el predicamento de Palacios, ya por entonces profesor universitario–. El periódico cuenta incluso con una sección de divulgación científica que se repite número tras número, mostrándose siempre atento a los problemas educativos, ya sea con artículos sobre el método Montessori o sobre los niños con retraso. Pero la actividad deportiva no era descuidada tampoco, y su cobertura en la materia era siempre importante, dando la tabla de posiciones del campeonato de fútbol, y noticias sobre ciclismo, motociclismo, automovilismo y deportes náuticos. Incluso se conforma un *team* del PS-A, con el nombre

3. Por cierto, las candidaturas de Palacios serán siempre respaldadas por comités independientes, y la práctica se repite en la primera elección de 1916. Más tarde, en la elección legislativa de 1918, por ejemplo, encontramos un “Comité de ciudadanos independientes”, un “Comité de estudiantes pro-ruptura de relaciones con Alemania”, el “Centro obrero pro-aliados”, etc. Y aún en las elecciones nacionales de 1920 se habla de un “Comité de estudiantes”.

4. Cuando luego de algunas vicisitudes, Palacios se afilia al PS, en septiembre de 1901, lo hace en el centro de La Plata, que dirigían los hermanos Torcelli (Dickmann 1917: 122-123).

5. A partir de septiembre de 1916 su dirección entra en conflicto cada vez más marcada con Palacios y Mantecón. Tras cambiar de formato en diciembre de 1916, sus rastros se pierden hacia marzo de 1917.

“La Acción socialista argentina”, que juega en Tercera división. La mira política, sin embargo, no desaparecía: se muestra en general crítico de la Asociación Argentina de Fútbol, y aunque defiende el box, rechaza su profesionalización.

Un signo del interés con que era observado el nacimiento del partido en otras esferas que las tradicionalmente ligadas al socialismo era la gran cantidad de anuncios agrupados de bancos (de la Nación, Español del Río de la Plata, Nuevo Banco Italiano, de Londres y Brasil, Municipal de Préstamos y Alemán Transatlántico) con que contaba el periódico, sobre todo en sus primeros meses de vida. De manera general, la publicidad era abundante en sus páginas, tanto de trajes e indumentaria de ciudad, incluyendo a la tienda Gath y Chávez, como de cigarrillos “43”, o aún de la cerveza Quilmes y hasta la yerba paraguaya Palacios, y en el mismo rubro de diversión, los recreos. Tampoco falta la *réclame* de la emblemática colección “La Cultura argentina” que dirigía Ingenieros para la casa Vaccaro.

Las disquisiciones del PS-A, como vimos en el documento fundacional, daban cuenta de la importancia que se le otorgaba al problema electoral como medio de acción política. Pero, al mismo tiempo, parecía centrada en torno a la persona de Palacios, y en la Ciudad de Buenos Aires, donde el socialismo había logrado importantes triunfos tras la reforma de 1912. Así, la elección presidencial de 1916 era vista como una disputa entre UCR y PDP, y cuando se producen las elecciones, los “Argentinos” no presentan candidatura al Ejecutivo.

Ante las acusaciones que provenían del viejo PS, los nuevos socialistas se desentendían de todo “electoralismo”, afirmando que la tarea orgánica de la fuerza era la educación del pueblo. Empero, apenas constituidos, los “Argentinos” se presentaron a las elecciones municipales de Avellaneda, en noviembre de 1915, con una lista encabezada por Casaretto, proclamando que el municipio era la base de la democracia. Según la crónica partidaria, los actos de campaña llegaron a reunir 4.000 personas, lo que quizá sea exagerado. Producido el comicio, se denunció el fraude cometido, aunque se reconocía que la cantidad de votos obtenidos (cerca de 500), no bastaban para la concejalia. Sin embargo, se valoraba que en 8 mesas (sobre 29) habían obtenido más votos que el PS...

La actividad propagandística del novel partido se tornará muy importante de cara a las elecciones del 2 de abril de 1916, llegándose a contabilizar 40 conferencias semanales en la Capital.⁶ Los actos tenían en general a Palacios como principal orador, y eran seguidos en algunas ocasiones, siempre según el periódico, por más de 8.000 personas. La

6. *La Acción*, n° 17, 1 de marzo de 1916.

confianza en alcanzar la victoria ante “el socialismo dogmático y negativo” parecía primar ampliamente. Por cierto, se denunciaba desde *La Acción* la constante perturbación de sus reuniones llevadas a cabo por simpatizantes del PS, a veces al grito de “¡Palacios no/Justo sí!”...⁷

El PS, por su parte, afirmaba desde las columnas de *La Vanguardia* que los periódicos nacionales, y en particular *La Razón*, apoyaban al nuevo grupo. En todo caso, en las páginas del vespertino encontramos algunos reportajes de cara a los comicios, no sólo a su principal figura pública, sino también a Torcelli e incluso a Rosáenz, al que se señala como el único obrero manual candidato a la diputación. La nota realza no sólo su oficio de carpintero sino también su largo *cursus honorum* en el viejo PS, al que había ingresado en mayo de 1894. De hecho, en sus respuestas, se encuentran reafirmadas las viejas propuestas del socialismo, como un “librecambismo convencido”, el fin de los impuestos aduaneros que encarecen el consumo de los trabajadores, y aunque defendía la industrialización, rechazaba toda protección del Estado, en particular del vino y el azúcar. Su candidatura promovía además la derogación de las leyes de Residencia (4.144) y Defensa social (7.029).

El fracaso de la candidatura de Palacios, pese a haber alcanzado más de 33.000 votos (y un promedio de 8.500 votos para los otros candidatos)⁸ representó un primer golpe, y pronto aparecerían los síntomas de una crisis, que posiblemente se incubaba desde el nacimiento del PS-A.

La división interna

El conflicto toma estado público cuando se preparaba una fiesta para celebrar el primer aniversario de la fuerza, anunciándose como oradores en el salón Augusteo a sus principales figuras, Palacios, Casaretto y Torcelli. Pero finalmente el líder no se hace presente, y sólo los dos últi-

7. Particularmente graves parecen haber sido los incidentes producidos durante la proclamación de candidatos del PS-A en el Teatro Argentino de La Plata, multiplicándose las acusaciones cruzadas en la prensa. La hostilidad no se detiene con la campaña electoral: también se denunciarán los gritos y silbatinas al pasar ante la sede del Partido, en Córdoba 1150, durante la manifestación del 1° de mayo de 1916.

8. *La Argentina*, 15 de abril de 1916. Los votos de Palacios eran similares a los alcanzados en 1912 bajo la etiqueta socialista (32.000) pero esta vez no alcanzaban para una banca. Y se podía observar ya un elemento que daba cuenta de la amplitud de sus apoyos: había cosechado sus mayores votos en secciones del Norte porteño, como la 18ª y la 19ª. La lista del PS-A estaba integrada, además, por A. Mantecón, de Madrid, A. Torcelli, Lapido, Castro Zinny, Paz y Rosáenz. En la Provincia de Buenos Aires, el otro distrito donde se presentan, la boleta era encabezada por Casaretto, Caminos y Á. Gismondi, pero los nombres se repiten en las candidaturas legislativas provinciales (y sólo en las secciones 1ª, 2ª, 4ª y 6ª).

mos toman la palabra junto a Rosáenz, Miranda y Antola. Era el primer signo de la crisis que pronto iba a estallar en el PS-A. Por lo pronto, se podía notar que en la celebración no se cantó, según informaba el periódico oficial, el himno nacional, aunque sí “La Internacional”, “Hijo del pueblo” y el “Himno de los trabajadores”. Con todo, primaba en los oradores el optimismo en su voluntad de crear “una nueva fuerza política representativa de la clase trabajadora”. Ciertamente, Casaretto estimaba que los partidos, pero también los propios trabajadores, no se habían preocupado por las grandes reformas económicas, que beneficiaran al pueblo todo, prefiriendo concentrarse en reformas gremiales de carácter sectorial. Por cierto, se podía leer también en tono de advertencia que “la sedimentación del socialismo en el alma de los hombres reclama sacrificios, amontona disgustos, impone penurias”.⁹

A decir verdad, las polémicas en el PS-A se habían tornado recurrentes ya antes y tocaban, como podía preverse, la extensión del nacionalismo en el nuevo ideario. Así, “Pitágoras” firmaba un suelto en el n° 26 donde fustigaba a quienes pensaban que la separación con el PS pasaba por el amor por la bandera azul y blanca, que significaría caer en la idolatría de los símbolos. Las causas de la secesión eran más bien la ausencia de ideales, la falta de libertad, como así también la ausencia de rectitud y pureza en los procedimientos internos, sujetos a “las caprichosas imposiciones de la nepótica oligarquía reinante”. Por eso un nuevo partido debía hacer obra práctica, educar al pueblo desarrollando la conciencia de clase, fundando cooperativas y agrupaciones sindicales y “sobre todo, ajustando nuestros actos públicos y privados a nuestras prédicas”.

Las tensiones entre antiguos militantes socialistas y nuevos miembros del PS-A se expresaba en intercambios de cartas, por ejemplo entre un tal “Ángel Sesfies” (que revelará ser el seudónimo masculino de Carolina Muzilli) y De Madrid, destacado profesor de medicina, donde “el primero” reivindicaba sus 10 años de militancia contra los 5 meses del candidato a diputado, para afirmar luego que la creación del PS-A no era un “gesto” para rodear un candidato sino la continuación de viejos ideales, a lo que De Madrid respondía acusando a su contrincante de ser un “politicastró a la usanza del viejo partido”... Pero se trataba ante todo de cuestiones de fondo: Muzilli le achacaba a su camarada negar la lucha de clases, sin la cual no se podía ser socialista, a la par que su personalismo. O aún la creencia de que un socialismo argentino sería diferente al europeo, por el hecho de que aquí sería más fácil ser propietario.¹⁰

9. *La Acción*, n° 36, 2 de septiembre de 1916.

10. A Muzilli le responde la señorita Mercedes de Madrid, hija del médico y estudiante secundaria, que pone en tela de juicio que Carolina sea la autora de la réplica prefi-

Pero a fines de septiembre las columnas del diario daban cuenta ya de una crisis de mayores proporciones. Esta tocaba a las seccionales capitalinas que, según las autoridades nacionales del partido, no habían elegido a sus delegados a la Federación local por mayoría absoluta, sumado a otras irregularidades. La mayoría de los delegados capitalinos, en lugar de aceptar el requisitorio, deciden desconocer al Consejo Nacional, asumiendo la dirección del partido en la Capital. Y los implicados son... Palacios junto a J. Mantecón y R. Paz, que deciden constituir un nuevo Consejo Nacional.

El sector orientado por Casaretto denunciaba que Palacios siempre había querido permanecer fuera de la fuerza, sin afiliarse, por fidelidad a otro centro integrado por ex integrantes del Partido Nacionalista, sumándose a la contestación interna los socialistas interesados por el caudal electoral de su figura. Condenaba además el boicot que se estaba llevando a cabo a *La Acción* desde ese sector (desde unas semanas antes los anuncios profesionales se habían reducido, incluido el del estudio de Palacios). Y se atacará la usurpación del nombre del PS-A por el periódico *Nueva Era* de Mantecón. Por cierto, en la disputa al interior del “Argentino” no se pierde de vista el viejo enfrentamiento con el PS, y se afirma desde el órgano oficial que las acusaciones de ser “lacayos de Palacios” no tenían sentido, visto que se lo separaba por no respetar los estatutos.

La Acción juzgaba que Palacios sólo quería formar un “grupo electoral”, según el modelo europeo de partido radical, atrayendo a liberales, nacionalistas y radicales progresistas, pero con el título de socialistas. El sector “oficial” creía conservar la mayoría de los Centros de la Capital –donde reivindica al 60% de los afiliados– y la Provincia, una prueba de organicidad por fuera de “dioses tutelares” e “imposiciones caudillistas”. Pero en octubre se denuncia la usurpación del local central por los disidentes, comparando su accionar con “las patotas del Centenario”.

Pese al conflicto abierto, el grupo de Casaretto participa en las elecciones municipales de Avellaneda, La Plata y Juárez de noviembre de 1916, y el periódico continúa saliendo sin cambiar su fisonomía, incluida su acendrada tonalidad jurídica, y conservando publicidad (se insiste que era el mejor periódico obrero para la publicidad comercial...).

Con Casaretto y Torcelli, se alistaban Rosáenz, Antola, Daumas, Strático, Ghio, Ramón Vidal y González, mientras que acompañaban a Palacios, calificado de “usurpador”, aparte de los hermanos Mantecón (Juan aparece como el nuevo secretario general del PS-A), Paz, De Madrid, Lapido, Miranda Gallino y Castro Zinny (más tarde, Antola se une

riendo incriminar a su hermano. El incidente llevará a un duelo entre De Madrid y J. Muzilli, en marzo (García Costa, 1998: 218).

a ellos). Pero como era de prever, es en torno al carismático líder que se reconstituye prontamente la fuerza. En efecto, la organización no tiene suficiente autonomía programática por fuera del líder.

En verdad, se puede ver en esta crisis un intento de ampliar las bases de un nuevo partido, menos socialista que progresista, mientras que quedaba más claro que el otro grupo se había distanciado del PS más por sus prácticas nepotistas que por el programa. Por eso se acusa ahora al sector palacista de “patrioterismo”, e incluso aparece un tinte de clase, cuando se denuncia a esos abogados, esos doctores, esos ingenieros, por haber querido vestir hábitos socialistas, aunque no dudaban en atropellar un local donde se reúnen insignificantes obreros.¹¹ La crítica, claro está, se extiende una vez más al PS oficial, recordando que “el verdadero socialismo está en pugna con todas las clases imperantes”.

La Vanguardia dedicaba un suelto satírico al conflicto, bajo el título “Un concurso dramático-amarillo”, comparando al PS-A con una bolsa de gatos, con Palacios por un lado, llamando a sus acólitos los “mosqueteros”, y Torcelli, como jefe de los “revolucionarios”, por el otro, hablando de un sainete. Pero la crisis partidaria marcaba una refundación de los objetivos de la fuerza, cada vez más centrados en la lucha electoral.

Un partido palacista

El grupo de Palacios organizaba su propio congreso –denominado Primero Extraordinario– en la ciudad de Buenos Aires, del 8 al 10 de diciembre de 1916, y sus delegados parecen provenir sólo de la Capital Federal –eran cerca de 40, según los diarios, y tanto obreros como miembros de profesiones liberales descollaban por su juventud–. Desde un proscenio decorado por las banderas argentina y roja, y los retratos de Rivadavia y Jaurès, su primera declaración pública era una condena del “crimen de la guerra” que seguía asolando Europa. La ansiada paz, según el documento, se asentará entre otros elementos en la “afirmación de las nacionalidades”, reafirmando lo que denomina su “pensamiento fundamental de partido” bajo la forma de un slogan: “la redención para los pueblos, los pueblos para las patrias, las patrias para la humanidad”.

Justamente, en el marco del conflicto interno, el congreso decide puntualizar que, “si bien la lucha en que el partido está empeñado en pro de los trabajadores no excluye la conveniencia de la acción nacionalista”, “ningún socialista argentino” debía pensar que el ideal internacionalista había caducado en todo lo que tocaba al proletariado. En ese sentido, se reafirmaba que el nacionalismo “compatible con los principios y programas del partido” excluía “el culto incondicional de los símbolos

11. *La Acción*, n° 43, noviembre de 1916.

y tradiciones de la patriotería burguesa”, y tampoco era “retroactivo y solidario” con el practicado por las otras fuerzas políticas. Antes bien, “se cifra en el logro de una mayor cultura general, en el afianzamiento de la libertad, y en la institución del respeto a los derechos de los trabajadores que producen la grandeza de la nación”. También se aprobaban sendos pronunciamientos contra la deportación de obreros belgas y en apoyo a la huelga de los trabajadores del puerto. En la clausura, se censuraba la carestía de vida, pidiendo una vez más la supresión de los impuestos que gravaban el consumo, y reclamando medidas en favor de los consumidores y contra los *trusts* e intermediarios. Otro tanto se hacía, para que no quedasen dudas sobre su perfil, con respecto a la situación de los trabajadores en los obrajes del interior, denunciando condiciones atentatorias a los principios de la humanidad. Al mismo tiempo se reclamaba una ley para la conformación electiva de la municipalidad porteña y la derogación de las citadas leyes 4.144 y 7.029. Si se repetían los homenajes tributados a la memoria de Rivadavia, Sarmiento, Alberdi, Echeverría y Jaurès, la crónica periodística deja constancia también de los votos de simpatía por figuras del socialismo europeo.

El congreso encaraba además una reforma estatutaria, cuya medida más importante reducía el Consejo nacional a 10 miembros, elegidos por el voto general, mientras que la instancia dirigente de la Federación de la Capital, a la que parecía reducirse el PS-A, se conformaba con un miembro por cada Centro –se declaraba contar con 23 centros seccionales–. Pero su propósito interno quedaba manifiesto con la expulsión de los afiliados que conformaban el otro sector,¹² aduciéndose como causal los procedimientos llevados a cabo para “impedir la libre expresión de los oradores socialistas argentinos”, amén de la extralimitación de sus funciones en la constitución de la federación metropolitana. Por cierto, se desconocía de antemano el congreso que preparaba el otro sector en unas semanas.

Su declaración final ratificaba el programa dado en el Congreso constituyente y:

Consecuente con este programa de acción, repudiando el carácter dogmático de la doctrina y las disciplinas partidarias aplastantes, será un factor importante de nuestra democracia proclamando un elevado nacionalismo, que lo orientará siempre en la lucha por la emancipación de los trabajadores y la grandeza de la patria.

12. Aparte de Rosáenz, Casaretto y Torcelli, integraban la nómina Ghio, Daumas, Strático, Vidal, Marcelino Rodríguez, Arata, C. Casetta, J. Fernández Presa, entre otros, es decir aquellos que provenían del histórico PS y tenían como base de actuación la Provincia de Buenos Aires.

El PS-A retomaba rápidamente la acción propagandística con conferencias y actos callejeros, y los diarios informan también de diversas incidencias de su vida interna que iban en el sentido de una normalización.

Entre tanto, el 23 y 24 de diciembre, el otro grupo organiza en La Plata su propio Primer Congreso Extraordinario. Allí se aseguraba que el nombre de "Argentino" no era esencial al proyecto, porque lo que se buscaba era escapar a un régimen interno antidemocrático de funcionamiento. En ese sentido, se ratificaba que había un solo modo de practicar el socialismo: "el que enseña a los trabajadores a agremiarse, a fundar cooperativas y a intervenir en la política". En su informe se denunciaba el conflicto interno en términos de organización, poniendo en tela de juicio la existencia de comités electorales "de marcada inclinación personal". La declaración final, que insistía en reafirmar el ideal internacionalista del socialismo, se declaraba contra la guerra y denunciaba el patriotismo.

Pero los medios de prensa nacional, desde entonces, sólo reconocerán al sector de Palacios como PS-A, y el otro grupo se perderá en el tiempo (ni siquiera se había informado en la prensa nacional la tenida de su congreso en La Plata). Aun así, el grupo de antiguos socialistas continuará publicando *La Acción* durante los primeros meses de 1917, y aunque la guía profesional enflaquece, la publicidad comercial no disminuye. Pronto se informa, sin embargo, de "la completa falta de recursos", así como las dificultades de toda índole, y un bono de empréstito interno es lanzado a favor del periódico pero los números terminan espaciándose. Con todo, se puede recalcar en sus páginas una reafirmación del socialismo en sus extremos más radicales, definido como "la socialización de los medios de producción y de cambio y la transformación de la sociedad capitalista en sociedad colectivista". Y para marcar diferencias, se publican textos de Marx, al que se le da estatuto de "maestro". Asimismo, se llama más enérgicamente a la acción, en particular en el campo sindical. De hecho, se admitía que los oradores de la pasada campaña electoral no siempre explicaron con claridad "los propósitos y principios netamente socialistas", aunque se hacía hincapié en la prédica que la publicación siempre hizo a los trabajadores para el estudio y la organización gremial. Los ataques se focalizaban en los "caballeros asaltantes de locales ajenos", denostando su nacionalismo, por ejemplo en una conferencia de Castro Zinny que denuncia como una apología del gobierno radical, hasta calificarlos de "traidores del proletariado". Se llegaba incluso a defender al PS de las críticas nacionalistas, porque, aunque no realizaran su deber, estaban por encima de los representantes radicales o conservadores. Pero tampoco se olvidan las antiguas querellas con el grupo oficial, transformando la disputa a tres bandas, remontándose con nuevos detalles la historia de

los conflictos al año 1913. Al mismo tiempo, este sector había iniciado acciones judiciales para recuperar el local de la calle Córdoba. Pero las discordias internas también atraviesan al grupo y en marzo de 1917 el diario parece por última vez.

El remozado PS-A, siempre con Mantecón como secretario general, tendrá su II Congreso nacional ordinario en enero de 1918. La prensa que cubre el evento da cuenta de un estrado adornado una vez más por los pabellones argentinos y rojos, y los ya habituales retratos de Rivadavia y Jaurès –la crónica periodística agrega que en el palco del local de la Sociedad XX de Septiembre “había algunas damas”–. Palacios es acompañado en el Consejo Nacional por Miranda Gallino y el nombrado Mantecón, entre los fundadores, y R. Garbellini, F. Cerminaro, L. Moyano entre los nombres más recientes, mientras que siguen perteneciendo a la fuerza De Madrid, Saldías, French, Matheu y A. Mantecón, que preside la citada reunión. El cónclave dejaba adivinar que se trataba ante todo de un partido metropolitano, aunque se dejaba constancia de representación en las provincias de Buenos Aires y Tucumán, con un total de 20 centros declarados. Sus deliberaciones aprobaban sendos pronunciamientos para reclamar, una vez más, la reglamentación de las elecciones municipales de la Capital Federal, a la par que se denunciaba la represión contra los sindicatos, que busca “destruir la organización obrera y el uso legítimo del derecho de huelga”.

En un nuevo “Manifiesto al pueblo de la Capital” que clausuró sus trabajos, se ratificaba que con su nacimiento buscaba terminar con los extravíos del viejo PS, construyendo una agrupación que se “adaptara a las modalidades de nuestro ambiente”. Más concretamente, se creía estar viviendo “una etapa decisiva en nuestra evolución”, donde el gobierno de Yrigoyen aparecía como “el corolario lógico”. En efecto, el radicalismo expresaba un “sentimiento primario”, de oposición “al despotismo que aprisionaba al país hacía más de treinta años”. El último cisma que había vivido el PS, con la salida de los internacionalistas, mostraba que la “casta sacerdotal” que lo gobernaba era ahora “excomulgada por los feligreses”, aún más doctrinarios que el grupo dirigente –el PS-A juzgaba esa “extrema izquierda” sincera pero ingenua–. Reivindicaba su ideal de justicia y solidaridad social, en particular su lucha contra el latifundio, implantando un impuesto directo y progresivo contra la renta del suelo, acelerando la transformación del viejo derecho de propiedad. Se reafirmaba, además, el combate contra la explotación del trabajo, la inseguridad del salario, las malas condiciones de higiene en las fábricas y el fomento de la agremiación y del cooperativismo. Asimismo, se atacaban los privilegios del culto católico, se reclamaba la formación de una milicia ciudadana, pidiendo la extensión del sufragio a la mujer, la reforma de los códigos y la protección de las libertades.

Decadencia electoral y lucha feminista

En las elecciones legislativas de marzo de 1918, Palacios tampoco resulta electo. Sus 35.277 votos muestran una estabilidad de sus apoyos. Y una vez más, la existencia de su candidatura impide a los socialistas alcanzar la victoria en la Capital: los radicales obtienen las 7 bancas de la mayoría (contra tres para el PS).

Unos meses más tarde el PS-A obtiene al fin una banca, pero en el Concejo deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, que será ocupada por J. Mantecón tras las elecciones del 6 de octubre de 1918.¹³ Se trataba de la primera elección por sufragio “universal” (masculino) y directo, con aplicación del sistema de “cociente”, que permitirá a los “Argentinos” entrar en el reparto con 2.912 votos, a título de “residuo”, sobre más de 140.000 votantes.¹⁴

La actividad parecía siempre centrada en la agitación electoral, pero su vida interna acusaba cierto dinamismo. Incluso contaba con una agrupación juvenil, con el nombre “Alberto de Diego”, en homenaje a una figura cercana al socialismo asesinado en 1913. A principios de 1920, figuraba J.L. Alberti como su Secretario general, y en ese momento aparecen como sus dirigentes más activos C. Filippa, secretario general del Sindicato de bronceros y anexos, junto a nombres como G.V. Fort, C.M. Brian, G. Spika y Garbellini, mientras se mantienen del grupo original Saldías, Miranda Gallino y Antola.

Para entonces, en una conferencia en la Facultad de Derecho, Palacios muestra sus simpatías con la FORA, “poderoso organismo revolucionario de clase” que realiza incluso funciones de gobierno en reemplazo del Estado, y que en ningún caso puede ser reducido a simples agitadores profesionales. Palacios celebra el ejercicio que hace de ese derecho “formidable” que es la huelga, incluso “general”, manifestación de la lucha de clases. Defiende el papel de la acción sindical, que señala “el verdadero camino”, actuando incluso como contralor del movimiento político, para que no degeneren en mero electoralismo. No falta incluso la clave nacional en su defensa: le da un papel particularmente relevante a su acción en el campo y las regiones alejadas del país, incorporando al movimiento

13. Su hermano Antonio es electo concejal por el PS en esos mismos momentos. Un diario nacional evocaba, para rechazarla de plano, una supuesta incompatibilidad entre ambos mandatos, evocada ante la Junta electoral, que llevaría a la renuncia del hermano menor, Juan.

14. La ley preveía que si el reparto a título del cociente (que era de 4.726 sufragios) no cubría todos los cargos, se adjudicaban a las listas de mayor residuo que excediesen la mitad del cociente. Los socialistas, ganadores del escrutinio, habían logrado 47.971 y 10 representantes comunales, y, siempre a título de comparación, el Partido Socialista Internacional (PSI) obtenía 3.258.

sindical al indio y al criollo; este último, en particular, “guapo y noble”, al “adquirir conciencia de clase”, constituirá “una fuerza incontenible en las reivindicaciones proletarias” (Palacios, 1920: 23, 33).¹⁵

Las elecciones nacionales de marzo de 1920 les brindan la posibilidad de proclamar un nuevo “Manifiesto al pueblo”, donde defienden, contra la “montonera electoral”, el comicio como ejercicio de la democracia. Y subrayan el papel de contralor que podían ejercer las masas desde el llano, como si presintieran que la suerte les sería adversa una vez más... Pero antes reivindicaban “la conquista de una vida mejor, de una patria más grande, y de una humanidad redimida de dolores”. Una vez más, el PS-A ponía en el centro de su programa la defensa de las libertades previstas en la Constitución contra las malas leyes. Aunque puntualizaba que la ley no podía ser una simple frase, y declaraba luchar por la igualdad de posibilidades económicas “hasta llegar a transformar la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción y de cambio en propiedad colectiva”, procurando así “abatir los privilegios de casta o de clases”.

Su programa era conocido: terminar con los malos impuestos, ampliar la libertad de culto, impulsar la democratización de la justicia y sobre todo la representación proporcional, y promover siempre la legislación social, defendiendo además la participación de los trabajadores en las ganancias, la jornada de 7 horas y el sábado inglés. “Mientras otras agrupaciones discuten hombres y nombres –termina el documento– nosotros agitamos en el pueblo sentimientos generosos y levantadas ideas”, asegurando que no se contentaban con la conquista de algunas bancas, sino que buscaban “con su acción y con su práctica”, contribuir “a acelerar el progreso mensurable del pueblo y de las instituciones, por medio de la cooperación, del gremio y de la democracia libre y sana, en todas sus manifestaciones”.

La carta que Palacios dirige al partido para aceptar la candidatura a dichos comicios da la pauta de la permanencia del ideario que se buscaba encarnar. Allí se definía al PS-A como una fuerza de jóvenes obreros y estudiantes, que veían a la patria “como fuerza de solidaridad y de justicia social, ajena a todo egoísmo”. Incluso, el antiguo diputado socialista entendía que la revolución se estaba concretando en ese Nuevo Derecho que él mismo había iniciado. En esa óptica, puntualizaba que el PS-A no creía que el sindicato fuera el único órgano “capaz de preparar la transformación socialista”, aunque las grandes federaciones

15. Aunque toma distancia de su defensa de la acción directa –para él el parlamento “sintetiza y consagra la fuerza creadora que surge del sindicato”–, señala que prepara el advenimiento del nuevo derecho. Saluda incluso su acción de profilaxis dentro del movimiento obrero, en medidas extremas como el boicot.

sindicales “preparan” con su acción el advenimiento del Nuevo Derecho de manera gradual, a la vez que controlan el movimiento político. En todo caso, la acción parlamentaria “sintetiza y consagra la fuerza combativa y creadora que surge del sindicato”. El texto era una ocasión para denunciar una vez más al viejo PS “por desconocer las modalidades nativas” e insistir en lo que constituía la originalidad del PS-A en sentido positivo: “vincular el socialismo como doctrina y como acción con el pensamiento de los organizadores de nuestra nacionalidad”. El socialismo en Argentina era la “ampliación inteligente” de lo concebido por la Revolución de Mayo, la obra de Rivadavia, cuya enfiteusis aparecía siempre como “una idea clara y definida de justicia social”, y la Asociación de Mayo que era socialista para Echeverría.

Pero los comicios del año 1920 ofrecían al PS-A la ocasión de radicalizar el programa socialista en otra dirección: la lucha por los derechos civiles y políticos de la mujer. En efecto, tanto en las elecciones nacionales de marzo, como en las municipales de noviembre, el partido llevará a una mujer como candidata, Alcira Riglos de Berón de Astrada.

Ciertamente, la sensibilidad “feminista” había estado siempre muy presente en el socialismo argentino, y su Programa mínimo, a la par que promovía el sufragio universal sin distinción de sexos, la igualdad, y el divorcio absoluto, desarrollaba con mayor especificidad el tópico en el ámbito laboral. Por supuesto, la visión estaba centrada en la maternidad de la mujer obrera: se propugnaba la prohibición del trabajo femenino de “todas las industrias que hagan peligrar la maternidad, la salud o la moralidad”, la interdicción de trabajo 30 días antes y después del alumbramiento, o se reclamaba la existencia de salas cunas anexas a las fábricas.¹⁶

Pero la decisión de proponer una candidatura femenina intervenía en un contexto particularmente importante de agitación sufragista, ya que se había constituido un “Comité pro-sufragio femenino”, encabezado por Alicia Moreau y Elvira Rawson de Dellepiane, que organizaría en dichas elecciones un “ensayo electoral”, conformado por 40 mesas oficiosas en casi todas las seccionales capitalinas donde las mujeres podían depositar su voto, para mostrar su capacidad para participar en la lucha política. Al mismo tiempo, el Partido Feminista Nacional presentaba a las elecciones nacionales con sufragio masculino la candidatura de Julieta Lanteri de Renshaw, que desarrollará una activa campaña electoral. Ambos movimientos son seguidos con cierta simpatía

16. El que fuera su órgano había presentado, a partir del n° 14, una sección femenina, a cargo de Edith Legarra, pero dando lugar a contribuciones de C. Muzilli sobre el trabajo femenino o publicando páginas de Gabriela L. de Coni, fallecida algunos años antes. A veces se proponían simplemente la traducción de textos europeos.

por los grandes diarios, que publican incluso imágenes antes y después del comicio, donde no podían faltar leyendas del tipo “una encantadora sufragista”, aunque *La Vanguardia* denunciará el desprecio con que los radicales asumen el problema.

Riglos de Berón de Astrada era, por su parte, una militante de la “valiente agrupación” socialista,¹⁷ como ponía de manifiesto en su discurso de proclamación de candidatura, en el Teatro Nuevo. Allí celebraba el gesto de incorporar directamente una mujer a la vida política argentina, con lo cual su partido rompía “con la tradición absurda y repudiable”, que, como aseguraba con innegables tintes de radicalidad, no era más que “la consagración de un repudiable y eterno egoísmo de los hombres”. El gesto buscaba acelerar una “evolución demasiado lenta y casi sin eficacia” del medio social, moral y político argentino. Una vez más, la guerra había sido “la gran reveladora de la capacidad y de los alcances de la mujer”, recordando que “un movimiento de redención femenina y de sufragio universal se ha producido en todos los pueblos de la tierra”, subrayando el antecedente uruguayo, al que llamaba “gabinete de experimentación sociológica de América”. Para la candidata, “no hay razones para establecer que la mujer sea la eterna esclava de los prejuicios de una sociedad que se derrumba, y no sea en cambio la obrera inteligente de una humanidad que se elabora”. Y se mostraba convencida de que en la ciudad de Buenos Aires “el movimiento femenino se insinúa con gran arraigo entre la masa popular”.

En todo caso, Riglos juzgaba que su candidatura decretaba la incorporación de la mujer a la vida política argentina. En un plano más específico, llamaba a reformar el Código Civil, de acuerdo al proyecto que había presentado Palacios en su hora, para otorgar los derechos civiles a la mujer, permitiendo en particular que la mujer divorciada dispusiera de sus bienes propios, y que la mujer casada pudiese ejercer toda profesión lícita, además de la libre administración de sus bienes. Tampoco debía tener autorización del marido para ser socia de una cooperativa o de una asociación de socorros mutuos o poseer libreta propia en cajas de ahorro. Asimismo, puntualizaba que la mujer que tenía la patria potestad debía poder administrar los bienes de sus hijos. Por cierto, no olvidaba reclamar el derecho a voto para elegir representantes, con el tinte nacional propio del PS-A: “Nuestro país necesita el aporte y la colaboración de todos sus habitantes, sin distinción de sexo, para la formación de nuestra grandeza nacional”, asegurando, bajo los aplausos, que todos los seres “que sentimos las angustias y los

17. Ha habido cierta confusión en la historiografía (Barrancos, 2005), con respecto a la agrupación que llevaba a Riglos de Berón de Astrada. Se trata del PS-A y no del partido histórico, cuya lista era encabezada por Justo y Dickmann.

placeres de esta tierra, forjaremos el presente y el porvenir de nuestra nacionalidad”.¹⁸

Aunque la candidatura de Riglos de Berón de Astrada había recibido el apoyo de otras dirigentes sufragistas, como E. Rawson de Dellepiane así como una carta de J. Lanteri donde expresaba su satisfacción, alcanzará sólo 2.716 sufragios, siendo con todo la segunda candidata más votada del partido (66° en el orden general). La candidatura feminista de Lanteri había quedado más rezagada (81°) y la postulante socialista argentina la aventajaba por casi 1.500 votos. Cabe subrayar que durante el ensayo electoral, que había reunido casi 3.500 votos, y cuya Junta escrutadora era también femenina,¹⁹ se había impuesto ampliamente el PS, con 1.912 boletas, seguido de la candidatura feminista de la doctora Lanteri, que había reunido poco más de 600 sufragios, mientras que los radicales se ubicaban sólo en un demorado tercer lugar con 230, superando apenas al PS-A, que obtenía 208.

Si ya en un reportaje previo Palacios admitía que iban al comicio “sin esperanza de éxito” pero “con la seguridad de que en la suma de sus votos está la comprobación de sus progresos en la opinión”,²⁰ el resultado de las elecciones era una debacle: su líder apenas superaba los 8.700 votos, ubicándose casi en cincuentaava posición entre los candidatos, cada vez más lejos de Juan B. Justo, que alcanzaba casi 55.000 sufragios –el PS obtenía sólo la representación por la minoría, con 7 bancas–.

Palacios no era sólo el candidato más votado de su partido sino que reunía muchos más sufragios que la lista completa del PS-A, que en esta ocasión había sido de 2.275 boletas, una cifra sensiblemente similar a la de los otros candidatos “Argentinos”, que alcanzaban individualmente entre 2.700 y 2.300 votos.

En las elecciones municipales de noviembre de 1920, el socialismo argentino correrá igual suerte, sin posibilidad de renovar su frágil logro de dos años antes. El impulso, ya más menguado, no había faltado y el PS-A organizaba incluso un acto en el Luna Park con la presencia de Palacios. Pero la fuerza no obtenía ninguna banca, sumando apenas 2.306 votos sobre los casi 140.000 sufragios, menos de la mitad del PSI –que lograba nuevamente un concejal–, y muy lejos de los radicales y los socialistas, que obtenían 56.848 y 52.082 respectiva-

18. *La Razón*, 4 de marzo de 1920.

19. La presidía E. Rawson, y eran secretarías A. García Salaverry y E. Sáenz Hayes, y J.R. de Mantecón. Entre las personalidades que se habían hecho presentes para dar su apoyo a la iniciativa estaban Palacios y Del Valle Iberlucea, que eran considerados desde siempre dirigentes cercanos a la causa femenina

20. *La Razón*, 5 de marzo de 1920.

mente.²¹ El PS-A había presentado nuevamente a Riglos de Berón de Astrada, en tercera posición de la lista, pero su candidatura, así como la de Lanteri, era esta vez anulada por la Junta electoral, que decidía, en el caso de la candidata feminista, que su boleta no podía estar presente en el cuarto oscuro, mientras que no se computarían los sufragios de la representante socialista. La Unión Feminista Nacional, en cambio, había podido proceder a un nuevo “ensayo electoral”.

La imposibilidad de alcanzar la representación política hería de muerte el proyecto reformista del Socialismo argentino. No por nada una de sus últimas apariciones públicas que quedarían registradas en la prensa era para anunciar su decisión de no presentarse a los comicios nacionales de abril de 1922, imputándola a las reglas del escrutinio que impedían la representación proporcional. Y aconsejaba a sus afiliados el voto en blanco.

* * *

En una arenga pronunciada a principios de 1920, Palacios subrayaba que su nuevo partido había vinculado el socialismo con el nacionalismo, “lo cual no era obstáculo para aceptar las fórmulas más avanzadas del nuevo derecho”. Resumía así las coordenadas del proyecto político, entre nacionalismo y reformismo práctico.

Si el discurso en torno a lo nacional conformará el elemento identificativo exterior más fuerte, tal vez el segundo aspecto mostrase mayores facetas. En todo caso, dicho reformismo suponía una labor orientada al orden legislativo, lo que explicaba la importancia de la dimensión jurídica en el ideario del PS-A, y asumía un sentido político muy claro: se trataba de una acción que entrañaba beneficios *directos* para el pueblo, pero siempre mediados por la ley.²² Descartada la implicancia en el movimiento social, este propósito suponía al menos ampliar la base electoral de la fuerza, y, al mismo tiempo, competir con un PS ya consolidado en el espacio capitalino. La tarea se revelaría titánica para el grupo de hombres que rodeaban a Palacios, porque suponía también dar vida a una organización alternativa, y el proyecto –sin una base doctrinal renovada y sólida–²³ se agotará rápidamente.

El espacio capitalino del socialismo oficial parecía para entonces

21. El PS-A había perdido votos en todas las secciones, con excepción de la 17^a, muy lejos de la mitad del cociente, que era de 744 votos.

22. La corta labor del concejal Mantecón no parecía haber alcanzado mayor relieve, ni siquiera en la diferenciación con el bloque socialista.

23. En un corto reportaje que se le hace para las elecciones de marzo de 1920, Palacios señala que si fuera electo, su principal preocupación sería la modificación,

consolidado. Incluso la retórica nacional había ganado en importancia en las filas socialistas a medida que se consolidaba su lugar en el sistema representativo argentino tras la sanción de la ley Sáenz Peña. Otros elementos que podrían haber coadyuvado para forjar una nueva identidad (el acercamiento con la FORA, el feminismo), no serían acompañados por un accionar partidario capaz de competir con un PS ya fuertemente institucionalizado. En ese marco, el nuevo partido podía aparecer como la expresión de un personalismo exacerbado en torno a la figura de Palacios más que una verdadera ruptura programática. Pero aunque no se consolidó como proyecto político alternativo, el PS-A aparecía como uno de los primeros síntomas de los límites que encerraba el accionar reformista del justismo en el sistema político argentino, su incapacidad en transformarse en una fuerza de gobierno, como quedaría al desnudo una vez más hacia finales de la década de 1920, con la ruptura promovida por Antonio De Tomaso.

Bibliografía

- AA.VV. (1915), *El Diputado Palacios. Su separación del Partido Socialista*, Buenos Aires: Rosso.
- Barrancos, Dora (2005), "Socialismo y sufragio femenino. Notas para su historia", en H. Camarero y C.M. Herrera (ed.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo.
- Dickmann, Enrique (1917), *Democracia y socialismo*, Buenos Aires: Ponzinibbio.
- García Costa, Víctor (1998), *Alfredo Palacios, entre el clavel y la espada. Una biografía*, Buenos Aires: Planeta.
- Herrera, Carlos Miguel (2018), "La construcción de un socialismo argentino en los años 1910, en torno a Alfredo L. Palacios", *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 55 (en prensa).
- Palacios, Alfredo (1920), *La F.O.R.A.*, Buenos Aires: Agencia Sudamericana de Libros.

en un sentido de ampliación, de las leyes que ya había obtenido como diputado (*La Razón*, 5 de marzo de 1920).

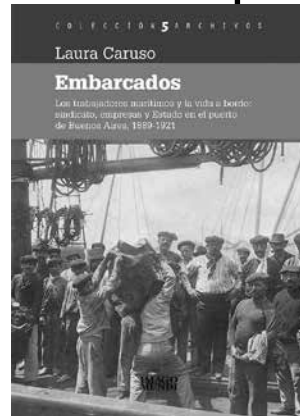
Colección Archivos



Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica

La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943



Laura Caruso

Embarcados

Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921



Carlos M. Herrera

¿Adiós al proletariado?

El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)

El Partido Comunista en los albores de la radicalización política en Argentina: estrategia, militancia sindical y antiterrorismo entre 1955 y 1959

Ezequiel Murmis

UBA-conicet
e.murmis@hotmail.com

Title: The Communist Party at the dawn of political radicalization in Argentina: strategy, trade union militancy and anti-terrorism between 1955 and 1959

Resumen: El artículo analiza las posiciones y el accionar del Partido Comunista en la Argentina entre 1955 y 1959, periodo marcado por la agudización de la lucha de clases tras el golpe de Estado al peronismo. Se estudia el modo en que el PC actuó en el contexto de la dictadura de la “Revolución Libertadora” y el primer año del gobierno radical de Arturo Frondizi, examinando la relación entre la estrategia política, la intervención sindical y su postura antiterrorista ante el crecimiento de la violencia política.

Palabras clave: Partido Comunista de Argentina – movimiento obrero – Resistencia – antiterrorismo

Abstract: The article analyzes the positions and actions of the Communist Party in Argentina in 1955-1959, a period marked by the aggravation of class struggle after the coup to peronism. It studies the way the Party acted in the context of the dictatorship of the “Revolución Libertadora” and the first year of the government of Arturo Frondizi, examining the relationship between political strategy, its involvement in labor movement and its anti-terrorist stance with the growth of political violence.

Keywords: Communist Party of Argentina – Labor Movement – Resistance – Antiterrorism

Recepción: 20 de febrero de 2018. **Aprobación:** 6 de abril de 2018.

El escenario social y político abierto en 1955 en Argentina se caracterizó por la agudización de la lucha de clases, en el marco de la mutación del modelo de acumulación capitalista iniciado en el segundo gobierno de Juan D. Perón. El intento de la clase dominante por aumentar la productividad del trabajo y alentar inversiones de capital incluyó un ataque al movimiento obrero para quebrar su resistencia, lo cual fue impulsado por el régimen de facto de la autodenominada “Revolución Libertadora” y plasmado hacia 1959 durante el gobierno radical de Arturo Frondizi.

En este artículo buscamos analizar los lineamientos políticos que guiaron el accionar del Partido Comunista (PC) en un período escasamente estudiado por la historiografía específica,¹ concretamente entre el golpe de Estado de septiembre de 1955 y enero de 1959, prestando atención a su intervención en el movimiento obrero y sus posicionamientos en torno a la creciente violencia política del período. El recorte temporal obedece al proceso de resistencia llevado a cabo por el movimiento obrero en contra de la aplicación de los planes de aumento de la productividad, la proscripción al peronismo, las intervenciones sindicales y, fundamentalmente, porque fue en ese período cuando aparecieron en escena los atentados terroristas como método de lucha. El límite establecido se define por el punto de inflexión producido a principios de 1959² cuando, por un lado se modificó la dinámica de la lucha del movimiento obrero tras el desalojo del Frigorífico Nacional “Lisandro de la Torre” y la aplicación del Plan Conintes; y por otro, por el parteaguas que significó la Revolución Cubana al demostrar que la revolución socialista por vía armada era una posibilidad concreta en el continente y que una experiencia heterodoxa en los cánones del marxismo podía triunfar. Esta situación implicó una revisión programática y estratégica en las izquierdas a nivel nacional y latinoamericano.

¿Cuáles fueron las bases programáticas del PC y sus principales caracterizaciones durante la “Revolución Libertadora” y el gobierno de Frondizi? ¿Qué posiciones asumió ante la creciente violencia po-

1. Un análisis político del PC a fines de los 50 se encuentra en Camarero (2014) y Campione (2007), así como en el estudio sobre la “nueva izquierda” de Tortti (1999). Existe en paralelo bibliografía acerca de la cultura y la intelectualidad comunista que recorre los años estudiados, cuyos trabajos centrales son los de Burgos (2004), Massholder (2013), Prado Acosta (2015) y Petra (2017).

2. Este punto es objeto de debate: según James (2006), en 1959 se produjeron una serie de derrotas para la clase obrera en tanto los principales gremios en conflicto fracasaron en la conquista de sus demandas, lo cual abrió el camino –represión e intervenciones sindicales mediante– hacia la aplicación del programa desarrollista; por su parte, Schneider (2005) considera que dicha derrota no fue tal, no sólo porque el movimiento obrero no dejó de combatir en un contexto defensivo, sino porque el empresariado no habría podido lograr sus objetivos en materia de productividad.

lítica, expresada en los sabotajes y atentados a partir de 1956? ¿Qué características tuvo su intervención en la búsqueda por reorganizar y conquistar un movimiento obrero intervenido y con el peronismo proscripito? Intentaremos responder a estas preguntas recurriendo a fuentes partidarias como la revista teórica mensual *Nueva Era*, el semanario *Nuestra Palabra* y las Declaraciones e Informes del Comité Central (CC) y sus principales dirigentes en el período mencionado.

1

El golpe de Estado iniciado el 16 de septiembre de 1955 contra el gobierno de Juan D. Perón, encabezado por grupos de la Marina, la Aeronáutica y el Ejército, contó con el apoyo de los principales partidos políticos antiperonistas (la Unión Cívica Radical –que en 1956 se dividió en UCR del Pueblo y UCR Intransigente–, el Partido Demócrata, el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Cristiano y Unión Federal), la Iglesia y comandos civiles. La autodenominada “Revolución Libertadora”, que gobernó hasta mayo de 1958 con las presidencias de Eduardo Lonardi primero y de Pedro E. Aramburu luego, se constituyó como una dictadura cívico-militar que perseguía objetivos económicos y políticos de largo alcance.

En el plano económico, pretendía llevar a cabo los planes de racionalización y aumento de productividad iniciados bajo el gobierno de Perón con la negociación colectiva de 1954 y el trunco Congreso de la Productividad y el Bienestar Social de 1955. Esa orientación se sintetizó en el Plan Prebisch, basado en la expansión del crédito internacional, el control de la balanza de pagos, la sujeción del aumento de salarios a los aumentos de productividad, la devaluación monetaria, el estímulo a la producción agropecuaria, la promoción de la inversión privada extranjera y la ampliación de la industria siderúrgica, metalúrgica y mecánica.

A nivel político, el gran objetivo era el de refundar la democracia extirpando al peronismo de la vida política. En ese sentido decretó la disolución del Partido Peronista en sus dos ramas (decreto n° 3.855), la inhabilitación para desempeñarse en cargos públicos y direcciones políticas a personas que lo hubieran hecho durante el peronismo (n° 4.258) y la prohibición de la propaganda peronista y sus símbolos (n° 4.161). A su vez, el gobierno de facto derogó la Constitución de 1949 y buscó replantear el orden político con una reforma constitucional en 1957 que creara un sistema parlamentarista e instaurara el sistema electoral de representación proporcional (Spinelli, 2005).

Estos proyectos ambiciosos se desplegaron de manera inescindible tras la asunción de Aramburu al poder –el 14 de noviembre de 1955– con una política de intervención al movimiento obrero en todos sus

niveles, en la que se combinaban la despersonización y el ataque a las organizaciones sindicales de cara a la negociación colectiva de 1956 en el marco de la mutación del modelo de acumulación de capital. Para llevar a cabo este programa, el gobierno se valió de diversas disposiciones represivas del Estado como la declaración de estado de sitio, la limitación del derecho a huelga (n° 10.956), la aplicación de la ley de Residencia (n° 4.144) y la ley de organización de la nación para tiempos de guerra desde tiempo de paz (n° 13.234),³ entre otras.

En el período 1955-1959, el PC actuó siguiendo su programa establecido en 1928 y los lineamientos fundamentales de su táctica frentista. Si bien adoptó en sus orígenes los estatutos y programas de la Internacional Comunista, que impulsaba la creación de partidos obreros de vanguardia para intervenir en la lucha de clases, tomar el poder por la vía insurreccional e instaurar la dictadura del proletariado, en el VIII Congreso partidario de 1928 estableció caracterizaciones que alteraron su estrategia. Allí se definió al capitalismo nacional como insuficiente y deformado por la dependencia al imperialismo anglo-norteamericano, el peso del latifundio y los resabios semif feudales, lo cual determinó el carácter de la revolución a venir como etapa previa a la revolución socialista: una revolución democrático-burguesa agraria y antiimperialista bajo la dirección del proletariado y su vanguardia (Camarero, 2007). Afianzado este planteo con la adopción de la táctica de Frente Popular a partir de 1935, el PC consideró que la clase obrera poseía aliados en la burguesía nacional desligada de los terratenientes y los capitales extranjeros y configuró entonces el instrumento político para llevar a cabo la mencionada revolución democrático-burguesa: el Frente Democrático Nacional (FDN). Aunque la historia del FDN no puede construirse de manera lineal en la historia del comunismo vernáculo, lo cierto es que a pesar de las adecuaciones coyunturales, esta orientación general se mantuvo hasta 1986.⁴

El estudio de la intervención del PC en estos años debe incluir dos aspectos de la historia del movimiento comunista internacional. En primer lugar, la creación del Kominform en 1947 –que tuvo su impacto con la delimitación de los dos campos antagónicos: el imperialista y antidemocrático y el antiimperialista y democrático– estableció como tarea fundamental de los Partidos Comunistas la “lucha por la paz” para resistir a la expansión imperialista en todos los terrenos. En función de esa estrategia se creó el Movimiento por la Paz, cuya sede local funcionó a partir de 1949 con el nombre de Comité Argentino por la Paz y contó

3. Ésta ley fue un sostén legal del Plan Conintes (Chiarini y Portugheis, 2014).

4. Véanse análisis del FDN en la década peronista (Staltari, 2014), el período 1955-1963 (Camarero, 2014) y en la última dictadura militar argentina (Casola, 2015).

con el compromiso de intelectuales extrapartidarios y la Secretaría General del cuadro comunista Ernesto Giudici. A pesar de la orfandad organizativa del Movimiento tras la disolución del Kominform y de la deslegitimación sufrida con los sucesos en Hungría en 1956, el Comité siguió funcionando en el país de manera inercial hasta los años 80 (Petrá, 2017). En segundo lugar, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) realizado en febrero de 1956 fue un proceso de cambios estratégicos y doctrinales en relación a los postulados del Kominform. Tras la muerte de Iósif Stalin, en el contexto del crecimiento del campo socialista y los procesos de liberación en Asia, en 1956 se inició la crítica al culto a la personalidad, se habilitó la pluralidad de vías al socialismo según las particularidades nacionales, se esbozó la vía parlamentaria y se promovió la *coexistencia pacífica* con el bloque capitalista (Marcou, 1981).

El análisis de las fuentes partidarias muestra que la política de paz fue una consigna central en todo el período analizado. En el 38° aniversario del PC argentino se manifestaba claramente que

los pueblos no quieren la guerra ni fría ni caliente. Por eso intensifican la lucha contra todo lo que tienda a facilitarla. Los pueblos quieren la paz y están decididos a apoyar activamente la política de los que, como la Unión Soviética y demás países del campo socialista, tienden a consolidarla.⁵

En lo respectivo al “deshielo” de la Guerra Fría, el PC vernáculo se apropió de las nuevas definiciones de manera lineal y acrítica (Piemonte, 2013), lo cual quedó demostrado en julio de 1956 en el informe presentado por el secretario general Victorio Codovilla al CC del PC, en el que se señalaba que “es posible realizar la revolución socialista por *vía pacífica*, sin insurrección armada, utilizando para ese fin el Parlamento” (1964a:185).

En el plano nacional, la sucesión de golpes de Estado imponía como primera tarea la conquista de un régimen democrático, determinando el camino al socialismo del siguiente modo:

Primero, conquistar el régimen democrático, y luego desarrollar la democracia “hasta el fin”, o sea, hasta resolver los problemas de la revolución democrática, agraria y antiimperialista, a fin de abrir un camino luminoso para nuestra clase obrera, nuestro pueblo y nuestra nación, que desemboque en el *socialismo*. (1964a: 197)

5. “El 38° aniversario del Partido”, *Nueva Era*, año VIII, n° 1, enero de 1956, p. 2.

Como mencionamos, el instrumento para llevar a cabo la revolución democrática era el FDN que reúna al PC con “todas las fuerzas patrióticas, democráticas y progresistas del país [...] [en la] lucha por la independencia nacional, las libertades democráticas, el bienestar social y la paz”.⁶

La instauración de la “Revolución Libertadora” fue analizada por el CC del PC en una Declaración que afirmaba el principio de oposición a “todo golpe de Estado”. Allí se exponía que, en el marco de la guerra civil desatada entre el gobierno peronista y los partidarios del golpe luego del levantamiento militar, la tarea consistía en la formación de un FDN para establecer un gobierno de coalición que asegurase la convivencia democrática. A pesar de la principal crítica que dirige a ambos sectores, concerniente a la exclusión del pueblo para la solución de los problemas del país, el PC mostró una posición expectante ante la situación abierta con el Gobierno Provisional. Consideraba que éste, amén de haber sido orquestado por la oligarquía terrateniente, el gran capital, el alto clero y el imperialismo yanqui, tenía una composición heterogénea donde convivían sectores que “aspiran de veras a un régimen auténticamente democrático y progresista” y sectores reaccionarios que defendían los intereses de los promotores del golpe. La política del PC consistía entonces en reunir a las fuerzas democráticas, progresistas y antiimperialistas en un FDN para imponer al sector democrático las reivindicaciones populares, razón por la cual llamó a que “esas fuerzas estén vigilantes y demuestren [...] su disposición a apoyar todo paso que las nuevas autoridades den en el sentido indicado, así como su decisión de combatir toda medida de contenido reaccionario”.⁷

En ese sentido, uno de los apoyos que brindó el PC al gobierno de Aramburu fue el pronunciamiento a favor –a pesar de su fracaso– de la modificación del sistema electoral basado en la representación proporcional, punto en el que coincidió con los partidos *antiperonistas radicalizados* (el Partido Socialista y el Demócrata Progresista) en el marco de la convocatoria de la Asamblea Convencional Constituyente en 1957 (Spinelli, 2005).

Además de la oportunidad que significaba el golpe de 1955 para desmontar el “Estado de tipo corporativo-fascista”, se abría también la posibilidad de ganar a trabajadores y trabajadoras peronistas tras una década de haber perdido terreno en el movimiento obrero. Para lograrlo el PC buscó demostrar que el peronismo utilizó la demagogia

6. Idem, p. 5.

7. “¿Hacia dónde marcharán los acontecimientos? Declaración del CC del PC después del reciente levantamiento militar y la constitución del gobierno provisional”, *Nuestra Palabra*, n° 282, 27 de septiembre de 1955, pp. 1-4.

social “para desviar a las masas trabajadoras del camino de la lucha independiente en la defensa de sus intereses”⁸ mientras mantenía la estructura económica semifeudal del capitalismo latifundista argentino y garantizaba la entrega de las riquezas nacionales al capital extranjero.

Sin embargo, esto no debe interpretarse como una posición de apoyo unívoco al golpe. Por un lado, el PC no compartía la política de proscripción al peronismo: ya en la Declaración citada reclamaban el “amplio ejercicio de las libertades públicas de los partidos políticos, de las organizaciones sindicales y sociales, sin restricciones ni discriminaciones” y que “renuncien a las persecuciones contra los peronistas por su actividad política o social pasada o presente”.⁹ Luego, en ocasión de la disolución del Partido Peronista en sus dos ramas a fines de 1955, se opuso a la medida a pesar de las diferencias con el peronismo y afirmó defender “el derecho de los ciudadanos peronistas, hombres y mujeres, a militar en el partido político que más les guste”.¹⁰ Finalmente, expresó el mismo enfoque durante el gobierno de Frondizi, cuando se denegó la personería al Partido Peronista en agosto de 1958.¹¹ Por otro lado, el PC denunció a lo largo del período la política económica de facto sintetizada en el Plan Prebisch, que fue interpretado como la continuación de las políticas aplicadas hacia el final del peronismo y tendiente a descargar la crisis sobre los hombros de la clase obrera al incrementar la carestía de vida, la desocupación y buscar aumentar la productividad. Entendida como el complemento del Plan Prebisch,¹² la política de intervención en los distintos niveles del movimiento obrero fue el principal motivo de enfrentamiento con la “Revolución Libertadora”.

2

La ofensiva de la “Revolución Libertadora” fue enfrentada por sectores de la clase obrera que protagonizaron la Resistencia. Este fue un fenómeno de impugnación social que asumió diversas características al actuar sin una dirección clara y centralizada (Schneider, 2005). Si bien suele calificársela como “peronista” (James, 2006; Salas, 1990; Amaral, 2004), participaron distintos sectores con programas y acciones disími-

8. Idem, p. 2.

9. Ibidem.

10. “Los ciudadanos peronistas tienen derecho a militar en el Partido que más les guste”, *Nuestra Palabra*, n° 292, 6 de diciembre de 1955, p. 3.

11. “Los ciudadanos peronistas tienen derecho a actuar con su propio partido”, *Nuestra Palabra*, n° 429, 28 de agosto de 1958, p. 1.

12. “Altiva y dispuesta a ganar su independencia y unidad, volvió al trabajo la clase obrera”, *Nuestra Palabra*, n° 290, 22 de noviembre de 1955, p. 1.

les, conviviendo de manera desordenada los sabotajes a la producción, ataques terroristas, levantamientos militares y la actividad sindical en la reorganización del movimiento obrero intervenido.

El carácter inorgánico y espontáneo de la Resistencia estuvo dado por la ausencia de una dirección sindical y política en condiciones de organizar la oposición al régimen (Schneider, 2005: 78). Por un lado, fuera del poder y con el líder exiliado se complejizaron las redes de poder del peronismo polimorfo. La cúpula del Consejo Superior Peronista con Alberto Teisaire al mando acusó de delitos al peronismo y se distanció de Perón inmediatamente, así como surgieron partidos neoperonistas que buscaron capitalizar la ausencia de liderazgo (Melon Pirro, 2009). En simultáneo, durante el gobierno de Lonardi, la CGT dominada por el peronismo accedió a dialogar con éste, abandonando a los sectores de las bases obreras que pretendían luchar contra el nuevo régimen.¹³ Esa situación se manifestó en las jornadas del 17 de octubre y el 3 de noviembre de 1955, cuando la dirigencia sindical exhortó a las bases a concurrir al trabajo, llamado que fue desconocido por importantes franjas del proletariado industrial (Schneider, 2005; James, 2006).

El PC buscó delimitarse de la dirigencia sindical peronista que se mantenía al frente de la CGT, a la que consideraban un resabio de la política verticalista instrumentada por el peronismo, cuya autonomía se encontraba lesionada. A su vez, entendía que su marcada orientación política promovía la división precisamente cuando el PC propiciaba la política unitaria en pos de la consolidación de un régimen democrático. Los “jerarcas” de la CGT fueron acusados durante el lonardismo de traicionar los intereses obreros¹⁴ y entablar acuerdos con el gobierno en el marco de lo que el PC interpretaba como una política intervencionista en los gremios.¹⁵ Las diferencias de acción con dicha dirigencia se expresaron hacia fines de 1955 en ocasión de la amenaza de huelga general realizada por la CGT tras el decreto gubernamental que fijaba las pautas para la celebración de las elecciones en la CGT. En esa ocasión el PC se manifestó en contra de la huelga en tanto el objetivo de

13. La entente entre la CGT y el gobierno presentaba dos aristas: tras la ocupación de sindicatos por la fuerza, el gobierno se comprometía a realizar elecciones sindicales en un plazo de 120 días, respetando sus estatutos y la ley de Asociaciones Profesionales; a cambio, el acuerdo del 6 de octubre de 1955 indicaba que se eliminara el preámbulo partidario de la Doctrina Justicialista del estatuto adoptado por la CGT en 1950 y que se renovaran las autoridades, lo cual se formalizó con el nombramiento de Luis Natalini y Andrés Framini al frente de la CGT (Senén González, 1971: 11).

14. “¿Hacia dónde marcharán los acontecimientos? Declaración...”, *Nuestra Palabra*, n° 282, 27 de septiembre de 1955, p. 3.

15. “¡Unidad obrera frente al decreto de intervención a los gremios!”, *Nuestra Palabra*, n° 288, 8 de noviembre de 1955, p. 6.

la misma “sería el de mantener a los jefes intocables en la dirección del movimiento sindical y apoyarlos en el pacto que establecieron con el gobierno”.¹⁶ Aunque a mediados de noviembre participaron de la huelga general –que fuera luego ilegalizada– convocada por la CGT en el marco de la asunción de Aramburu, las denuncias contra la dirigencia peronista no cesaron: fue acusada de realizar el paro con el objetivo de pactar acuerdos con el gobierno a espaldas de las bases trabajadoras.¹⁷

La llegada de Aramburu al poder puede explicarse por la combinación entre la falta de acuerdo en el interior de la alianza antiperonista en lo referente a la desperonización y el rol de los partidos políticos (Spinelli, 2005) y por la acción de las bases obreras en el marco de los acuerdos entablados por la dirigencia sindical con el gobierno y la ocupación de los sindicatos por los comandos civiles ligados a la UCR y el PS (Schneider, 2005). El recrudecimiento de la situación dada por la intervención del movimiento obrero y los intentos de aumentar la productividad intensificó la lucha de clases en el contexto de la Resistencia.

Como señalan James (2006) y Melon Pirro (2009), los sabotajes en los lugares de trabajo eran las primeras respuestas espontáneas e inorgánicas en contra de la implementación de los planes de racionalización reunidos en el decreto 2.739 de febrero de 1956.¹⁸ Los sabotajes entraron en un agotamiento progresivo a partir de abril de ese año dando lugar a hechos terroristas basados en la utilización de explosivos primitivos contra objetivos específicos. Los atentados perduraron en 1957 y no parecieron estar en relación directa con los crecientes conflictos sindicales, los cuales pasaron a primer plano a partir de 1956-1957. Si bien convivieron, mientras los grupos irregulares e inorgánicos del peronismo practicaban sus acciones en la clandestinidad con escasa relación, el movimiento obrero en proceso de reorganización buscaba adquirir y consolidar espacios de legalidad (Melon Pirro, 2009).

A lo largo del período 1955-1959, el PC repudió enfáticamente los atentados y sabotajes como método para luchar contra la “Libertadora”.¹⁹

16. “Frente al decreto-ley unidad, democracia e independencia sindical!”, *Nuestra Palabra*, n° 287, 1 de noviembre de 1955, p. 7.

17. “Activa y dispuesta a ganar su independencia y unidad, volvió al trabajo la clase obrera”, *Nuestra Palabra*, n° 290, 22 de noviembre de 1955, pp. 1-2.

18. Se prorrogó la vigencia de los convenios colectivos hasta la homologación de los que se establecieron en su reemplazo; concedió un aumento del 10% sobre los salarios percibidos al 31 de enero de 1956; derogó las cláusulas que no convenían a la superexplotación; incorporó incentivos para la intensificación del trabajo y la movilidad en la fábrica; promovió la realización de horas extra y dio rienda libre para los criterios de promoción, que dejaban sin efecto la antigüedad y estructuraban un régimen meritocrático.

19. En el PC existió un “Frente de Autodefensa” de carácter clandestino dedicado al

Declarándose “enemigo del terrorismo y de los atentados”,²⁰ denunció que los mismos eran utilizados por elementos enrolados en una campaña anticomunista alentada por el imperialismo yanqui. Contra esa “infame maniobra” sostuvieron:

La lucha de los comunistas no consiste en el sabotaje ni en actos de terrorismo, que nuestro Partido rechaza por principio. La lucha de los comunistas es la lucha por la unidad de acción de todos los sectores democráticos, para conquistar la solución progresista, patriótica, de los graves problemas que afectan al país. Precisamente por esto es que los comunistas estuvimos ayer contra los actos terroristas y contra los golpes de Estado, y seguimos estando hoy contra los actos terroristas y contra los golpes de Estado.²¹

En sintonía con esa declaración, afirmaron que “desde su aparición en la vida política nacional [...], ni el atentado individual ni el sabotaje ni el golpe de Estado, fueron los métodos de lucha de nuestro partido; no solamente no los practica sino que los condena en forma explícita”.²²

La acusación de “sabotaje a la productividad” fue moneda corriente para allanar el proceso de racionalización a través de despidos y detenciones,²³ razón por la cual el PC buscaba eliminar los pretextos sobre

entrenamiento militar, aunque no estaba destinado a la preparación de enfrentamientos de violencia armada de masas sino para la defensa de las manifestaciones por reivindicaciones. Se preparaban para, por ejemplo, repeler la represión con tácticas de rompimiento de filas y puntos de concentración y desconcentración o proteger la toma de un establecimiento (Nadra, 2015). El campamento de entrenamiento en Icho Cruz en 1964 podría formar parte de la actividad de ese Frente (Rot, 2007). Otras experiencias de actividad militar del PC argentino se remontan a los '30, como las Brigadas internacionales en la Guerra Civil española, la participación en la insurrección de 1935 en Brasil liderada por Luis Prestes o la llamada “primera guerrilla del siglo XX” instalada *circa* 1938 en Chaco (Gilbert, 2009; Nadra, 2015).

20. “Esta es la verdad”, *Nuestra Palabra*, n° 317, 20 de junio de 1956, p. 3.

21. “Una infame maniobra”, *Nuestra Palabra*, n° 302, 29 de febrero de 1956, p. 1.

22. “Declaración del C. Central del P. Comunista acerca de recientes manifestaciones del M. del Interior a una agencia extranjera”, *Nuestra Palabra*, n° 305, 21 de marzo de 1956, pp. 4-5.

23. En *Nuestra Palabra*: “Cesantías, despidos y superexplotación. Lo que se cumple y lo que no se cumple. Las mejoras de sueldos y salarios”, n° 306, 28 de marzo de 1956, p. 7; “Coordinan su acción nacional los obreros de la carne”, n° 307, 4 de abril de 1956, p. 6; “¡Alerta contra los despidos! Dicen los ferroviarios rosarinos a la clase obrera de todo el país”, n° 308, 11 de abril de 1956, pp. 1-2; “Noticias obreras”, n° 310, 25 de abril de 1956, p. 6; “Noticias obreras”, n° 311, 2 de mayo de 1956, p. 6; “Sigue la huelga de la Construcción en Córdoba”, n° 318, 27 de junio de 1956, p. 7;

los cuales se asentaban esas maniobras. De hecho, advirtió que existían casos en los que las acciones eran cometidas por elementos adictos al gobierno para encarcelar a luchadores y luchadoras.²⁴

La postura del PC ante los sabotajes y atentados estaba ligada a los planteos basados en la construcción de un FDN hacia el establecimiento de un Gobierno de Coalición Democrática en condiciones pacíficas, que se encontraba a su vez en sintonía con las definiciones del XX Congreso del PCUS. Sostuvo que “un clima de auténtica democracia es la mejor garantía contra el sabotaje y la provocación terrorista”²⁵ y buscó distanciarse de los “provocadores, terroristas y saboteadores” al tiempo que establecía una distinción entre “los grupos minúsculos” que cometían estos actos y la clase obrera en sí misma.²⁶ Buscó entonces aislar a esos grupos, afirmando que “es cierto que la aventura terrorista existe. Pero es totalmente falso que las luchas obreras por reivindicaciones sobradamente conocidas formen parte de ese complot, como también es falso que los comunistas participen del mismo”;²⁷ y promovió que fuera la justicia la encargada de actuar sobre los responsables, en tanto “el pueblo repudia los sabotajes, pues los mismos afectan a la economía nacional y perturban la tranquilidad pública. Los saboteadores merecen el rigor de la ley”.²⁸

La intervención del PC durante la Resistencia estuvo centrada en la actividad sindical, en donde las dos principales luchas fueron en torno a las condiciones de trabajo (cuyos ejes fueron las pautas de la negociación colectiva y los despidos) y la reorganización del movimiento obrero intervenido. Se trató de dos procesos inescindibles en tanto la reorganización del movimiento obrero en resistencia se estructuró a raíz de la conformación de Comisiones Paritarias en 1956 y el llamado a elecciones –entre julio y septiembre de ese año– de comisiones internas y comisiones directivas de los sindicatos.

La política de FDN que el PC construyó en los sindicatos a través de su organización sindical –el Movimiento Pro Democratización e

“Por las 7 hs. y por un mínimo de \$ 1.800 se pronuncian en IAME”, n° 328, 5 de septiembre de 1956, p. 7; “El incendio de SIAM”, n° 342, 26 de diciembre de 1956, p. 4.

24. “Denuncia de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Graves torturas en Córdoba”, *Nuestra Palabra*, n° 313, 16 de mayo de 1956, p. 3; “Están al descubierto los que organizaban los sabotajes”, *Nuestra Palabra*, n° 327, 29 de agosto de 1956, p. 4.

25. “Una infame maniobra”, *Nuestra Palabra*, n° 302, 29 de febrero de 1956, p. 1.

26. “Declaración del C. Central del P. Comunista...”, *Nuestra Palabra*, n° 305, 21 de marzo de 1956, pp. 4-5.

27. “La aventura y la clase obrera”, *Nuestra Palabra*, n° 342, 26 de diciembre de 1956, p. 4.

28. “Cifra: 15.000 presos”, *Nuestra Palabra*, n° 354, 20 de marzo de 1957, p. 3.

Independencia de los Sindicatos– estuvo caracterizada por el armado de comités unitarios de lucha en los lugares de trabajo, cuyo objetivo era unir a trabajadores y trabajadoras sin distinciones políticas ni religiosas.²⁹ En la convocatoria a elecciones sindicales, su propuesta consistió en el armado de listas unitarias en los gremios, con el objetivo de recuperar los sindicatos intervenidos y encaminar el proceso hacia la normalización de la CGT. Las elecciones llevadas a cabo entre 1956 y 1957 definieron los principales bastiones del PC: participó en las listas que obtuvieron la dirección de los sindicatos de Químicos, Construcción, Músicos, Vendedores de diarios, Gastronómicos de Capital, Prensa, Aceiteros y Madera.

La presencia comunista en el movimiento obrero cobró relevancia a partir de 1957 al convertirse en el principal organizador del primer nucleamiento intergremial luego de la intervención de la CGT: la Comisión Intersindical (CI).³⁰ En su acta de nacimiento, representada en el memorial al Presidente del 1° de marzo de 1957 firmado por las 21 organizaciones normalizadas adheridas,³¹ expuso el programa de 5 puntos que guió el accionar del movimiento obrero hasta la asunción de Frondizi. El mismo reunía los grandes reclamos del sindicalismo durante la dictadura: a) libertad de los trabajadores presos y confinados sin causa y sin proceso, la no aplicación de la ley 4144 a Eduardo Seijo, Antonio Losada y demás obreros en las mismas condiciones; b) normalización del movimiento obrero mediante el levantamiento de todas las intervenciones y la convocatoria a elección en los sindicatos que restan, en las Federaciones Nacionales y en la CGT; c) restablecimiento de precios máximos para los artículos de primera necesidad y control de las maniobras especulativas de toda índole y la elevación arbitraria de los mismos; d) que se garanticen las libertades y derechos sindicales mediante el levantamiento del estado de sitio y la vigencia de los derechos de huelga, prensa, reunión y palabra, como paso decisivo hacia la normalización institucional; e) derogación de leyes, decretos y resoluciones restrictivas de los derechos obreros y la ley 4144.

La CI creció al calor de la normalización de los sindicatos y extendió su influencia inicial en Capital y Gran Buenos Aires a diversos puntos del interior con la creación de Comisiones Regionales (Íscar, 1973).

29. “Organizar comisiones unitarias”, *Nuestra Palabra*, n° 310, 25 de abril de 1956, p. 4.

30. Aunque no fue analizada en detalle, la importancia del PC como organizador de la misma se menciona en James (2006), Salas (1990), Schneider (2005) y Melon Pirro (2009).

31. “21 gremios apoyan a la Comisión Intersindical”, *Nuestra Palabra*, n° 352, 6 de marzo de 1957, p. 3.

Liderada por el sindicalismo comunista y secundada por los sindicatos obtenidos por peronistas, la CI ocupó el espacio de la CGT intervenida y fijó su autodisolución precisamente con la normalización de la misma. Presión mediante,³² logró que el interventor de la central, Alberto Patrón Laplacette, convocara al Congreso Normalizador de la CGT para agosto de ese año: aún con reservas, las organizaciones adheridas a la CI participaron del mismo dándole un duro golpe a la “Revolución Libertadora”.

El Congreso Normalizador fue el escenario sobre el cual el gobierno fracasó en su intento por imponer una dirección sindical que le fuera afín, representada en el llamado “sindicalismo libre” ligado al radicalismo y el Partido Socialista. Allí se produjo una alianza entre el sindicalismo comunista y peronista, cuando mantuvieron *quorum* ante el retiro de los 32 gremios del sindicalismo libre en la discusión en torno a la verificación del número de afiliados de las organizaciones y su correspondiente representación en el Congreso (Gasparri y Panella, 2008). Así nacieron los agrupamientos sindicales que predominaron en los años siguientes: por un lado, los “32 Gremios Mayoritarios y Democráticos”; por otro, las “62 Organizaciones” de mayoría peronista y minoría comunista. Se inició así una breve convivencia entre peronistas y comunistas en la Mesa Coordinadora de las 62 que, con la progresiva reconstrucción del poder peronista en el movimiento obrero, derivó en el alejamiento del PC y la creación de su propio agrupamiento sindical a fines de 1958: el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS).

3

El fracaso de la política de desperonización del movimiento obrero se combinó con el fallido intento de reforma del sistema político en la Asamblea Constituyente, razones por las cuales –en un contexto de alta conflictividad– la “Revolución Libertadora” preparó una salida electoral para febrero de 1958 con el peronismo proscripto. En términos políticos, el nuevo equilibrio inestable que nació con el triunfo del radical intransigente Arturo Frondizi fue el *integracionismo*, basado en el intento de establecer una alianza de clases que permitiera la implementación del programa económico desarrollista. La principal orientación de éste se encontraba en la sustitución de trabajo por capital en la producción industrial (Portantiero, 1977), un cambio en la estructura productiva que debía realizarse con el financiamiento de capitales extranjeros, el

32. “Plenario Nacional para el 10 de junio”, *Nuestra Palabra*, n° 365, 29 de mayo de 1957, p. 4.

crédito internacional y el recurso a la libre empresa, especialmente en las áreas de petróleo, gas, siderurgia e industria química.

La fórmula Frondizi-Gómez accedió al poder con el imprescindible apoyo del peronismo –tras el acuerdo con el propio Perón–, las 62 organizaciones, el PC, el trotskismo e intelectuales progresistas. La alianza con el peronismo fue un punto central del proceso en tanto permitía integrar al movimiento obrero en el compromiso con el sector que buscaba construir hegemonía: la gran burguesía industrial ligada al capital extranjero (Portantiero, 1977). La integración se plasmó en el acuerdo de una ley de Asociaciones Profesionales para que el peronismo volviera a controlar el movimiento obrero.³³ No obstante, el acuerdo entre el gobierno y la dirigencia sindical peronista –que debilitó las luchas obreras durante 1958–³⁴ se quebró en la medida en que avanzó la aplicación del plan económico.

En las elecciones el PC presentó sus propios candidatos para el Congreso, Legislaturas y Concejos Deliberantes, y apoyó la fórmula presidencial de la UCRI tras fracasar en su intento de conformación del FDN junto a la UCRI, la UCR del Pueblo, el Partido Socialista, el Demócrata Cristiano, el Laborista y el dirigido por Alejandro Leloir. El CC del PC consideró que el viejo “Programa de Avellaneda” de Frondizi era aquel que mayor cercanía tenía con el suyo de 5 puntos, basado en

el compromiso de establecer los más amplios derechos democráticos para todos los argentinos nativos y habitantes del país, de garantizar los derechos del trabajador, de defender las riquezas nacionales, sobre todo del petróleo, de dar estabilidad en la tierra a los campesinos y realizar la reforma agraria y practicar una política exterior independiente que coadyuve al establecimiento de la paz mundial.³⁵

Sin embargo, Frondizi no encabezó la esperada lucha contra la oligarquía y el imperialismo, por la defensa de las riquezas nacionales, ni llevó a cabo la reforma agraria. Las esperanzas del comunismo en que el nuevo gobierno asegurara “la independencia nacional para dar solución

33. Antes de asumir, Frondizi pidió una tregua al movimiento obrero en su reunión con la Mesa Coordinadora de las 62 Organizaciones, que fue respondida con un memorial para sentar las bases del acuerdo. “Memorial de «las 62» a Frondizi”, *Nuestra Palabra*, n° 407, 27 de marzo de 1958, p. 7.

34. Las 62 Organizaciones no acompañaron el paro convocado para fines de mayo por los 32 Gremios, no pararon el 17 de octubre y hasta debatieron sancionar a los médicos que pararon (Schneider, 2005; 116-118).

35. “La fórmula Frondizi-Gómez es la que ofrece mayor garantía programática”, *Nuestra Palabra*, n° 400, 6 de febrero de 1958, p 1 y 8.

a los problemas de la revolución democrático-burguesa, agraria y anti-imperialista³⁶ se fueron desvaneciendo en la medida en que el gobierno se volcó hacia “el abandono del programa progresista de la UCRI y la defensa de los intereses tradicionales de la oligarquía agropecuaria, del gran capital y de los monopolios imperialistas” (Codovilla, 1964b: 370).

El PC consideró que Frondizi pudo abandonar su programa, en primer lugar, porque la amplia mayoría obtenida en las Cámaras del Congreso le permitió dejar atrás las promesas; y, en segundo, porque las masas no ejercieron presión suficiente para imponer sus demandas. Sobre este punto, el PC se refería especialmente al peronismo, que presentó una tregua tras haber negociado el apoyo a Frondizi a cambio de obtener la legalidad del peronismo y la dirección del movimiento obrero.

En la arena sindical, dicha tregua se manifestó en función de la sanción de la Ley de Asociaciones Profesionales (n° 14.455) en agosto de 1958. La misma se basaba en el reconocimiento de un único sindicato por rama, abolía la representación de la minoría en la dirigencia y restablecía el modelo peronista que asignaba a la lista ganadora el control total del sindicato (James, 2006). Este punto de negociación desencadenó el alejamiento del PC de las 62 Organizaciones a fines de año, aunque las tensiones con la dirigencia peronista estuvieron presentes a lo largo de su participación conjunta. El enfrentamiento más importante radicaba en que, en la medida en que el peronismo se fortalecía en ese espacio, el mismo se convertía en un nucleamiento partidario que atentaba contra la unidad sindical (Íscar, 1973: 341).

El año 1958 siguió siendo un año de conflictos sociales, aunque “las 62” priorizaron negociar espacios de poder en el marco institucional, trazando un quiebre con la actividad desarrollada tanto por ese agrupamiento como por la CI durante 1957. Aun con numerosos sindicatos en proceso de normalización y con la problemática asociada a la carestía de vida, la dirigencia sindical peronista realizó en el año un solo paro general de 24 horas el 10 de octubre y frenó los paros por el día de la lealtad peronista y el programado para los días 20 y 21 de noviembre en la llamada “Batalla del petróleo”.

En julio de 1958 el presidente anunció un plan de autoabastecimiento del petróleo a partir del recurso a capitales extranjeros para la extracción del mismo. Esa política condensó una serie de aspectos del complejo entramado que caracterizó a esta etapa de la resistencia.

En primer lugar, allí se manifestaron las diferencias entre un sector de las bases obreras que lucharon en contra de la aplicación de los contratos petroleros con empresas extranjeras y el rol de la dirigencia

36. “Llamamiento del Partido Comunista con motivo de la celebración del 1° de mayo”, *Nuestra Palabra*, n° 411, 24 de abril de 1958, p. 8.

sindical peronista en proceso de integración. En octubre de 1958, la filial Mendoza del Sindicato Unido de Petroleros del Estado (SUPE) inició una huelga por tiempo indeterminado en contra del plan, acompañada por el Sindicato de Gas del Estado de esa provincia. En ese contexto, la dirección nacional del SUPE y las 62 Organizaciones buscaron menguar el enfrentamiento con el gobierno mediante el diálogo. El resultado del conflicto fue la ilegalización de la huelga, la declaración del estado de sitio y la desmovilización de los trabajadores y trabajadoras de Mendoza a través de la presión ejercida por las direcciones sindicales, las cuales cancelaron el paro convocado por las 62 para los días 20 y 21 de noviembre tras la firma de un convenio para revisar los contratos que terminó siendo rechazado por el propio Frondizi y marcó el alejamiento de Rogelio Frigerio, principal figura del gobierno (James, 2006).

En segundo lugar, a partir de este punto el PC comenzó a pasarse a la oposición al gobierno. Manteniendo el principio de apoyar lo positivo y criticar lo negativo, consideró que el gobierno atacaba el problema del petróleo sin resolver la crisis estructural de la Argentina. Su propuesta era la elaboración de un plan general para solucionar los problemas económicos, cuya tarea en materia petrolera era la nacionalización de los yacimientos y el intercambio de maquinaria necesaria con la Unión Soviética.³⁷

Sin embargo, el punto de inflexión fue la campaña anticomunista que se desplegó durante la huelga del SUPE, que culminó en la aplicación del Plan Conintes. En ella, el presidente acusó a comunistas y peronistas de subversivos y, tras la declaración del estado de sitio el 11 de noviembre, inició detenciones a militantes comunistas y peronistas. La Declaración emitida afirmó que:

el anticomunismo ha resultado ser la cortina de humo que se tiende para ocultar el movimiento de las fuerzas reaccionarias representativas de los intereses de la oligarquía terrateniente, del gran capital y de los monopolios extranjeros, tendientes a entregar las riquezas del país, en particular del petróleo, a los imperialistas y a descargar las consecuencias de la crisis sobre las espaldas del pueblo trabajador.³⁸

El partido negó formar parte de un plan subversivo con motivo de la

37. "Declaración del CC del PC. 25 de julio de 1958", *Nueva Era*, año X, n° 6, julio de 1958, pp. 3-8.

38. "Acerca de la nueva situación creada en el país", *Nueva Era*, año X, n° 10, noviembre de 1958, p. 4.

huelga petrolera por más que sus militantes participaran en la misma³⁹ y responsabilizó al gobierno por su orientación reaccionaria y el abandono del programa prometido en elecciones. Contra la subversión, defendieron el régimen democrático: la salida –reiteraron– era la formación de un FDN para frenar los golpes de Estado a partir del establecimiento de un gobierno de coalición democrática.⁴⁰

Por lo tanto, y en tercer lugar, en esa situación se determinó el estado de Comoción Interior (Conintes) y la consecuente aplicación del Plan mediante el decreto secreto 9.880 del 14 de noviembre de 1958. En el marco de la Resistencia, el aumento de la conflictividad social y de cara al anuncio del Plan de Estabilización Económica bajo el designio del Fondo Monetario Internacional, el Plan Conintes fue una forma de represión estatal dirigida por las Fuerzas Armadas contra la figura de un enemigo interno que amenazaba los intereses de los sectores dominantes, cuyas acciones eran interpretadas como parte del desarrollo del comunismo internacional. Fue un estado de excepción que, basado en la Doctrina de Seguridad Nacional y la doctrina contrainsurgente del ejército francés, habilitaba medidas igualmente excepcionales en el marco de una guerra revolucionaria o guerra ideológica contra la población fronteras adentro. De este modo, huelgas, sabotajes o atentados se concebían como tácticas de un enemigo de los intereses nacionales en contexto de guerra, al que se identificó con la clase obrera en lucha y, en particular, los sectores peronistas⁴¹ y comunistas definidos como subversivos (Chiarini y Portugheis, 2014). En las primeras semanas de ejecución, se intervinieron sindicatos en conflicto como la Unión Tranviarios Automotor, la Asociación Obrera Textil, la Unión Obrera de la Construcción (UOCRA), el Sindicato de Obreros y Empleados del Frigorífico Lisandro de la Torre y se movilizó militarmente al personal de Transportes de Buenos Aires, petroleros y ferroviarios.

El PC sufrió la detención de 36 militantes con la declaración del estado de sitio, la intervención de la UOCRA dirigida por los comunistas Rubens Íscaró, José Zárate y Roque Alessi –el 22 de enero de 1959 luego del paro convocado por el MUCS en solidaridad con la lucha del

39. El PC dio cuenta de que “si bien no ocupan puestos de dirección en el SUPE, los comunistas que pertenecen al gremio del petróleo han aprobado y aprueban la decisión de su organización y han hecho y harán lo posible para que tenga éxito”. “Declaración del CC del PC sobre la nueva situación que se ha creado después del discurso presidencial y del establecimiento del Estado de Sitio”, *Nueva Era*, año X, n° 10, noviembre de 1958, pp. 13-14.

40. *Idem*, pp. 9-18.

41. Un informe de la SIDE señalaba que “el peronismo no es la negación del comunismo sino una fase psicológica, ideológica e institucional preparatoria” (Chiarini y Portugheis, 2014: 96-97).

Frigorífico “Lisandro de la Torre”–,⁴² el cierre del periódico *La Hora* en enero de 1959, la clausura de sus locales y, finalmente, la ilegalización del partido y sus organizaciones el 27 de abril a través del decreto 4.965 en el marco de la huelga bancaria.

Por último, el anuncio del Plan de Estabilización de diciembre de 1958, la puesta en marcha del Plan Conintes y la privatización del mencionado frigorífico en enero de 1959 coincidieron en el tiempo con la Revolución Cubana, razón por la cual marcamos un corte. En primer lugar, la dinámica de la conflictividad sufrió alteraciones: cuantitativamente, en 1959, si bien se alcanzó un pico de jornadas perdidas que se redujo drásticamente en los años siguientes, se interrumpió el proceso de ascenso en número de huelgas iniciado en 1956;⁴³ cualitativamente, en ese año no solo se agudizó el contexto represivo, sino que las luchas asumieron un carácter defensivo ante la pérdida de puestos de trabajo y, con la normalización de los sindicatos, se avanzó en el proceso de burocratización de las dirigencias sindicales. En segundo lugar, la Revolución Cubana fue un impacto al poner en agenda la revolución socialista por vía armada en el continente, precisamente cuando la ofensiva del gobierno parecía desmoralizar a los activistas de la Resistencia (James, 2006). No obstante, el principal nudo conflictivo estuvo en el golpe que propinó a las caracterizaciones y el programa del PC la demostración de que el camino al socialismo podía iniciarse sin la resolución de las tareas previas en un país con una estructura económica atrasada dependiente del imperialismo y con “la aplicación de tácticas aventureras” de la guerrilla de Fidel Castro y el Che Guevara.⁴⁴ Se inició así un proceso de discusión estratégica y programática que tuvo en el centro de escena, en el fragmentario campo de las izquierdas, al Partido Comunista.

* * *

En este artículo se examinaron los principales lineamientos políticos y la intervención del PC en el período 1955-1959, caracterizado por la intensificación de la lucha de clases en el contexto de una dictadura y

42. “Informe del Interventor de la UOCRA a la Secretaría de Guerra”, Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Departamento de Archivos. Fondo Centro de Estudios Nacionales. Subfondo Presidencia Arturo Frondizi.

43. Esto es analizado por James (2006: 166) y Schneider (2005: 132) en base a los datos proporcionados por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

44. El PC entendía que el Partido Socialista Popular (partido marxista-leninista en Cuba) debía reunir a las fuerzas democráticas y antiimperialistas para la revolución democrático burguesa. “Cuba”, *Nueva Era*, año X, n° 7, agosto de 1958, pp. 55-64.

la posterior apertura democrática, ambas atravesadas por el intento de la burguesía por aumentar la productividad del trabajo.

Durante los años analizados, el PC actuó siguiendo el programa definido en los años 30, según el cual la dependencia y el atraso del capitalismo argentino imponían como primera tarea la realización de una revolución democrático-burguesa, relegando a un horizonte indefinido el futuro socialismo. El instrumento determinado para llevar a cabo esa primera tarea fue el FDN, con el que buscaba establecer alianzas no solo con diversos sectores democráticos y antiimperialistas, sino con parte de la burguesía nacional. El PC buscó construir dicho frente sin éxito tanto durante la “Revolución Libertadora” como en las elecciones de 1958. Su esperanza en la imposición del supuesto sector democrático del gobierno de facto se basó en que el fin del llamado “corporativismo-fascista” podría haber significado una capitalización en dos sentidos: una reforma política que pusiera fin a los personalismos y, fundamentalmente, la expectativa por conquistar a la clase obrera peronista. No obstante, nada de eso se materializó y el PC transcurrió esos años como un partido marginado en el plano político nacional y reprimido al calor de la conflictividad social.

Su principal terreno de intervención fue el del movimiento obrero, en donde se abocó, por un lado, a la defensa de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera en un contexto de racionalización productiva y disminución del salario real y, por otro, a la reorganización del movimiento obrero intervenido. Allí cosechó sus puntos más fuertes guiado por la política unitaria que le permitió acceder al mando de algunos sindicatos importantes y convertirse en el principal armador de un organismo intergremial como la CI.

La lucha de clases a partir de 1955 presentó un rasgo novedoso con el aumento de las acciones violentas, lo cual convivió con la política internacional de coexistencia pacífica pregonada desde Moscú. La ligazón entre el programa democrático enarbolado y la coyuntura del movimiento comunista internacional son elementos centrales para comprender el distanciamiento y la denuncia del PC a los sectores que recurrieron a las mismas, así como su intento por desligar la asociación entre comunismo y subversión.

La moderación táctica y estratégica evidenciada por el PC en este período se revela así como uno de los puntos fuertes a considerar en los análisis en torno a la radicalización política de los años 60, que estuvo atravesada –además de la lesión cubana sobre el reconocido monopolio de la revolución socialista que portaba el PC– por las disidencias con el grupo de intelectuales de *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada* y por la enorme fractura en las entrañas de la juventud partidaria que parió al Partido Comunista Revolucionario.

Bibliografía

- Amaral, S. (2004), "El avión negro: retórica y práctica de la violencia", en S. Amaral y M. Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder*, Buenos Aires: Eduntref, pp. 67-88.
- Burgos, R. (2004), *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camarero, H. (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2014), "Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1963)", *Archivos*, año III, n° 5, pp. 31-50.
- Campione, D. (2007), "El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria", en E. Concheiro Bórquez, M. Modonesi y H. Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México: UNAM.
- Casola, N. (2015), *El PC y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*, Colección Archivos, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Chiarini, S. y E. Portugheis (2014), *Plan Conintes. Represión política y sindical*, Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación.
- Codovilla, V. (1964a), "La nueva relación de fuerzas en lo internacional y nacional y el camino argentino hacia la democracia, la independencia y el socialismo. Informe presentado al CC ampliado del PC. Julio 1956", en *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino: trabajos escogidos*, tomo 3, Buenos Aires: Anteo, pp 171-277.
- Codovilla, V. (1964b), "Por qué Frondizi abandonó el programa del 23 de febrero y aplica el de la oligarquía y el imperialismo. Informe rendido al CC ampliado del PC. 10 y 11 de enero 1959" en *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino: trabajos escogidos*, tomo 3, Buenos Aires: Anteo, pp 370-424.
- Gasparri, M. y C. Panella (2008), *El congreso normalizador de la CGT de 1957*, Buenos Aires: Corregidor.
- Gilbert, I. (2009), *La Fede, alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Íscaro, R. (1973), *Historia del movimiento sindical*, tomo II, Buenos Aires: Fundamentos.
- James, D. (2006), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976* [1988], Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marcou, L. (1981), *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Madrid: Siglo XXI.
- Massholder, A. (2013), *El Partido Comunista argentino y sus intelectuales: originalidad y marginalidad del pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*, Buenos Aires: Luxemburg.

- Melon Pirro, J.C. (2009), *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Nadra, A. (2015), *Secretos en rojo*, Buenos Aires: Corregidor.
- Petra, A. (2017), *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Piemonte, V. (2013), “El Informe Secreto al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en la perspectiva oficial del Partido Comunista Argentino. Recepción y primeras repercusiones”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año 13, n° 13, Córdoba, pp. 223-241.
- Portantiero, J.C. (1977), “Economía y política en la crisis argentina (1958-1973)”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, n° 2, pp. 531-565.
- Prado Acosta, L. (2015), *Los intelectuales del Partido Comunista: Itinerario de Héctor Agosti (1930-1963)*, Raleigh: A Contracorriente.
- Rot, G. (2007), “El Partido Comunista y la lucha armada”, *Lucha Armada*, n° 7, Buenos Aires, pp. 14-25.
- Salas, E. (1990), *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, Buenos Aires: CEAL.
- Schneider, A. (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Senén González, S. (1971), *El sindicalismo después de Perón*, Buenos Aires: Galerna.
- Spinelli, M.E. (2005), *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires: Biblos.
- Staltari, S. (2014), “El Partido Comunista frente al peronismo: estrategia y tácticas políticas. 1945-1955”, *Archivos*, año III, n° 5, pp. 11-30.
- Tortti, M.C. (1999), “Izquierda y «nueva izquierda» en la Argentina. El caso del Partido Comunista”, *Sociohistórica*, n° 6, pp. 221-232.

Colección Archivos



Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal



Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014

ENTREVISTA

La producción de consentimiento entre los trabajadores: una pregunta que dura 40 años. Entrevista al sociólogo marxista Michael Burawoy

Paula Varela

UBA - Conicet
paula.varela.ips@gmail.com

Michael Burawoy es conocido en Argentina como el autor de *El consentimiento en la producción*,¹ libro de cabecera para todos los que estudiamos el mal llamado “mundo del trabajo”, particularmente lo que sucede en las fábricas. Sin embargo, es bastante más que eso. Nacido en Manchester en una familia judía de origen ruso, Burawoy viene persiguiendo desde hace 40 años la pregunta por la construcción de consentimiento entre los explotados. Con esa pregunta se topó en Zambia en 1968, en pleno proceso poscolonial, cuando hizo un trabajo en la industria del cobre y descubrió las articulaciones entre el régimen fabril y la segregación racial. De allí surgió *The Colour of Class on the Copper Mines: From African Advancement to Zambianization* (Manchester University Press, 1972). Volvió a imponerse como preocupación cuando, ya devenido sociólogo, se empleó como trabajador de una metalúrgica en las afueras de Chicago en 1974 y realizó la etnografía que es la base de su libro más conocido y el único traducido al castellano: *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process in the Monopolist Capitalism* (Chicago Press, 1982). Este trabajo es el que le permite consolidar la idea de la imposibilidad de comprender lo que sucede en el espacio productivo sin establecer la relación entre dicho espacio y el contexto político-económico en el que está inscripto, dando origen al concepto de

1. *El consentimiento en la producción. Los cambios en el proceso productivo en el capitalismo monopolista*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.

“régimen político de producción” que va a profundizar en *The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism* (Londres: Verso, 1985) y en *The Radiant Past. Ideology and reality in Hungary's road to capitalism* (Chicago Press, 1994), a partir de la comparación entre su experiencia como obrero en Chicago y su experiencia fabril en Hungría en los años 80, mientras este país se encontraba bajo la órbita soviética. Y finalmente fue para responder a esta pregunta que, a inicios de los 90, se dedicó a hacer trabajo de campo en una fábrica en Rusia, en momentos en que comenzaba la restauración capitalista. Pero esa misma preocupación fue la que lo llevó a adoptar el marxismo como punto de vista teórico y la etnografía como modo de investigación, desarrollando una serie de discusiones teórico-metodológicas que pueden encontrarse en textos como *The Extended Case Method: Four countries, four decades, four great transformations, and one theoretical tradition* (University of California Press, 1997), o *Sociological Marxism*, escrito junto a Eric Olin Wright.² En síntesis, estamos ante una *rara avis* de la academia norteamericana: un profesor que recorre las aulas reivindicándose abiertamente marxista, un investigador que sostiene una batalla metodológica a muerte contra el inductivismo y un sociólogo que propone volver a pensar la idea del intelectual orgánico relacionando la sociología con los movimientos anticapitalistas.

¿Cómo llegaste a trabajar como obrero en Allied Corporation en Chicago?

Lo que pasó, esencialmente, fue que debía volver a Inglaterra después de hacer mi Maestría en la Universidad de Zambia. Pero no fui a Inglaterra sino que fui a Estados Unidos, donde había pasado momentos muy emocionantes en 1967-1968. Puedo dar una explicación racional de por qué Chicago, pero lo cierto es que fue la única universidad que me aceptó. Entonces, aterricé ahí y, por supuesto, nadie estaba realmente interesado en África cuando llegué, porque África no estaba yendo en la dirección esperada y había todo tipo de explicaciones de carácter cultural al respecto, que eran, precisamente, el tipo de teoría a la que yo me oponía mucho. Esto fue en 1972, (André) Gunder Frank ya había escrito sus artículos sobre desarrollo del subdesarrollo³ basados en su trabajo en América Latina y había llegado a ser bastante influyente en África, al igual que (Frantz) Fanon, como intentos de comprender el colonialismo a través de una lente marxista. Ese punto de vista era exactamente el contrario al que se hacía en Estados Unidos basado en

2. Incluido en Jonathan Turner, *Handbook of Sociological Theory*, Nueva York: Springer, 2001.

3. Véase *El desarrollo del subdesarrollo*, La Habana: Pensamiento Crítico, 1967.

una suerte de falta de preparación cultural de los africanos para el desarrollo. Así que pensé, “está bien, voy a llevarles el problema a su propia casa”. Así que fui y me metí a trabajar en una fábrica. Por supuesto que ya había estado interesado en la sociología industrial en Zambia, pero ahora era una pregunta marxista la que me hacía: cómo dar sentido a la experiencia real de los trabajadores en una fábrica capitalista.

Y, por supuesto, era un momento interesante porque había un renacer del marxismo particularmente influenciado por el marxismo francés, el estructuralismo francés. Claro que Chicago no era, obviamente, el corazón del marxismo. Todo lo contrario. Pero había un hombre polaco en el Departamento de Ciencia Política, Adam Przeworski, que acababa de regresar de París y estaba “lleno de marxismo”. Allí yo aprendí mi Gramsci de él, una visión particular de Gramsci. Y supongo que eso me llevó a comenzar a pensar “soy un etnógrafo, así es como yo hago mi trabajo y tengo que pensar cómo tomar estas ideas para comprender la naturaleza de la clase trabajadora en los Estados Unidos”. Entonces entré a trabajar en la fábrica en 1974. Chicago había tenido una fuerte tradición en etnografía, incluso en etnografía del lugar de trabajo. Pero había muy poca etnografía en ese momento, toda la tradición había sido un tanto abandonada. Además yo era bastante hostil al tipo de etnografía que se hacía en Chicago porque hacían un fetiche de los cercos, de las fronteras. Trataban de delimitar las comunidades de algún modo, para construirlas como una unidad cerrada. En sentido contrario, la Escuela de Manchester, a la que pertenecía el antropólogo con el que yo estudié en Zambia, Jaap van Velsen, ya había problematizado eso en la década del 50 diciendo: “Mirá, vos no podés encerrar una comunidad y mucho menos una fábrica”, y preguntándose “¿cómo vamos a estudiar la industria con nuestro método etnográfico?”. Y la respuesta a eso fue el desarrollo del “método del caso extendido” (*extended case method*), que es lo que posteriormente yo desarrollé, modificándolo. Porque la forma en que lo concebía la Escuela de Manchester era sumamente inductiva, no tenía un punto de vista teórico marxista aunque a menudo sus estudios eran una especie de análisis de clase.

Pero volviendo a cuando llegué a Chicago, me encontré con que aún estaban colgados con esta especie de estudio de comunidades cerradas, de barrios cerrados, donde la categoría de clase no aparecía, excepto, tengo que ser justo, en un único libro, el famoso libro de William Kornblum, *Comunidad de cuello azul*,⁴ que sí miraba las divisiones étnicas al interior de la clase obrera, en la comunidad de los trabajadores del acero. Pero había muy poco de este tipo de análisis, así que decidí que tenía que tratar de llevar el marxismo a la experiencia de Chicago porque

4. *Blue Collar Community*, Universidad de Chicago, 1975.

no había marxistas, a excepción de Przeworski, que pensó que estaba loco, porque tenía una visión macro de la política y le interesaba, básicamente, por qué los socialistas nunca lograron llegar al poder a través de las elecciones y la forma en que la política electoral desorganizaba a la clase trabajadora. Entonces no podía entender lo que estaba haciendo trabajando en una fábrica. Pero de todos modos, lo hice. Y tomé básicamente a estos marxistas franceses, llevé a Poulantzas, Althusser y Gramsci a la fábrica.

No es muy habitual la mezcla que vos hiciste entre Gramsci y Althusser en tu análisis del régimen fabril...

Bueno, hay muchas conexiones entre ellos. La más obvia es que Althusser ya estaba hablando de aparatos ideológicos de Estado y eso era similar a la idea de Gramsci del Estado no como formación puramente coercitiva sino también como formación ideológica. Y Gramsci estaba muy concentrado, a diferencia de muchos marxistas, en analizar cómo era experiencia viva de los trabajadores y los campesinos, lo que lo llevó a analizar el sentido común y el buen sentido. Althusser hizo algo similar: habló sobre la importancia de la ideología, entendida no como un conjunto de representaciones o ideas, sino como una experiencia viva que, bajo el capitalismo, mistificaba la existencia de la explotación, es decir, el fetichismo de la mercancía como otra forma de experiencia vivida. Esa es una visión muy althusseriana de la ideología. Pero de hecho, creo que en realidad las ideas de los estructuralistas franceses, Poulantzas, Balibar, Althusser, se pueden encontrar en Gramsci, aunque todos lo atacaban por ser un historicista (en referencia a la idea de que existen etapas de desarrollo de la clase obrera). Esto que digo, ahora me parece una obviedad, pero en su momento creo que tuvo que ver con la influencia de Przeworski en mí, porque él también veía esta cercanía entre ambas teorías. Hoy creo que es incluso más cercana de lo que él lo veía. No sé si es un estilo francés, pero sucede que, básicamente, si encontrás a alguien que tiene ideas similares a las tuyas, entonces lo atacás, en lugar de construir sobre ellas, y eso es lo que le sucedió con Gramsci: tomaron sus ideas y luego lo atacaron. Más tarde, Bourdieu hace algo muy similar. Pero en definitiva creo que hay una conexión estrecha entre las ideas de Gramsci sobre el Estado y el marxismo francés de los años 60 y 70. El tema es que la mayoría de ellos no hace trabajo empírico de tipo etnográfico. Eso fue algo novedoso de mi trabajo. Los que sí habían hecho etnografías dentro de un marco gramsciano fueron los ingleses. Alguien como Paul Willis, cuyos estudios sobre educación tuvo un marco muy similar, está muy influenciado por sus ideas. Stuart Hall, obviamente, es otro muy influenciado por Gramsci. A esos autores no les resultaría en absoluto extraño una etnografía de comunidades

o lugares de trabajo realizada con marco gramsciano. A los franceses sí. Y a los norteamericanos también pero por motivos distintos: por el amor a la Escuela de Chicago que es tan inductiva y por la idea de que no hay que traer la teoría a la etnografía. El marxismo, por ende, aparece como algo ajeno al trabajo etnográfico aunque en verdad no lo es. Pero es excepcional una etnografía realizada bajo el marco de la teoría marxista. Es interesante porque los sociólogos franceses, en general, ven a la Escuela de Chicago como la escuela de sociología más importante de Estados Unidos, y creo que es, básicamente, por su “teoría fundamentada” (*grounded theory*), en la que se supone que obtenés la verdad por sumergirte en el mundo. El problema es que esa idea hace que se pierda el contexto más amplio dentro del cual se configura realmente la experiencia viva de ese mundo. Por eso yo me opuse, y me opongo mucho, a ambos presupuestos de la Escuela de Chicago: el antiteoricismo y la idea de que las comunidades son unidades en sí mismas (la idea de comunidades cerradas). Y traté de remediar ambos problemas en la forma en que estudié esa fábrica del sur de Chicago: por un lado, trayendo la teoría al centro del análisis del régimen fabril y tratando de establecer los lazos entre este régimen y el contexto más general del capitalismo. Yo había hecho algo similar cuando estudié en Zambia la reproducción de la segregación racial al interior de las corporaciones de cobre, mirando las formas en que los negros reemplazaban a los blancos en los cargos de dirección fabril, y poniéndolo en el contexto más amplio de la Zambia postcolonial. Pero en esa oportunidad fue menos consciente en términos teóricos. Ahora me había vuelto mucho más autoconsciente de esta cuestión teórica y el marxismo era la teoría que estaba tratando de desarrollar, trayendo estas teorías del Estado al análisis de la fábrica. Y tomando nota de lo que Gramsci había dicho en los Estados Unidos acerca de que la hegemonía nace de la fábrica. Así que esa fue la razón de ser de esa etnografía: llevar la teoría directa y conscientemente al mundo empírico, y ver ese mundo empírico en su contexto más amplio.

¿Y vos creés que esa tesis gramsciana de que la hegemonía nace de la fábrica sigue siendo correcta hoy, en este momento de la clase obrera?

Bueno, no sé si yo pensé que era correcta incluso en ese momento. Quiero decir: ciertamente era correcta para el sector monopólico de la economía en ese momento. Esas instituciones de las que hablé, el Estado Interno y el Mercado de Trabajo Interno, y la forma en que esos juegos eran jugados, era una característica de un sector particular de la economía donde los sindicatos eran fuertes, donde había una especie de arena protegida, donde vos podías, efectivamente, organizar el consentimiento. En el sector más competitivo de la economía, donde

había empleo mucho más precario, era mucho más difícil organizar el consentimiento y es probable que haya habido formas de organización del trabajo más despóticas. Por ejemplo, en el contexto de África del que hablaba antes, yo escribí sobre el régimen político en el lugar de trabajo y lo llamé “despotismo colonial”. En Chicago yo estaba tratando de ser específico. No estaba diciendo que el consentimiento esté organizado en todas las fábricas en todas partes de la misma manera, sino que de hecho esta era una manera un tanto específica del capitalismo avanzado. Y, de hecho, pensé que esa forma de régimen fabril duraría mucho más de lo que duró. En realidad, después de que realicé el estudio, comenzó a desaparecer más o menos en 1980. Entonces, creo que sigue siendo importante estudiar cuál es el régimen político en la producción. Pero creo que es difícil mantener la afirmación, al modo en que lo hice a mediados de los 70, de que la fábrica es un lugar central para la organización del consentimiento. Las condiciones son tan diferentes ahora en los lugares de trabajo que casi se puede decir, como a veces digo, que es un privilegio ser explotado. Hay tan pocos puestos de trabajo asalariado estables en la clase trabajadora que en realidad los trabajadores tienden a ser mucho más inactivos, al menos en ese espacio particular. Si esa inactividad es consentimiento u obediencia, es una buena pregunta de investigación. Esa es la cuestión en la actualidad, ¿no? El aumento de un empleo más precario en áreas cada vez mayores de la economía, incluida la universidad. Entonces, creo que con esta idea de que la hegemonía nace de la fábrica, Gramsci hablaba del fordismo. En realidad, no sé de qué estaba hablando, pero lo dijo, así que mi papel fue descubrir qué significaba y creo que con esa idea capturó algo fundamental de la era fordista, capturó algo significativo respecto de los Estados Unidos, porque Gramsci siempre ha sido históricamente específico. Y lo que capturó respecto de los Estados Unidos fue que la ausencia del llamado feudalismo marcó una gran diferencia en cuanto a dónde tienen lugar el consentimiento y dónde tiene lugar la lucha de clases.

Hiciste mención a la relación entre teoría y trabajo empírico, que es una relación siempre tortuosa para el sociólogo que realiza estudios de caso y más aún para el etnógrafo. ¿Podrías decir de qué modo se articulan específicamente en tu trabajo?

Pasé mucho tiempo en los últimos 40 años en este departamento (de Sociología en Berkeley) combatiendo la idea de que, de alguna manera, el privilegio de la etnografía es que tiene acceso directo a los hechos y es eso lo que le da su “poder”. Siempre he dicho que no hay hechos en sí mismos. Si me siento ahora a describir esta habitación durante esta entrevista, podría hacerlo durante el resto de mi vida. Solo cuan-

do tengo algún tipo de enfoque, algún tipo de conjunto de preguntas, alguna lente, puedo comenzar a hacer ese trabajo en un tiempo finito. Así que no podemos evitar llevar algún tipo de lente al mundo empírico que estudiamos y, de hecho, si no tenemos una lente, el mundo mismo se vería borroso. Eso es lo que sucede en la realidad: todos llevamos implícita o explícitamente un cuerpo teórico que nos ayuda a dar sentido al mundo que nos rodea. Ese es mi punto de partida sobre la relación entre la teoría y el campo: aceptar que la teoría es la esencia de la comprensión de lo que está sucediendo. Por eso, siempre discutí contra aquellos que dicen que tenés que despojarte de toda teoría para poder ver el mundo cuando vas al campo. Es un proyecto que es imposible, pero no solo es imposible, sino que está mal dirigido en mi opinión. La idea es la contraria: reconocer lo que está en tu cabeza en lugar de eliminarlo. Entonces, si ese es el punto de partida, lo que tenemos que hacer cuando hacemos trabajo de campo es construir la teoría y trabajar sobre los hombros de los demás, eso es lo que yo llamo reconstruir la teoría. Porque ¿qué es teoría? La teoría es el conocimiento acumulado entre los académicos (y no académicos también) que, en cierto modo, reconocemos como emergente, como sobresaliente y que, implícitamente, llama nuestra atención sobre el hecho de que somos una comunidad de académicos que trabajan juntos para construir ese conocimiento. Entonces, lo que tenemos que hacer es trabajar con eso y avanzar sobre esa base, en lugar de ir al campo para empezar todo de nuevo y reinventar la rueda. Es decir, la idea es realmente trabajar con lo que existe, esa es la idea de reconstruir la teoría. Esa idea tiene, en la historia de la ciencia y en la filosofía de la ciencia, una larga tradición asociada, en primer lugar, supongo que con Kuhn, pero la persona que a mí me influyó más fue Imre Lakatos y su teoría del Programa de Investigación. Esta no es, necesariamente, la forma más aceptada de pensar acerca de la ciencia, pero creo que es el camino correcto. En este departamento existe, ahora, la opinión de que se puede hacer una etnografía que no sea solo inductiva, es decir que se puede traer la historia a la etnografía si se tiene un cuerpo teórico que te ayude a hacer eso. Pero cuando llegué, hace 40 años, todos pensaron: ¿cómo puede ser marxista? Los etnógrafos no pueden ser marxistas porque los marxistas hacen un trabajo de tipo histórico y los etnógrafos trabajan con lo “micro”. Creo que nadie me diría eso hoy.

Hablando de Lakatos, vos tenés un texto muy particular en el que realizás una comparación entre Theda Skocpol y León Trotsky⁵ en relación

5. “Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol vs. Trotsky” en *Zona Abierta*, 80/81, 1997.

al modo en que cada uno concibe la acumulación teórica (Skocpol como ejemplo del inductivismo y Trotsky como un ejemplo posible del Programa de Investigación de Lakatos). Cuando lo leí me pareció bastante raro porque nadie trabaja sobre Trotsky en la academia, y si lo hacen, no es para pensar su dimensión epistemológica sino más bien su teoría política. ¿Por qué tomaste a Trotsky y su teoría de la Revolución Permanente para desarrollar la idea de cómo se reconstruye un cuerpo teórico?

Bueno, el texto es más sobre Skocpol que sobre Trotsky. Skocpol se convirtió en una figura conocida en la sociología política en los 80 y, de hecho, había adoptado una suerte de manto marxista. Ella había sido estudiante de Barrington Moore, que era una figura muy reconocida a partir de su libro *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, publicado en 1966. Ese libro fue un avance importante en los estudios políticos, nadie había hecho algo a esa escala antes, colocando a los Estados Unidos en un contexto histórico-geográfico mucho más amplio, comparando diferentes caminos hacia la modernidad, comparando la historia de nueve estados. Él, a su vez, era un experto en la Unión Soviética. La Unión Soviética era lo que Barrington Moore tenía efectivamente en la cabeza al hacer ese libro, porque lo que él quería mostrar en realidad era que toda la hostilidad hacia la Unión Soviética, la hostilidad de la Guerra Fría, que se sostenía en el argumento de que era un régimen totalitario, suponía no comprender en qué contexto histórico estaba la Unión Soviética. El trataba de mostrar que, efectivamente, había violencia en la Unión Soviética, pero que esta violencia correspondía al momento de creación del Estado, y que también había habido violencia en la creación del camino hacia la democracia. Eso es lo que él tenía en mente. De modo que está librando una batalla política, no justificando el totalitarismo de la URSS, sino siendo mucho más crítico con Occidente y con la sociología política que en ese momento estaba celebrando las maravillas de los Estados Unidos. Por ejemplo, personas como Seymour Martin Lipset y su libro *El hombre político* (Tecnos, 1987) son argumentos sobre las maravillas de la América liberal. Por supuesto, todo esto hay que entenderlo en el contexto de los años 60. Entonces, Barrington Moore se convirtió en una figura importante y Skocpol era estudiante de Barrington Moore. Así que yo esperaba que ella fuera una especie de marxista. Pero cuando mirás más detenidamente sus escritos, que son básicamente una historia del Estado (el Estado era el centro de muchos debates en ese momento), ella se identificó con la visión de que el Estado debería ser visto como una plataforma autónoma, y estudiarse como tal. Y, en ese sentido, se convirtió en una crítica del marxismo. Así que yo sentí que tenía que tomar su teoría y trabajar sobre ella, ¿qué mejor persona que Trotsky para eso? Porque resulta que Skocpol tenía una teoría muy

inductiva sobre las revoluciones: hay revoluciones exitosas y fallidas, las exitosas son la rusa, la china y la francesa, y las que no tuvieron éxito son la alemana, la japonesa y la inglesa. Sobre esa información ella hace este tipo de regresión múltiple en la historia para tratar de ver cuáles son las condiciones para un proceso exitoso. Trotsky también intenta comprender por qué la revolución francesa tiene éxito, por qué la alemana no, y por qué la rusa tiene una especie de éxito. Pero el punto de vista central de Trotsky es que estos procesos no pueden verse de forma independiente sino que, por el contrario, todos son parte de un sistema capitalista global en evolución. Skocpol no analiza eso en absoluto. Por eso me pareció muy interesante la comparación entre los dos. Obviamente, desde mi punto de vista, no creo que ella haya estado de acuerdo. De hecho, no sé si leyó realmente mucho de Trotsky, no hay mucha evidencia de que lo haya leído. Así que usé esa comparación para pensar en el significado de la ciencia, la ciencia del sociólogo, y el significado de la teoría. Skocpol representaba este enfoque inductivo que yo había criticado también en el contexto de la etnografía. Su trabajo histórico comparativo, que era realmente importante, obviaba las conexiones entre estas revoluciones y el contexto general en el que ellas se desarrollaban. Al contrario, Trotsky había sido increíblemente sensible a eso, la teoría de la revolución permanente y el concepto de desarrollo desigual y combinado eran una muestra de esa sensibilidad y eran, a mi juicio, una muestra de la reconstrucción de la teoría marxista. Y lo interesante de Trotsky es que su *Historia de la Revolución Rusa*⁶ es una etnografía en la que él entiende de una manera que muy pocos lo hacen este vínculo entre la experiencia vivida y las macro fuerzas más amplias que están en funcionamiento. Así que puse su elaboración en el contexto del desarrollo del marxismo, destacando que Trotsky fue un jugador muy importante en eso, cosa que no era necesariamente una opinión común.

¿Y cómo ves la reconstrucción de la teoría marxista en la actualidad? Vos solés hablar, por un lado, de la crisis que está atravesando la universidad como institución; y por otro, de la oportunidad que existe hoy para la reconstrucción de la sociología como ciencia, asociada a la idea de una sociología pública; pero diferencias tu noción de sociología pública de la que tiene, por ejemplo, Pierre Bourdieu...

Esta cosa de sociología pública es otra cosa extraña. Aparece cuando volví a Sudáfrica en 1991, y encontré una sociología que en Argentina quizás sea normal y natural, pero que no lo es en los Estados Unidos, era una sociología con gente comprometida. Quiero decir que los

6. *Historia de la Revolución Rusa*, Buenos Aires: IPS-CEIP, 2017.

sociólogos, no todos ellos, pero muchos de ellos, estaban en realidad comprometidos en la batalla contra el régimen del apartheid y bajo ese compromiso llevaban adelante su tarea de sociólogos. Al mismo tiempo que enseñaban, se involucraban políticamente y trataban de desarrollar una sociología bastante regional. Habiendo pasado tantos años en los Estados Unidos nunca había visto una sociología de este tipo y me había acostumbrado a la sociología de tipo muy profesional en la que los sociólogos escriben cosas, incluso escriben cosas sobre Skocpol y Trotsky y, en el mejor de los casos, lo leen una o dos personas más. De hecho, nadie por fuera de la academia lee lo que se produce en la academia y eso es tomado como normal. Ese es un modelo de sociología profesional basada en el intercambio de documentos entre los que pertenecemos a ella. Recuerdo que cuando (Fernando Henrique) Cardoso estuvo aquí en 1980 o 1981, siempre se reía de la forma en que opera la sociología estadounidense o los académicos estadounidenses: “Hacen todas estas valientes afirmaciones revolucionarias, pero, ya sabes, nadie lo lee, así que no importa”. Pero de donde él venía, Brasil en el período de la dictadura, si comenzabas a hacer declaraciones revolucionarias podías tener problemas. Así que, cuando en 1994 me convertí en jefe de este Departamento de Sociología, decidimos que la nuestra iba a ser una sociología pública porque este Departamento, a diferencia de todos los otros en los Estados Unidos, tenía a los sociólogos más comprometidos, comprometidos con el mundo más allá de la academia. Así fue que decidimos impulsar esta idea de hablar de “sociología pública”. Mis colegas lo han lamentado desde entonces, pero sin embargo, eso es lo que sucedió. La idea era contrastar la sociología pública con la sociología profesional, y la inspiración proviene originalmente de Sudáfrica. Pero después pensé “bueno, tal vez haya diferentes tipos de sociología pública”. Así que tomé la distinción de Gramsci, aunque en realidad nunca me referí a Gramsci explícitamente, para aplicarla a la distinción entre una “sociología pública tradicional” y una “sociología pública orgánica”, y creo que lo que la mayoría de la gente estaba haciendo aquí en el Departamento era una sociedad pública tradicional. Comunicaban sus ideas a través de los medios, a través de los libros que escribían para un público más amplio más allá de la academia. Pero también podía haber una sociología pública orgánica que tiene una relación no mediada entre el sociólogo o el académico y la comunidad. Y, por supuesto, ese tipo de relación es la que Gramsci también enfatizó, solo que él lo hace a nivel colectivo, no a nivel individual. El intelectual orgánico de Gramsci es quien puede elaborar lo que él llamó el “buen sentido” de la clase trabajadora. Un núcleo duro de su teoría es que la clase trabajadora, en virtud de su transformación colectiva, puede entender el mundo; las clases subordinadas pueden entender el mundo.

Es decir, el “buen sentido” es posible, hay infiltración de la ideología burguesa, pero existe también la posibilidad del “buen sentido”. Entonces, hay algo que los intelectuales deben hacer: está ese buen sentido con el que tienen que trabajar. En Bourdieu no existe el “buen sentido”, solo existe el “mal sentido”. La clase trabajadora no puede entender las condiciones de su propio sometimiento. Por lo tanto, en cierto sentido, los intelectuales deben ellos mismos transformar el mundo. Ellos son, como yo lo entiendo, los que pueden tener una presencia progresiva. Pero no todos los intelectuales. Muchos de los intelectuales sufren lo que los marxistas llamarían una falsa conciencia, han sido objeto de falacias escolásticas, motivo por el cual solo unos pocos sociólogos realmente pueden entender el mundo, particularmente los que están cerca de Bourdieu, quizás solo el propio Bourdieu. Pero de cualquier modo, esta idea de que el intelectual es el agente transformador (y no los dominados) me hace pensar que Gramsci vería a Bourdieu como un intelectual tradicional, crítico del mundo circundante, pero cuya crítica en sí misma no desafía la totalidad. De hecho, el intelectual tradicional, en virtud de ser crítico, parece ser autónomo y parece que puede presentarse como portavoz de esa autonomía, de esa universalidad; mientras que el intelectual orgánico está estrechamente relacionado con algún tipo de clase que será el agente de transformación, una clase subordinada que será transformadora. Gramsci consideraría a Bourdieu como un intelectual tradicional y a sí mismo como un intelectual orgánico. Bourdieu, por otro lado, vería a Gramsci como un creyente engañado por el mito del intelectual orgánico, y equivocado al pensar que la clase trabajadora tiene este papel emancipador. Empíricamente no está del todo claro quién tiene razón, pero políticamente uno tiene sus propias propensiones. De cualquier modo creo que hay mucho más en juego, que es la pregunta acerca de dónde viene la verdad: para Gramsci, la verdad proviene de la experiencia de la clase trabajadora, ya que transforma la naturaleza. Para Bourdieu, la verdad en última instancia proviene del ámbito educativo, de la existencia de intelectuales que participan en un campo de competencia y producen la verdad. Entonces tienen una visión diferente de la verdad y eso tiene enormes implicaciones políticas.

Relacionado con esta idea de intelectual orgánico, me gustaría saber cómo piensas hoy la relación entre el marxismo y sus implicancias políticas. Vos hacés una suerte de periodización del marxismo en los últimos 150 años: el marxismo clásico, el ruso, el occidental, el tercermundista y al llegar a la actualidad, afirmás que este es el momento del “marxismo sociológico”. Pero yo no llego a entender qué es el “marxismo sociológico” porque los otros marxismos a los que hacés referencia están relacionados a distintos momentos de ascenso de la lucha de clases (o de derrota,

como dice Perry Anderson sobre el marxismo occidental). Entonces, ¿con qué movimiento orgánico, con qué movimiento de clase trabajadora está relacionado este marxismo sociológico? ¿La idea de marxismo sociológico no es una contradicción en los términos?

Sí, es muy contradictorio lo que estoy diciendo. Eso es absolutamente cierto. ¿Este marxismo sociológico está de alguna manera orgánicamente conectado? ¿Qué significaría eso? Esto es lo que yo diría: significa traer de vuelta lo social al centro de la escena. El marxismo, en primer lugar, había enfatizado la economía. De alguna manera, la economía sembraría las semillas de su propia destrucción. La segunda posición fue una visión del socialismo que puso en el centro al Estado. Entonces, lo que falta es un marxismo que centre lo social. Por supuesto que para pensar esto recurro a Polanyi y a Gramsci para enfatizar la importancia de una visión del socialismo basada en la autoorganización colectiva de la sociedad civil, eso es el marxismo sociológico.

¿Dónde ponés a Trotsky en este esquema?

Tenemos que ser cuidadosos, lo pondría básicamente en el socialismo centrado en el Estado. Es complicado porque no es que él fuera parte del marxismo soviético, pero creo que la visión del socialismo que tiene Trotsky es la de un socialismo dirigido por el Estado, la clase trabajadora es importante y, además, Trotsky cambia de opinión con el tiempo, pero aún así creo que su contribución es el reconocimiento de la centralidad del Estado y no un análisis elaborado de la forma en que la sociedad civil configura a las clases. Por supuesto que después de la revolución [rusa] el problema central era cómo entender básicamente la construcción de la hegemonía desde arriba. Entonces, su análisis de Rusia post revolución, su crítica a Stalin, sus propuestas del *Programa de transición*, tienen todos en el centro al Estado. Creo, además, que eso también está implícito en sus escritos anteriores, porque Trotsky no es alguien que cree de algún modo que la economía sembrará las semillas de su propia destrucción. Se podría argumentar que tiene algún tipo de análisis de la sociedad civil, pero creo que es un análisis muy flaco. Gramsci sí lo plantea como la característica central del capitalismo avanzado. No creo que Trotsky considere que la sociedad civil es tan crucial como para exigir una visión completamente diferente de la revolución como Gramsci dice que es necesaria. De cualquier modo, el marxismo sociológico implica poner en el centro lo social y la llamada sociedad civil y su reorganización colectiva. Pero lo que señalás es un buen punto, porque el marxismo sociológico es más bien un proyecto académico y los otros marxismos, o muchos de ellos, se desarrollaron en estrecho contacto con una clase trabajadora movilizada. De allí que hablar de marxismo sociológico puede ser una contradicción en los términos en el sentido

de que el marxismo tiene que estar, de alguna manera, desarrollado en estrecha conexión con los dominados. Pero diría que lo que mi amigo Eric Olin Wright plantea como sus ideas sobre las “utopías reales” es, en cierto sentido, una expresión del marxismo sociológico: desarrollarse en estrecha conexión con aquellos que se dedican a construir instituciones alternativas para desafiar al capitalismo, ya sea que estemos hablando de presupuestos participativos o de cooperativas, tienen el potencial de desafiar al capitalismo, y uno puede conocerlos y ser portavoz de sus ideas a través de relacionarse realmente con aquellos que están intentando construir estas instituciones alternativas. Si tomamos en serio sus proyectos ponemos en contacto el marxismo sociológico con quienes están construyendo instituciones alternativas al capitalismo. Esa es mi defensa, supongo.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 10

Dossier: “El sindicalismo revolucionario en Argentina en la primera mitad del siglo XX”: • Los sindicalistas en la Semana Roja de 1909, por *Alejandro Belkin* • La militancia entre los obreros marítimos, por *Laura Caruso* • Conflictos en la industria de la madera, por *Walter Koppmann* • Los gremios ferroviarios en la primera posguerra, por *Cristian Aquino* • La “prescindencia” sindicalista al frente de la CGT, por *Leandro García*

Artículos: • El PS y la cuestión gremial en los 30, por *Diego Ceruso* • El movimiento estudiantil rosarino, por *Mariano Millán*

Perfiles: • C.L.R. James (1901-1989), por *Paula Varela y Gastón Gutiérrez*

Nº 11

Dossier: “A cien años de la Revolución Rusa”: • La izquierda argentina frente a la Revolución Rusa, por *Hernán Camarero* • La prensa cominternista en América Latina, por *Ricardo Melgar Bao* • El revolucionario suizo Alfred Stirner en México, por *Victor y Lazar Jelfets* • Historiografía reciente de la Revolución Rusa, por *Stephen A. Smith* • Pashukanis y los debates jurídicos en la URSS, por *Facundo C. Rocca*.

Artículos: • Las escuelas del ICUF, por *Nerina Visacovsky* • El PCR en el SMATA, por *Matías J. Rubio* • Huelga portuaria en Bahía Blanca en 1966, por *Ana Belén Zapata*

Nº 12

Dossier: “Tras las huellas de la Reforma Universitaria: historias del movimiento estudiantil”: • Evolución del movimiento estudiantil en el siglo XX, por *Pablo Buchbinder* • Reclamos de los estudiantes porteños, de Avellaneda a Yrigoyen, por *Natalia Bustelo* • La Universidad de La Plata bajo el frondicismo, por *Nayla Pis Diez* • El movimiento estudiantil en los años 60 y 70, por *Pablo Bonavena, Juan S. Califa y Mariano Millán* • La izquierda estudiantil en la transición democrática, por *Yann Cristal y Guadalupe Seia*

Artículos: • La lista Marrón del SMATA Córdoba, por *Rodolfo Laufer* • El socialismo pampeano y la organización agraria, por *Federico Martocci*

Crítica de libros

Guillermo Korn, *Hijos del Pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha*, Buenos Aires: Las Cuarenta, 2017, 336 pp.

Elias Castelnuovo, Luis Horacio Velázquez, José Gabriel, Jorge Newton y César Tiempo compartieron ciertas inquietudes, ciertas semblanzas políticas. Algunos rasgos biográficos los emparentan como el proceder de sectores sociales no acomodados, el hecho de contar con estudios universitarios incompletos y el oficio de periodismo ejercido. Pero, más allá de estas coincidencias y algunos espacios compartidos como el grupo Boedo o la revista *Claridad*, estos cinco escritores, protagonistas del libro *Hijos del Pueblo*, no conformaron un colectivo orgánico. Entre ellos lo particular es lo que resalta. Sus trayectorias intelectuales son dispares: algunos nacieron en suelo argentino, otros llegarían desde territorios tan distantes como la Ucrania de Israel Zeitlin, cuyo seudónimo más celebre será años más tarde César Tiempo. No obstante, entre estos intelectuales *argentinos* (pues la cuestión no es nacer sino *llegar a ser*) pueden trazarse líneas que permiten vincularlos y trazar cartografías que, sin ser paralelas, encuentran puntos de encuentro que iluminan zonas poco recorridas de la cultura argentina durante el primer peronismo. Esa es la apuesta con la que se abre el último libro de Guillermo Korn.

Uno de los principales rasgos en común entre estos escritores es el pasaje desde sectores de la izquierda argentina al peronismo. Todos ellos atenderán a los movimientos de ese “pueblo” del que quieren estar siempre cerca, no tanto (siguiendo la propuesta del título) como padres orientativos, sino más bien como *hijos*, frutos de ese colectivo trabajador, cuya ley se desprende de su propio accionar. Y si ese estar con el pueblo implicó para ellos pasar de entonar las estrofas de *La Internacional* a pronunciar las de la *Marcha Peronista*, ellos aceptaron el reto. Enfrentaron la condena de cierta izquierda que no demoró en juzgar el nuevo compromiso político de estos autores

como sumisión o cooptación por parte del nuevo “régimen”. Se jugaron su trayectoria profesional por un movimiento que, en sus albores, supo censurar a algunos de ellos como en el caso de José Gabriel, quien cayera preso tras el golpe de 1943. Cada uno tuvo sus razones y distintos fueron los modos de explicar esa elección. Esos recorridos diversos son los que indaga Korn en este relato que empieza mucho antes de la irrupción del peronismo y que se extiende más allá de 1955. A través de su investigación, el libro brinda un interesante aporte no sólo a la cuestión tantas veces discutida de la cultura durante el peronismo sino también sobre “el hecho maldito” de la interpretación argentina, esto es, el peronismo y sus vínculos concretos con las izquierdas, o mejor, con los postulados de izquierda.

Llama la atención la elección de nombres poco visitados, excepto quizás por el caso de Castelnuovo, por la bibliografía sobre cultura durante el peronismo. Con su gesto, Korn ubica a estos escritores en el centro, los hace protagonistas de un tejido cultural, y político, complejo. Y lo hace a través de un método muy particular, haciendo foco en el detalle, en lo pequeño. En eso destinado a ser pasado por alto, Korn detiene la mirada. *Mirada del miope*, lo llama. Esta miopía metodológica, la insistencia en lo aparentemente intrascendente, en los diversos episodios desconocidos de la vida de estos personajes de la cultura (rescatados del olvido) va tejiendo la trama del relato. Un relato en el que se muestra un genuino interés por *comprender* esos pasajes de un movimiento político a otro, por dejar hablar a los escritores en cuestión con un panorama más vasto de fondo, reconstruido cuidadosamente por el autor.

En esta decisión metodológica el libro corre sus riesgos. Al detenerse en el detalle y sostenerlo en su singularidad se arriesga a no jugar en la misma liga de aquellos que, antes que él, han abordado la cuestión de la cultura y los intelectuales en relación con el peronismo, dejando asentada, a través de concluyentes tesis, la imposibilidad de dicho vínculo. La desde hace años vociferada contradicción peronismo/cultura. Y aunque dicho maniqueísmo ya viene siendo discutido por otros intelectuales contemporáneos, la de Korn es una apuesta diferente. Si bien se mete en la discusión desde el mismo prólogo, su estrategia consiste en desplegar el análisis en otro plano. No habrá tesis categóricas. No habrá afirmaciones terminantes. Lo que ofrece es un trabajo enorme de archivo signado por el afán de dar con materiales prácticamente inhallables y así, en esa recolección minuciosamente cuidada de datos, exhibir los pasajes en los que los escritores estudiados se muestran como verdaderos sujetos de cultura articulando en situaciones concretas, palpables. Y en ese entramado cultural que esboza, con cruces y desvíos entre sus trayectorias, Korn logra dar cuenta de la heterogeneidad constitutiva de la cultura peronista, entendiendo la cultura no sólo en términos de producción cultural sino como un clima de época en el que esos actores se inscriben y del que son, al mismo tiempo, articuladores.

Por otra parte, Korn vincula la metodología de su trabajo con una propuesta docente desarrollada tiempo atrás junto a un grupo de colegas a

partir de las clases dictadas en capacitaciones docentes. Un grupo que, tras el sistemático vaciamiento de los espacios de formación docente en la ciudad de Buenos Aires, sufrió la desarticulación de su espacio de trabajo. Este libro podría leerse entonces también como un modo posible de continuación de ese espacio, una vía alternativa para continuar con ese legado colectivo en el contexto presente.

Me gusta pensar que *Hijos del Pueblo* está dedicado a un lector activo, a aquel que esté dispuesto a trazar las costuras entre los distintos episodios narrados, rescatados de olvidados archivos. Porque en ese despliegue inmenso que es el libro hay saltos en el montaje, no es un relato cronológicamente lineal, lo narrado se fragmenta, se retoma, se suspende allí donde el lector quiere saber un poco más. Es necesario ir y venir en la lectura para poner en relación fechas, nombres y publicaciones para luego cotejar con lo que sigue y así ir armando una lectura propia. El texto continuamente elude la tentación de enmarcar estos cinco recorridos en nuevos casilleros, nuevos modos de sistematización como así también la de plantear un modo unívoco de entender el esquivo vínculo entre peronismo, cultura e intelectuales. Las historias que resultan de este caleidoscopio que es el texto son narradas desde la pulsión de una curiosidad insaciable del investigador, que ha ido detrás de cada pista, que ha tirado de cada hilo hasta dar con materiales extraordinarios hoy, con este libro, al alcance de todos nosotros. La heterogeneidad de fuentes incluye desde la correspondencia personal de los escritores, entrevistas a sus familiares, la recepción de sus libros en publicaciones de la época hasta registros policiales y diarios de sesiones de la Cámara de Diputados de esos años. Este generoso despliegue de fuentes, anécdotas y datos curiosos no serán una novedad para quien haya tenido la oportunidad de toparse con el Korn bibliotecario. La sugerencia de lecturas poco recurrentes, los itinerarios literarios que ofrece, los objetos difíciles de hallar que pone a disposición de cualquier lector que se muestre interesado, conforman rasgos que lo definen. Esa misma generosidad se hace texto en las páginas de su libro.

Así es como el escritor, el investigador, el profesor y el bibliotecario que es Guillermo Korn se reúnen en las páginas de este gran libro. Cabe agregar que *Hijos del Pueblo* fue originalmente concebido como una tesis de doctorado. De allí que su apuesta implique además una apertura a otros modos de concebir el trabajo académico, el trabajo intelectual. Libros como *Hijos del pueblo* son, también por esta razón, necesarios. Y por eso, lo celebramos.

Julietta Brenna (UBA)

* * *

Franck Gaudichaud, *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*, Santiago: LOM, 2016.

El llamado poder popular ha recibido mucha atención en comparación a otros procesos también relevantes ocurridos durante el gobierno de Salvador Allende en Chile. Por ello, la publicación de un nuevo libro sobre el tema difícilmente podría sumar nuevos elementos. Sin embargo, Franck Gaudichaud ofrece una bocanada de aire fresco. Además de profundizar y reformular el análisis de la antigua investigación de Hugo Cancino (*La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-1973*, Aarhus University, 1988), continúa extendiendo los estudios “desde abajo” de la experiencia obrera en los espacios industriales durante la Unidad Popular (UP), en la senda abierta por el clásico texto de Peter Winn (*Tejedores de la Revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, LOM, 2004). La obra de Gaudichaud se cuida de ser solo un rescate testimonial, muy militante pero poco explicativo de esta experiencia, como han terminado siendo otras investigaciones (por ejemplo, Miguel Silva, *Los Cordones Industriales y el socialismo desde abajo*, 1999).

Este volumen, el más reciente de Gaudichaud (tesis doctoral del 2005 y de la cual ya publicó varias entrevistas en *Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento urbano chileno* [LOM, 2004]), se compone de cuatro grandes apartados subdivididos en tres o cuatro capítulos cada uno. La primera parte aborda los elementos estructurantes del movimiento obrero nacional: las características socioeconómicas del país, las relaciones con el Estado y los partidos políticos, para terminar con la izquierda y su “vía chilena al socialismo”. Continúa indagando en la estrategia de la UP para desarrollar un “poder popular” institucionalizado, que generó tensiones y radicalización en la base social del gobierno, experimentando sus primeros desbordes “desde abajo”. Luego analiza el paso de una zona industrial (cordón *en sí*) a un territorio de autoorganización y politización obrera (cordón *para sí*), proceso dinamizado por dos coyunturas nacionales clave (el paro de camioneros en octubre de 1972 y la “normalización” cívico-militar de la UP). Finalmente, profundiza en los repertorios del poder popular, viendo sus prácticas protestatarias (barricadas, formas de articulación territorial, etc.) y culturales (obras de teatro, canciones, periódicos, etc.) que se desplegaron al calor de la lucha.

Siendo parte del proceso de “revitalización de la historiografía política” chilena dada en la última década, donde el gobierno de Allende ha ocupado un lugar preferencial, la investigación es un aporte por varias razones. Primero, porque relee con un instrumental teórico multidisciplinar, que combina conceptos de un marxismo “heterodoxo” –conflictos de clase, experiencia y poder constituyente– con teorías de la sociología y ciencia política de rai-gambre francesa –acción colectiva y las políticas del conflicto–. Segundo,

todo esto le sirven para comprender consistentemente un fragmentario proceso de autoorganización y politización obrera “desde abajo”, tal como fue la experiencia del poder popular y los cordones industriales durante la UP. Tercero, porque su análisis se inscribe en una vertiente que conecta dialécticamente el movimiento social (poder popular) con los partidos políticos y el gobierno de Salvador Allende, en el marco de los conflictos de clases más general.

Este conjunto de elementos le permite al autor desarrollar un notable desplazamiento de “escalas”, moviéndose desde las vivencias políticas de activista y/o militante “de base”, hasta las estrategias y debates de los dirigentes partidarios. Y es al analizar esta compleja trama entre “lo social” y “lo político”, donde se encuentra su principal tesis: el avance de proyecto político de la UP impulsó un proceso autoorganizativo “desde abajo” que no estaba contemplado por la izquierda chilena, desplegando una fuerza social que germinó un *poder popular constituyente*, en torno principal –aunque no únicamente– a los espacios de trabajo, es decir, los cordones industriales. Por ello, a pesar de su minúsculo desarrollo inicial y la oscilante participación posterior, la profundización del conflicto social potenció su expansión, convirtiéndolos en uno de los pocos sustentos del gobierno de Allende en sus momentos más críticos y en una de sus únicas posibilidades para resistir la ofensiva golpista hacia septiembre de 1973.

Aquí aparece una problemática clave para el análisis de los procesos de cambio revolucionario: la cuestión de la espontaneidad de las masas y las estrategias políticas. Siguiendo la investigación de Gaudichaud, se puede concluir que no todas las expresiones organizativas y políticas de los trabajadores son planificadas, sino que tienen una importante cuota de espontaneidad. Esta fuerza social puede desbordar las estrategias planificadas por los partidos y movimientos revolucionarios, poniendo en tela de juicio no solo la institucionalidad estatal, sino que también las mismas organizaciones de los grupos subalternos, tal como habría ocurrido con la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y los partidos de izquierda. Por lo mismo, para hacer la historia política del mundo obrero y popular se deben problematizar permanentemente los límites de lo institucionalizado, tratando de sumarse diversas aristas de estas experiencias, eso sí, sin dotarlas automática y mecánicamente de carácter político y revolucionario. De igual forma, para el caso de la Unidad Popular, es necesario complementar estudios como éste, con aquellas formas de organización obrera y popular que se opusieron a Allende, donde incluso trabajadores protagonizaron resistencias a la estatización de sus fábricas. Ello, con el fin de ponderar la magnitud de estos procesos de politización.

En el fondo, Gaudichaud discute sobre la “dualidad de poderes” en los procesos de cambio social. Este debate tanto político como teórico fundamental en las ciencias sociales y el marxismo contemporáneo ha planteado la posible estructuración de poderes paralelos entre la institucionalidad burguesa-capitalista y las organizaciones populares-subalternas. Ello ha

derivado en algunos planteamientos que sostienen una posible situación de “doble poder” por períodos extensos de tiempo, distanciándose del carácter transitorio que le dio Lenin en base a la experiencia bolchevique. Para Gaudichaud, el “poder popular” chileno estuvo lejos de constituir un “doble poder”, pues los comandos comunales –que fueron vistos por el MIR como posible encarnación de un poder paralelo– quedaron limitados, tanto por la débil participación de la base social a nivel territorial como por la intención de los partidos de la UP por acoplar esta fuerza activa a la transformación institucional que encabezaba Allende. En esta lógica, al menos para el caso analizado, cabría preguntarse si la categoría de poder popular constituyente es la más adecuada para distanciarse –tal como pretende Gaudichaud– de aquellos planteamientos que equiparan la autoorganización obrera con el poder estatal. Quizás sea mejor hablar de fuerza social constituyente, dado el carácter más líquido y oscilante, que se nutre de diversas experiencias fluidas, tal como remarca permanentemente el autor sobre el poder popular.

Con todo, el libro de Franck Gaudichaud es indispensable para el debate académico y político en Nuestra América, al ofrecer herramientas críticas para rescatar aquellos “tesoros” perdidos en el océano de la historia, que muchas veces las clases dominantes buscan sumergir y borrar del mapa, pero que permanecen en la memoria y pueden servir para comprender otros procesos similares, y –quizás más importantes aún– ser pistas para concretar las utopías de cambio social en el siglo XXI.

José Ponce (Universidad de Santiago de Chile)

* * *

Kauan Willian dos Santos y Rafael Viana da Silva (orgs.), *História do anarquismo e do sindicalismo de intenção revolucionária no Brasil. Novas perspectivas*, Curitiba: Prismas, 2017, 449 pp.

El interés historiográfico que despertó el anarquismo como tema de indagación en las últimas décadas produjo una renovada camada de estudios que permitieron poner de relieve ciertas aristas que habían quedado relegadas en investigaciones anteriores, donde el eje se centraba de forma exclusiva en la vida sindical. El libro compilado por Kauan Willian dos Santos y Rafael Viana da Silva, *História do anarquismo e do sindicalismo de intenção revolucionária no Brasil*, se propone contrarrestar los análisis unilaterales que se limitan sólo a la dimensión cultural de la experiencia anarquista, al considerar que derivan en un divorcio analítico entre los ideales libertarios y su dimensión de clase. En este sentido, retoman los estudios de esta corriente desde una perspectiva política y social, y ofrecen

nuevos abordajes para pensar sus vínculos con los diferentes ámbitos de actuación, especialmente en referencia al movimiento obrero, aunque no de forma exclusiva.

La publicación es el resultado de un trabajo colectivo, compuesta por un total de quince artículos y un prefacio, a cargo de los organizadores. La mayoría de los textos son el resultado de un ajustado resumen de tesis de posgrado, por lo cual cuentan con una gran solvencia empírica y metodológica. Este conjunto de estudios se inscriben dentro de la línea de trabajo sostenida por el Instituto de Teoría e História Anarquista (ITHA), centro que reúne a investigadores de diferentes puntos de Brasil, y en menor medida de otros países, dedicados al estudio histórico del anarquismo y al análisis de la coyuntura política desde una perspectiva crítica. El libro, al igual que anteriores trabajos del mismo grupo, fue publicado dentro de la Coleção Estudos do Anarquismo de la Editorial Prismas, la cual cuenta con Felipe Correa como su director.

Los trabajos que conforman el libro abordan una amplia variedad de temáticas, en diversas áreas espaciales y temporalidades, pero ciertos planteos se dejan entrever de forma transversal a lo largo de la obra. En primer lugar, la noción de *dualismo organizacional*, en tanto diferenciación de los ámbitos de actuación de los militantes entre las organizaciones de masas y la agrupación específicamente anarquista, núcleo político desde el cual se delinearían las estrategias para influenciar dentro de los diversos ámbitos de actuación; planteo conceptual sostenido por la tendencia *plataformista* asumida por los autores.

Una segunda característica es la determinación manifestada por los anarquistas hacia la actividad sindical, como estrategia de inserción social predilecta. Los autores denominan “sindicalismo de intención revolucionaria” tanto a la corriente anarcosindicalista (y al forismo latinoamericano), como a la acción gremial de las organizaciones *sindicalistas revolucionarias* que no adosaron una finalidad social a sus entidades, pero que se desempeñaban de acuerdo a prácticas federalistas, asamblearias, antipolíticas y de acción directa. Por último, otro elemento que atraviesa los diferentes textos es la revisión de la conceptualización misma del anarquismo, del cual rescatan el perfil social y complejo de esta corriente de pensamiento revolucionario, con sus respectivas discusiones estratégicas y divergencias políticas en su interior. De esta forma, contraponen argumentos históricos y teóricos a la visión simplificadora y descalificativa impuesta por el grueso de la historiografía marxista y liberal.

La organización de esta obra colectiva está estructurada de forma cronológica, partiendo de mediados del siglo XIX hasta los primeros años del presente siglo. El primer trabajo, a cargo de Felipe Correa, se explora sobre el proceso de conformación del movimiento anarquista en América latina en relación a la experiencia de la Primera Internacional. A este texto le suceden una serie de estudios que abordan el establecimiento del pensamiento libertario en las luchas sociales de diferentes estados brasileños, como

San Pablo (Clayton Peron Franco de Godoy), Rio Grande del Sur (Anderson Romário Corrêa) y Ceará (Victor Pereira).

Dentro del período de la Primera República también hay trabajos que abordan al anarquismo desde otras aristas, como la propaganda antimilitarista, la cuestión racial y su vínculo con los grupos específicos (Kauan Willian dos Santos), el activismo feminista y la cuestión de género dentro del sindicalismo libertario (Samanta Colhado Mendes), la emergencia del sindicalismo revolucionario como estrategia propia de los anarquistas, en conexión con una perspectiva global (Tiago Bernardon de Oliveira), y el análisis de imágenes anarquistas y anticlericales desde un prisma cultural (Caroline Poletto).

Trascendiendo aquella etapa histórica en la que los anarquistas lograron su mayor repercusión social, una segunda parte del libro se ocupa de las diferentes coyunturas políticas posteriores a 1930. Rodrigo Rosa da Silva se encarga de adentrarse en el período varguista, y analiza el embate represivo sufrido por los anarquistas y la cooptación ejercida hacia el sindicalismo de acción directa. Luego, Rafael Viana da Silva, además de oficiar de organizador del libro, aporta dos trabajos en los cuales aborda las prácticas sindicales y culturales de los ácratas, uno circunscripto al contexto de la República Nova, y el otro referido al período de la dictadura militar.

Enfocándose en el análisis de la prensa anarquista, João Henrique Castro de Oliveira también colabora con dos artículos, el primero de ellos centrado en la publicación *O Inimigo do Rei* (1977-1988), y el otro sobre *Libera... (Amore Mio)* en el contexto del auge neoliberal (1991-2011). Los últimos dos trabajos manifiestan una marcada intención de demostrar la pervivencia de las ideas libertarias en las luchas sociales, y vinculan estudios históricos con coyunturas presentes. Rogério Castro se vuelca al ámbito de la educación, mientras que el artículo grupal realizado por Mariana Affonso Penna, Bruno Lima Rocha y los dos organizadores, se ocupa de los grupos *especifistas*, e indaga en el proceso de reorganización de los anarquistas a nivel global a partir de la década de los 80.

Las contribuciones logradas por el libro son varias: en primer lugar el abordaje temporal de largo alcance, desarrollado a partir del trabajo colectivo, permite ver a un movimiento anarquista con altas y bajas, pero vigente de forma ininterrumpida desde finales del siglo XIX. Por su parte, las indagaciones referidas a años más recientes aportan una mirada renovadora sobre los cambios y readaptaciones ejercidas por los libertarios, en conexión con el auge de nuevas demandas sociales. De esta manera, la revisión de las categorías de análisis utilizadas en los estudios sobre el anarquismo ha permitido poner en duda las interpretaciones reproducidas por la historiografía más difundida, y estimular el conocimiento de la verdadera dimensión histórica de esta corriente. El único exceso que podríamos advertir en este sentido, se ubica en el énfasis puesto en el rol desarrollado por las organizaciones *especifistas*, con las cuales se desdibuja su anclaje histórico.

De la gran variedad de perspectivas de análisis utilizadas, quisiéramos

destacar la pertinencia del abordaje global, a partir del cual se pudo vincular la dinámica del movimiento anarquista de Brasil en relación con el desarrollo de sus pares a nivel internacional, que aporta elementos para considerar que las transformaciones producidas en los movimientos sociales no dependen exclusivamente de sus dinámicas endógenas. El libro cumple con creces el objetivo de difundir una esperanza de acción constructiva a partir de mostrar los avances logrados en los trabajos de investigación sobre el anarquismo en Brasil, y al enriquecer la mirada que pesa sobre esta corriente, despejar prejuicios y aportar herramientas metodológicas útiles para la comprensión de su arraigo sociohistórico.

Jacinto Cerdá (UBA – ISP “Joaquín V. González”)

* * *

Jorge Navarro López, *Revolucionarios y parlamentarios. La cultura política del Partido Obrero Socialista, 1912-1922*, Santiago de Chile: LOM, 2017

Los estudios sobre la historia de la clase trabajadora y las izquierdas atraviesan un momento de notable vitalidad en Chile, tal como lo ponen de manifiesto las actividades e inquietudes de muchos jóvenes investigadores e investigadoras. El reciente trabajo de Jorge Navarro López, producto de su tesis de maestría en la Universidad de Santiago de Chile y publicado el año pasado por LOM Ediciones, es un importante ejemplo de esta nueva generación que revela un interés por ese cruce entre la historia social y la historia política del movimiento obrero que anima también a quienes editamos la revista *Archivos* y el CEHTI al otro lado de la cordillera.

La obra explora lo que el autor define como la “cultura política” del Partido Obrero Socialista, desde su fundación en 1912 hasta su conversión en Partido Comunista de Chile, diez años más tarde. Dado que existe una importante bibliografía sobre el POS, el autor se esfuerza por explicar que la originalidad de su aporte reside sobre todo en una ampliación de la mirada en términos geográficos. Mientras que investigaciones previas, como las de Julio Pinto, Verónica Valdivia y Sergio Grez, se concentraron sobre todo en la figura de Luis Emilio Recabarren y el desarrollo del POS en el norte salitrero, Navarro López se propone incluir en el análisis el desenvolvimiento socialista en otros lugares, como Santiago, Valparaíso y Punta Arenas, con el objetivo de contribuir a una “ampliación de la historia del POS, entendiéndolo como un fenómeno que rebasó los límites del norte salitrero y, por lo tanto, que tuvo influencia en los principales centros urbanos” (p. 16).

En la introducción, el autor presenta sus objetivos generales y explica el concepto de “cultura política”, que tiene una presencia constante a través de todo el trabajo y parece revelar la preocupación del autor por mostrar que su interés por el desarrollo político del POS no implica un retorno a

una historia institucional de viejo cuño. Según Navarro López, la construcción de una cultura política es un proceso “dinámico y dialéctico”, en el cual “entran en juego variables estructurales, como la condición social y económica”. A partir de esta construcción, los actores políticos “consumen y producen sentidos, es decir, poseen una autonomía relativa en cuanto a la actividad semántico-política” y esos sentidos se expresan en la práctica de los militantes (p. 27).

El libro está organizado en siete capítulos, que combinan una estructuración cronológica y geográfica con una división temática. El capítulo I presenta un análisis general sobre el primer trienio de existencia del POS y subraya la importancia que tuvo lo que denomina la “estrategia de diferenciación”, es decir la tenaz búsqueda de los socialistas por delimitarse de sus adversarios políticos con el objetivo de conquistar un espacio en las filas obreras. Esta diferenciación, al igual que en otros países, debió operar a dos bandas: por un lado, los socialistas debían delimitarse de sus adversarios anarquistas, y en este sentido aparecía como fundamental la reivindicación de la política y de la participación electoral, así como el rechazo a la violencia y una mirada evolucionista de lo social. Por otro lado, se trataba de diferenciarse del Partido Demócrata, una formación política con fuerte influencia en la clase trabajadora y a la cual pertenecían los propios fundadores del POS hasta su ruptura en 1912: Navarro López muestra, en este punto, cómo las apelaciones a la honestidad, la integridad y la búsqueda de una “regeneración” se constituyeron en elementos clave que definieron la cultura política socialista.

Los capítulos II, III, IV y V, que conforman la parte central del libro, cambian el registro –menos ensayístico y más narrativo–, tienen una escala más reducida y presentan un recorte geográfico y cronológico definido, precisamente por el interés del autor de concentrarse en el desarrollo socialista en el centro y el sur del país. Los capítulos II y III se enfocan en Valparaíso, en el período que va desde 1913 hasta 1915, y examinan el desenvolvimiento del socialismo en la ciudad porteña, prestando especial atención al modo en que se procesó la delimitación con los anarquistas en el marco de un ascenso de la conflictividad obrera. El capítulo IV se ocupa del desarrollo socialista en Santiago, en el período 1912-1916, y reconstruye las dificultades y tensiones que caracterizaron a los primeros años del POS en la capital, hasta el punto que implicaron una división en dos grupos rivales que solo parcialmente pudo resolver el primer congreso partidario celebrado precisamente en Santiago en 1915. El capítulo V se desplaza nuevamente hacia el sur, para analizar el desarrollo socialista en Punta Arenas, una región que no contaba con representación parlamentaria en el congreso nacional, cuyos pioneros socialistas no provenían de una trayectoria en el Partido Democrático y donde, según el autor, los socialistas desarrollaron una cultura política diferente a los del centro y el norte del país.

El capítulo VI retoma una mirada geográfica más amplia y avanza hacia el período 1916-1918. El autor caracteriza que 1916 fue el año de la

expansión socialista por el país, con iniciativas para expandir su área de influencia hacia otras ciudades y que 1917 fue el año de la consolidación en el movimiento obrero, debido al papel que tuvieron los socialistas en la segunda Convención Nacional de la Gran FOCH, mientras que en las elecciones de 1918, a pesar de los malos resultados, reforzaron una línea partidaria que nunca puso en duda “su concepción de la política como un medio efectivo para lograr beneficios para los trabajadores” (p. 230). El capítulo VII, por último, no tiene un recorte cronológico ni geográfico sino temático: aborda la historia de las “mujeres socialistas” en el período 1912-1922, analizando tanto las acciones de las mujeres socialistas como las representaciones femeninas en el discurso partidario. Navarro López describe las tensiones y contradicciones que se desenvolvían a medida que el POS respaldaba a las militantes socialistas que impulsaban iniciativas de organización, manteniendo sin embargo en muchos casos una mirada recelosa, que reflejaba que “los socialistas no comprendían todavía a las mujeres como pares y proyectaban su lugar en la lucha por el socialismo de forma complementaria a la labor de los obreros”, sobre todo resaltando su rol maternal (p. 237). Aún con estas tensiones, el autor destaca que “las acciones de las mujeres socialistas contribuyeron a ir derribando los prejuicios machistas presentes entre sus mismos compañeros” (p. 238) y que las posturas de los socialistas sobre la cuestión femenina representaban en la época un indudable avance si se los compara con los planteamientos de otros grupos sociales.

A pesar de su título, el libro no examina el período que va desde 1918 hasta 1922, un periodo de enorme importancia en la historia de las izquierdas, y por lo tanto el proceso que llevó a un cambio en la táctica electoral en 1921 y al cambio de nombre del partido, un año más tarde, queda prácticamente inexplorado. Más allá de esta limitación, el trabajo de Navarro López representa una contribución muy valiosa a la historia del movimiento obrero y socialista chileno, que cumple su objetivo de mostrar “el significativo aporte del período formativo de la cultura política socialista (1912-1922) a la cultura política de la izquierda chilena del siglo XX” (p. 264).

Lucas Poy (UBA - Conicet - CEHTI)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), "La historia de los partidos comunistas", en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), "Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci", *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

